

HALO



EL FLOOD

William C. Dietz

Lectulandia

Tras la caída del planeta Reach y de sus valientes defensores, reducidos a cenizas, solo un crucero ha conseguido escapar de la matanza. A bordo, los únicos supervivientes humanos de la batalla: el capitán Keyes, una tripulación formada por centenares de marines y el último supersoldado del programa Spartan, el Jefe Maestro.

Lectulandia

William C. Dietz

El Flood

Halo 2

ePub r1.1

epublector 01.07.14



Título original: *The Flood*
William C. Dietz, 2003
Traducción: Carles Muñoz Miralles

Editor digital: epublector
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

01.03 HORAS, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2552 (CALENDARIO MILITAR)/«PILLAR OF AUTUMN» DE LA UNSC, LOCALIZACIÓN DESCONOCIDA

El oficial técnico de 3.^a clase Sam Marcus lanzó un par de maldiciones cuando el intercomunicador lo despertó de un agitado sueño. Se frotó los ojos, que todavía tenía borrosos por el sueño, y miró el Reloj de Misión, que colgaba de la pared, justo encima de la litera. Había dormido tres horas... Su primer ciclo de sueño en treinta y seis horas, maldita sea. Peor aún, era la primera vez que había podido dormir desde que la nave había saltado.

—Dios —masculló—. Más vale que sea importante.

El capitán había asignado turnos triples a los oficiales de equipo desde que el *Pillar of Autumn* se había alejado de Reach. La nave había quedado hecha un cuadro, y lo que quedaba de los equipos de ingeniería trabajaban a todas horas para mantener el ajado crucero en funcionamiento. Casi un tercio de los miembros del equipo técnico habían fallecido durante el vuelo y todos los departamentos estaban bajo mínimos.

El resto estaban en el congelador, claro... El personal prescindible siempre dormía un sueño criogénico durante los saltos estelares. En unos doscientos viajes de combate, Marcus había pasado menos de setenta y dos horas en almacenamiento criogénico. Pero ahora se encontraba tan agotado que incluso la incomodidad de la resurrección criogénica le parecía tentadora, si eso suponía disponer de unas horas de sueño ininterrumpido.

No era fácil quejarse. El capitán Keyes era un estratega brillante, y todos los tripulantes del *Autumn* sabían lo cerca que habían estado de ser aniquilados cuando Reach cayó ante el enemigo. Una importante base naval quedó destruida, murieron millones de personas cuando el Covenant redujo el planeta a cenizas, y una de las pocas defensas que le quedaba a la Tierra quedó transformada en un montón de

cadáveres y restos deshechos.

Contemplándolo en perspectiva, habían tenido suerte de escapar con vida, pero Sam no podía evitar la sensación de que los que seguían en el *Autumn* vivían en tiempo de descuento.

El comunicador sonó de nuevo. Sam saltó de la litera y golpeó el control.

—Marcus al habla —gruñó.

—*Siento haberte despertado, Sam, pero te necesito abajo, en Crio-Dos.* —El Supervisor Técnico Shephard sonaba exhausto—. *Es importante.*

—¿En Crio-Dos? —repitió Sam, perplejo—. ¿De qué emergencia se trata, Thom? No soy especialista en criogenia.

—*No puedo darte detalles, Sam. El capitán no quiere que se transmitan por el comunicador* —repuso Shephard, casi en un susurro—. *Por si hay alguien escuchando.*

Sam se estremeció al notar el tono de voz de su superior. Conocía a Thom Shephard desde la Academia, y nunca había sonado tan lúgubre.

—*Mira* —prosiguió Shephard—, *necesito a alguien en quien pueda confiar. Te guste o no, te toca a ti, colega. Y tú verificaste los sistemas criogénicos.*

—Hace meses... pero sí —suspiró Sam.

—*Te envió información a tu terminal, Sam* —continuó Shephard—. *Eso al menos contestará algunas de tus preguntas. Descárgatelo en la consola portátil, coge tu equipo y baja aquí.*

—Entendido —dijo Sam.

Se quedó quieto unos segundos, se enfundó en la casaca del uniforme y se acercó a su terminal. Activó el ordenador y esperó a la transferencia de datos de Shephard.

Mientras aguardaba, su vista se clavó en una pequeña fotografía en 2D pegada al borde de la pantalla; la acarició con los dedos. La joven capturada en la imagen le sonreía.

El terminal emitió un pitido cuando el mensaje de Shephard apareció en la cola de entrada.

—Recibiendo el informe, jefe —informó al micrófono del intercomunicador.

Abrió el archivo. Frunció el ceño, lo que llenó de arrugas sus cansados rasgos mientras recorría la pantalla.

>Archivo encriptado/Sólo para tus ojos/Marcus, Samuel N./SN:
18827318209-M.

>Clave de desencriptado: [Personalizada: «Aniversario de Ellen»]

Miró de nuevo la fotografía de su esposa. No había visto a Ellen desde hacía al menos tres años, desde su último permiso en la Tierra. No conocía a nadie en servicio

activo a quien se le hubiera permitido ver a sus seres queridos en años. La guerra no lo permitía.

La arruga en la frente de Sam se hizo más profunda. Normalmente, el personal de la UNSC evitaba hablar de la gente de casa. La guerra había sido tan difícil y estaba durando tanto tiempo que la moral estaba por los suelos, y pensar en el frente de casa sólo lograba empeorarlo todo. Que Thom hubiese personalizado el código de seguridad era bastante poco habitual, y hacer que Sam recordara a su mujer con ello estaba totalmente fuera de la forma de actuar del jefe Shephard. Aquella preocupación por la seguridad rozaba la paranoia.

Introdujo una serie de números, la fecha de su boda, y configuró el descryptado. En cuestión de segundos la pantalla se llenó de planos y documentos tecnológicos. Su entrenada vista recorrió el archivo... y, de pronto, se le disparó la adrenalina entre la fatiga, como si se tratase de un relámpago.

—Dios —dijo con la voz repentinamente bronca—. Thom, ¿esto es... lo que pienso que es?

—Sí, joder. *Baja a Crio Dos cagando leches, Sam. Tenemos que descongelar un paquete muy importante... y volveremos a espacio real muy pronto.*

—Ya voy —contestó. Cerró la conexión del intercomunicador. Había olvidado el cansancio.

Descargó rápidamente el archivo a su consola y borró el original del ordenador. Caminó hacia la puerta de su camarote y se detuvo. Agarró la foto de Ellen de la terminal, un impulso repentino, y la deslizó en el bolsillo.

Corrió hacia el ascensor. Si el capitán quería revivir a la criatura que estaba en Crio Dos, eso significaba que la situación iría a peor... o ya había empeorado.

A diferencia de las naves diseñadas por humanos, en las que el área de mando estaba casi siempre situada a proa, las naves del Covenant se construían de forma más lógica, lo que se traducía en salas de control enterradas profundamente dentro de cascos blindados, lo que las protegía de cualquier cosa que no fuese un golpe mortal.

Las diferencias no acababan aquí. En lugar de rodearse con todo tipo de paneles de control, además de los seres inferiores necesarios para manipularlos, los Élités preferían estar al mando desde el centro de unas plataformas austeras, que un aparejo reticular formado por dos rayos de gravedad opuestos mantenía en posición.

De todas formas, ninguna de estas cosas ocupaba un espacio relevante en la mente del comandante de nave Orna 'Fulsamee mientras se encontraba en el centro de la sala de control de su destructor y observaba las proyecciones de datos que flotaban delante de él. Una mostraba el mundo anillo, Halo. Cerca de él, una minúscula flecha seguía el trayecto del intruso. La segunda proyección reflejaba un plano con la leyenda «Nave de ataque humana, tipo C-II». Una tercera exhibía un torrente constante de datos de dirección y lecturas de sensores.

Reprimió el asco. Que esos horribles primates se hubiesen hecho merecedores de un nombre real, y de nombres para las creaciones inferiores a ellos, lo irritaba en lo más profundo. Era perverso. Los nombres implicaban legitimidad y aquellos gusanos sólo merecían ser exterminados.

Los humanos tenían «nombres» para su propia clase, los Élites, así como para las razas menores del Covenant: los Jackals, los Grunts, los Hunters. La terrible insolencia de que esas asquerosas criaturas se atreviesen a dar nombre al pueblo del Covenant en su lenguaje chillón y primitivo era intolerable.

Hizo una pausa y recobró la compostura. ‘Fulsamee chasqueó las mandíbulas inferiores, el equivalente a encogerse de hombros, y recitó mentalmente una de las Palabras Verdaderas.

«Así lo decretaron los Profetas», pensó. Nadie ponía en duda estas cuestiones, ni siquiera cuando se era comandante de una nave. Los Profetas habían asignado nombres a las naves enemigas y él honraría esos decretos. Hacer menos sería un vergonzoso abandono de su deber.

Como todos los de su clase, el oficial del Covenant parecía más alto de lo que era gracias a la armadura que llevaba. Le daba un aspecto angular, a veces un tanto jorobado, que, al combinarse con un mentón agresivo, le hacía parecer lo que era: un guerrero muy peligroso. Su voz sonó calmada y bien modulada cuando evaluaba la situación:

—Deben de haber seguido una de nuestras naves. Encontraremos al culpable y le daremos muerte, Alteza.

El ser que flotaba al lado se balanceó ligeramente cuando una ráfaga de aire le azotó el cuerpo, atado con firmeza. Llevaba un yelmo alto, ornamentado, fabricado en metal y engarzado con piezas de ámbar. El cuello del Profeta era reptiliano, el cráneo triangular y tenía dos brillantes ojos verdes que relucían con una inteligencia malvada. Vestía una capa roja, y una túnica dorada, y en algún lugar, escondido bajo toda la tela, un cinturón antigravitatorio que le permitía a su cuerpo flotar una unidad por encima del suelo. Aunque sólo era un Profeta Menor, su rango era superior al de ‘Fulsamee, como le gustaba dejar claro.

Dejando de lado las Palabras Verdaderas, el comandante de la nave no podía evitar que le recordase a los diminutos y chillones roedores que había cazado de niño. Eliminó de inmediato el recuerdo de sus garras manchadas de sangre y volvió su atención hacia el Profeta y su enojoso ayudante.

Éste, un Élite de bajo rango llamado Bako ‘Ikaporamee, dio un paso adelante, para hablar en nombre del Profeta. Tenía la cargante tendencia de usar el «nos» mayestático, un hábito que irritaba a ‘Fulsamee.

—Eso es altamente improbable, comandante. Dudamos de que los humanos tengan medios para seguir una de nuestras naves a través de un salto. Y aunque los

tuvieran, ¿por qué enviarían un solo crucero? ¿Su técnica no es ahogarnos en su propia sangre? Pensamos que lo más seguro es conjeturar que esa nave ha llegado hasta este sistema accidentalmente.

Las palabras surgieron con condescendencia, algo que enfureció al comandante, pero no podía hacer nada al respecto. Al menos directamente, no con el Profeta presente, pero ‘Fulsamee no estaba dispuesto a dejarse avasallar.

—Entonces —replicó ‘Fulsamee, dirigiendo cuidadosamente sus palabras únicamente a ‘Ikaporamee—, ¿quiere que crea que el intruso ha llegado aquí únicamente por azar?

—No, claro que no —repuso ‘Ikaporamee altivamente—. Aunque son primitivos para nuestros estándares, esas criaturas son sentientes y, como todos los seres sentientes, la verdad y el conocimiento de los ancianos los atraen inconscientemente.

Como todos los miembros de su casta, ‘Fulsamee sabía que los Profetas habían evolucionado en un planeta que los Dadores de Verdad habían habitado antes que ellos, pero que posteriormente habían abandonado por razones sólo conocidas por los ancianos. El mundo anillo era un ejemplo perfecto del poder de los ancianos... y de su inescrutabilidad.

‘Fulsamee consideraba que era difícil creer que unos simples humanos se pudiesen sentir atraídos aquí, a pesar de la sabiduría de los ancianos, pero ‘Ikaporamee hablaba en nombre del Profeta, por lo que debía ser verdad. Tocó el panel iluminado que se encontraba delante de él. Un símbolo se iluminó con una luz roja.

—Preparados para lanzar torpedos de plasma. Disparen a mi orden.

‘Ikaporamee alzó ambos brazos, alarmado.

—¡No! Lo prohibimos. ¡La nave humana está demasiado cerca de la construcción! ¿Y si sus armas dañasen las santas reliquias? Persiga la nave, abórdela y tome el control. Cualquier otro procedimiento es demasiado peligroso.

Irritado por lo que consideraba una interferencia de ‘Ikaporamee, ‘Fulsamee habló de nuevo, con los dientes apretados.

—Las medidas que recomienda el Ser Sagrado seguramente acabarán con un gran número de bajas. ¿Es eso aceptable?

—La oportunidad de trascender el plano físico es un don que hay que buscar —contestó el otro—. Los humanos están dispuestos a sacrificar sus vidas... ¿podemos hacer menos?

«No —pensó ‘Fulsamee—, pero deberíamos aspirar a más.» Chasqueó de nuevo las mandíbulas inferiores y pulsó de nuevo el panel iluminado.

—Cancelen la orden anterior. Carguen cuatro transportes con tropas y lancen un escuadrón de cazas. Neutralicen las armas del intruso antes de que la nave de abordaje llegue a destino.

A unas cien unidades hacia la popa, encerrado dentro del centro de control de fuego del destructor, un oficial acusó recibo de la orden y transmitió sus propias instrucciones. Algunas luces empezaron a destellar, los puertos transmitieron una vibración de frecuencia baja y más de trescientos guerreros del Covenant, una mezcla de lo que los humanos llamaban Élités, Jackals y Grunts, preparados para la batalla, se apresuraron a embarcar en el transporte que les habían asignado. Había que matar humanos.

Y nadie quería perderse la diversión.

SECCIÓN I
EL «PILLAR OF AUTUMN»

1

01.27 HORAS (HORA DE LA NAVE), 19 DE SEPTIEMBRE DE 2552
(CALENDARIO MILITAR)/«PILLAR OF AUTUMN» DE LA UNSC,
LOCALIZACIÓN DESCONOCIDA

El *Pillar of Autumn* dio bandazos cuando un disparo directo alcanzó su blindaje de Titanio-A.

«Es sólo otro elemento más del arsenal sin fondo del Covenant —pensó el capitán Jacob Keyes—. No es un torpedo de plasma, porque de ser así estaríamos flotando como moléculas.»

La nave de guerra había sido golpeada por las fuerzas del Covenant al escapar de Reach, y era un milagro que el casco se mantuviese intacto, y aún era más remarcable que hubiesen sido capaces de hacer un salto estelar.

—¡Estado! —ladró Keyes—. ¿Qué nos ha golpeado?

—Un caza del Covenant, señor. Clase Seraph —contestó la teniente Hikowa, la oficial táctico. Sus rasgos de porcelana se oscurecieron—. El muy cabrón debe de haber apagado la energía y se ha colado por nuestros sistemas de vigilancia.

Una sonrisa sin humor se asomó a los labios de Keyes. Hikowa era una oficial táctico de primera clase, completamente despiadada en la batalla. Era como si se tomase las acciones del piloto del caza del Covenant como un insulto personal.

—Deles una lección, teniente.

Ella asintió y tecleó una serie de órdenes en el panel para el escuadrón de cazas del *Autumn*.

Un momento después se oyeron voces por la radio cuando uno de los cazas Longsword C709 del *Autumn* se lanzaba tras el Seraph, seguidas por un hurra cuando la diminuta nave alienígena se convirtió momentáneamente en un sol, con su propio sistema de restos orbitando a su alrededor.

Keyes se enjuagó una gota de sudor que le recorría la frente. Comprobó su pantalla: habían vuelto al espacio real hacía veinte minutos. Sólo veinte minutos y las patrullas de reconocimiento del Covenant ya los habían localizado y atacado.

Volvió al mirador del puente, una enorme burbuja transparente que colgaba del arco de la superestructura del *Autumn*. Threshold, un enorme gigante de gas morado dominaba la espectacular vista. Uno de los cazas Longsword, de patrulla, se deslizó por delante de él.

Cuando le dieron el mando del *Pillar of Autumn* a Keyes, éste se había mostrado suspicaz ante la monumental ventana abovedada.

—El Covenant ya es lo bastante duro —le había argumentado al almirante Stanforth—, ¿por qué hacer de mi puente una diana fácil?

Había perdido la discusión; los capitanes no ganan sus debates contra los almirantes, y, en cualquier caso, no habrían tenido tiempo para blindar todo el mirador. Pero tenía que admitir que la vista de que disfrutaba casi valía el riesgo. Casi.

Jugueteó distraídamente con la pipa que llevaba habitualmente consigo, sumido en sus pensamientos. Escabullirse en las sombras del gigante gaseoso era totalmente contrario a su naturaleza. Respetaba al Covenant como un enemigo peligroso, mortal, y lo odiaba por la salvaje carnicería ejecutada sobre los colonos humanos y sus compañeros soldados. Pero nunca los había temido. Los soldados no se escondían de sus enemigos: les plantaban cara.

Volvió a la estación de mando y activó el panel de navegación. Marcó un nuevo rumbo que los llevaba hasta las profundidades del sistema y transfirió los datos al alférez Lowell, el oficial de navegación.

—Capitán —indicó Hikowa—. Los sensores indican que se acerca un escuadrón de cazas enemigos. Y parece que justo detrás de ellos hay un vehículo de abordaje.

—Era cuestión de tiempo, teniente —suspiró él—. No podíamos escondernos aquí para siempre.

El *Pillar* se deslizó fuera de la sombra que proyectaba el gigante de gas, hacia la brillante luz solar.

Los ojos de Keyes se abrieron como platos cuando la nave dejó atrás el gigante. Esperaba ver un crucero del Covenant, cazas Seraph o algún otro tipo de amenaza militar.

Pero no esperaba ver el enorme objeto que flotaba en un punto de Lagrange, entre Threshold y su luna, Basis.

Se trataba de una construcción inmensa, un objeto en forma de anillo que brillaba y refulgía a la luz de las estrellas, como una joya iluminada desde el interior.

La superficie exterior era metálica y parecía grabada con profundos patrones geométricas.

—Cortana —dijo el capitán Keyes—, ¿qué es eso?

Un holograma de unos treinta centímetros se hizo visible sobre una pequeña consola, cerca del terminal del capital. Cortana, la potente inteligencia artificial de la

nave, frunció el ceño mientras activaba el sistema detector a larga distancia. Largas líneas de dígitos recorrieron las pantallas de los sensores, así como el «cuerpo» de Cortana a lo largo.

—El anillo tiene un diámetro de diez mil kilómetros —anunció Cortana— y un grosor de veintidós punto tres kilómetros. Los análisis espectroscópicos no son concluyentes, pero los patrones no se ajustan a ningún material conocido del Covenant, señor.

Keyes asintió. Aquellos descubrimientos preliminares eran interesantes, ya que las naves del Covenant se encontraban allí cuando saltaron fuera del espacio estelar, sobre sus regazos. En cuanto vio el anillo, Keyes sintió que aquella construcción era una instalación del Covenant, y que se hallaba más allá del alcance de la ingeniería humana. El pensamiento de que quizá se hallaba también fuera del alcance del Covenant lo reconfortaba un poco.

Pero también lo ponía nervioso.

Bajo la intensa presión de las naves de guerra enemigas en el sistema Epsilon Eridani, donde se encontraba la última gran base naval de la UNSC, Cortana se había visto obligada a lanzar la nave hacia un conjunto de coordenadas elegidas al azar, un procedimiento estándar para alejar las tuerzas del Covenant de la Tierra.

Ahora parecía que los hombres y mujeres que tripulaban el *Pillar of Autumn* habían conseguido despistar a sus perseguidores, pero sólo para encontrar más fuerzas del Covenant aquí... fuera donde fuese aquí.

Cortana dirigió un grupo de cámaras de largo alcance al anillo y consiguió un primer plano enfocado. Keyes soltó un largo silbido. La superficie interior de la construcción era un mosaico de verdes, azules y marrones, de desiertos, junglas, glaciares y océanos vírgenes. Conjuntos de nubes blancas proyectaban sus sombras sobre la tierra. El anillo rotó y mostró un nuevo elemento: un tremendo huracán que se formaba sobre una gran extensión de agua.

Las ecuaciones recorrieron de nuevo el cuerpo semitransparente de la IA, que continuaba evaluando los datos que recibía.

—Capitán —comunicó Cortana—, el objeto es claramente artificial. Hay un campo de gravedad que controla la rotación del anillo y que mantiene la atmósfera en su interior. No puedo asegurarlo con una certeza del cien por cien, pero parece que el anillo tiene una atmósfera de oxígeno-nitrógeno y una gravedad como la de la Tierra.

Keyes arqueó una ceja.

—Si es artificial, ¿quién demonios lo ha construido y qué es, por Dios?

Cortana procesó la pregunta durante tres segundos completos.

—No lo sé, señor.

«A la mierda el reglamento», pensó Keyes. Sacó la pipa, usó una antigua cerilla para encenderla y exhaló volutas de un humo *fragranté*. El mundo anillo brillaba en

los monitores de estado.

—Pues lo mejor será averiguarlo.

Sam Marcus se masajeó el dolorido cuello con unas manos temblorosas por la fatiga. El subidón de adrenalina que lo había inundado cuando recibió las instrucciones de Shephard, el jefe de equipo, ya había remitido. Ahora se sentía extenuado y muy asustado.

Sacudió la cabeza para aclararse la mente y recorrió con la mirada el pequeño laboratorio de vigilancia. Cada almacén criogénico estaba equipado con una estación parecida, un observatorio de control central para los cientos de cámaras criogénicas que contenía el muelle de almacenaje. Para la media de las naves, la sala de observación de Crio Dos era grande, pero la proliferación de monitores con constantes vitales, indicadores de diagnóstico y terminales digitales, conectados directamente a cada una de las cámaras almacenadas en el muelle inferior, hacía que la estancia pareciera estrecha e incómoda.

Se oyó un pitido y los ojos de Sam recorrieron los monitores de estado. Sólo había una cámara en activo en esa cubierta, y el monitor sonaba, reclamando atención. Comprobó de nuevo el tablero de mandos principal y después tecleó en el intercomunicador.

—Ya casi está aquí, Señor —dijo. Se volvió y observó a través de la ventana de la sala.

El jefe de equipo Thom Shephard saludó a Sam desde el suelo de la Segunda Unidad de Almacenamiento Criogénico.

—*Buen trabajo, Sam* —contestó—. *Es casi la hora de retirar el sellado.*

Los monitores de estado siguieron proporcionando información a la sala de observación. La temperatura corporal del sujeto se acercaba a la normalidad, o al menos a lo que Sam pensaba que era normal, ya que nunca antes había despertado a un Spartan, y la mayor parte de las sustancias químicas ya se habían eliminado del sistema.

—Se encuentra en una fase REM de sueño, jefe —informó Sam—, y la actividad cerebral indica que está soñando; ya casi está descongelado. No falta mucho.

—*Bien* —contestó Shephard—. *Mantén un ojo en las lecturas neurológicas. Lo empaquetamos con su armadura de combate. Quizá haya algunos efectos secundarios que haya que tener en cuenta.*

—Recibido.

Una luz roja cobró vida en el terminal de seguridad y una serie nueva de códigos parpadearon por la pantalla:

>Despertar de emergencia. Cierre de seguridad [prioridad alfa] conectado.

>x-Cortana. 1.0 — Cryostor.23.4.7

—¿Qué demonios...? —masculló Sam. Pulsó de nuevo el intercomunicador del muelle—. ¿Thom? Pasa algo raro... Una especie de cierre de seguridad del muelle.

—*Recibido*. —Se oyó un ruidito seco, lleno de estática, mientras Shephard conectaba el canal del puente—. *Crio Dos a Puente*.

—*Adelante, Crio Dos* —respondió una voz femenina que sonaba con el habitual trino de la forma de hablar sintética.

—*Estamos listos para retirar el sello de nuestro... invitado, Cortana* —explicó Shephard—. *Necesitamos...*

—*El código de seguridad* —acabó la IA—. *Transfiriendo. Puente corto*.

Casi al instante apareció una nueva línea de texto en la pantalla de seguridad:

>Retiren el sello de la cámara secreta.

Sam pulsó el botón para ejecutar las órdenes, el cierre de seguridad desapareció y un temporizador marcó la cuenta atrás hasta que la secuencia de despertar estuviese completada.

El soldado casi estaba ahí. Había aumentado su respiración, así como su pulso, hasta llegar a niveles normales.

«Aquí está —pensaba Sam— un Spartan de verdad.» No era un Spartan cualquiera, quizá era el último. Los rumores a bordo de la nave decían que los otros se habían quedado por el camino, en Reach.

Como sus compañeros de equipo, Sam había oído hablar del programa, pero nunca había visto un Spartan en persona. Para encargarse de los crecientes disturbios civiles, la administración militar de la colonia puso en marcha, en secreto, el proyecto ORION en 2491. El propósito de este programa era desarrollar supersoldados, cuyo nombre en código era Spartans, que recibían un entrenamiento especial y un acrecentamiento físico.

Los esfuerzos iniciales dieron buenos resultados, y en 2517 se seleccionó un nuevo grupo de Spartans, la segunda serie, para que fuera la nueva generación de supersoldados. El proyecto tenía que haber continuado en secreto, pero la Guerra del Covenant lo había cambiado todo.

No era un secreto que la raza humana se hallaba al borde de la derrota. Las naves y la tecnología espacial del Covenant eran demasiado avanzadas. Aunque los humanos podían defenderse eficazmente en una lucha en tierra, el Covenant podía volver al espacio y convertir el planeta en vidrio.

La situación empeoraba por momentos, y el Ministerio de la Guerra se vio enfrentado a la terrible posibilidad de tener que librar una guerra en dos frentes: uno contra el Covenant, en el espacio, y otro en tierra, contra la sociedad humana, que se desmoronaba. El pueblo y los soldados de sus ejércitos necesitaban algo que les

levantase la moral, así que se reveló la existencia del proyecto SPARTAN-II.

Ya tenían héroes triunfadores a los que seguir, hombres y mujeres que se habían enfrentado con el enemigo y que habían ganado varias batallas decisivas. Incluso parecía que el Covenant temía a los Spartans.

Pero ahora habían desaparecido... todos menos uno. Se habían sacrificado para proteger a la raza humana del Covenant y de la posibilidad, muy real, de la extinción. Sam miró fijamente al soldado que tenía delante con cierto sobrecogimiento. Delante de él, como si estuviese a punto de levantarse de la tumba, se hallaba un verdadero héroe. Sería un instante para el recuerdo y, si tenía la suerte de sobrevivir, para contárselo a sus nietos.

Pero nada de esto hacía que sintiese menos atemorizado. Si las historias eran ciertas, el hombre que recobraba gradualmente la conciencia en el muelle era casi tan diferente a ellos, y absolutamente tan peligroso para ellos, como el Covenant.

Flotaba en la tierra de nunca jamás que se encuentra entre la criogénesis y la conciencia completa cuando el sueño empezó.

Era un sueño familiar, placentero, un sueño que no tenía nada que ver con la guerra. Estaba en Eridanus II, la colonia donde había nacido, destruida hacía mucho tiempo por el Covenant. Oía risas a su alrededor.

Una voz de mujer lo llamó por su nombre: John. Un momento después, unos brazos lo estrechaban, y reconoció el olor familiar del jabón. La mujer le dijo algo cariñoso, y él deseaba contestarle también cariñosamente, pero las palabras no querían salir. Intentó verla, intentó penetrar en la bruma que le oscurecía el rostro y obtuvo la recompensa de la imagen de una mujer de ojos grandes, nariz recta y piel pálida.

Sabía quién era: la doctora Halsey.

La doctora Catherine Halsey lo había seleccionado para el proyecto SPARTAN-II. La mayoría de la gente pensaba que la generación actual de Spartans había sido escogida entre los mejores soldados de la UNSC, pero sólo un puñado de personas conocía la verdad.

El programa de Halsey implicaba la apropiación de niños cuidadosamente estudiados. Se clonaba a los niños con tecnología lumínica, lo que hacía a los duplicados propensos a desórdenes neuronales, y se devolvían los clones a los padres, que nunca sospecharían que sus hijos eran duplicados. En muchos sentidos, la doctora Halsey era la única «madre» que había conocido.

Pero la doctora Halsey no era su madre, ni tampoco era la figura pálida y translúcida de Cortana, que la reemplazó cuando apareció.

El sueño cambió. Una forma oscura, brumosa, se cernía tras la figura combinada de su madre, la doctora Halsey y Cortana. No sabía lo que era, pero se trataba de una amenaza... estaba seguro de ello.

Sus instintos de combate se pusieron en marcha y la adrenalina empezó a correr por su cuerpo. Inspeccionó el área rápidamente, era una especie de patio de recreo, con postes de madera muy altos, vagamente familiar, y decidió la mejor ruta para flanquear a la nueva amenaza. Descubrió un fusil de asalto, un poderoso MA5B, cerca. Si se colocaba entre la mujer y la amenaza, su armadura recibiría la peor parte del ataque y podría devolver el fuego.

Se movió con rapidez y la forma oscura le aulló: era un grito de guerra feroz, terrorífico.

La bestia era increíblemente rápida. Se hallaba sobre él en segundos.

Agarró el fusil de asalto y se dio la vuelta para abrir fuego, y descubrió con horror que no podía levantar el arma. Tenía los brazos pequeños, subdesarrollados. La armadura había desaparecido, y tenía el cuerpo de un niño de seis años.

Se encontraba impotente, cara a cara con la amenaza. El rugió a su vez, contra la bestia, lleno de rabia y miedo; estaba furioso no sólo con la amenaza sino también con su súbita falta de fuerza...

El sueño empezó a desvanecerse, y apareció una luz ante los ojos del Spartan. El vapor se alzó, se arremolinó y empezó a disiparse. Le llegó una voz como si se encontrase a una gran distancia. Era de hombre y sonaba desapasionada.

—Disculpe la descongelación precipitada, Jefe Maestro, pero por aquí todo está un tanto revuelto. La desorientación se le pasará enseguida.

Una segunda voz le dio la bienvenida y el Spartan necesitó un momento para recordar dónde se encontraba antes de entrar en la cámara de criogenización. Había tenido lugar una batalla, una batalla terrible, donde la mayoría, si no todos, de sus hermanos y hermanas Spartans habían muerto. Eran hombres y mujeres con los que se había criado y entrenado desde los seis años y que, a diferencia de la mujer que había recordado débilmente en sus sueños, constituían su familia de verdad.

Con los recuerdos y unos pequeños cambios en la mezcla de gases que llenaban sus pulmones le volvieron las fuerzas. Flexionó las extremidades, que tenía entumecidas. El Spartan oyó que el técnico comentaba algo sobre las «quemaduras por congelación», se levantó y se alejó del abrazo helado de la cámara de criogénesis.

—Dios mío —susurró Sam.

El Spartan era enorme, debía de medir más de dos metros. Dentro de su armadura verde de batalla, de tonos perlados, el hombre tenía el aspecto de una criatura mitológica, venida de otro mundo, terrorífica. El Jefe Maestro Spartan-117 salió de su cámara y observó el muelle. El visor espejado de su casco lo hacía más temible: era un soldado impenetrable, creado para la muerte y la destrucción.

Sam se alegraba de estar en la sala de observación y no en el piso principal de Crio Dos, con el Spartan.

Se dio cuenta de que Thom estaba esperando los datos de diagnóstico. Comprobó

las pantallas: las secuencias neuronales estaban libres y no había fluctuaciones en el pulso ni en la actividad cerebral. Abrió un canal del intercomunicador.

—Enseguida introduzco sus lecturas vitales en línea.

Sam observó cómo Thom sometía al Spartan a diferentes pruebas en el muelle, e intervenía cuando era necesario. Al poco, habían conectado en línea el equipo del soldado: el sistema de escudos, los monitores de constantes vitales a tiempo real, el sistema de disparo y el de visión habían pasado a estado verde.

Sam tenía que admitir que el traje, cuyo nombre en clave era armadura MJOLNIR, era una maravilla de la ingeniería. Según la información que había recibido, el armazón del traje estaba formado por una aleación multicapa de una fuerza extraordinaria, con un recubrimiento refractivo que podía dispersar gran cantidad de la energía que fuese dirigida directamente hacia él, una matriz de almacenamiento cristalino que podía albergar una inteligencia artificial del mismo nivel que las que normalmente se reservaban para naves estelares, y una capa de gel que se adaptaba a la piel de quien llevaba la armadura y servía para regular la temperatura.

En el cuerpo del Spartan se habían implantado unidades adicionales de memoria y de conductos de comunicación, y se habían instalado dos puertos de entrada, accesibles desde el exterior, cerca de la base del cráneo. Estos sistemas combinados le permitían doblar su fuerza, mejorar sus reflejos, ya más rápidos que un rayo, y le posibilitaban navegar a través de las complejidades de un campo de batalla de alta tecnología.

En el equipo MJOLNIR se habían construido varios sistemas de soporte vital. La mayoría de los soldados entraban en criogenización desnudos, ya que la piel cubierta no reaccionaba bien con el proceso de criogénesis. En una ocasión, Sam llevaba un vendaje cuando se congeló, y al despertar vio que tenía la piel afectada, llena de ampollas, en carne viva.

Se dio cuenta de que la piel le debía de doler una barbaridad al Spartan. Pero, durante todo el proceso, el soldado permaneció en silencio, simplemente asintiendo cuando le preguntaban algo o realizando con calma lo que le pedía Thom. Era inquietante ver cómo se movía con eficiencia mecánica de una prueba a la siguiente, como un robot.

La voz de Cortana se oyó en el comunicador general de la nave.

—*Los sensores indican la llegada de una nave de abordaje del Covenant. Preparaos para hacer frente a los intrusos.*

Sam sintió una punzada de miedo... y de lástima por las tropas del Covenant que se enfrentasen a ese Spartan en combate.

El interfaz neural que conectaba al Jefe Maestro con la armadura MJOLNIR funcionaba perfectamente y proporcionó de inmediato datos al *head up display* de su

casco, en la parte interior del visor.

Le sentaba bien poder moverse. El Jefe Maestro flexionó los dedos poco a poco. Le picaba la piel, era un efecto secundario de los gases criogénicos, pero dejó de prestarle atención al dolor. Hacía tiempo que había aprendido a abstraerse de las incomodidades físicas.

Había oído el aviso de Cortana. El Covenant estaba de camino. Bien. Echó un vistazo a la estancia en busca de armas, pero no había ningún armero. No le importaba no tenerlas: ya se había apropiado de armas de los soldados del Covenant con anterioridad.

El intercomunicador crepitó de nuevo:

—*Puente de mando a Crio Dos, aquí el capitán Keyes. Envíen al Jefe Maestro al puente inmediatamente.*

Uno de los técnicos empezó a poner objeciones, ya que necesitaba realizar más pruebas, pero Keyes lo cortó en seco.

—*Ahora mismo, soldado* —dijo.

El tripulante respondió lo único que podía responder:

—Señor, sí, señor.

El jefe técnico se volvió hacia él.

—Buscaremos armas más tarde.

El Jefe Maestro asintió y se dirigía a la puerta cuando una explosión resonó por todo el muelle de criogenización.

Los primeros disparos golpearon la puerta de la sala de observación con un ruido que hizo que Sam pegase un salto. Con el corazón saliéndosele del pecho, corrió para presionar los controles de la puerta y poner en marcha el cierre de emergencia. Una pesada barrera de metal cayó en su sitio con un golpetazo, y empezó a brillar al rojo cuando las armas de energía del Covenant empezaron a abrirse paso.

—¡Intentan atravesar la puerta! —gritó.

Oteó el muelle y vio a Thom, con una mirada afligida en el rostro. Y Sam pudo ver su propio reflejo en el visor espejado del Spartan.

Sam corrió hacia la alarma y tuvo tiempo de activar la alerta. Después, la puerta de seguridad explotó con una lluvia de fuego y acero tundido.

Oyó el gemido de los disparos de los rifles de plasma, y después notó que algo lo golpeaba en el pecho. La vista se le nubló y se palpó, para encontrar la herida. Las manos le quedaron bañadas de sangre.

«No duele —pensó—. Pero debería dolerme, ¿no?»

Se sentía desorientado, confuso. Podía ver una oleada de movimientos, de figuras acorazadas que llenaban la sala de observación. Las ignoró y se centró en la fotografía de su esposa, que había caído sobre las placas del suelo. Cayó de rodillas y tanteó el suelo, en busca de la fotografía. Las manos le temblaban.

El campo de visión se le hizo más estrecho mientras seguía intentando coger la foto caída. Estaba a sólo unos centímetros, pero le parecían kilómetros. Nunca se había sentido tan cansado. Repitió mentalmente el nombre de su esposa.

Los dedos de Sam habían conseguido rozar el borde de la fotografía cuando una bota blindada le apresó el brazo contra el suelo. Unos dedos largos, como garras, recogieron el retrato del suelo.

Sam maldijo débilmente y se revolvió, para enfrentarse con su atacante. El extraterrestre, un Elite, ladeó la cabeza ante la imagen, como si no supiese de qué se trataba. Miró hacia abajo, como si hasta entonces no se hubiese dado cuenta de la existencia de Sam. El humano seguía intentando agarrar la fotografía.

—¡Sam! —oyó apagadamente la voz de Thom gritando.

El Élite apuntó el plasma a la cabeza de Sam y disparó.

El Jefe Maestro se encrespó. Las fuerzas del Covenant estaban muy cerca, y un compañero soldado había muerto. Deseaba trepar hasta la sala de observación y enfrentarse al enemigo, pero las órdenes eran las órdenes. Tenía que llegar al puente de mando.

El técnico de criogénesis abrió una escotilla.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Tenemos que largarnos de aquí!

El Jefe Maestro siguió al tripulante por la abertura y por un pasillo. Una explosión súbita redujo la siguiente puerta a añicos, arrastró los restos del cuerpo del técnico por el pasillo e hizo que los escudos del Jefe Maestro parpadearan.

Revisó mentalmente los planos de una nave de clase Halcyon y dio media vuelta. Saltó un par de tuberías de energía para caer en un pasillo de mantenimiento pobremente iluminado que había al otro lado. Una luz de emergencia seguía encendida, y las alarmas aullaban. El estruendo de una segunda explosión resonó en el pasillo.

Siguió adelante, sobrepasó el cadáver de otro tripulante y entró en la siguiente sección.

El Jefe Maestro encontró una portezuela con el panel de seguridad de color verde y se acercó corriendo. Se produjo una tercera explosión, pero su armadura contuvo la fuerza del impacto.

El Spartan empujó la puerta, fundida parcialmente, vio una abertura a su izquierda y oyó a alguien gritar. Un miembro de la nave disparaba su arma contra un blanco que el Jefe Maestro no podía ver, y el muelle tembló cuando un misil golpeó el casco del *Autumn*.

El Jefe Maestro se arrastró por debajo de una puerta medio cerrada justo a tiempo de ver cómo el soldado recibía un rayo de energía en el pecho, y que el resto de la resistencia humana devolvía el fuego. Las fuerzas del Covenant se movieron hacia una trampilla y los obligaron a replegarse en un compartimento vecino.

El caos reinaba en la nave mientras los tripulantes intentaban empujar a los invasores hacia las entradas de aire o atraparlos en compartimentos, para ocuparse de ellos más tarde.

Sin armas y sabiendo que el capitán Keyes lo necesitaba en el puerto, el Jefe Maestro no podía hacer más que seguir las señales y evitar los combates que estallaban a su alrededor. Consiguió llegar a un pasillo mal iluminado, ya que las tropas del Covenant debían de haber destruido los circuitos de iluminación de ese compartimento... y se encontró de frente con un Élite.

Los escudos personales del extraterrestre chisporrotearon, y el invasor gritó de sorpresa y rabia. El Spartan se agachó y se preparó para recibir la carga del soldado... y se tiró al suelo cuando un batallón de infantería descargó sus rifles de asalto sobre el Élite. Una pulpa morada manchó los mamparos y el extraterrestre cayó, convertido en una masa arrugada.

Los soldados avanzaron para asegurar el área y el Jefe Maestro saludó con la cabeza, en agradecimiento al oficial del batallón. Se dio la vuelta, corrió por el pasadizo y llegó al puente sin más incidentes.

Miró al exterior a través del gran ventanal y vio la construcción de aspecto extraño que flotaba más allá del casco del crucero, y durante unos segundos sintió curiosidad por saber de qué se trataba. Sin duda, el capitán lo informaría. Caminó hacia su puesto, casi en el centro del puente.

El personal estaba sentado en tensión mientras intentaban mantener el control de su nave asediada. Algunos se enfrentaban a la última oleada de cazas Seraph, otros realizaban un control de daños y una teniente de cara sombría usaba los sistemas medioambientales para vaciar la atmósfera de los compartimentos ya ocupados por fuerzas del Covenant. Aunque algunos enemigos portaban sus propios sistemas de respiración, otros no, y éstos eran vulnerables. También había tripulantes en esos compartimentos, quizá gente que ella conocía, pero no había forma de salvarlos. Si no los mataba ella, lo harían los enemigos.

El Jefe Maestro comprendió la situación a la perfección. Era mejor morir rápidamente en el vacío que en las manos del Covenant.

Keyes se encontraba al lado de la pantalla táctica principal. Estudiaba las imágenes con detenimiento, sobre todo una enorme reproducción del extraño anillo.

El Spartan llamó su atención.

—Capitán Keyes. —Éste se volvió para mirarlo cara a cara.

—Me alegro de verlo, Jefe Maestro. Las cosas no van bien. Cortana ha hecho todo lo que ha podido... pero no teníamos ninguna oportunidad.

La IA levantó una ceja holográfica.

—Una docena de acorazados del Covenant contra un solo crucero de clase Halcyon... Con estas probabilidades, podrían habernos matado tres... —Se detuvo,

como si estuviese distraída, y se corrigió—: no, cuatro veces.

Cortana miró al Jefe Maestro.

—¿Ha dormido bien?

—Sí —contestó éste—. Pero no gracias a usted.

—Vaya, me ha echado de menos —sonrió Cortana.

Antes de que el Jefe Maestro pudiese contestar, otra explosión hizo temblar la nave al completo. Se agarró a un pilar cercano y se apuntaló, mientras que varios de los tripulantes de la nave iban a parar al suelo.

—¡Informe! —gritó Keyes, mientras se sujetaba en una consola.

Cortana resplandecía con un tono azulado.

—Debe de haber sido uno de sus equipos de abordaje. Apuesto que se trataba de una carga de antimateria.

El oficial de control de fuegos dio la vuelta a su silla.

—¡Señora! ¡El control de fuegos del cañón principal está fuera de línea!

Cortana miró a Keyes. La pérdida del arma más importante de la nave, el cañón acelerador magnético, era un golpe que los dejaba en inferioridad de condiciones.

—Capitán, el cañón era la última posibilidad de defensa.

—Muy bien —dijo Keyes bruscamente—. Iniciaré el Protocolo Cole, artículo 2. Abandonamos el *Autumn*. Usted también, Cortana.

—¿Y qué hará usted? ¿Hundirse con el barco? —repuso ella.

—Es una forma de decirlo —contestó Keyes—. El objeto que encontramos... Intentaré aterrizar el *Autumn* allí.

Cortana meneó la cabeza.

—Con el debido respeto... ya han muerto héroes de sobra en esta guerra.

Los ojos del capitán se clavaron en los de ella.

—Le agradezco la preocupación, Cortana, pero depende de mí. El protocolo es claro. La destrucción o la captura de la IA son absolutamente inaceptables. Eso significa que va a abandonar la nave. Fije una serie de zonas para aterrizajes de emergencia y cárguela en mi enlace neural.

La IA se quedó quieta, y después asintió.

—Señor, sí, señor.

—Aquí interviene usted —siguió Keyes, ahora dirigiéndose al Spartan—. Saque a Cortana de la nave. Protéjala del enemigo. Si la capturan, lo sabrán todo: el despliegue de nuestras fuerzas, el desarrollo armamentístico. —Hizo una pausa y añadió—: La Tierra.

—Comprendo —asintió el Spartan.

Keyes miró a Cortana.

—¿Está lista?

Hubo una pausa mientras la IA miraba a su alrededor por última vez. En muchos

aspectos, la nave era su cuerpo físico, y se mostraba reacia a irse.

—Vamos.

Keyes fue hacia una consola, pulsó una serie de controles y volvió.

El holograma titiló y la imagen de Cortana giró en espiral sobre la plataforma que tenía debajo, hasta desaparecer de la vista. Keyes esperó a que ya no se viese el holograma, retiró un chip de datos de la plataforma y se lo entregó al Spartan, junto con su arma.

—Buena suerte, Jefe Maestro.

El Spartan-117 cogió el chip y lo colocó en el puerto trasero, en la interfaz neural colocada en la base de su cráneo. Se oyó un *clic* de confirmación, seguido por un torrente de sensaciones cuando la IA se unió a él dentro de los confines de la red neural del traje. Al principio, la sensación fue como si alguien le hubiese vaciado un vaso de agua helada en el cerebro, seguida por un momentáneo acceso de pánico y una presencia familiar. Ya había trabajado con Cortana, justo antes del desastre de Reach.

La comunicación IA-humana era a la vez molesta y reconfortante, ya que sabía todo lo que Cortana podía hacer. Dependería de ella en las siguientes horas y días, igual que ella dependería de él. Era como formar de nuevo parte de un equipo.

El Jefe Maestro los saludó y abandonó el puente. El sonido de los combates se oía cada vez más fuerte, lo que indicaba que, a pesar de los esfuerzos de los soldados, las fuerzas del Covenant se las habían arreglado para salir de las áreas contiguas a las escotillas de ventilación y que habían logrado llegar al área que rodeaba el puente de mando.

Los cadáveres yacían desparramados por el pasillo, a unos escasos cincuenta metros del puente. Los defensores humanos habían logrado refrenarlos, pero el Jefe sabía que el último asalto había estado cerca. Demasiado cerca.

El Jefe Maestro se arrodilló al lado de un alférez muerto, se tomó un momento para cerrarle los párpados y se apropió de la munición del soldado. La pistola que el capitán le había entregado era la estándar en el ejército; disparaba munición perforadora semiblandada explosiva de 12.7 mm, en cargadores de doce balas. No era su preferida para enfrentarse a un Elite, pero le iría bien para encargarse de los Grunts.

Se oyó un chasquido metálico cuando deslizó el primer cargador en la culata de la pistola, seguido por la súbita aparición de un círculo azul en su HUD, un punto de mira, cuando su armadura entro en contacto electrónico con el arma que sostenía.

Después, consciente de la necesidad de sacar a Cortana de la nave, se abrió camino por el pasillo. Oyó los agudos chillidos y los extraños ladridos antes de ver a los Grunts. Consecuentemente con su condición de veterano, el primer extraterrestre que dobló la esquina llevaba una armadura de bordes rojos, una botella de metano y

un cargador de metralletas del ejército. El alienígena llevaba el equipo requisado cruzado y lo arrastraba por el suelo. Dos de sus camaradas le sujetaban la parte trasera.

Seguro de que había más de esos extraterrestres vagamente simiescos de camino, el Jefe Maestro se detuvo, a la espera de que apareciera el resto, y abrió fuego. Los amortiguadores de retroceso de la armadura redujeron el efecto, pero aún pudo sentir los golpes de la culata contra la palma de la mano. Los tres Grunts cayeron muertos, con disparos en la cabeza. Un pus azul fosforescente salpicó el suelo.

No era mucho, pero sí un comienzo.

El Jefe Maestro pasó por encima de los cuerpos y siguió adelante. Una cápsula de salvamento. Esa era su meta, y haría lo necesario para llegar a ella.

Afrentado por la vergüenza que conllevaba, pero consecuente con sus órdenes, el Élite llamado Isna ‘Nosolee esperó a que los Grunts, los Jackals y dos miembros de su propia raza hubieran atravesado la escotilla de ventilación humana antes de abandonar la nave de abordaje. Iba armado con una pistola de plasma, además de media docena de granadas, pero estaba allí más como observador que como soldado, lo que significaba que el Élite confiaría en sus escudos energéticos y sus sistemas de camuflaje para mantenerse con vida.

Su papel, algo poco usual, era servir de ‘Ossoona, el Ojo del Profeta. El concepto, como su superior había indicado a ‘No solee, era introducir a oficiales experimentados en situaciones de las que se pudiese recoger información, y hacerlo pronto, para que ésta fuese de buena calidad.

Aunque eran inteligentes y valientes, los Profetas creían que los Élites tenían la desafortunada tendencia de destruir todo a su paso y dejar a los analistas muy pocos elementos que estudiar.

Ahora, al añadir ‘Ossoonas a los combates, los Profetas esperaban aprender más sobre los humanos, desde datos armamentísticos y sobre el despliegue de sus fuerzas hasta el mayor premio: las coordenadas de su planeta original, la Tierra.

‘Nosolee tenía tres objetivos principales: recuperar la Inteligencia Artificial de la nave del enemigo, capturar el personal veterano y grabar todo lo que viese a través de las cámaras instaladas en su casco. Los dos primeros serían bastante difíciles de cumplir, pero una rápida comprobación le confirmó que el vídeo funcionaba, por lo que el tercero estaba asegurado.

Y aunque la misión estaba vacía de honor, ‘Nosolee entendía su propósito, y estaba determinado a triunfar en él, aunque sólo fuese para volver a formar parte de las tropas de infantería, a las que él pertenecía.

El Élite oyó el traqueteo regular de las armas humanas cuando un grupo de soldados se refugiaron tras una esquina, perseguidos de cerca por un pelotón formado por Grunts y Jackals. El ‘Ossoona valoró la posibilidad de matar a los humanos, se lo

pensó mejor y se apretó contra un mamparo. Ninguno de los combatientes se dio cuenta del punto en el que el metal parecía un poco rugoso, y un momento después el espía se escabulló.

Parecía como si el *Autumn* estuviese infestado por demonios con armaduras cromadas escupiendo fuego de plasma. El Jefe Maestro había conseguido un fusil de asalto MA5B junto con casi cuatrocientas balas perforadoras de 7,62 mm. En una situación como ésta, con tanta artillería a su alcance, prefería recargar cuando el indicador de munición le indicara que el arma estaba alrededor de diez. No hacerlo podría traducirse en una catástrofe si se encontraba con una férrea resistencia. Con esto en mente, el Jefe apretó el botón de apertura y dejó caer un cargador casi vacío, para colocar uno nuevo en su lugar. El contador de munición digital del arma se reajustó, así como su gemelo en el HUD.

—Nos acercamos —dijo Cortana en algún lugar justo fuera de su cabeza—. Pasa por debajo de esa escotilla y sube un nivel.

El Jefe Maestro se encontró con un Élite negro y brillante, y abrió fuego. También había Grunts en el área, pero sabía que los Élites eran el verdadero peligro. Disparó con mano experta un trío de ráfagas contra el alienígena.

El Élite rugió desafiante y devolvió el fuego, pero la especial dureza de los proyectiles de 7,62 mm hizo que el escudo del Élite se encendiese, se sobrecargase y acabase por fallar. El corpulento extraterrestre cayó de rodillas, se inclinó hacia adelante y se derrumbó. Asustados por la suerte que había corrido su líder, los Grunt ladraron, dieron media vuelta y salieron disparados.

Individualmente, los Grunts eran cobardes, pero el Spartan había visto qué podía hacer una manada de esas criaturas. Abrió fuego de nuevo. Los cuerpos alienígenas se tambalearon y cayeron.

Continuó por la escotilla, oyó más disparos y se volvió en esa dirección. Cortana le advirtió.

—¡El Covenant! ¡Justo por encima de nosotros!

Corrió hacia una escalera de metal para subir a la cubierta superior.

Las botas resonaron sobre el metal mientras introducía un nuevo cargador en el arma y sobrepasaba un marine herido. El Spartan recordaba al soldado de una de sus últimas misiones en una de las estaciones de defensa orbitales de Reach. El marine se presionaba una herida de plasma con unas gasas y consiguió sonreírle.

—Me alegro de que haya llegado, Jefe... Le hemos reservado unos cuantos comparsas...

El Spartan asintió, se detuvo al llegar al rellano y apuntó a un Jackal. Estas criaturas, con un aspecto que recordaba vagamente al de un ave, llevaban escudos de energía sujetos al brazo, a diferencia de los protectores de cuerpo entero de los Élites. El Jackal se movió para apuntar mejor al marine herido, y el Jefe pudo ver una

abertura en su defensa. Disparó una andanada hacia el flanco desprotegido del Jackal, y el alienígena cayó sobre las planchas del suelo, muerto.

Continuó subiendo la escalera, para acabar casi visor a visor con otro Élite. El extraterrestre rugió y cargó, con el fusil de plasma blandido a modo de bate. El Jefe Maestro esquivó el golpe y retrocedió. Ya había luchado cara a cara con los Élites antes, y sabía que eran peligrosamente fuertes. Bajó el fusil de asalto a la altura del vientre del Élite y apretó el gatillo.

El soldado del Covenant parecía absorber las balas como si fuese una esponja y siguió avanzando, sólo para acabar desmoronándose cuando una última ráfaga le atravesó la médula espinal. El soldado extraterrestre golpeó el suelo, tuvo un espasmo y murió.

El Spartan-117 agarró otro cargador. Otro Élite rugió... y otro más. No tenía tiempo de recargar, así que el Jefe Maestro se dio la vuelta para enfrentarse a ellos. Dejó a un lado el fusil de asalto y agarró la pistola. Había un par de marines muertos a los pies del alienígena, a sólo unos veinticinco metros.

«Están a mi alcance», pensó, y abrió fuego.

El primer Élite gruñó cuando las fuertes balas desgarraron los escudos que le rodeaban la cabeza. Al sentir la amenaza del Spartan, las criaturas dirigieron todo su fuego en su dirección, sólo para ver cómo se disipaba al chocar contra sus escudos y su armadura.

Libres para poder descerrajar sus disparos a donde quisieran, los marines lanzaron un contraataque confuso. Una granada de fragmentación hizo volar a uno de los Élites en jirones sanguinolentos, despedazó los Jackals que habían tenido la mala idea de colocarse cerca de él y lanzó pedazos de chatarra volando por la escalera, que acabaron clavándose en los mamparos.

El otro Élite cayó bajo una lluvia de balas. Fue como si se perdiese la fuerza, se doblase y acabase volando.

—¡A esto es a lo que me refería! —graznó un marine. Disparó el tiro de gracia a la cabeza del extraterrestre.

Satisfecho por haber asegurado razonablemente el área, el Jefe Maestro siguió adelante. Pasó a través de una puerta metálica, ayudó a un par de soldados a acabar con un escuadrón de Grunts y descendió por un corredor empapado de sangre, humana y alienígena. El suelo saltó cuando el *Autumn* recibió un nuevo impacto de un misil nave-a-nave. Se oyó un golpe amortiguado y una luz se encendió más allá de los puertos.

—Están lanzando las lanchas salvavidas —anunció Cortana—. ¡Debemos darnos prisa!

—Me estoy dando prisa —replicó el Jefe Maestro—. Llegaré lo más pronto que pueda.

Cortana empezó a contestar, lo reconsideró y procesó lo equivalente a un encogimiento de hombros. A veces, aunque eran inexactos, los humanos tenían razón.

La capitana de vuelo Carol Rawley, mejor conocida por sus colegas marines de la nave como la Foehammer, esperó a que el Grunt doblara la esquina. Le disparó en la cabeza y el pequeño cabrón respirador de metano se desplomó como una piedra. La piloto lanzó un vistazo, verificó que el siguiente corredor estaba despejado e hizo una seña a los que se encontraban detrás de ella.

—¡Adelante! ¡Salgamos mientras haya vía libre!

Tres pilotos, junto con otros tantos miembros de la tripulación, siguieron a Rawley, que corría ruidosamente por el pasadizo. Era una mujer alta, de hombros anchos, y corría con determinación. El plan, si la locura que había pergeñado podía merecer ese nombre, era llegar hasta el hangar de lanzamiento de la nave, saltar dentro del descargador D77-TC *Pelican* y salir del *Autumn* antes de que el crucero se estampase contra la construcción que tenían debajo. Si todo iba bien, el despegue sería muy complicado y el aterrizaje sería imposible, pero prefería morir a los mandos de su pájaro que dejar su destino a manos del piloto de un salvavidas. Además, quizá les sería útil tener algunos transportes si alguien lograba salir de la nave con vida.

Y ese «si» era una suposición muy grande.

—¡Están detrás! —gritó alguien—. ¡Corred, rápido!

Rawley no era muy veloz. Maldición, ella era piloto. Se volvió para apuntar a sus cazadores, cuando un globo de plasma verde chisporroteó al pasar al lado de su oreja.

—¡A la mierda! —gritó, y corrió con energías renovadas.

A medida que la batalla contra los terrícolas se hacía más furiosa, el Grunt llamado Yayap conducía un pequeño destacamento de compañeros de su raza a través de una puerta medio fundida para llegar a la escena de una masacre. Las paredes cercanas estaban bañadas de sangre azul brillante. Había montones de casquillos usados por todas partes, y una pila de cadáveres de Grunts demostraba la derrota en aquella escaramuza. Yayap se arrodilló un segundo, en señal de luto por sus hermanos caídos.

Que la mayoría de los muertos fuesen Grunts no sorprendió a Yayap, ya que los Profetas hacía tiempo que usaban a su raza como carne de cañón. Esperaba que todos hubieran ascendido hasta un paraíso de metano, y estaba a punto de dejar atrás la pila de cadáveres cuando oyó el gemido de uno de los cuerpos.

El Grunt se detuvo y, acompañado por uno de sus compañeros, llamado Gagaw, revolvió entre la sanguinolenta masa, para descubrir que el sonido lo emitía un miembro de los Élités, vestido con armadura negra, uno de los «bendecidos por los Profetas» que estaban al cargo de ese asalto irreflexivo. Por ley y por tradición, la raza de Yayap debía reverenciar a los Élités como enviados casi divinos de los

Profetas. Claro que el cumplimiento de la ley y la tradición era un poco flexible en el campo de batalla.

—Déjalo —recomendó Gagaw—. Es lo que él haría si fuese uno de nosotros el herido.

—Cierto —respondió Yayap, reflexionando—, pero tendríamos que llevarlo a la nave entre los cinco.

Gagaw tardó diez latidos en asimilar la idea y apreciar la genialidad que implicaba.

—¡Y no tendríamos que luchar!

—Eso mismo —dijo Yayap, mientras los sonidos de la batalla se recrudecían—, así que le cubrimos las heridas con algunas vendas, lo cogemos por brazos y piernas, y le sacamos el culo de aquí.

Una comprobación rápida reveló que las heridas del Élite no eran mortales. Un proyectil humano se había abierto paso a través del visor, había recorrido el lateral de la cabeza y se había alojado en la parte interior del casco del Élite. La fuerza del golpe lo había dejado inconsciente. Sólo tenía eso y algunos cortes y arañazos que se había hecho al caer; el Élite sobreviviría.

«Una lástima», pensó Yayap.

Contentos de que su pase de salida de la nave viviría lo suficiente para llevarlos a donde querían ir, los Grunts cogieron las extremidades del guerrero y corrieron por el pasillo. Su batalla había acabado.

La asignación del contingente de Soldados de Choque de Caída Orbital del *Autumn*, también conocidos como ODST o Helljumpers, era proteger la planta energética experimental del crucero, que consistía en una red de motores de fusión sin parangón.

Se podía acceder a la sala de motores por dos puntos principales, cada uno de los cuales estaba protegido por una escotilla metálica de titanio-A. Estaban conectados por una pasarela, y aún se hallaban bajo control humano. Que hubiese obligado a los marines del comandante Antonio Silva a apilar los cuerpos de los soldados del Covenant caídos como si se tratase de leña para mantener despejados los campos de tiro reflejaba lo efectivos que eran los hombres y mujeres que tenía bajo sus órdenes.

También había habido bajas humanas, muchas, incluyendo a la teniente Melissa McKay, que esperaba impaciente a que Doc Valdez, el médico de la sección, le vendara el brazo. Había mucho que hacer, y McKay quería levantarse y hacerlo.

—Tengo malas noticias, teniente —comunicó el médico—. El tatuaje de su bíceps, el de la calavera con las letras ODST, ha quedado afectado. Se puede hacer uno nuevo, pero la tinta no queda tan bien con las cicatrices.

McKay sabía cuál era el propósito de toda esa cháchara, ésa era la forma que tenía Doc de hacer que se olvidara de Dawkins, Al-Thani y Suzuki. El médico sujetó

bien el vendaje y la oficial se colocó la manga por encima.

—¿Sabe qué, Valdez? No tiene remedio. Y lo digo como un cumplido.

Doc se secó la frente con una manga, y acabó manchándose con la sangre de Al-Thani.

—Gracias, teniente. Cumplido aceptado.

—Muy bien —bramó el comandante Silva mientras caminaba a largas zancadas hacia el centro de la pasarela—. ¡Escúchenme! Se acabó el recreo. El capitán Keyes se ha cansado de nuestra compañía y quiere que abandonemos esta bañera. Ahí abajo hay una especie de construcción, que tiene de todo, atmósfera, gravedad y una cosa que a los marines nos gusta tanto como la cerveza... tierra firme bajo nuestros pies.

El oficial de la ODST se detuvo en ese momento, para observar con sus ojos redondos y brillantes las caras que lo rodeaban.

—La mayor parte de la tripulación y de vuestros colegas soldados dejaron la nave a bordo de salvavidas. Viajarán hasta la superficie de esa instalación con aire acondicionado, bebiendo vino y picoteando aperitivos. Pero vosotros no, de ninguna manera. Vosotros dejaréis el *Pillar of Autumn* de otra forma. Decidme, chicos, chicas... ¿cómo os iréis?

Era un antiguo ritual de honor, y los marines de la ODST rugieron al unísono la misma respuesta:

—¡CON LOS PIES POR DELANTE, SEÑOR!

—Claro que sí, maldita sea —ladró Silva—. Ahora vayamos hasta las cápsulas de salida. El Covenant está disfrutando de un picnic en la parte exterior de la nave, y todos estáis invitados. Tenéis cinco minutos para ataros las correas, abrocharos los cinturones y meteros un tapón en el culo.

Era un viejo chiste, uno de sus preferidos, y los marines rieron como si lo oyeran por primera vez. Formaron en escuadrones y siguieron a sus suboficiales hacia el corredor que los llevaría hacia babor.

McKay condujo a su sección por el pasillo, y dejaron atrás los soldados asignados a vigilar la intersección y lo que debía de haber sido un campo de batalla. Había cuerpos tirados justo donde habían caído, quemaduras de plasma en las paredes y una larga línea de agujeros del calibre 7,62 mm señalaban la última andanada que había podido disparar uno de aquellos soldados.

Dieron la vuelta a una esquina y se metieron en lo que los marines llamaban «La sala de espera del infierno». Los soldados corrieron hacia el centro de un compartimento largo y estrecho que albergaba dos líneas de vainas de escape individuales ovaladas. Cada una de ellas llevaba el nombre de uno de los soldados, y se sujetaba a un tubo que atravesaba todo el vientre de la nave.

La mayoría de los aterrizajes durante el combate se realizaban a bordo de naves de asalto, pero eran lentas y podían caer bajo el fuego antiaéreo. Por eso la UNSC

había invertido el tiempo y el dinero necesarios para crear una segunda forma de lanzar sus tropas a través de una atmósfera: eran los Vehículos de Entrada para Humanos, los HEV.

El fuego antiaéreo controlado por ordenador podía alcanzar alguna de las cápsulas, pero eran dianas pequeñas y cada acierto supondría sólo una muerte, en lugar de una docena.

Únicamente había un problema. Cuando los recubrimientos de cerámica de los HEV se soltaban al quemarse, el aire en el interior de las cápsulas se hacía increíblemente caliente, a veces de forma fatal: por eso a los integrantes de la ODST se los conocía como Helljumpers. Era una sección totalmente voluntaria, y hacía falta estar un tanto loco para alistarse en ella.

McKay se quedó en el pasillo central hasta que cada uno de sus hombres se hubo colocado en su cápsula. Eso significaba que tendría sesenta segundos menos para llevar a cabo los preparativos, y entró veloz en su HEV tan pronto se cerró la última escotilla.

Una vez dentro, McKay aseguró con manos veloces el arnés, realizó las obligatorias comprobaciones del sistema, retiró una serie de seguros, preparó el tubo de eyección y clavó la vista en la pequeña pantalla que tenía delante. El ordenador de control del fuego del *Autumn* ya había calculado la energía necesaria para disparar la cápsula y lanzar el HEV en la trayectoria de entrada adecuada. Ella sólo tenía que aguantar, rezar para que la carcasa de cerámica de la cápsula aguantase hasta que se abriese el paracaídas e intentar olvidar lo frágil que era ese vehículo.

Justo cuando la oficial afirmó sus botas en el mamparo y miró la cuenta atrás, el último número se convirtió en un cero.

La cápsula cayó, aceleró en el tubo de eyección y se desplomó hacia el mundo anillo que tenían debajo. Se le revolvió el estómago y el pulso se le disparó.

Alguien deslizó un diminuto disco en un reproductor de datos, pulsó una tecla y emitió a todo volumen el sonido del himno de los Helljumpers en la frecuencia del equipo. El reglamento dejaba claro que el uso no autorizado de los comunicados de la UNSC era algo malo, muy malo, pero McKay sabía que en ese instante en concreto era algo bueno, y que Silva habría estado de acuerdo, porque no salió ningún sonido de la frecuencia de mando. La música resonaba en sus oídos, el HEV traqueteó cuando penetró en la atmósfera de aquella construcción, y los marines cayeron, con los pies por delante, sobre el anillo.

El suelo dio un salto cuando otro golpe impactó en el *Pillar of Autumn*; la batalla seguía encrudeciéndose en el interior. El Jefe Maestro estaba ya cerca de los salvavidas, decidido a acelerar para llegar a uno. Entonces fue cuando Cortana gritó «¡Detrás de ti!» y el Jefe Maestro notó que un rayo de plasma lo golpeaba de lleno entre los omóplatos.

Rodó con el impacto y saltó sobre sus pies. Dio la vuelta para estar cara a cara con su atacante y vio que un Grunt había saltado de un tubo de mantenimiento del techo. La diminuta criatura estaba de pie, en el pasillo, con una pistola de plasma cargándose en sus manos. Con tres pasos, el Jefe Maestro se acercó a él y usó el fusil de asalto para derribarlo, a lo que siguieron tres ráfagas. La pistola del Grunt descargó la energía acumulada en el techo. Algunas gotas de metal fundido sisearon sobre los escudos del Jefe Maestro.

Las balas perforaron el aparato respiratorio del alienígena, que dejó escapar un chorro de metano que hizo que su cuerpo empezase a dar vueltas como una peonza.

Otros tres Grunts aterrizaron en los hombros del Jefe Maestro y lo inmovilizaron. Era casi para echarse a reír, hasta que el Spartan se dio cuenta de que uno intentaba arrancarle el casco. Un segundo extraterrestre llevaba una granada de plasma encendida... Los muy cabrones intentaban hacerla explotar dentro de la armadura.

Flexionó los hombros y se sacudió como un perro.

Los Grunts salieron volando en todas direcciones y el Jefe Maestro les disparó ráfagas cortas y controladas para acabar con ellos. Se volvió hacia los salvavidas.

—¡Vamos! —lo urgió Cortana—. ¡Corra!

El Spartan corrió cuando la puerta ya empezaba a cerrarse. Cerca de él, un marine que también corría para coger la nave cayó al suelo y el Jefe se detuvo para recogerlo y lanzarlo dentro de la lancha.

Una vez dentro, se encontraron con un pequeño grupo de tripulantes que ya habían abordado la nave de escape.

—Ahora sería un buen momento para irse —comentó Cortana con calma, cuando algo más explotó y el crucero respondió temblando.

El Jefe Maestro se quedó observando la escotilla. Esperó a que se cerrase del todo, vio que se encendía la luz roja y supo que ya estaba sellada.

—Dele.

El piloto pulso la secuencia de despegue y el bote salvavidas se liberó de la nave, impulsado por una columna de fuego. La lancha recorrió la superficie del *Autumn* a una velocidad mareante. Rayos de plasma de una fragata del Covenant golpeaban con fuerza el casco del *Autumn*. En unos segundos, el salvavidas se distanció del crucero y se dirigió hacia el anillo.

El Jefe Maestro apagó su sistema de comunicación exterior y habló directamente con Cortana.

—¿Alguna idea de lo que es eso?

—No —admitió Cortana—. He conseguido rapiñar algunos datos de la red de batalla del Covenant. Lo llaman Halo y tiene algún tipo de importancia religiosa para ellos, pero aparte de eso... cualquier suposición suya será tan buena como las mías. —Hizo una pausa, y el Spartan sintió que la LA. sonreía—. Bueno, casi tan buena.

—Halo —repitió él—. Parece que lo llamaremos «hogar» durante un tiempo.

El salvavidas era demasiado pequeño para incluir un motor Transluz Shaw-Fujikawa, por lo que no podían ir a ningún otro sitio que no fuese el anillo. No hubo gritos de alegría, ni choques de manos, sólo silencio cuando la nave caía a través de la oscuridad del espacio. Estaban vivos, aunque eso podía cambiar, por eso no había nada que celebrar.

—Este puesto es una mierda —dijo un marine.

Nadie tuvo nada que objetar.

Rawley y sus compañeros se detuvieron, giraron en redondo y dieron rienda suelta a todo lo que tenían. Su armamento incluía dos pistolas, un fusil de asalto y un fusil de plasma con el que se había hecho un soldado en el trayecto. No era un gran arsenal, pero le bastó para tumbar tres Jackals y quizá matarlos. Rawley le partió el cráneo al último de ellos con la bota.

Ansiosos por abordar la nave, el grupo se deslizó por debajo de la escotilla que llevaba al muelle de carga, la cerraron detrás de ellos y corrieron hacia los Pelicans. Foehammer vio el suyo, dio gracias a que estuviese intacto y subió por la rampa. Como siempre, tenía el depósito lleno, las armas cargadas y estaba preparado para volar. Frye, su copiloto, se colocó en posición, justo detrás de ella, el mecánico de vuelo Cullen cerraba la marcha.

En la cabina, Rawley se abrochó los cinturones, realizó una versión abreviada de las comprobaciones anteriores al vuelo y encendió los motores del transporte. Junto con el resto de las naves, lanzó un rugido satisfactorio. La escotilla exterior empezó a abrirse, y todos los objetos sueltos se vieron arrastrados al espacio a causa de la explosiva descompresión.

Minutos después el crucero entraba en la atmósfera del mundo anillo, lo que significaba que los transportes ya podían despegar... pero tenían que hacerlo rápido. La fricción de reentrada estaba creando un muro de fuego alrededor de la nave.

—¡Mierda! —grito Frye—. ¡Mira eso! —Y señaló hacia adelante.

Rawley miró y vio una embarcación de desembarco del Covenant dirigiéndose directamente hacia el muelle, afrontando el calor generado por la velocidad de reentrada del *Autumn*. Para escapar de esa nave, que se hundía, sólo les quedaba un pequeño resquicio, una pequeña oportunidad, y el cabrón del Covenant se había colocado en medio.

La piloto soltó una sarta de tacos y sacó el seguro del arma frontal, que sacudió toda la nave, agujereó el blindaje alienígena y golpeó algo vital. El transporte enemigo tembló, perdió el control y chocó, dando vueltas, contra el casco del *Autumn*.

—*Perfecto* —dijo la jefa de vuelo por la frecuencia de nave a nave—. *Salgamos de aquí y vayamos a saludar a nuestros anfitriones. Nos vemos en tierra. Foehammer*

fuera.

Apagó el transmisor y susurró:

—Buena suerte.

Las naves dejaron el muelle una a una, realizaron una serie de giros y descendieron hacia el cada vez mayor anillo. Rawley puso todo su empeño en mantener el control de la nave contra la atmósfera. Un aviso de recalentamiento empezó a parpadear cuando la fricción ocasionó un enorme aumento térmico en el fuselaje del Pelican. Los bordes frontales de las cortas alas de la nave se pusieron al rojo vivo.

—Joder, jefa —se quejó Frye, entre el castaño de sus dientes, a causa del traqueteo del Pelican—, quizá no haya sido tan buena idea.

Foehammer realizó unos ajustes, consiguió mejorar el ángulo para planear y miró a la derecha.

—Si tiene una idea mejor —le gritó—, expóngala en la próxima reunión.

—Sí, señora —asintió él.

—Hasta entonces —añadió ella—, cierre la boca y déjeme pilotar.

El Pelican atravesó una bolsa de aire, se derrumbó como una piedra y se recuperó. El transporte se tambaleaba como si estuviese poseído. Rawley gritó y luchó con los controles mientras la nave se desplomaba hacia la superficie del anillo.

Las fuerzas del Covenant habían lanzado un ataque coordinado a la sala de control hacía quince minutos, pero los defensores habían logrado rechazarlos. Desde entonces, había disminuido el número de refriegas y había informes de que algunos extraterrestres, al menos, usaban los botes de asalto para volver a su nave.

No estaba claro si se debía al considerable número de bajas que habían sufrido las fuerzas del Covenant o si se habían dado cuenta de que la nave corría peligro de deshacerse en pedazos, pero eso ya no importaba. Lo principal era que el área circundante al puente estaba despejada, lo que significaba que Keyes, junto con el equipo de control que habían permanecido allí para ayudarlo, podrían desempeñar sus tareas sin miedo a que les disparasen por la espalda. Al menos por el momento.

Su siguiente labor era trasladar el *Autumn* hasta la atmósfera. No era sencillo si se tenía en cuenta que, como todas las naves de su tonelaje, el crucero se había construido en condiciones de gravedad cero y no estaba equipado para operar en atmósferas planetarias.

Keyes estaba convencido de que era posible. Por eso planeaba acercarse al mundo anillo, controlar manualmente la subrutina que Cortana había dejado preparada para ese propósito y usar el último salvavidas para escapar. Quizá la nave se espachurraría, quizá no. Pasara lo que pasase, lo más seguro era probar el aterrizaje desde cierta distancia.

Keyes miró los datos que pasaban por la pantalla de navegación y percibió algo

que se movía con el rabillo del ojo. Miró, vio que la estación de control de armas titilaba, como un espejismo en el desierto, y se frotó los ojos. Cuando el oficial naval miró una segunda vez, el fenómeno se había desvanecido.

Keyes arrugó la frente, volvió a la pantalla de navegación e inició la secuencia de órdenes que situarían el *Autumn* en un lugar al que no estaba preparado para ir: tierra firme.

Isna ‘Nosolee aguantó la respiración. El humano lo había mirado directamente a los ojos, pero no se había alarmado y había dado media vuelta. Seguramente que los que habían estado antes, y de quienes fluía todo el conocimiento, habían bendecido sus acciones.

El camuflaje, combinado con su propio talento para la infiltración, era extremadamente efectivo. Desde que había subido a bordo, ‘Nosolee se había paseado por la sala de motores de la nave y el centro de control de fuegos, antes de llegar al puente. Ahora, ante un conducto de ventilación, el Élite reflexionaba qué hacer a continuación.

Habían extraído o destruido la LA. de la nave, de esto estaba seguro. Pero aún quedaban oficiales de alto rango, por lo que aún había una oportunidad.

A juzgar por la forma en que el resto de los humanos interactuaban con él, ‘Nosolee sentía que el hombre llamado Kis tenía el rango de comandante del navío. Sería un premio muy valioso.

¿Cómo capturar a un humano? Era evidente que no lo acompañaría por su propio pie, y sus compañeros estaban armados. En el momento en que ‘Nosolee desactivara el camuflaje le dispararían. Individualmente, los humanos eran débiles, pero eran peligrosos en manadas. Y los animales se hacían aún más peligrosos cuando su extinción se acercaba.

No, la clave estaba en la paciencia. El Élite debía esperar. Seguía saliendo vapor del frío conducto de ventilación y el aire parecía temblar, pero nadie se daba cuenta.

—Muy bien —dijo Keyes—, vamos a hacerla descender... Preparados para encender los propulsores de popa... ¡Ahora!

Los propulsores se encendieron y frenaron el ritmo de descenso de la nave. El *Pillar of Autumn* se bamboleó durante unos momentos, al entrar en contacto con el campo gravitatorio del anillo, y corrigió su ángulo de entrada.

Cortana, o al menos la parte que había dejado atrás, tomó el control a partir de entonces. Los propulsores se encendían en ráfagas tan cortas que eran como notas sueltas en una melodía continua. La subrutina, de una alta adaptabilidad, calculaba variables, estudiaba la información externa y tomaba miles de decisiones por segundo.

El maltratado casco de la nave dio una sacudida cuando entró en la atmósfera, empezó a temblar, y una gran cantidad de objetos se esparcieron por el suelo.

—No puedo llevarlo más lejos —anunció Keyes—. Deleguen todos los controles y las funciones a la prima de Cortana, y saquemos el culo de esta nave.

Se oyó un coro de feroces «Señor, sí, señor». Y los tripulantes del puente empezaron a retirarse de la nave que tan duramente habían intentado salvar, miraron por última vez alrededor y cogieron sus armas. Los combates habían cesado, pero eso no significaba que se hubiesen ido todas las fuerzas del Covenant.

‘Nosolee observó, nervioso, que todos los humanos salían del puente. Espero a la última persona y los siguió. Había empezado a idear un plan. Era audaz, no, quizá brillante, pero el Élite creía que eso le ayudaría a salirse con la suya.

La lancha salvavidas reservada a la tripulación del puente de mando estaba cerca. Habían asignado seis marines a su vigilancia y tres de ellos habían muerto. Habían arrastrado los cadáveres hacia uno de los extremos y los habían colocado en una hilera.

—¡Capitán en cubierta! —gritó un cabo.

—No pasa nada —dijo Keyes, y se movió hacia la escotilla—. Gracias por esperarnos, hijo. Siento lo de sus compañeros.

El cabo, firme, asintió. Debía de estar fuera de servicio cuando empezó el ataque, ya que llevaba sólo afeitada la mitad de la cara.

—Gracias, señor. Se llevaron con ellos a una docena de esos cabrones.

Keyes hizo un gesto de asentimiento. Tres vidas a cambio de doce. Parecía un buen intercambio, pero ¿qué había de bueno en eso? Y, de todas formas, ¿de cuántas tropas disponía el Covenant? ¿A cuántos tendría que matar cada humano? Alejó estos pensamientos de su mente y señaló la abertura con el pulgar.

—¡Todo el mundo a bordo, deprisa!

Los supervivientes corrieron hacia la nave, y ‘Nosolee los siguió, aunque le resultaba difícil evitar tocar a esos gusanos humanos en un cubículo tan estrecho como aquél. Había un poco de espacio en la parte delantera y un agarre que le sería de ayuda cuando abandonasen la gravedad que generaba la enorme nave. Más tarde, cuando el salvavidas hubiese aterrizado, el Élite encontraría una forma de separar a Kis del resto de los humanos y reducirlo. Mientras, sólo tenía que aguantar, pasar desapercibido y llegar a la superficie del planeta.

Los pasajeros humanos se ataron los cinturones. El bote salió disparado de la cubierta y cayó hacia el anillo que tenían debajo. Los propulsores se encendieron, lo que estabilizó la pequeña nave, y planearon en una trayectoria calculada previamente, hacia la superficie.

Keyes se había colocado tres asientos por detrás del piloto. Frunció el ceño, como si buscara algo, y esperó a que la nave despegase. Se inclinó hacia el marine que se encontraba enfrente de él.

—Perdone, cabo.

—¿Señor? —El marine parecía agotado, pero de alguna forma consiguió ponerse firme, a pesar de estar atado a una silla de aceleración.

—Déjeme su arma, hijo.

La expresión de su cara dejó claro que lo último que deseaba el soldado era separarse de una de sus armas, y menos en un lugar tan pequeño. Pero el capitán era el capitán y no tenía otra opción. Las palabras «Sí, señor» aún se estaban formando en su cerebro para enviarlas a la boca cuando notó que le cogían de un tirón la pistola MD6 de la funda.

Keyes se preguntaba si una de sus balas de 12,7 mm podía atravesar el relativamente delgado casco del bote salvavidas. ¿Causaría una explosión y mataría a todo el mundo a bordo?

No lo sabía. Lo único que sabía era esto: el hijo de puta del Covenant que se encontraba en su lancha moriría. Keyes levantó el arma, apuntó al centro del extraño y fantasmal temblor y apretó el gatillo.

El Élite percibió el movimiento, pero no había adonde escapar, e intentaba coger su propia pistola cuando le impactó la primera bala.

El M6D se movió, empezó a alzar el cañón y la tercera bala del cargador atravesó el casco de 'Nosolee, le reventó los sesos, que se desparramaron, y lo liberó de la tiranía de la realidad física.

El estruendo del tercer disparo aún no se había apagado cuando el generador de camuflaje dejó de funcionar, y del aire apareció un Élite. El cuerpo del extraterrestre flotó hacia el final de la cabina. Miles de glóbulos de sangre alienígena escoltaron los pedazos del cerebro hacia la popa de la nave.

La teniente Hikowa se agachó para evitar que una de las botas de la criatura le asestase un golpe en la cabeza. Con cara impasible, alejó de ella el cadáver. El resto de los pasajeros estaban demasiado sorprendidos para hacer o decir nada.

El capitán, lentamente, sacó el cargador del arma, hizo saltar la bala de la cámara y devolvió la pistola al sorprendido cabo.

—Gracias —dijo Keyes—. Funciona muy bien. No olvide cargarla.

SECCIÓN II

HALO

2

DESPLIEGUE 00 HORAS. 3 MINUTOS. 24 SEGUNDOS (RELOJ DE MISIÓN DEL COMANDANTE SILVA)/HEV DEL MANDO, EN CAÍDA DE COMBATE SOBRE LA SUPERFICIE DE HALO

Siguiendo los protocolos de inserción estándar de la UNSC, el HEV del comandante Antonio Silva aceleró al despegar, para ser de los primeros en entrar en la atmósfera de Halo. Había varias razones para eso, además de la fuerte creencia de que los mandos debían abrir el camino, y no ir por detrás, debían estar dispuestos a hacer lo mismo que les ordenasen a sus tropas, y debían exponerse al mismo nivel de peligro.

Pero había razones adicionales, empezando por la necesidad de recoger, ordenar y organizar a las tropas en el momento en que sus botas tocasen el suelo. La experiencia demostraba que lo que los Helljumpers conseguían realizar durante la primera hora, llamada la Hora de Oro, tendría un efecto desproporcionado en el éxito o el fracaso de toda la misión. Y especialmente ahora, cuando los marines habían sido lanzados sobre un mundo hostil sin ningún informe de los servicios de inteligencia, ninguna simulación en realidad virtual ni ninguno de los módulos de equipamiento específico que normalmente recibirían antes de una operación de esas características. Para compensarlo, la vaina de mando estaba siempre equipada con una serie de aparatos que el resto de los huevos no tenían, entre ellos un aparato de reproducción de imágenes de alta frecuencia y la IA militar de clase C necesaria para hacerlo operativo.

Esta inteligencia en concreto se había programado a partir de una personalidad masculina. Se llamaba Wellsley, en honor al famoso duque de Wellington, y tenía una personalidad a juego. Aunque sus capacidades eran menores que las de una IA de alto nivel como Cortana, las de Wellsley estaban especializadas en contenidos militares, lo que lo convertía en algo de gran ayuda, aunque de mente muy cerrada.

El HEV se sacudió violentamente y dio una vuelta de campana. La temperatura interior subió hasta casi los cuarenta grados. El sudor resbalaba por la cara de Silva.

—Entonces —seguía Wellsley, cuya voz surgía de los auriculares del comandante

—, basado en la telemetría disponible en el espacio, más mis análisis, parece que la estructura etiquetada como HS2604 cubrirá nuestras necesidades. —El tono de la IA cambió levemente mientras reiniciaba la subrutina conversacional—. Quizá podría llamarla Gawilghur, como la fortaleza que conquisté en la India.

—Gracias —dijo Silva ahogadamente, mientras la cápsula se volteaba de nuevo —, pero no, gracias. Primero: tú no conquistaste esa fortaleza. Lo hizo Wellington. Segundo: No existían los ordenadores en 1803. Tercero: ninguno de mis soldados sería capaz de pronunciar «Gawilghur». Creo que la designación Base Alfa irá bien.

La IA lanzó lo que parecía una buena imitación de un suspiro.

—Muy bien, pues. Como decía, la Base Alfa se encuentra en la cima de ese cerro.

La imagen de pantalla curvilínea situada a menos de un palmo de la punta de la nariz del marine pareció temblar y el vídeo se transformó en una fotografía de una formación gruesa, como un pilar, acabada por una meseta, con unas abigarradas estructuras de techo plano en uno de sus lados.

Silva no pudo ver más, ya que el HEV empezó a pelarse hasta mostrar la caja protectora de aleación que contenía al oficial y su equipo. El aire, súbitamente frío, le traspasó la ropa. Un segundo después, el paracaídas se desplegó y adoptó una forma aerodinámica. Silva hizo una mueca de dolor cuando la capsula desaceleró, con una sacudida, lo que hizo que le traquetearan todos los huesos. El arnés se le clavó en los hombros y el pecho.

Wellsley envió una señal electrónica al resto de Helljumpers. Los restos de sus HEV se desplazaron para orientarse hacia la cápsula de mando y seguirla en el descenso a través de la atmósfera.

Todas excepto la de la soldado Marie Postly, que oyó cómo se rasgaba su paracaídas principal. Durante un vertiginoso segundo, se encontró en caída libre, después sintió un tirón cuando se desplegó el paracaídas secundario. Se encendió una luz roja en el panel que tenía delante. Empezó a gritar en la frecuencia 2, pero Silva la cortó. Cerró los ojos. Era la muerte que más temían los Helljumpers, pero nadie hablaba nunca de eso. Allá abajo, en algún lugar sobre la superficie de Halo, Postly iba a cavarse su propia tumba.

Silva notó que su HEV se estabilizaba y echó un nuevo vistazo a la colina. Era alta, lo suficiente para darles una nueva panorámica de las tierras que los rodeaban. Los escarpados precipicios obligarían a sus enemigos a atacarlos por aire o a pelear mientras trepaban por los estrechos senderos. Además, las estructuras construidas en la cima proveerían a sus marines de un refugio fácilmente defendible.

—Tiene buen aspecto. Me gusta.

—Sabía que le gustaría —contestó Wellsley con complacencia—. Aunque hay un pequeño problema.

—¿Cuál? —gritó Silva a la vez que saltaba la última sección de piel de su HEV y

el viento golpeaba con tuerza su máscara.

—El Covenant está instalado en esa posición —contestó la IA, con voz tranquila—, y si la queremos, tendremos que tomarla.

DESPLIEGUE 00 HORAS: 2 MINUTOS: 51 SEGUNDOS (RELOJ DE MISIÓN DEL SPARTAN-117) / BOTE SALVAVIDAS LIMA FOXTROT 43, EN DESCENSO DE EMERGENCIA SOBRE LA SUPERFICIE DE HALO

El Jefe Maestro observó el anillo crecer más y más por debajo de él mientras el piloto guiaba el bote alrededor de un borde plateado muy grueso, hacia la superficie interior de la construcción, antes de obligar a la pequeña nave a realizar un suave descenso en picado, calculado para colocarla sobre la superficie de esa extraña tierra. Si miraba adelante, podía ver montañas, colinas y una llanura que se curvaba hacia arriba y desaparecía de la vista, ya que el anillo daba una vuelta para cerrarse en algún lugar por encima de su cabeza. Las vistas eran a la vez hermosas, extrañas y desorientadoras.

Se acabó la observación cuando la tierra se elevó para encontrarse con ellos. El Jefe Maestro no podía decir si la nave había sido alcanzada por fuego enemigo, si había sufrido un fallo mecánico o si se había topado con un obstáculo. No importaba: el resultado era el mismo.

—¡Nos acercamos demasiado rápido! —tuvo tiempo de gritar el piloto. Un momento después, el casco golpeó contra algo sólido, y el Spartan cayó al suelo.

Al dolor que le desgarró las sienes cuando el casco golpeó contra las paredes, y después contra el suelo de cubierta, le siguió una pesada oscuridad...

—Jefe... Jefe... ¿Me oye? —La voz de Cortana le resonaba en la cabeza.

El Spartan abrió los ojos y se encontró frente a los paneles de luz del techo. Parpadeaban y chispeaban.

—Sí, la oigo. No hacía falta gritar.

—Ah, ¿de veras? —replicó la IA con tono cínico—. Quizá le gustaría presentar una reclamación al Covenant. El accidente ha generado mucho tráfico por radio, y supongo que el comité de bienvenida está de camino.

El Jefe Maestro se puso en pie con mucho esfuerzo e iba a contestar en el mismo tono cuando vio los cadáveres. El impacto había abierto en canal el bote y destrozado a toda la gente sin protección que viajaba dentro. No había sobrevivido nadie más.

No había tiempo de pensar en eso si quería seguir con vida y evitar que Cortana fuese capturada por el enemigo.

Se apresuró a reunir toda la munición, granadas y comida que pudiese llevar. Había acabado de comprobar las anillas de seguridad de un cuarteto de granadas de fragmentación cuando Cortana elevó la voz, alarmada:

—Peligro... detecto múltiples transportes del Covenant acercándose. Recomiendo que nos traslademos a esas colinas. Si tenemos suerte, los del Covenant creerán que

todo el mundo murió en el accidente.

—Recibido.

El plan de Cortana tenía sentido. El Spartan revisó el área, en busca de amenazas, y corrió hacia un cañón y un puente que lo cruzaba. No había barandillas de seguridad y lo habían construido con un extraño metal bruñido. Debajo del puente, una altísima cascada tronaba en una enorme caída.

El resto del mundo se arqueaba por encima, a una gran distancia. Grandes florecimientos de roca gris, erosionada por el clima, y un bosque de lo que parecían coníferas le recordaban a los bosques de Reach donde se había entrenado.

Había algunas diferencias, claro, como la forma en que el anillo se ensanchaba desde el horizonte, el modo en que su sombra caía sobre la tierra, y el vigorizante aire limpio que le llegaba de sus filtros. Era tan hermoso que quitaba el aliento, pero potencialmente era igual de peligroso.

—Alerta, llegada inminente del transporte del Covenant. —La voz de Cortana sonaba tranquila pero insistente.

Pronto se demostró que esas palabras eran correctas; una larga sombra flotaba sobre el otro extremo del puente y los motores de la nave rugieron una advertencia. No había dudas de que lo habían visto, así que el Spartan preparó un plan.

Llegó al extremo del puente, localizó una roca bien situada a la izquierda y corrió hacia ella. Bordeó el precipicio, sin hacer caso del gran abismo. Vigilando dónde colocaba los pies, el Jefe Maestro rodeó la roca y encontró un recodo donde ésta se unía al precipicio. Ahora, con la espalda protegida, tenía una oportunidad de defenderse.

Comprobó su rastreador de movimiento y se dio cuenta de que tenía un par de Banshees del Covenant prácticamente encima. Una nave alienígena disparó el cañón de plasma y los cañones de combustible. Aunque no destacaban por su rapidez, eran peligrosas, sobre todo para las tropas terrestres.

Junto con el apoyo aéreo, los Grunts y Élites que habían descendido del transporte alienígena en forma de horca también suponían una seria amenaza.

Afirmó su puntería y apuntó hacia la Banshee más cercana. Con cuidado de no disparar demasiado pronto, el Spartan esperó a que la Banshee estuviese en su campo de tiro y apretó el gatillo. La primera nave de asalto se lanzó directa hacia él, lo que le hizo relativamente sencillo mantener el objetivo. Al impactar con el casco de la Banshee, las balas levantaron chispas, y el contador de munición del Spartan disminuyó.

La nave traqueteó, como si al menos una de las balas perforadoras hubiera atravesado el fuselaje, levantó el vuelo, y brotó una columna de humo.

El Jefe Maestro no estaba en posición de comprobar el resultado de sus esfuerzos, ya que la segunda Banshee se abatió sobre él, disparando con el cañón de plasma. El

nivel del escudo cayó en picado y pasó a estado rojo. Una alarma empezó a sonar en los auriculares del casco.

El Jefe Maestro devolvió el fuego. Sin pausa, liberó el cargador y colocó uno nuevo en el receptáculo del arma.

Se agazapó, escudriñó el cielo en busca de sus objetivos y vio a la primera Banshee justo a tiempo. Se preparó para un nuevo asalto. El Spartan permitió que la nave enemiga se acercase, pero le tomó la delantera y apretó el gatillo de nuevo. La nave se encontró con una andanada de balas, estalló en llamas y chocó contra el precipicio.

La segunda nave seguía ahí, volando en lentos círculos, pero el Spartan no cometería el error de quedarse de pie mirándola. Habían aparecido media docena de puntos rojos en su sensor de movimiento. Cada uno de ellos representaba un ataque potencial y la mayoría estaban situados a sus espaldas.

El Jefe Maestro esperó a que los escudos se cargaran completamente, se dio la vuelta, saltó por encima de la roca y oteó a su alrededor. El transporte del Covenant había soltado una manada de Grunts al otro lado del cañón, y estaban ocupados examinando los restos de su lancha salvavidas.

Pero eso no era todo. A su izquierda, a ese lado del puente, otro grupo de Grunts se abría camino a través de los árboles, en dirección a él. Aún les faltaba un poco de distancia por recorrer. Tenía unos segundos para prepararse.

Aunque no llevaba un fusil de precisión S2 AM Estándar, el arma que habría escogido para una situación de este tipo, el Spartan tenía consigo la pistola M6D que le había entregado Keyes. Estaba equipada con un visor de 2x que, en manos de un experto, serviría para alcanzar algunos objetivos.

El Jefe Maestro desenfundó la pistola, se volvió hacia el grupo reunido alrededor de los restos y situó el redondel de la mirilla sobre el Grunt más cercano. A pesar de que no eran una amenaza inmediata, los extraterrestres al otro lado del cañón estaban en una posición ideal para flanquearlo, por lo que sería mejor ocuparse de ellos primero. Sonaron doce disparos y cayeron siete Grunts.

Con el flanco derecho razonablemente seguro, colocó un nuevo cargador en la pistola y puso toda su atención en las tropas enemigas que empezaban a aparecer por los árboles. Este grupo de Grunts estaba más cerca ahora, mucho más cerca, y abrieron fuego. El Jefe Maestro decidió encargarse primero del más alejado, asegurándose de que podría disparar al resto aunque se diesen media vuelta e intentasen escapar.

Las balas salieron en rápida sucesión. Los Grunts ladraron, ulularon y balbucieron cuando las bien dirigidas balas lanzaron sus carcasas sin vida sobre la ladera.

Cuando ya no había más objetivos a los que disparar, el Jefe Maestro se tomó un segundo para recargar la pistola, colocar el seguro y guardarla de nuevo en su

pistolera. Saltó de la roca y se escondió tras una gran piedra.

Observó la Banshee en lo alto. Aún seguía allí, dando vueltas fuera de su alcance, esperando a abalanzarse sobre él en el momento en que abandonase su protección. Eso significaba que o bien se sentaba allí, esperando la llegada de más fuerzas terrestres, o bien abandonaba su escondrijo e intentaba escapar.

Al Spartan nunca le había gustado esperar, por lo que preparó el fusil de asalto y se deslizó por encima de la piedra. Una vez en campo abierto, había un pequeño trayecto tras el montón de Grunts muertos. Se agazapó cubierto por un grupito de árboles.

Contó hasta tres y esprintó de roca a roca. Corrió con grandes zancadas hacia la colina, muy consciente de la presencia de la Banshee a sus espaldas, pero razonablemente seguro de que le había dado esquinazo.

No sonó ningún aviso en su detector de amenazas, hasta que no hubo coronado la subida y se detuvo para reconocer el terreno que se extendía ante él. El HUD le reveló un punto rojo. El Jefe Maestro ralentizó el paso, esperando el momento del contacto.

Percibió el movimiento de cuerpos encorvados que se apresuraban a trasladarse de un punto a otro. Había cuatro, y entre ellos un Élite de armadura azul, que cargó temerariamente contra él, disparando.

El color de las armaduras tenía algún significado, y él ya se había enfrentado antes a Élites de ese tipo. Siempre luchaban como reclutas agresivos. Los labios del Jefe Maestro esbozaron una sonrisita. Ignoró los disparos mal dirigidos del alienígena, se mantuvo en posición y disparó a su vez. Él avance del Élite se detuvo y los Grunts empezaron a huir hacia un grupo de árboles. El indicador de alarmas le hizo una advertencia y una flecha roja señaló a la derecha. El Jefe Maestro preparó una granada M9 HE-DP.

Se volvió justo a tiempo para ver otro Élite, éste con la armadura escarlata de los veteranos, cargar contra él. Tenía la granada en la mano y la distancia hasta el objetivo era suficiente, por lo que el soldado hizo volar la M9, que detonó con un fuerte estallido e hizo volar por los aires al soldado enemigo, además de arrancar a un árbol cercano la mitad de sus ramas.

El recluta estaba más cerca y rugió un grito de batalla. El extraterrestre acosó al Jefe Maestro con sus disparos de plasma. Sus escudos descendieron precipitadamente.

El Spartan reculó, disparó el fusil de asalto en ráfagas cortas y controladas y finalmente consiguió derribar al Élite que quedaba.

Los Grunts, cuyo líder había caído, rompieron filas y empezaron a dispersarse. El Jefe Maestro les impidió la retirada con una lluvia de balas.

Soltó el gatillo, oyó de nuevo cómo el silencio lo envolvía todo y comprendió que

había cometido un error. El veterano lo había flanqueado sin que se diese cuenta. Pero ¿cómo?

Para empezar, se daba cuenta de que seguía luchando como si aún formase parte de una unidad. Aunque también lo habían entrenado para actuar con independencia, la mayor parte de su carrera militar la había pasado formando parte de un equipo. El Élite había conseguido flanquearlo simplemente porque estaba acostumbrado a que uno de los otros Spartan, sus compañeros, le cubriese las espaldas.

Y ahora estaba desconectado de la cadena de mando, solo y probablemente rodeado por el enemigo. Asintió, con una mirada sombría tras el visor espejado. Esta misión requeriría una importante revisión sus tácticas.

Subió a través de una espesa pradera, la hierba le llegaba la rodilla. Oía el lejano chasquido de armas automáticas disparando. Había marines en alguna parte. Delante de él.

Corrió hacia el lugar de donde provenía el sonido de la batalla. Quizá no estaría solo mucho más.

DESPLIEGUE 00 HORAS: 5 MINUTOS: 8 SEGUNDOS (RELOJ DE MISIÓN DEL CAPITÁN KEYES) / SALVAVIDAS KILO TANGO VÍCTOR 17 EN DESCENSO DE EMERGENCIA SOBRE LA SUPERFICIE DE HALO

Quizá era porque el timonel del *Autumn*, el alférez Lowell, estaba a los controles o quizá era una pura cuestión de suerte, pero fuera como fuese el resto del viaje de descenso a través de la atmósfera de Halo estuvo desprovisto de incidentes. Fue tan tranquilo que puso nervioso a Keyes.

—¿Dónde prefiere que aterrice, señor? —preguntó Lowell, mientras la lancha recorría una pradera.

—Donde sea —replicó Keyes—, pero que no haya fuerzas del Covenant. Estaría bien encontrar algún lugar escondido, ya que este bote será como un imán si lo dejamos a la vista.

Como la mayoría de las lanchas de esa clase, no había sido diseñada para un uso atmosférico extenso; de hecho, volaba como una piedra. Pero la sugerencia tenía sentido, por lo que el piloto giró hacia lo que había designado arbitrariamente como el «oeste», hacia el punto en que la pradera se encontraba con un grupo de cerros bajos.

La lancha volaba tan bajo, tan bajo, que la patrulla del Covenant casi no tuvo ocasión de ver de qué se trataba antes de que la diminuta nave pasase como un rayo por encima de sus cabezas y desapareciese.

Dos Elites veteranos, ambos montados en sus deslizadores individuales, los Ghosts, observaron la lancha rozar la llanura.

El mayor de los dos informó del avistamiento. Se dirigieron hacia los cerros y pusieron en marcha los aceleradores. Hasta entonces el día parecía que iba a ser largo y aburrido, pero ahora se había vuelto mucho más interesante. Los Élites se miraron, se inclinaron sobre los controles y echaron una carrera para ver quién llegaba primero hasta la lancha, y cuál de ellos se anotaría la primera muerte de la tarde.

En las colinas delante de ellos, Lowell encendió los propulsores de proa, desplegó los *flaps* que tenían las diminutas alas y prendió los reactores del vientre de la nave. Keyes lo observó admirado, ya que el piloto hizo descender la nave dentro de una sima en la que sería imposible detectarla, a menos que estuviesen justo encima. Cuando Keyes lo había reclutado, Lowell era un oficial problemático, que acababa de ser degradado con deshonra. Había pasado por mucho desde entonces.

—Buen trabajo —lo felicitó el capitán cuando la lancha se asentó sobre sus patines de aterrizaje—. Bien, chicos, chicas, cogemos a la nave todo lo que nos pueda ser útil y nos alejaremos de ella lo máximo posible. Cabo, ordene a sus marines

que vigilen la zona. Wang, Dowski, Abiad, abran los compartimentos de almacenaje, y veamos qué tipo de champán guarda la UNSC en los salvavidas. Hikowa, ayúdeme con este cadáver.

Se produjo cierto alboroto mientras sacaban el cuerpo de ‘Nosolee y lo arrojaban sin ceremonias por una grieta, desvalijaban la nave e inutilizaban los controles. Cargados con los equipos de emergencia, los tripulantes del puente empezaron a subir por las colinas. No habían avanzado mucho cuando una explosión sónica retumbó sobre la tierra, el *Pillar of Autumn* cruzó el cielo con un bramido y cayó, más allá del horizonte, hacia el arbitrario «sur».

Keyes aguantaba la respiración y esperaba a ver qué sucedería. Él, como todos los capitanes de navío, tenía implantes neurales que lo conectaban con la nave, la IA y el personal clave. Hubo una pausa, seguida por lo que le pareció un pequeño terremoto. Un momento después, un seco mensaje de la subrutina de Cortana apareció ante su vista, gracias a su enlace neuronal:

- >CSR-1 :: Transmisión de emergencia ::
- > *Pillar of Autumn* caído. Los sistemas todavía funcionales están en *standby*. La operatividad se mantiene al 8,7%.
- >CSR-1 fuera.

No era la clase de mensaje que le gustase recibir a ningún capitán. A pesar del conocimiento de que el *Autumn* nunca volvería a surcar el espacio, Keyes se consoló pensando que su nave mantenía el equivalente de un pulso, y aún podría serles de alguna utilidad.

Se obligó a sonreír.

—Venga, gente, ¿a qué estáis esperando? Nos espera una cueva. El último en llegar cavará la letrina.

El personal del puente continuó el ascenso.

A pesar de sus esfuerzos por mantener los HEV juntos, los Helljumpers descendieron en una zona que se extendía en un radio de por lo menos tres kilómetros. Algunos de los aterrizajes fueron resueltos de la forma habitual, con un salto en el que los marines más afortunados podían abandonar sus jaulas de choque cincuenta metros por encima del suelo, y aterrizar como hacían los soldados de simulación en los vídeos de entrenamiento.

Otros tuvieron menos suerte en sus aterrizajes, ya que los restos esqueléticos de sus cápsulas de salvamento golpearon contra precipicios, cayeron en lagos o, en un desafortunado caso, en un escarpado barranco. Los Helljumpers supervivientes lograron deshacerse de sus HEV, se encendió una señal localizadora, y pudieron orientarse hacia el cuadro rojo que apareció en sus transparentes pantallas oculares.

Indicaba el lugar en el que había aterrizado el comandante Silva, donde había establecido el centro de operaciones y el punto en que el batallón podría reagruparse.

Cogieron las armas, la munición y otros suministros adicionales que portaban las cápsulas, por lo que las fuerzas que convergieron en la seca meseta estaban bien equipadas. Se calculaba que los Helljumpers debían ser capaces de sobrevivir sin más suministros externos durante períodos de dos semanas, y Silva estaba encantado de que sus tropas hubiesen sido capaces de mantener la mayor parte del equipo, a pesar de las duras condiciones del descenso.

«De hecho —pensó Silva mientras observaba a sus tropas llegar desde diferentes direcciones—, lo único que nos falta es una flota de Warthogs y un escuadrón de Scorpions.» Pero ya los lograrían, vaya si lo harían, poco después de que hubiesen arrebatado la meseta al enemigo. Mientras, los Helljumpers usarían el transporte terrestre que siempre usaban: sus pies.

La teniente Melissa McKay había aterrizado sin problemas, como la mayor parte de las trescientas personas que formaban su compañía. Tres de los suyos habían sido abatidos en el *Autumn*, y dos más habían desaparecido y estaban seguramente muertos. Teniendo en cuenta las circunstancias, no era un mal cómputo.

McKay tuvo la suerte de tomar tierra a sólo medio kilómetro de distancia de la señal de localización, lo que supuso que, para cuando ya se había establecido un perímetro, ella ya había cargado su equipo hasta la zona, localizado al comandante Silva y dado parte de su llegada. McKay era una de sus favoritas. El oficial de la ODST asintió satisfecho.

—Le agradezco que se haya dejado caer por aquí, teniente... Empezaba a preguntarme si se había tomado la tarde libre.

—No, señor —contestó McKay—. Me amodorré mientras descendíamos y no oí sonar el despertador. No sucederá de nuevo.

Silva mantuvo una expresión seria.

—Me alegra oír eso. —Se detuvo y señaló—: ¿Ve esa meseta? ¿La que tiene esas estructuras en la parte superior? La quiero.

McKay miró, sacó sus binoculares y oteó de nuevo. La distancia hasta la meseta apareció en la parte inferior de la imagen, pero pronto fue sustituida por las coordenadas que insertó Wellsley, que reemplazaban los conceptos de longitud y latitud, que servían para la mayoría de planetas, pero no ahí.

Aunque el sol ya se ponía, todavía había suficiente luz para ver. Mientras la teniente vigilaba el área, una Banshee del Covenant alzó el vuelo desde la cima de la meseta, giró hacia el oeste y se dirigió en línea recta hacia ella. Lo único sorprendente era que el enemigo hubiese tardado tanto en reaccionar a su aterrizaje.

—Parece una nuez muy difícil de cascar, señor. Especialmente desde tierra.

—Lo es —se mostró de acuerdo Silva—, por eso nos enfrentaremos a ella desde

el aire y desde tierra. Sólo el Señor sabe cómo lo lograron, pero un grupo de pilotos de Pelican pudieron elevar sus transportes antes de que el capitán anulara el *Autumn*, y se esconden a unos diez kilómetros al norte. Podemos usarlos para apoyarnos en una operación aérea.

McKay bajó los binoculares.

—¿Y el *Autumn*.

—Está destrozado, en esa dirección —contestó Silva, señalando con el pulgar por encima de su hombro—. Me gustaría presentarle mis respetos, pero tendrá que esperar. Necesitamos una base, un lugar que podamos fortificar y usar para mantener a raya al Covenant. De otra forma, nos cazarán a todos, de uno en uno, de dos en dos o de tres en tres.

—Y para eso queremos la meseta... —comentó McKay.

—Exacto —repuso Silva—. Así que empiecen a caminar. Quiero a su compañía al pie de la meseta lo antes posible. Si hay un sendero que nos lleve hasta la cima, quiero que lo encuentren y lo sigan. Cuando hayan captado su atención, nosotros los atacaremos desde arriba.

Se oyó un fuerte *bang* cuando una de las torpederos de la primera compañía disparó su lanzacohetes portátil MI9 SSM, eliminó a la Banshee del cielo y puso un punto y final a la frase de Silva. El batallón vitoreó entre los fragmentos humeantes de la Banshee que llovían del cielo.

—Señor, sí, señor —contestó McKay—. Cuando llegemos arriba, podrá invitarme a una cerveza.

—Me parece justo —admitió Silva—, pero antes tendremos que elaborarla.

Incluso los Grunts tenían derecho a un poco de descanso de vez en cuando. Por eso se habían colocado en la superficie de Halo unos tanques largos y cilíndricos, equipados con esclusas de aire, por las que se introducía metano, que hacían las veces de barracones.

Tras haber sobrevivido al ataque suicida sobre el *Autumn* gracias al rescate de un Elite herido y haber insistido en que se evacuase al guerrero, en lugar de dejarlo morir, Yapap había conseguido prolongar la duración de su propia vida, además de la de los Grunt que se encontraban bajo sus órdenes.

En esos momentos, a modo de celebración de su victoria, el soldado extraterrestre dormía hecho una pelotita. Una de sus patas se movía espasmódicamente, ya que el Grunt soñaba con que estaba atravesando los pantanos de su mundo de origen.

En ese momento, antes de que pudiese cruzar por una hilera de piedras hasta la cabaña de cañas situada en el punto más alejado del estanque de pesca de su familia, Gagaw le sacudió el brazo.

—¡Yayap! ¡Despierta, rápido! ¿Te acuerdas del Élite que sacamos de la nave? ¡Está fuera, y quiere verte!

Yayap se puso en pie de un salto.

—¿A mí? ¿Ha dicho por qué?

—No —contestó el otro Grunt—, pero no puede ser nada bueno.

«Eso es bastante cierto», reflexionó Yayap mientras esquivaba el laberinto que formaban todos los equipos, que colgaban desordenadamente por todo lo largo del cilindro. Entró en el vestuario común y se apresuró a colocarse la armadura, el aparato respiratorio y el arnés de las armas.

Se preguntaba qué sería más peligroso: aparecer desaliñado y que el Élite lo reprendiese por su aspecto o llegar tarde porque se había tomado el tiempo necesario para asegurarse de tener una apariencia aceptable. Tratar con los Elites siempre suponía enfrentarse a este tipo de interrogantes, una de las razones por las que Yayap odiaba profundamente a esa raza.

Al final, decantándose por la velocidad en perjuicio del aspecto, Yayap entró en la esclusa de aire, esperó a que lo transportase al exterior y emergió a la brillante luz solar. Lo primero en que se fijó fue en que los centinelas, que normalmente estarían apoyados en el tanque, discutiendo sobre lo parcas que eran las raciones, estaban de pie, rígidos.

—¿Eres el que llaman Yayap? —La profunda voz brotó a su espalda e hizo que el Grunt pegase un salto. Se dio la vuelta, se puso en posición de firmes e intentó parecer un soldado de verdad.

—Sí, Excelencia.

El Élite, llamado Zuka ‘Zamamee, no llevaba casco. No podía por culpa del vendaje que le envolvía la cabeza, pero el resto de la armadura seguía en su sitio. Estaba inmaculada, igual que las armas que cargaba.

—Bien. Los médicos me han contado que tu tropa y tú no sólo me sacasteis de la nave... sino que también obligasteis al bote de asalto a que me trajese hasta la superficie.

A Yayap se le hizo un nudo en la garganta e intentó tragar saliva. El piloto se había mostrado bastante reticente. Había argüido que tenía órdenes de esperar a tener el transporte lleno de soldados antes de romper el contacto con la nave humana, pero Gagaw había sido muy insistente... hasta el punto de desenfundar la pistola de plasma y agitarla en el aire.

—Sí, Excelencia —contestó Yayap—, pero puedo explicarle...

—No es necesario —respondió ‘Zamamee. Yayap estuvo a punto de dar un salto de sorpresa; en la voz del Élite faltaba el exigente tono habitual. Sonaba casi... tranquilizador.

Lo único que Yayap no sentía era tranquilidad.

—Viste a un superior herido —continuó el Élite—, e hiciste todo lo que estaba en tus manos para asegurarte de que recibiría tratamiento médico a tiempo. Este tipo de

iniciativas es extraño, sobre todo entre las clases menores.

Yayap miraba fijamente al Élite, incapaz de contestar. Se sentía desorientado. En su universo, los Elites nunca los elogiaban.

—Para mostrarte mi agradecimiento, he hecho que te trasladen.

A Yayap le gustaba la unidad, normalmente somnolienta, a la que estaba destinado, y no deseaba abandonarla.

—¿Trasladado, señor? ¿A qué unidad?

—A la mía, por supuesto —replicó el Élite, como si fuese de lo más natural—. Mi ayudante murió durante el abordaje de la nave humana. Ocuparás su lugar.

Yayap notó que su ánimo se derrumbaba. Los Élites que actuaban como agentes especiales de los Profetas eran fanáticos, y los habían escogido por su ilimitada disposición a arriesgar la vida, y la de los que estaban a sus órdenes.

—G-gracias, Excelencia —tartamudeó Yayap—, pero no me merezco ese honor.

—¡Tonterías! —lo atajó el Élite—. Ya hemos incluido tu nombre en las listas. Coge todas tus pertenencias, despídete de tu cohorte y reúnete conmigo aquí dentro de quince unidades. Tengo una audiencia ante el Concilio de Maestros esta tarde. Me acompañarás.

—Sí, Excelencia —dijo Yayap, obediente—. ¿Puedo preguntarle la razón de la audiencia?

—Puedes —respondió ‘Zamamee, mientras se tocaba el vendaje de la cabeza con una mano—. El humano que me infligió esta herida era un guerrero tan poderoso que representa una amenaza a todo un grupo de ataque. Si hacemos caso a nuestras grabaciones, esa sola persona es responsable de la muerte de miles de nuestros soldados.

—¿Él solo, Excelencia? —Las rodillas de Yayap empezaban a fallarle.

—Sí, pero no temas, porque sus días han terminado. En cuanto me autoricen a ello, tú y yo lo encontraremos.

—¿Lo encontraremos? —exclamó Yayap, olvidando todo protocolo—. ¿Y después qué?

—Después —rugió ‘Zamamee—, lo mataremos.

El aire del amanecer era frío. McKay podía ver cómo se condensaba su aliento mientras observaba las alturas y se preguntaba qué la esperaba allí. Habían pasado la mitad de la noche en marcha a través de un trecho de terreno sólido hasta colocarse en su posición al pie del cerro, y la otra mitad la habían dedicado a encontrar un camino que los llevase a la cima, y a intentar dormir un poco.

Lo segundo había sido fácil, quizá demasiado, porque, aparte de una chapucera barricada, la vía de acceso de metro y medio de ancho no estaba vigilada. Y es que lo último que esperaba el Covenant sería que apareciese una nave humana del espacio estelar y que de ella descendieran tropas de infantería, en la superficie de esa

construcción. Desde ese punto de vista, era comprensible la falta de preparación.

Fuera como fuese, la vía ascendía regularmente, en forma de espiral, y, por lo que podía apreciar, no se había usado en mucho tiempo. Eso era lo que parecía, pero era difícil estar del todo segura desde abajo. Silva, comprensiblemente, se había mostrado reacio a enviar uno de los Pelicans a observar, lo que desbarataría el plan.

No, McKay y sus tropas deberían abrirse paso por el estrecho sendero, enfrentarse a cualquier tipo de defensas que tuviese el Covenant y rezar por que los Pelicans llegaran a tiempo para quitarles un poco de presión.

La teniente leyó la información que le aparecía en la transparente pantalla ocular, suspendida de su casco, esperó a que acabase la cuenta atrás y inició el empinado ascenso. El sargento de la compañía, Tink Cáster, se volvió de cara a los hombres y mujeres alineados detrás de él.

—¿A qué demonios esperáis? ¿A una invitación formal? ¡Pongámonos en marcha!

La Compañía B caminaba hacia la meseta, la Compañía C se dirigía al encuentro de los Pelicans, y el resto del batallón dedicó las horas que quedaban de oscuridad a prepararse para el día siguiente bajo la vigilancia del comandante Silva. Colocaron sensores sin cables, controlados por Wellsley, a doscientos metros; destacamentos de tres personas tomaron posición a unos ciento cincuenta metros, y se estableció un equipo de respuesta inmediata para darles apoyo.

No había ningún espacio natural que les sirviese de cobertura, así que los Helljumpers llevaron su equipo hacia un pequeño montículo e hicieron todo lo que estaba en sus manos para fortificarlo. La tierra que habían cavado para encender fogatas les sirvió para construir un pequeño muro alrededor del perímetro de los batallones; se excavaron trincheras que los conectasen, y se estableció una zona de aterrizaje para los Pelicans.

Ahora, desde el punto más elevado del terreno, Silva dejó de mirar hacia el oeste y prestó atención a Wellsley, que le hablaba al oído.

—Tengo buenas y malas noticias. Las buenas son que la teniente McKay ha iniciado el ascenso. Las malas son que el Covenant está a punto de atacar desde el oeste.

Silva bajó los prismáticos, se dio la vuelta y miró de nuevo hacia el oeste. Había aparecido una enorme nube de polvo en los cinco minutos que habían pasado desde que dejara de mirar en esa dirección.

—¿Qué clase de ataque? —preguntó con sequedad el oficial de la ODST.

—Es difícil de decir —contestó Wellsley—, sin las naves, los satélites y los robots de reconocimiento en los que normalmente me baso. De todas formas, a juzgar por la cantidad de polvo, además de mi conocimiento de las armas del Covenant, parece una tradicional carga de la caballería, similar a la que usó Napoleón contra mí

en Waterloo.

—No estuviste en Waterloo —le recordó Silva a la IA mientras se llevaba los binoculares a los ojos—. Pero, suponiendo que tengas razón, ¿en qué montan?

—Son los vehículos de ataque rápido y reconocimiento a los que nuestras fuerzas llaman Ghosts —respondió Wellsley con pedantería—. Quizá unos cien... a juzgar por la polvareda.

Silva se cagó en todo. No podía ser un momento peor. Sabía que el Covenant tenía que dar una respuesta a su presencia, pero había esperado tener más tiempo. Ahora, con la mitad de sus tropas cumpliendo misiones en otros lugares, tenía que contar con unos escasos doscientos soldados. Pero eran ODST, los mejores de la UNSC.

—Muy bien —dijo Silva, serio—, si quieren cargar contra nosotros, ofrezcámosles la defensa tradicional. Ordena a los destacamentos que se replieguen, que las compañías A y D formen un cuadro de infantería, y coloquemos toda la munición de reserva bajo el nivel del suelo. Quiero armas de asalto en las zanjas, los lanzamisiles a mitad de la ladera y francotiradores en la cima. Que nadie dispare hasta que dé la orden.

Como Silva, Wellsley sabía que las legiones romanas habían usado los cuadros de infantería con buenos resultados, al igual que lord Wellington y muchos otros. La formación constaba de un cuadrado formado por las hileras de tropas, todas de cara al exterior, y era extremadamente difícil de romper.

La IA transfirió las órdenes a las tropas que, a pesar de sorprenderse por tener que colocarse en una formación tan arcaica, sabían exactamente qué hacer. Cuando llegaron los Ghosts e inundaron la elevación como una marea imparable, el cuadro estaba formado.

Silva estudió el alcance de ruego en su visor táctico y espero a que el enemigo estuviese a tiro. Abrió todas las frecuencias y dio la orden:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Una lluvia de balas perforadoras atravesó el aire. Las primeras máquinas reaccionaron como si chocasen contra un muro: los Élites se vieron derribados de los asientos y un vehículo huyó hacia el este.

Había un montón de Ghosts. Las tropas que llegaban rociaron a los marines con sus armas de plasma, y los soldados de la ODST empezaron a caer. Afortunadamente, las armas que disparaban rayos de energía estaban arregladas, lo que suponía que la ladera aún podía ofrecer una buena protección a los humanos, siempre y cuando los Ghosts no pudieran deslizarse por la pendiente.

A favor de los Helljumpers también jugaba la naturaleza impredecible de las máquinas, la nefasta conducción y una falta de coordinación general. Muchos de los Élites parecían ansiosos por anotarse una muerte: rompían la formación y adelantaban

a sus compañeros. Silva vio a uno de los vehículos recibir un disparo de otro Ghost, y acabó chocando contra un tercero, con el subsiguiente estallido de llamas.

A pesar de todo, la mayoría de los Élites eran bastante competentes, y después de cierta confusión inicial, empezaron a desarrollar tácticas destinadas a romper el cuadro. Un Élite de armadura dorada era el líder de esa intentona. En primer lugar, en vez de permitir que los jinetes rodearan a los humanos en la dirección que quisieran, los obligó a realizar una rotación en sentido inverso a las agujas del reloj. Con esto redujo en al menos un tercio las colisiones, y el oficial enemigo escogió la zanja más baja, contra la que los cañones de plasma serían más efectivos, y la atacó una y otra vez. Los marines fueron abatidos y se redujo el fuego continuado, y una esquina del cuadro se hizo vulnerable.

Silva contraatacó enviando un escuadrón a reforzar el punto débil. Ordenó a los francotiradores que fijaran su objetivo en el Élite dorado y avisó a los lanzacohetes de que les proveyesen de fuego de rotación. Si los lanzacohetes humanos tenían un talón de Aquiles, éste era el hecho de no poder disparar más de dos proyectiles y luego tener que recargar, lo que requería al menos cinco segundos entre cada descarga. Al alternar los disparos y concentrarse en los Ghosts más próximos a la colina, los defensores podían obtener la máxima eficiencia.

Esta táctica fue efectiva. Los Ghosts destrozados, quemados y mutilados formaban una barricada de metal que protegía todavía más a los humanos de los disparos de plasma y dificultaba los nuevos ataques.

Silva alzó los prismáticos y observó el área de batalla, rodeado de humo. Le dio unas gracias silenciosas a la deidad, fuese cual fuese, que protegía a los soldados de infantería. Si hubiese estado él al mando de ese ataque, primero habría enviado tropas aéreas para diezmar a los Helljumpers, seguidos por los Ghosts desde el oeste. O bien sus oponentes habían tenido un entrenamiento distinto, o bien confiaban demasiado en sus tropas mecanizadas. O era simple falta de experiencia.

Fuera cual fuese la razón, las Banshees se presentaron tarde, como si fuese una idea que se les hubiese ocurrido después. Los lanzacohetes de Silva derribaron a dos cuando los sobrevolaron por primera vez, alcanzaron a otro en el segundo pase y enviaron a un cuarto hacia el sur, con una estela de humo brotando del motor.

Por fin, con el Élite dorado muerto y la mitad de sus tropas masacradas, los Élites que aún quedaban se retiraron. Algunos Ghosts no tenían ni un rasguño, pero al menos una docena de los vehículos supervivientes llevaban pasajeros extra y la mayoría lucían impactos de bala. Dos de ellos, con los motores destrozados, estaban siendo remolcados.

«Por eso necesitamos la meseta —pensó Silva, mientras valoraba la matanza—, para evitar otra victoria de estas características.» Habían muerto treinta y tres Helljumpers, seis tenían heridas graves y diez más leves.

El sonido de la estática resonó en su oído, y la voz de McKay surgió de la frecuencia de mando.

—Azul 1 a Rojo 1, cambio.

Silva se giró hacia la meseta, alzó los prismáticos y vio aparecer humo desde un punto a la mitad de la colina.

—Aquí Rojo 1, adelante, cambio.

—Creo que hemos captado su atención, señor.

El comandante sonrió, pero su gesto parecía más una mueca.

—Recibido, Azul 1. También los hemos entretenido por aquí. Aguanten... la ayuda está en camino.

McKay se agachó de nuevo tras un saliente rocoso mientras la última andanada de granadas de plasma llovía desde el cielo. Algunas siguieron cayendo, otras encontraron un objetivo, se pegaron a él y explotaron en segundos.

Un soldado empezó a gritar cuando una de las bombas de los alienígenas aterrizó sobre su morral. Un sargento le ordenó que se deshiciese de la mochila, pero el marine estaba aterrorizado y retrocedió fuera del sendero. La granada explotó y roció las paredes del barranco con lo que parecía pintura roja. La oficial de infantería hizo una mueca de disgusto.

—Recibido, Rojo 1. Si es pronto será mucho mejor que si es tarde. Cambio y corto.

Wellsley ordenó a los Pelicans que alzasen el vuelo, mientras Silva seguía observando la planicie. Se preguntaba si su plan funcionaría, y si tendría el estómago de pagar el precio que iba a costar.

3

DESPLIEGUE +03.14.26 (RELOJ DE MISIÓN DEL SPARTAN-117) / SUPERFICIE

Delante de él, el Jefe Maestro vio una luz tan brillante que parecía rivalizar con el mismo sol. Se originaba entre las rocas y los árboles que tenía al frente, y surgía de una estructura de dos puntas, en forma de «U», que la proyectaba hacia el cielo, hacia el umbral del planeta que hacía las veces de fondo de color pastel. ¿Era ese pulso una especie de faro? ¿Parte de lo que mantenía en funcionamiento el anillo? No había forma de saberlo.

Cortana había advertido al Spartan que un grupo de marines había aterrizado en el área, así que no le sorprendió en absoluto oír el traqueteo rítmico de los rifles automáticos ni el gemido característico de las armas de energía del Covenant contestando.

Se abrió camino a través de los matorrales hasta una colina que dominaba sobre el edificio en forma de «U» y los bloques que lo rodeaban. Podía ver un grupo de Grunts, Jackals y Élites intentando aplastar a un grupo de marines.

En lugar de cargar, con el fusil de asalto lanzando rayos, el Jefe Maestro decidió usar la pistola M6D. Levantó el arma, activó el aumento de 2x y apuntó cuidadosamente. Una serie de disparos certeros acabó con un trío de Grunts.

Antes de que las fuerzas del Covenant pudieran localizar el lugar de origen del fuego que les caía encima, el Jefe Maestro disparó a un Élite con armadura azul. Necesitó todo un cargador para derribar al guerrero, pero era mejor que enfrentarse directamente con el alienígena.

Este ataque rápido y furtivo proporcionó a los marines la oportunidad que necesitaban. El Spartan descendió la colina con un chaparrón de disparos, se detuvo un momento a quitarle las granadas de plasma a un Grunt muerto y un amistoso soldado le dio la bienvenida.

—Me alegro de verlo, jefe. Bienvenido a la fiesta.

El Spartan respondió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Dónde está el oficial al mando, soldado?

—Ahí atrás —dijo el marine. Se dio la vuelta y gritó—: ¡Eh, sargento!

El Jefe Maestro reconoció al sargento de aspecto duro que corrió para unirse a ellos. La última vez que había visto al sargento Johnson fue durante una misión de búsqueda y destrucción en una de las estaciones orbitales del Covenant.

—¿Cuál es su estado, sargento?

—Es un desastre —gruñó Johnson—. Estamos desperdigados por todo este valle. —Hizo una pausa y añadió en voz baja—: Pedí que nos evacuaran, pero hasta que no ha aparecido usted, creía que había llegado nuestra hora.

—No se preocupe —dijo Cortana, a través de los altavoces externos del Spartan—, nos quedaremos por aquí hasta que los evacúen. He mantenido contacto con la IA Wellsley. Los Helljumpers están arrebatándole una zona al Covenant, y ya han enviado uno de sus Pelicans a recogerlos.

—Me alegra oír eso —contestó Johnson—. Algunos de los míos necesitan atención médica.

—Se acerca otro transporte del Covenant —interrumpió el soldado—. Pongamos la alfombra roja.

—Bien, Bisenti —ladró Johnson—. Reformen la escuadra. Vamos al lío.

El Jefe Maestro miró y vio que el marine estaba en lo cierto: otra nave del Covenant se sostuvo unos segundos en el aire y después descendió hasta el suelo. El vehículo tenía un aspecto extraño, se ladeó ligeramente y las estructuras en forma de mandíbula que eran la base del casco del fuselaje se abrieron. Un grupo de Grunts y un Élite saltaron a tierra.

El Jefe Maestro se desplazó hacia la derecha unos cincuenta metros y alzó de nuevo la pistola. En unos segundos, un equipo de marines disparó hacia el área de aterrizaje del Covenant y los arrasó. Los alienígenas se dispersaron para buscar cobertura, pero el Spartan acabó con ellos de uno en uno.

A continuación tuvieron un breve respiro, que el Jefe Maestro aprovechó para valorar la situación. Cortana calculó las posiciones de los marines, los etiquetó como Pelotón de fuego C y marcó sus posiciones en el HUD. Algunos se habían encaramado sobre la estructura que dominaba el área, y el resto patrullaba por el perímetro.

Había acabado de preparar el fusil de asalto cuando oyó la voz de un marine.

—¡Contacto! ¡Nave de transporte enemiga! ¡Quieren rodearnos!

Un segundo después, el sensor de movimiento del Spartan fijó un contacto, uno muy grande, cerca. Se acercó a una gran roca para cubrirse tras ella, y buscó objetivos.

El transporte liberó otro contingente de tropas, que incluían a tres Jackals. Sus distintivos escudos brillantes se iluminaron en el momento en que los marines

abrieron fuego. Las balas rebotaron mientras que los alienígenas con aspecto de ave se agazapaban tras sus aparatos de protección, como soldados medievales formando una muralla.

Tras ellos, más Grunts y un Élite se desplazaron en una formación envolvente. Era una buena táctica, sobre todo si tenían que llegar más naves. Al final, los Covenant sobrepasarían las defensas de los marines e invadirían la posición.

Su plan sólo tenía un problema: él se encontraba en la posición perfecta para atacarlos desde el flanco. Se agachó y salió disparado hacia la línea de los Jackals. El fusil de asalto bramó y las balas destrozaron a los desprevenidos extraterrestres. Apenas habían llegado a tocar el suelo cuando el Spartan ya dio media vuelta, sacó una granada de plasma y la lanzó al Élite, que se encontraba a casi treinta metros.

El alienígena sólo pudo rugir de sorpresa antes de que el brillante orbe le golpease en el yelmo. La granada se fundió en el casco y empezó a resplandecer con un pulso de un blanco azulado. Momentos después, mientras la criatura aún intentaba deshacerse de su casco, detonó.

A partir de eso, fue una tarea relativamente sencilla para el Jefe moverse a través de las ruinas y cazar los restos de la fuerza de reacción del Covenant.

Una grata voz sonó en el receptor de radio:

—Aquí Echo 419. ¿Alguien me recibe? Repito, cualquier personal de la UNSC, responda.

—Recibido, *Echo 419*, le oímos. Aquí Pelotón de fuego Charlie. ¿Es usted, Foehammer? —se apresuró a contestar Cortana en la misma frecuencia.

—Recibido, *Pelotón de fuego Charlie* —sonó la voz de Foehammer con su acento característico—, ¡me alegro de oírlos!

Se oyó un estruendo en la distancia y el Jefe Maestro intentó identificar el origen del ruido. A lo lejos percibió movimiento: era lanchas salvavidas, y una estela de humo y fuego de los cascos calentados por la fricción que atravesaban la atmósfera.

—Descienden muy rápido —advirtió Cortana—. Si consiguen aterrizar, el Covenant les saltará encima enseguida.

—Pues deberemos encontrarlos primero —asintió el Jefe.

—Foehammer, necesitamos que suelte el Warthog. El Jefe Maestro y yo intentaremos rescatar algunos soldados.

—Recibido.

El Pelican rodeó la aguja de la estructura alienígena, dio una vuelta por el área y se detuvo sobre la cima de una colina cercana. Bajo el Pelican colgaba un vehículo de cuatro ruedas, un Warthog M12 todoterreno. El ligero coche de reconocimiento se balanceó un momento bajo la nave de transporte y chocó contra el suelo en cuanto Foehammer lo soltó. El Warthog rebotó gracias a su suspensión, se deslizó cinco metros por la ladera y se detuvo.

—De acuerdo, Pelotón de fuego Charlie, desplegado un Warthog —informó Foehammer—. ¡Monteny envíenlos al infierno!

—Recibido, Foehammer. Quédese para cargar a los supervivientes y evacuarlos a una zona segura.

—Afirmativo... Foehammer, corto.

Mientras los marines corrían hacia el Pelican, el Jefe Maestro se dirigió al Warthog. El todoterreno estaba equipado con una metralleta ligera antiaérea MI4, una LAAG. El arma disparaba cuatro ráfagas de balas perforadoras de 12,7x99 mm por minuto, y era efectiva tanto para objetivos terrestres como aéreos. El vehículo tenía tres plazas, y un marine se había colocado ya tras el arma. El nombre y el rango del soldado aparecieron en la pantalla del visor del Spartan: Soldado de primera Fitzgerald, marine.

—¡Hola, Jefe! —dijo Fitzgerald—. El sargento Johnson sugirió que necesitaría un artillero.

—Cierto, soldado —asintió el Spartan—. Hay dos lanchas de marines tras esa cordillera, y vamos a ir a por ellos.

Fitzgerald tiró de la palanca de carga de la metralleta hacia su pecho, y la soltó con un chasquido metálico. Un proyectil se coló en el primero de los tres cañones.

—Soy su hombre, jefe. Vamos.

El Jefe Maestro se colocó tras el volante, encendió el motor y se ató el cinturón de seguridad. El motor rugió y las ruedas proyectaron unos géiseres de tierra. El Warthog aceleró, coronó la cima de la colina, dio un salto y aterrizó con un golpe que podría descuajaringarle.

—He instalado un navegador en su HUD —comunicó Cortana—. Sólo tienes que seguir la flecha.

—Ya ves —respondió el Spartan, con cierto tono de diversión en la voz—. Siempre has sido una buena copiloto.

El capitán Keyes oyó la Banshee, antes de vislumbrar la nave de ataque. Keyes estaba seguro de que el piloto extraterrestre los había captado con sus sensores y que no pasaría mucho tiempo antes de que llegase otro equipo desde el aire para aniquilarlos.

Las colinas, que parecía que les daban la bienvenida en cuanto aterrizaron, se habían convertido en un paisaje infernal en el que los humanos corrían desde la cobertura de una roca hasta la siguiente, y no tenían ni un momento de descanso.

Se habían enfrentado a la posibilidad de ser capturados en tres ocasiones, pero en cada una de ellas el cabo Wilkins y sus marines habían logrado abrir un agujero en la tensa red del Covenant y llevar al personal naval hacia una zona más segura.

«Pero ¿segura por cuánto tiempo?», se preguntaba Keyes. El abrirse paso continuamente de roca en roca, la falta de sueño y el peligro constante no sólo los

dejaba exhaustos, sino que también minaba la moral del equipo. Abiad, Lowell y Hikowa, así como Wang y Singh, seguían en buena forma, pero la alférez Dowski había empezado a desmoronarse. Había proferido un pequeño gemido de preocupación, y había seguido con un torrente de quejas que ahora amenazaba con convertirse en algo peor.

Los humanos se habían replegado en una gruta. Unas rocas irregulares sobresalían por encima de sus cabezas, lo que les proporcionaba cierta protección de la Banshee. Wang se arrodilló ante el turbio riachuelo que brotaba entre las rocas de la cueva y se mojó la cara. Singh estaba ocupado llenando las cantimploras del equipo y Dowski se sentó en una roca, con el ceño fruncido.

—Saben dónde estamos —decía la oficial subalterna, como si eso fuese culpa de su superior.

—Saben dónde estamos, señor —Keyes suspiró.

—De acuerdo —contestó la alférez—. Saben dónde estamos, señor. ¿Por qué molestarnos en huir? Al final nos alcanzarán.

—Quizá sí —se mostró de acuerdo Keyes, mientras se aplicaba una pomada a una quemadura—, y quizá no. He estado en contacto tanto con Cortana como con Wellsley. Los dos están ocupados en estos momentos, pero enviarán ayuda en cuanto puedan. Mientras, nosotros conseguiremos la mayoría de los recursos que podamos, evitaremos que nos capturen y mataremos a unos cuantos de esos cabrones.

—¿Para qué? —preguntó Dowski—. ¿Para que lo nombren almirante? Yo creo que hemos hecho todo lo que hemos podido, que cuanto más tarden en capturarnos, más duro nos atacarán los del Covenant. Lo más lógico es rendirse ahora.

—Y usted es una imbécil —interrumpió la teniente Hikowa, con los ojos ardiendo con una rabia poco habitual en ella—. En primer lugar, debe dirigirse al capitán con un «señor». O lo hace, o le patearé el culo. En segundo lugar, use el cerebro, si es que lo tiene. El Covenant no coge prisioneros, todos los sabemos. Rendirnos equivale a morir.

—¿Ah, sí? —replicó Dowski, desafiante—. Y si es así, ¿por qué no nos han matado todavía? Nos podrían destrozarnos con cañones, con misiles lanzados contra las rocas o lanzar bombas a nuestra posición... pero no lo han hecho. ¿Cómo explica eso?

—¡Explique esto! —El teniente Singh colocó el cañón de su M6D en el oído izquierdo de la alférez—. Empiezo a pensar que se parece mucho a los Grunts. Lowell, mírele la cara. Creo que empieza a caérsele la máscara.

Keyes se abrochó el cordón de los zapatos ligeros y deseó llevar unas botas como los marines. Dejando de lado la insubordinación, Dowski tenía parte de razón. Parecía que los extraterrestres estaban más interesados en capturar a su equipo que en matarlos, pero ¿por qué? No cuadraba con su comportamiento anterior.

Claro que no era la primera vez que el Covenant cambiaba de estrategia: ya lo habían hecho cuando él les sacudió de lo lindo en Sigma Octanius, y de nuevo cuando ellos le devolvieron el favor en Reach.

Keyes observó la escena que se estaba desarrollando ante él. Hikowa se mantenía de pie, con las manos en las caderas, mientras Singh presionaba con el arma la oreja de Dowski. El resto de los tripulantes parecían congelados, vacilantes. Gracias a Dios, los marines no estaban allí, pero habría resultado muy ingenuo creer que no conocían las opiniones del alférez ni estaban al tanto de las discrepancias entre sus superiores. De una forma u otra, las tropas siempre lo sabían todo. ¿Qué podía hacer? Dowski no iba a cambiar de parecer, eso estaba claro, y empezaba a ser un lastre.

La Banshee gimió ruidosamente mientras sobrevolaba por segunda vez la gruta. Tenían que empezar a moverse, y pronto.

—Muy bien —dijo Keyes—, usted gana. Debería acusarlo de cobardía, insubordinación e incumplimiento del deber, pero en estos momentos no tengo mucho tiempo para hacerlo. Así que le doy permiso para que se rinda. Hikowa, retírele el arma, la munición y la mochila. Singh, átela. No muy fuerte, lo suficiente para que no pueda seguirnos.

—¿Me va a dejar aquí? —Una mirada de terror se adueñó del rostro de Dowski—. ¿Sola? ¿Sin provisiones?

—No —respondió Keyes, con calma—. Quería rendirse, ¿recuerda? El Covenant le hará compañía, y, sobre las provisiones, no sé qué tipo de víveres comen ellos, pero será interesante saber si le permiten una última cena. Buen provecho.

Dowski empezó a balbucear incoherencias, hasta que Singh se cansó de ello, le metió un vendaje de batalla en la boca a la alférez y la amordazó con cinta adhesiva.

—Esto la mantendrá alejada de los problemas durante un rato.

Se oyó un repiqueteo sobre las rocas cuando el cabo Wilkins y dos de sus marines llegaron por el lecho del riachuelo. El oficial miró a Dowski, asintió como si fuese algo perfectamente normal y volvió la vista hacia Keyes.

—Una nave del Covenant ha traído un escuadrón de Élite a un clic hacia el sur de aquí, señor. Es hora de movernos.

—Gracias, cabo —asintió Keyes—. El equipo de mando está preparado. Por favor, indíquenos el camino.

Mientras, a unos cientos de metros por encima y a medio kilómetro hacia el norte, el Élite llamado Ado 'Mortumee hizo dar un amplio giro a su Banshee y observó cómo descendía la nave de transporte. No había muchas áreas para aterrizar, lo que significaba que una vez en tierra, sus colegas Élite aún tendrían mucho camino que recorrer.

En lugar de lanzar cientos de tropas en las rocosas colinas, y dejarlas para que recorriesen los altibajos del terreno hasta agotarse, la estructura de mando del

Covenant había decidido usar su superioridad aérea para localizar a los humanos y capturarlos.

«Y ése es el problema —reflexionaba ‘Mortumee—. Localizar a esos seres es una cosa; capturarlos, otra.» Desde el momento en que habían aterrizado, los humanos habían demostrado que no andaban faltos de recursos. No sólo habían evitado que los capturasen, también habían acabado con seis perseguidores, que, como debían cumplir las órdenes de capturarlos con vida, estaban en clara desventaja. Era mucho más sencillo matar a los humanos. Pero claro, él sólo era un soldado, un piloto, y no tenía conocimiento de las maquinaciones de los Profetas o de los comandantes de navío.

Tras localizar la lancha salvavidas, los exploradores del Covenant descubrieron enseguida el cadáver de Isna ‘Nosolee, e informaron de su identidad. La información se procesó, empezaron a girar los engranajes oficiales y los comandantes del Covenant se enfrentaron a un enigma: ¿por qué un Osona arriesgaría su vida embarcándose en una lancha humana y descendiendo a tierra firme? La respuesta era evidente: porque había alguien importante a bordo.

Todo eso explicaba por qué no habían matado a ninguno de esos humanos. No había manera de saber a qué criatura seguía ‘Nosolee, así que tenían que indultarlas a todas. ‘Mortumee dirigió la vista de nuevo a los instrumentos que tenía delante. ¡Un cambio! Una línea de siete puntos térmicos se dirigía hacia lo que denominaban arbitrariamente «norte», mientras que otro había quedado atrás. ¿Qué podía significar eso?

En poco tiempo, ‘Mortumee empezó a dar vueltas por encima de la gruta. Dowski consiguió liberarse de la cinta adhesiva y el Covenant se acercó a ella.

De la cima de la meseta brotó humo en cuanto el piloto del Pelican usó su ametralladora de 70 mm para silenciar una torreta del Covenant. Satisfecho con haber derrotado la torre acorazada de plasma del Covenant, una poderosa arma que podía equiparse y recuperar con facilidad, descendió hasta quedarse a algo más de un metro de la superficie de la meseta.

Quince Helljumpers de la ODST, tres más del máximo operacional del Pelican, saltaron de la cubierta para tropas de la nave y se desplegaron en abanico.

Abarrotar de tropas de más un Pelican era una decisión arriesgada, pero Silva quería todos los soldados posibles en la mesa, y el teniente Cookie Peterson se conocía al dedillo su nave. El Pelican seguía razonablemente en buen estado y había disfrutado del mejor mantenimiento posible... ¿qué más podía pedir un piloto?

Peterson notó que la nave se elevaba ligeramente cuando los marines saltaron y se las apañó para mantenerla nivelada. Captó movimiento en la zona de aterrizaje. La metralleta, que estaba conectada a los sensores de su casco, siguió el movimiento de su cabeza. Vislumbró una columna de tropas del Covenant y disparó. El pesado cañón

rotatorio emitió un gruñido gutural y convirtió la formación enemiga en un charco de lodo azul verdoso.

Cuando el último Helljumper hubo saltado, el mecánico de vuelo gritó un «¡Listo!» por el intercomunicador. Peterson encendió los cohetes inferiores de la nave, recogió energía adicional de los motores de doble turbina y dejó atrás la meseta.

—Aquí *Echo 136* —dijo el piloto al micrófono—. Estamos lanzados, preparados y extremadamente cabreados. Cambio.

—*Recibido* —contestó Wellsley, sin ninguna emoción—. *Por favor, vuelva a la localización punto dos cinco para cargar más tropas. Y si le gusta la poesía, le recomiendo a Kipling. Lo puede encontrar bastante educativo. Cambio y corto.*

Peterson sonrió, levantó el dedo en dirección a la zona donde habían establecido el centro de mando del batallón e hizo que el transporte diese un amplio giro.

La resistencia había disminuido a los pocos minutos del primer descenso de tropas, lo que permitió a la teniente Melissa McKay y a los miembros supervivientes de su compañía seguir subiendo. Consiguieron cargarse a un considerable número de defensores del sendero que intentaban desesperadamente mantener su posición.

McKay descubrió que el camino estaba bloqueado por un antiguo desprendimiento a unos treinta metros, pero al ver una abertura, supo que era eso lo que habían estado defendiendo los alienígenas. Esa era la puerta trasera, su vía de entrada a la meseta, la forma de abrirse camino hacia la cima.

Unas ráfagas de plasma surgieron de la entrada, golpearon contra el muro del barranco que tenían justo encima y llovieron pedruscos.

McKay se movió para que sus tropas retrocediesen tras la amplia curva de la colina, y movió una mano en el aire.

—¡Eh, Top! ¡Necesito un lanzacohetes!

El sargento de la compañía estaba separado de ella, a seis soldados de distancia, de manera que una sola granada no pudiese acabar con los dos mandos de golpe. Asintió, graznó una orden y pasó uno de los M19 adelante.

McKay recibió el arma del soldado que tenía detrás, comprobó que estuviese cargada con todos los cohetes posibles y sobrepasó lentamente la curva. Los disparos de plasma crepitaron al salir, pero ella se obligó a quedarse completamente quieta. Activó el aumento de 2x del arma, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. El cañón le saltó cuando el obús de 102 mm salió disparado, atravesó el agujero y detonó con un terrible rugido.

Debían tener municiones almacenadas en el interior, ya que una segunda detonación blanco-azulada hizo que el suelo bajo las botas de la oficial de la ODST temblara. Una explosión de fuego surgió de un lado del precipicio.

Era difícil imaginar que nada ni nadie hubiese sobrevivido. McKay pasó el

lanzacohetes hacia la retaguardia e indicó con la mano a sus tropas que podían avanzar.

Los marines corrieron por el sendero con una ovación de alegría, se abrieron camino entre el humo y entraron en el interior de la meseta. Había algunos cadáveres, o lo que habían sido cadáveres. Afortunadamente, el túnel se mantenía intacto.

Un par de soldados recogieron armas de plasma, las probaron en el muro más cercano y las añadieron a su armamento.

Otros, incluida McKay, miraron hacia arriba, a través del pozo de treinta metros que subía hasta la luz del día. Captó una sombra cuando un Pelican los sobrevoló para dejar caer más Helljumpers sobre la meseta. El distante estallido de una granada de fragmentación levantó polvo e hizo que cayesen grumos de tierra sobre ellos.

—Eh, jefa —dijo el soldado Satha—, ¿qué es esto?

Satha dio un fuerte pisotón en el suelo y éste resonó. Entonces McKay se dio cuenta de que ella y sus tropas se encontraban sobre una gran rejilla metálica.

—¿Para qué sirve esto? —se preguntó el soldado en voz alta—. ¿Para mantenernos alejados de ellos?

—No, parece antiguo. —McKay sacudió la cabeza—. Demasiado antiguo para que el Covenant lo haya colocado aquí.

—¡He encontrado un ascensor! —gritó uno de los marines—. O al menos eso parece...

McKay fue a investigarlo. ¿Sería ésa la forma de coronar la meseta? Chutó con la bota un casquillo que se coló por uno de los agujeros rectangulares de la rejilla, hacia la oscuridad que había debajo. Pasó mucho tiempo antes de que lo oyeran chocar contra la roca.

Silva, Wellsley y el resto de los oficiales del comandante ya se encontraban en la cima de la meseta esperándola cuando ella logró llevar el ascensor antigravitacional hasta la superficie y caminó fuera, bajo la potente luz solar. Parpadeó mientras miraba a su alrededor.

Había cuerpos por todas partes. Algunos llevaban el color verde de los marines, pero la gran mayoría vestían los colores del arco iris que el Covenant usaba para distinguir sus diferentes rangos y especialidades. Un escuadrón de Helljumpers caminaba entre la matanza, buscando humanos heridos, golpeando los cadáveres para asegurarse de que estaban muertos de verdad. Uno de ellos intentó levantarse, pero sus esfuerzos se vieron cortados por una ráfaga de un fusil de asalto.

—Bienvenida a la Base Alfa —dijo el comandante Silva al llegar al lado de McKay—. Usted y su compañía han hecho un buen trabajo, teniente. Wellsley hará que el resto del batallón suba aquí la próxima hora. Parece que le debo una cerveza.

—Sí señor —contestó McKay, alegre—. Sí que me la debe, joder.

El túnel era grande, lo suficientemente ancho para que cupiese un tanque

Scorpion, por lo que el Jefe Maestro no tuvo muchas dificultades maniobrando el Warthog en la entrada.

Casi había pasado por alto la apertura, situada al final del lecho seco de un río. Los sensores de Cortana habían identificado la entrada al sistema de túneles.

—No es una formación natural —le había advertido.

Eso significaba que alguien la había construido. Eso significaba, por lógica, que el túnel conducía a algún lugar, y podía ahorrarle un tiempo precioso en su búsqueda de las lanchas salvavidas que se habían estrellado.

Una vez dentro, las cosas se complicaron un tanto, ya que el Spartan se vio obligado a conducir el todoterreno por rampas, a través de una serie de curvas muy cerradas y hasta el mismo borde de un pozo.

Un reconocimiento rápido de la situación le confirmó que el agujero no era bastante ancho para no saltarlo, si podía hacer que el Warthog cogiera impulso. El Jefe Maestro reuló, avisó al artillero de que se sujetase y apretó el acelerador hasta el fondo. El coche corrió por la rampa, saltó por los aires y aterrizó pesadamente al otro lado.

—Estoy captando mucho tráfico del Covenant —informó Cortana—. Parece ser que el coronel Silva y los Helljumpers han capturado una posición enemiga. Si podemos agrupar al resto de los supervivientes y encontrar al capitán Keyes, seremos capaces de organizar una fuerza de resistencia a tener en cuenta.

—Bien —contestó el Jefe Maestro—. Ya era hora de que algo nos saliese bien.

Los faros del Warthog recorrían los antiguos muros cada vez que el Spartan giraba el volante, hasta que el todoterreno salió a una gran área abierta, salpicada de instalaciones misteriosas. Estaba oscuro; la carretera acababa al borde de una profunda sima. Poco después las tropas del Covenant comenzaron a aparecer, como gusanos que se retuercen sobre un cadáver podrido.

Los disparos de plasma salpicaron el parabrisas del Warthog. El Spartan saltó del vehículo, se agazapó al lado de la rueda delantera del conductor y sacó la pistola. Fitzgerald abrió fuego con la LAAG y bañó el área de balas. Las vainas llovían encima de ellos.

El Jefe observó por encima del Warthog. Estaban expuestos, peligrosamente expuestos. La carretera por la que habían avanzado estaba desprovista de cualquier cobertura, ya que no se alzaba más que tres metros por encima de la gran cámara abovedada. Era aún peor, ya que partía la cámara en dos, y los dejaba expuestos por ambos lados.

La iluminación de aquella enorme estancia era escasa y los destellos de la ametralladora del Warthog le desconcertaban la visión nocturna. Parpadeó varias veces, para aclararse la vista, y activó el aumento de su pistola.

El suelo de metal descendía por ambos lados y todas las superficies tenían

grabados los extraños diseños geométricos de la misteriosa arquitectura de Halo. Detrás de ellos, lejos de su posición, había unas cuantas estructuras menores, columnas y pilares. Tras ellos se escondía el Covenant.

Un Grunt abandonó su cobertura, con una pistola de plasma brillando de color verde... Había sobrecargado el arma. Al muy cabrón le gustaba acumular energía en el arma y descargarla de golpe. Acababa con las reservas de la pistola rápidamente, pero infligía un golpe muy duro al objetivo. Una esfera palpitante blanco-verdosa de plasma pasó crepitando cerca del Warthog.

El Jefe Maestro devolvió el fuego y retrocedió para cubrirse tras el Warthog.

—Fitzgerald —ladró—. Siga disparándolos. Yo subiré por la izquierda y acabaré con ellos.

—Entendido. —La metralleta de tres cañones tronó, y los disparos rociaron la posición del Covenant.

El Spartan estaba preparado para meterse en medio de la batalla cuando su sensor de movimiento a su espalda. La LAAG dejó de disparar, oyó a Fitzgerald gritar de dolor y caer de la parte trasera del Warthog. El casco del marine chocó contra el suelo de metal.

Una esquirla de un material cristalino, translúcido, afilado hasta lo indecible, sobresalía del bíceps del marine. El fragmento brillaba con un tono morado, espectral.

—¡Maldición! —gruñó Fitzgerald, intentando ponerse en pie. Dos segundos después la cristalina esquirla explotó y la sangre empezó a manar de la herida. El dolor hizo aullar a Fitzgerald.

No había tiempo para atender las heridas de Fitzgerald. Un par de Grunts aparecieron por la cuneta y abrieron fuego sobre ellos. Una ráfaga de los cristalinos proyectiles se dirigió hacia ellos y rebotaron, mortíferos, en el Warthog.

Estaban demasiado cerca. El Jefe disparó al Grunt más cercano tres tiros seguidos. Un trío de agujeros de bala formó un bonito dibujo en el pecho del alienígena. El compañero del Grunt chilló de rabia y alzó su arma: era un aparato extraño, retorcido, con una hilera de las esquirlas cristalinas sobresaliendo como si se tratasen de las aletas dorsales de un pez. El arma le escupió esas agujas de color morado y blanco.

El Spartan dio un salto al lado y asestó un golpe a la cabeza del Grunt con la culata de la pistola. El cráneo del extraterrestre se hundió. De una patada, lanzó el cadáver a la cuneta.

Fitzgerald se había arrastrado para cubrirse tras el Warthog.

Estaba pálido, pero no parecía en estado de shock, todavía. El Spartan agarró un kit de primeros auxilios y le trató la herida, con mano experta. La espuma selladora llenó la herida, la cerró y adormeció la zona. El joven marine necesitaría puntos y tiempo para que se reconstruyeran los músculos tan salvajemente desgarrados del

brazo, pero sobreviviría... si es que alguno de ellos lograba salir de ésa con vida.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó al soldado herido. Fitzgerald asintió, se secó el sudor de la frente con una mano ensangrentada e intentó ponerse en pie. Sin otra palabra, se puso de nuevo tras la LAAG.

El Jefe Maestro y el marine necesitaron casi quince minutos para acabar de despejar el área de fuerzas del Covenant. El Spartan examinó el perímetro. A la izquierda del Warthog, la cámara seguía durante unos ochenta metros y acababa, como la carretera que tenían delante, en una enorme sima.

—¿Alguna idea? —le preguntó a Cortana. Hubo una pequeña pausa mientras la IA estudiaba los datos.

—La carretera acaba en un agujero, pero la lógica nos lleva a pensar que hay algún tipo de puente. Encuentre los controles que activan el mecanismo del puente y podremos cruzar.

El Spartan asintió. Se dio la vuelta y cruzó la carretera, hacia la zona a la derecha del Warthog. Cuando pasaba al lado del vehículo, le dijo en voz alta a Fitzgerald:

—Espéreme aquí. Voy a encontrar una forma de cruzar.

El Jefe Maestro cruzó toda la cámara y comprobó las extrañas estructuras que salpicaban el área aquí y allá. Algunas estaban iluminadas con un brillo apagado que surgía de una especie de paneles lumínicos, pero nada indicaba qué les suministraba la energía o qué contenían esas estructuras.

Frunció el ceño. No había ningún signo de mecanismos ni de controles. Estaba a punto de volver al Warthog cuando se detuvo en seco. Se quedó observando uno de los grandes pilares, que se alzaba hasta llegar al techo, muy, muy arriba.

No había nada allí abajo, pero quizá el mecanismo que buscaba estaba encima.

Llegó hasta los límites del área, lo más alejado que pudo. A diferencia del otro lado de la cámara, esa mitad estaba delimitada por un alto muro de metal, lleno de surcos. Bordeó la barrera y fue recompensado al localizar un hueco en la pared: una entrada.

Dentro, una rampa subía unos veinte metros y después giraba noventa grados a la izquierda. El Spartan sacó la pistola, encendió la linterna del casco y empezó a ascender.

Sus precauciones estaban justificadas. Cuando llegó a la zona superior, el sensor de movimiento le mostró un contacto, justo encima de él. Se cubrió tras la esquina justo a tiempo para evitar la carga de un Élite de armadura carmesí. El Élite gruñó desafiante y lanzó un fiero golpe contra el visor del Jefe.

Se agachó, y los escudos absorbieron la peor parte del ataque. Disparó a quemarropa, sin preocuparse siquiera por apuntar. El Élite retrocedió para devolver el fuego, y los rayos de plasma atravesaron el estrecho corredor.

Con agilidad, el Jefe sacó una granada de fragmentación, le arrancó el seguro y la

lanzó a los pies del Élite. El extraterrestre lanzó un gorjeo de sorpresa mientras el Spartan se daba media vuelta y desaparecía tras la esquina.

Su premio fue un estallido de humo y fuego. La pared de metal quedó rociada de sangre morada y negra. El Spartan dobló de nuevo la esquina con la pistola preparada y pisó el cadáver humeante del Élite.

El Jefe continuó adelante, que se abría a una estrecha cornisa. A su derecha, el muro de metal continuaba hacia las alturas, hasta perderse de vista. A su izquierda, el metal descendía en un ángulo estrecho que llegaba hasta el suelo, y acababa en un abismo. Delante de él se veía un brillo palpitante, como el de las luces estroboscópicas de un Pelican.

Se detuvo ante la fuente de luz: un par de esferas brillantes colgaban suspendidas sobre un cuadro metálico de metal azul mate. Dentro del panel flotaban una serie de visualizadores, cambiantes, semitransparentes, como el aspecto holográfico de Cortana, aunque no había ningún proyector visible. Las vibrantes pantallas con símbolos geométricos le sonaban, como si de alguna forma los reconociese. Ni siquiera con su memoria aumentada podía recordar dónde los había visto antes. Le eran... familiares.

Con un dedo tocó uno de los símbolos, un círculo azul-verdoso. El Spartan esperaba que su dedo atravesase el fino aire, y le sorprendió encontrar resistencia... Las luces del panel empezaron a latir más rápidamente.

—¿Qué has hecho? —preguntó Cortana alarmada—. ¡Detecto un aumento de la energía!

—No... no lo sé —admitió el Spartan. No estaba seguro de por qué había tocado ese botón del panel. Sólo sabía que le había parecido lo correcto.

Se oyó un gemido en un tono muy agudo... desde el elevado punto en que se encontraba podía ver, a lo lejos, el agujero de la carretera. De sus bordes empezó a aparecer una dura luz blanca que formó un camino que completaba la interrumpida carretera, como el rayo de una linterna sobre el humo. La luz se hizo más brillante, y se oyó un ruido terrible, como un desgarrón.

—Estoy captando un montón de actividad fotónica —comunicó Cortana—. Los fotones activados han desplazado el aire alrededor del camino de luz.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa —continuó ella— que la luz se ha cohesionado. Que se ha vuelto sólida. —Se detuvo y añadió—: ¿Cómo sabía qué control pulsar?

—No lo sabía. Ahora larguémonos de aquí de una vez.

El trayecto sobre el puente de luz fue angustioso. Probó la resistencia de la estructura con el pie y descubrió que era tan sólido y resistente como la piedra. Se encogió de hombros, le recomendó a Fitzgerald que se sujetase fuerte y dirigió el Warthog a toda velocidad hacia el rayo iluminado. Podía oír a Fitzgerald pasar de las

oraciones a las maldiciones mientras conducía a través del abismo aparentemente sin fondo sobre el rayo de luz.

Cuando llegaron al otro lado, siguieron el túnel hasta el valle que se hallaba al final, donde el Jefe Maestro guió el coche a través de una serie de rocas y árboles, hasta llegar a la cima de una ladera cubierta de hierba. Un profundo precipicio amenazaba con no dejarlos avanzar hacia la derecha, y los obligaba a seguir hacia la izquierda, y deslizarse hacia un gran boquete que había al sur.

El vehículo se bañó en un río poco profundo. Observaron una boca de entrada a la derecha. Decidieron que lo mejor sería investigarlo y guiaron el todoterreno hacia el rocoso pasaje.

Pasaron sólo unos minutos hasta que el Warthog llegó a una cornisa que dominaba completamente un valle. El Jefe Maestro pudo localizar una lancha salvavidas y una gran cantidad de tropas del Covenant. Pero ningún marine. No era una buena señal.

Una estructura vagamente piramidal se alzaba y dominaba el centro del valle. El Jefe Maestro vio que una luz palpitante salía disparada hacia el cielo. Calculó que la estructura debía de ser similar al causante del destello que había visto antes.

Sólo tuvo un segundo para asimilar la situación antes de que los alienígenas abriesen fuego, y el artillero contestó a su vez. Había llegado el momento de volver a poner en movimiento el Warthog. El Jefe Maestro conducía mientras a su espalda la LAAG M14 zumbaba y traqueteaba.

—¿Os gusta? ¡Pues tomad más! —gritaba el marine Fitzgerald, antes de disparar otra andanada. Un par de Grunts rodaron en direcciones opuestas cuando un Jackal rechoncho y de brazos largos fue seccionado por la mitad; el arma de gran calibre levantaba trozos de roca del suelo detrás de ellos.

—Hay marines escondidos en la colina —dijo Cortana cuando el todoterreno pasó al lado de la pirámide—. Echémosles una mano.

El Spartan se dirigió a un hueco que había entre dos árboles y vio que un Élite alto y de formas angulares salía de su escondrijo. El Élite alzó un arma, pero pronto se convirtió en un manchurrón cuando el Warthog chocó contra él y las anchas ruedas le crujieron el cuerpo.

Poco después aparecieron los marines, con las armas de asalto alzadas al aire, entre vítores. Un sargento asentía con la cabeza.

—Nos alegramos de verlo, Jefe. Empezábamos a estar hasta el cuello.

En ese momento las fuerzas del Covenant intentaron invadir la colina, pero la munición de 12,7x99 mm se encargó de ellos, y la ladera quedó cubierta por sus cadáveres.

El Jefe Maestro oyó el crepitar de la estática, seguido por la voz de Foehammer:

—Echo 419 a Cortana... conteste.

—Le recibimos, 419. Tenemos supervivientes, y necesitamos evacuación inmediata.

—*Recibido, Cortana. Durante el trayecto, he vislumbrado otros botes salvavidas en vuestra área.*

—De acuerdo —respondió Cortana—, nos ponemos en camino.

La mayor parte de la tarde la pasaron inspeccionando los valles que comunicaban con el primero, localizando al resto de los supervivientes y ocupándose de las tropas del Covenant que intentaban impedirlo. Al final, tras un total de sesenta y tres marines y personal naval, el Spartan vio cómo el *Echo 419* aterrizaba por última vez y saltó a bordo. Foehammer miró por encima del hombro.

—*Ha tenido un día muy largo, Jefe. Buen trabajo. Llegaremos a la Base Alfa en treinta minutos.*

—Recibido —respondió el Spartan. Exhaló y suavizó su tono cortante. Se permitió reclinarsse contra el mamparo y añadió—: Gracias por llevarme.

Treinta segundos después se había dormido.

El capitán Keyes se detuvo con las manos sobre las rodillas, jadeando, ante la cara vertical de un precipicio. Él y el resto del equipo de mando habían estado prácticamente corriendo las últimas tres horas. Incluso los marines estaban exhaustos cuando la sombra proyectada por la nave de transporte del Covenant se colocó encima de ellos y bloqueó el sol.

Keyes consideró la opción de usar la pistola de Dowski para disparar a la nave, pero no pudo reunir la energía suficiente. La voz que sonó por los megáfonos externos de la nave le resultó demasiado familiar.

—¿Capitán Keyes? Soy Ellen Dowski. Este cañón es un callejón sin salida. No tiene adonde huir. Lo mejor que puede hacer es rendirse.

La oscuridad que proyectaba la nave varió cuando el aparato empezó a descender hacia el fondo del cañón. Los motores aullaron y levantaron polvo en todas direcciones antes de tomar suelo. Se abrió una escotilla y Dowski saltó a tierra. Parecía que estaba intacta y sonreía con una mueca de satisfacción.

—¿Lo ve? Es exactamente como le dije que sería.

Media docena de Elites veteranos salieron al exterior, seguidos por una manada de Grunts. Iban armados hasta los dientes. Las piedras crujieron cuando se acercaron a la pared del precipicio. Habló uno de los extraterrestres, con una voz poderosa que chapurreaba el lenguaje humano con una incomodidad evidente.

—Vosotros soltaréis las armas. Ahora.

La tropa miró a Keyes. Éste se encogió de hombros, se agachó y dejó el M6D en el suelo. Los otros lo imitaron.

Los Grunts se adelantaron y recogieron las armas. Uno de ellos se rió en su lengua mientras cogía tres rifles de asalto de los marines y se los llevaba.

—¿Cuál? —preguntó el Élite con el traductor, y miró a Dowski.

—¡Ése! —proclamó la oficial renegada, señalando a Keyes.

—¡Maldita zorra! Te... —Hikowa avanzó hacia ella.

Nadie sabría nunca qué iba a hacer Hikowa porque el Élite la mató de un tiro. Keyes saltó hacia adelante e intentó detener al Élite, pero no sirvió de nada. Un golpe, rápido como el rayo, le alcanzó en un costado de la cara, tan fuerte que un tono gris cubrió completamente su visión. Cayó al suelo.

El Élite fue metódico. Empezando con los marines, disparó un tiro a la cabeza de cada prisionero. Wang intentó escapar, pero un rayo de plasma le alcanzó en toda la espalda. Lowell intentó agarrar su pistola, pero recibió un disparo en la cara.

Keyes luchó por alzarse de nuevo, mareado, desorientado, e intentó cargar sobre el Élite. Lo tumbaron en el suelo de nuevo. Los ojos muertos de Hikowa lo miraban fijamente.

Finalmente, cuando el último rayo de plasma había sido disparado y el olor a carne quemada aún flotaba en el aire, sólo quedaban vivos dos miembros de la tripulación: Keyes y Dowski. La alférez estaba pálida. Sacudía la cabeza y se retorció las manos.

—No lo sabía, señor, de veras que no. Me dijeron que...

El Élite agarró una MD6 del suelo y disparó contra Dowski. La bala le entró por en medio de la frente. El eco intensificó la detonación por todo el cañón. Los ojos de la alférez se pusieron en blanco, le fallaron las rodillas y se desmoronó.

El Élite estudió la MD6 que tenía en las manos. El arma era pequeña comparada con su pistola, y su dedo no encajaba bien en el guardamonte.

—Proyectiles. Muy primitivo. Llévóloslo.

Los otros Élites agarraron a Keyes por los brazos y lo arrastraron por una rampa, al sucio interior de la nave de transporte. Parecía que las reglas del Covenant habían cambiado de nuevo. Ahora tomaban prisioneros, aunque no muchos. La nave alzó el vuelo y el único humano que había sobrevivido deseaba no haberlo hecho.

La Base Alfa no ofrecía muchas diversiones, pero el Spartan participó en todas las que había. Primero disfrutó de poder dormir ininterrumpidamente durante diez horas completas, seguidas de una comida compuesta de elementos seleccionados de dos MER, las comidas preparadas, y una ducha caliente de dos minutos.

El propio anillo era el que les proporcionaba el agua, los calentadores eran cortesía de la planta energética del Covenant y la alcachofa de ducha la había fabricado uno de los técnicos del *Pillar of Autumn*. La ducha, aunque había sido corta, le había sentado bien, muy bien, y el Spartan había disfrutado de cada segundo bajo ella.

El Jefe Maestro se había secado, agarrado un nuevo juego de utensilios y estaba a punto de realizar las comprobaciones de mantenimiento de rutina de su armadura

cuando un recluta asomó la cabeza en la habitación del Spartan, un cubículo de plástico inteligente prefabricado que había reemplazado el arcaico concepto de las tiendas.

—Disculpe que le moleste, Jefe, pero el comandante Silva quiere verlo en el puesto de mando... enseguida.

—Ahora mismo voy —dijo el Spartan, mientras se secaba las manos con un trapo.

El Jefe Maestro estaba a punto de poner en marcha la armadura cuando el marine reapareció.

—Otra cosa... el comandante me indicó que dejase la armadura aquí.

El Spartan frunció el ceño. No le gustaba separarse de su armadura, y menos en una zona de combate. Pero una orden era una orden, y hasta que determinase qué le había sucedido al capitán Keyes, Silva estaba al mando.

—Gracias, soldado —asintió.

Hizo una comprobación para asegurarse de que su equipo estaba en orden, activó el sistema de seguridad de la armadura y se enfundó la M6D en la cintura.

La oficina del comandante estaba situada en el medio de la Base Alfa, en el centro exacto de la estructura del Covenant construida sobre la meseta. El Spartan cruzó los pasillos y descendió por un corredor manchado de sangre. Un par de Grunts prisioneros, encadenados, trabajaban duro fregando el suelo bajo la vigilancia de un guardia de la Marina.

Dos Helljumpers hacían guardia ante la puerta de Silva. Los dos parecían extremadamente en forma para ser soldados que habían estado en combate el día anterior. Le dedicaron al Spartan la mirada a la vez hostil e indiferente que los miembros de la ODST reservaban para todo lo que no formaba parte de su exclusiva organización. El más alto de los dos llevaba en el cuello la insignia de oficial.

—Bueno, Jefe, ¿qué podemos hacer por usted?

—Jefe Maestro Spartan-117 presentándose ante el comandante Silva.

Spartan-117 era la única designación oficial que tenía a los ojos del ejército. Se le ocurrió entonces que, tras la caída de Reach, no quedaba nadie que supiese que se llamaba John.

—¿Spartan-117? —preguntó el menor de los dos marines—. ¿Qué clase de nombre es ése?

—Mira quién habla —le interrumpió McKay, acercándose al Jefe Maestro por la espalda—. Es una pregunta muy extraña viniendo de alguien que se llama Yutizenika.

Los dos Helljumpers rieron y McKay le hizo un gesto al Spartan para que entrase.

—No haga caso a esos dos, Jefe. Son demasiado felices. Yo soy McKay. Vamos, entre.

—Gracias, señora —contestó el Spartan. Caminó tres pasos y se encontró ante un

escritorio improvisado. El comandante Silva levantó la vista de lo que estaba mirando y sus ojos se cruzaron con los del Jefe Maestro. El Jefe se puso firme.

—Señor, el Jefe Maestro Spartan-117 se presenta como se le ha ordenado, señor.

La silla la habían rescatado de una lancha salvavidas de la UNSC y dejó escapar un ligero silbido cuando Silva se retrepó en ella. Llevaba en la mano un punzón con el que se daba repetidos golpecitos en el labio. En ese momento, la mayoría de los oficiales le hubieran indicado volver a posición de descanso, y que no lo hiciese era un indicio claro de que algo iba mal. ¿Qué pasaba?

McKay se colocó a la izquierda de Silva, se apoyó en la pared y observó la escena con el ceño fruncido. Llevaba el pelo cortado al estilo de los Helljumpers, corto por los lados para que se pudiesen apreciar los tatuajes del cuero cabelludo, y plano en la parte superior. Tenía los ojos verdes, una nariz ligeramente aplastada y los labios carnosos. Era, al mismo tiempo, la cara de un soldado y la de una mujer.

—Supongo que se pregunta quién soy yo y de qué va todo esto —dijo Silva, como si pudiese leer la mente del Spartan—. Lo comprendo, sobre todo teniendo en cuenta su condición, su relación con el capitán Keyes y el hecho de que ahora sabemos que ha sido capturado. La lealtad es algo muy bueno, una de las virtudes por las que se conoce a los militares, una cualidad que admiro. —Silva se levantó y empezó a caminar adelante y atrás tras su silla—. De todas formas, existe una cadena de mando, lo que significa que debe informarme a mí. No a Keyes, ni a Cortana, ni a usted mismo. —El marine se detuvo, se dio la vuelta y miró al Jefe Maestro fijamente a los ojos—. He pensado que sería buena idea que usted y yo realizásemos una comprobación de comunicaciones. Éste es el trato. Me falta un capitán, por lo que la teniente McKay hace las funciones de oficial ejecutivo. Si uno de nosotros dice: «mierda», espero que su respuesta sea: «¿de qué color, cuánta y dónde la quieren?». ¿Me comprende?

—Perfectamente, señor —contestó después de mirarlo fijamente un segundo y apretar las mandíbulas.

—Bien. Una cosa más. Conozco su historial y lo admiro. Es usted un soldado formidable. Pero, además, también es usted una rareza, el último sujeto vivo de un experimento que resultó un terrible fracaso, un experimento que nunca debería repetirse.

McKay observaba la cara del Jefe Maestro. Llevaba el pelo corto, no tanto como ella, pero lo llevaba corto. Sus ojos eran serios, la boca firme y la mandíbula fuerte. La piel no había estado expuesta al sol durante mucho tiempo y era blanca, demasiado, como algo que hubiese vivido un largo encierro en una cueva. Por lo que había oído, había sido un soldado profesional desde los seis años, lo que significaba que era todo un experto en controlar lo que su cara reflejaba, pero podía ver que las palabras del comandante lo golpeaban como si fuesen balas que daban en su objetivo.

No fue nada evidente, pero los ojos se le estrecharon levemente y apretó un poco la boca. Dirigió su mirada a Silva. Si el comandante se había percatado de los cambios, no parecían importarle.

—La sola idea de seleccionar gente, manipularles la mente y modificar sus cuerpos es mala. Primero, porque los candidatos no pudieron tomar la decisión; segundo, porque los sujetos del programa fueron transformados en humanos alienígenas; y tercero porque el programa Spartan fracasó. ¿Le suena un hombre llamado Charles Darwin? No, seguramente no, porque nunca fue a la guerra. Darwin fue un naturalista que propuso una teoría a la que llamó «selección natural». En pocas palabras, creía que las especies mejor preparadas eran las que conseguirían sobrevivir, mientras que el resto de los organismos, menos efectivos, se extinguirían. Eso es lo que le sucedió a los Spartans, Jefe: se extinguieron. O lo harán, cuando usted muera. Y aquí es donde viene la ODST. Fuimos los Helljumpers los que tomamos esta meseta, hijo... no un montón de monstruos vestidos con una armadura extravagante. Cuando eliminemos al Covenant, y sinceramente creo que lo haremos, esa victoria será el resultado del trabajo de hombre y mujeres como la teniente McKay, de seres humanos que son tan agudos como una cuchilla, tan fuertes como el metal, de corazón auténtico... ¿Me comprende?

El Jefe Maestro recordó a Linda, a James, a los setenta y tres chicos y chicas con los que había aprendido a luchar. Todos muertos, todos etiquetados como «monstruos», todos desprestigiados como si el suyo hubiese sido un experimento fallido. Respiró profundamente.

—¡Señor, no, señor!

Hubo un largo momento de silencio mientras los dos hombres se miraban fijamente a los ojos. Pasaron unos buenos segundos cuando el comandante asintió.

—Lo comprendo. Los ODST también somos leales a nuestros muertos. Pero eso no cambia los hechos. El programa Spartan ha acabado. Los seres humanos ganaremos esta guerra... así que mejor que vaya acostumbrándose. Mientras, necesitaremos a todos los guerreros que tengamos a mano, especialmente aquellos que tienen más medallas que todos los generales del ejército juntos.

A partir de entonces, como si hubiesen encendido un interruptor, la conducta del oficial de la ODST cambió completamente. Le pidió que descansase, indicó a sus dos invitados que se sentasen y procedió a informar al Jefe Maestro sobre su siguiente misión. Sus exploradores habían confirmado que el Covenant había apresado al capitán Keyes, y Silva estaba decidido a rescatarlo.

El *Pilar of Autumn* había dañado su nave durante la breve batalla en el sistema, y los ingenieros del Covenant trabajaban a destajo en las reparaciones del *Truth and Reconciliation*. Ahora, flotando a tan sólo un centenar de unidades de la superficie de Halo, la nave se había convertido en el cuartel general de facto para los que estaban

asignados al análisis y selección de la tecnología del mundo anillo.

El buque de guerra estaba en el centro de las actividades de la estructura de mando. Los corredores estaban atestados de Élites oficiales, de comandantes Jackals y de Grunts veteranos. También había un montón de ingenieros, unas criaturas de aspecto amorfo que volaban por lo alto gracias a mecanismos de gas, con los que, hábilmente, podían desmontar, reparar y remontar cualquier tipo de tecnología compleja.

Todos ellos, independientemente de su grado de veteranía, se apresuraron a apartarse del camino de Zuka ‘Zamamee cuando éste atravesó los pasillos, seguido de cerca por un recio Yapap. No era por su rango, sino por su aspecto y el mensaje que éste transmitía: la cabeza alzada con arrogancia, la armadura espacial negra, el repiqueteo constante de sus botas, todo contribuía a irradiar confianza y autoridad.

Pero, ni siquiera siendo tan formidable como ‘Zamamee, se permitía la entrada en la cubierta de mando sin ser revisado previamente, y nada menos que seis Elites montaban guardia cuando él y su ayudante descendieron del ascensor gravitatorio. Si estos Élites se mostraron intimidados por la conducta de su colega, no dieron muestras de ello.

—Identifíquese —dijo bruscamente uno de ellos, extendiendo la mano.

‘Zamamee depositó su disco en la mano del otro guerrero con el aire de alguien que estaba haciéndole un favor a un ser de clase inferior.

El oficial de seguridad cogió el disco de identidad de ‘Zamamee y lo colocó en un lector portátil. Apareció la información, que atravesó la pantalla de derecha a izquierda.

—Coloque la mano en la ranura.

La segunda máquina tenía la forma de una caja negra de cinco unidades de altura. Una luz verde surgió de un agujero localizado en uno de los lados de la estructura.

‘Zamamee hizo lo que le indicaban, sintió un dolor punzante cuando la máquina recogió una muestra de tejido, y supo que el ordenador estaba comparando su ADN con el de los archivos. No era por miedo a que fuesen humanos, sino porque los políticos en el Covenant eran bastante corruptos, y en los últimos tiempos se habían producido varios asesinatos.

—Confirmado —indicó el Élite—. Parece que es el mismo Zuka ‘Zamamee que tenía que reunirse con el Consejo hace quince unidades. De todas formas, van retrasados, por lo que tendrá que esperar. Por favor, entrégueme todas las armas. Allí encontrará una sala de espera... pero el Grunt deberá quedarse fuera. Lo llamarán cuando el Consejo esté listo.

Aunque no cargaba con su fusil de energía, que había entregado al Grunt para que éste lo acarrease, el Élite tenía una pistola de plasma, y la entregó con la culata por delante.

‘Zamamee caminó hasta la improvisada área de espera y descubrió que había un buen número de otros seres a los que estaban haciendo esperar. La mayoría estaban sentados, inclinados hacia adelante, ensimismados y miraban al suelo.

Lo que empeoraba las cosas era el hecho de que no los atenderían por orden de llegada, sino que parecía que los de mayor rango tenían privilegios, y que verían primero a los peticionarios veteranos.

Pero el Élite no podía quejarse. Si no hubiese sido por su rango, el Consejo nunca habría accedido a recibirlo. Al final, tras lo que pareció una eternidad, ‘Zamamee fue guiado hasta la cámara donde el Consejo de mando se había reunido.

Un Profeta menor estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro de una mesa que rodeaba un podio en el que se estaba claro que debía colocarse el Élite. Cada vez que una ráfaga de aire tocaba al Alto Ser, éste se ladeaba ligeramente, lo que sugería que preferiría dejar que su cinturón antigravitatorio estuviese sosteniéndolo antes que estar sentado en una silla, quizá por fuerza de la costumbre, quizá como una estrategia para recordarles al resto quién y qué era. Era algo que ‘Zamamee no sólo comprendía sino que también admiraba.

El Profeta llevaba en la cabeza un casco muy complejo. Estaba adornado con gemas y lleno de contactos para comunicarse. Una capa de plata descansaba sobre sus hombros, que sujetaba un broche delicadamente tejido con cables dorados, los cuales se alargaban hacia la parte delantera para colocar un micrófono ante sus huesudos labios. Una túnica ricamente bordada de color rojo caía como una cascada desde su regazo hacia el suelo de cubierta. Los ojos, negros como la obsidiana, siguieron al Élite mientras éste seguía hacia el podio, mientras un ayudante le susurraba algo en el oído.

El otro Élite, un aristócrata llamado Soha ‘Rolamee, levantó la mano.

—Le saludo, ‘Zamamee. ¿Cómo está la herida? Espero que se esté curando rápidamente.

‘Rolamee estaba dos niveles de rango por encima de ‘Zamamee. El oficial menor paladeó la respetuosa manera en que el otro Élite le había saludado.

—Gracias, Excelencia. Me recuperaré.

—Basta —interrumpió el Profeta—, vamos muy retrasados, mejor que vayamos al grano. Zuka ‘Zamamee ha venido ante el Consejo buscando una dispensa especial para dejar la unidad que tiene al mando a fin de localizar y matar a un humano en concreto. Una idea bastante extraña, ya que todos se parecen y son igual de molestos. De todas formas, según nuestros informes, ese humano en particular es el responsable de cientos de bajas del Covenant. El consejo sabe que el oficial ‘Zamamee fue herido en un encuentro con ese humano y le recuerda al oficial ‘Zamamee que el Covenant no permite venganzas personales. Por favor, téngalo en cuenta cuando presente su caso, y tenga en cuenta también el tiempo. Ser breve le será de ayuda.

—Gracias, Excelencia. —‘Zamamee bajó los ojos en señal de respeto—. Nuestros espías sospechan que ese sujeto en cuestión fue entrenado para ser un guerrero desde una edad muy temprana, que sus habilidades fueron alteradas y aumentadas quirúrgicamente, y que está equipado con una armadura que puede ser superior a las nuestras.

—¿Superior a las nuestras? —repitió el Profeta, dejando claro con su tono que consideraba bastante improbable esa posibilidad—. Vigile sus palabras, oficial ‘Zamamee. La tecnología que ha creado la armadura que usted lleva nos fue otorgada directamente por los Ancestros. Decir que es inferior a algo roza el sacrilegio.

—Pero lo que dice ‘Zamamee es cierto —añadió ‘Rolamee—. Nuestros archivos están llenos de informes que, aunque en ocasiones son contradictorios, mencionan uno o más humanos vestidos con una armadura reactiva especial. Si admitimos que las versiones de los testigos son ciertas, parece que ese sujeto o ese grupo de sujetos pueden absorber una gran cantidad de daño sin sufrir repercusiones personales, tiene habilidades de batalla excepcionales y demuestran una capacidad de liderazgo superior. Cuando aparece o aparecen, los otros humanos luchan y se defienden con un vigor renovado.

—Exactamente —dijo ‘Zamamee, agradecido—. Por eso mismo recomiendo que se envíe un equipo especial de Hunter/ Killers para encontrar al humano y traer la armadura, para analizarla.

—Anotado —dijo con seriedad el Profeta—. Retírese mientras el Consejo lo valora.

‘Zamamee no pudo hacer otra cosa más que bajar la mirada, retirarse del podio y dirigirse de nuevo a la puerta. Una vez en el pasillo, el Élite sólo tuvo que esperar unas unidades antes de que lo llamasen de nuevo por el nombre y fue conducido de nuevo a la sala. ‘Zamamee vio que tanto el profeta como el segundo Élite habían desaparecido, y que allí sólo quedaba ‘Romamee, que le comunicaría las noticias.

El otro oficial se puso en pie, como para reducir la enorme distancia social que los separaba.

—Me temo, ‘Zamamee, que el Profeta da poca importancia a los informes, los considera afectados por la «histeria en el campo de combate». Más que eso, hemos estado todos de acuerdo en que usted es un activo demasiado valioso para malgastarlo con un solo objetivo.

»Su petición ha sido denegada.

‘Zamamee sabía que ‘Rolamee se había inventado lo de «demasiado valioso» para amortiguar el golpe, pero apreciaba la intención. Aunque estaba profundamente decepcionado, era un soldado, y eso significaba que cumpliría las órdenes. Bajó la vista.

—Sí, Excelencia. Gracias, Excelencia.

Yayap vio cómo el Élite salía, se fijó en sus hombros caídos y supo que habían escuchado sus oraciones. El Consejo había denegado la loca petición del Élite, a él se le permitiría volver a su unidad y todo volvería a la normalidad.

‘Zamamee se había mostrado intimidante cuando iba hacia el Consejo, y en el camino de salida se mostró mucho menos. Caminaba aún más rápido, si cabe, lo que obligaba a Yayap casi a correr. El Grunt esquivaba como podía todo el tráfico que tenía delante, e intentaba mantener el ritmo de ‘Zamamee.

Yapap lanzó un grito de sorpresa cuando chocó contra la zona posterior de las piernas de ‘Zamamee: el Élite se había detenido en seco. El Grunt se fijó, con inquietud, en que su nuevo amo había apretado las garras. Siguió la mirada de ‘Zamamee y vio un grupo de cuatro Jackals.

Entre ellos arrastraban a un humano uniformado.

Acababan de interrogar a Keyes por tercera vez. Le habían administrado una especie de tratamiento de choque neural para hacerle hablar, y sus terminaciones nerviosas seguían zumbándole cuando los extraterrestres lo empujaron por la espalda, le gritaron en una cháchara ininteligible al oído y se rieron cuando vieron su dolor. Notó el sabor de su propia sangre.

La procesión se paró de golpe cuando un Elite ataviado con una armadura de combate negra les bloqueó el paso, señaló con un largo dedo al humano y dijo:

—¡Tú! Dime dónde puedo encontrar al humano que lleva la armadura especial.

Keyes miró hacia arriba, intentó enfocar la mirada, y se enfrentó al extraterrestre. Vio el vendaje e imaginó el resto.

—No tengo ni la más remota idea —contestó, y consiguió esbozar una sonrisa—, pero la próxima vez que te lo encuentres, te recomiendo que te agaches.

‘Zamamee dio un paso adelante y le pegó un revés al humano. Keyes se tambaleó, recobró el equilibrio y se limpió la sangre que le brotaba de la comisura de los labios. Fijó de nuevo su vista en la del extraterrestre.

—Vamos... dispárame.

Yayap vio que el Élite consideraba hacerlo, que su mano derecha descendía hasta la pistola, tocaba la culata y se retiraba. Después, sin más palabras, ‘Zamamee se fue. El Grunt lo siguió. De alguna forma, aunque Yapap no sabía cómo, el humano había vencido.

4

DESPLIEGUE +17.11.04 (RELOJ DE MISIÓN DEL SPARTAN-117) / PELICAN ECHO 419, EN EL AIRE

Los vuelos de reconocimiento que llevaron a cabo el día anterior les habían mostrado que los sensores a bordo del navío del Covenant *Truth and Reconciliation* podían tener un punto ciego justo debajo de su posición actual, ya que en aquel lugar se alzaba una pequeña montaña que bloqueaba la visión electrónica.

Quizá era más importante aún que Wellsley hubiese preparado un entramado de señales diseñadas para engañar a los técnicos del Covenant y hacerles creer que el transporte del UNSC era uno de los suyos. Cincuenta metros sobre el puente, cubiertos por camuflaje electrónico, el Jefe Maestro y todos los Helljumpers que el Pelican podía llevar esperaban para comprobar si su artimaña funcionaría.

Sólo el tiempo podría decir si las señales falsificadas serían efectivas, pero una cosa era segura: aunque había estado concebido expresamente con el propósito de rescatar al capitán Keyes, la misión que habían ideado juntos Silva, Wellsley y Cortana tenía otro propósito, quizá aún más importante.

Si el equipo de rescate lograba introducirse en la nave del Covenant y rescatar al prisionero, la presencia humana en Halo pasaría de ser un simple intento de supervivencia a un movimiento de resistencia completamente articulado.

La nave tembló cuando atravesó una serie de bolsas de aire y después se balanceó cuando la piloto que se llamaba a sí misma Foehammer decidió esquivar un obstáculo formado por unas pequeñas colinas. El Jefe Maestro tuvo la oportunidad de estudiar a los marines que estaban sentados a su alrededor. Eran los Helljumpers, los que, según Silva, al final ganarían la guerra, los que harían que las rarezas como él quedasen relegadas a la papelera de la historia.

Quizá Silva estaba en lo cierto, quizá el programa Spartan acabaría con él, pero eso no importaba. Ni allí, ni en ese momento. Los marines lo ayudarían a acabar con los centinelas, a destruir los cañones y a alcanzar el ascensor de gravedad que estaba situado justo debajo del vientre del *Truth and Reconciliation*. Y estaba contento de

contar con esa ayuda. Incluso con el elemento sorpresa y el apoyo de las tropas de la ODST, las cosas seguramente se pondrían bastante difíciles cuando accediesen al ascensor. Sería en ese momento cuando llegaría un segundo transporte que llevaría otro grupo de marines que se unirían al asalto.

Les preocupaba que el *Truth and Reconciliation* se retirara en ese punto, pero Cortana había estado comprobando las comunicaciones del Covenant y estaba convencida de que aún se estaban realizando reparaciones críticas a bordo del crucero extraterrestre.

Suponiendo que fuesen capaces de llegar al ascensor gravitacional, reunirse con los refuerzos y abrirse camino en medio de una batalla hasta la nave, después sólo tendrían que encontrar a Keyes, eliminar un número desconocido de enemigos y estar preparados para la evacuación. Un paseo.

—*Estamos en cinco para suelo...* —indicó la voz de Foehammer en el intercomunicador—. *Repito, cinco para suelo...*

Era la señal para que el sargento Parker pusiese en marcha sus tropas. Su voz se transmitió por la frecuencia de equipo y le resonó al Spartan en los oídos.

—Venga, poned el seguro y cargad. El Covenant está celebrando una fiesta y estáis invitados. Recordad que el Jefe Maestro va el primero, así que esperad a que él os dé pie. No sé vosotros, pero a mí me encanta tener a uno de esos bichos en la mirilla.

Hubo risas generales. Parker le dio su permiso alzando los pulgares al Spartan, que respondió del mismo modo. Se sentía bien teniendo a alguien que le cubriese las espaldas, para variar.

Revisó el plan mentalmente; tenía que saltar antes que los Helljumpers y despejar el camino con ayuda de su fusil de precisión S2 AM. Entonces, una vez perdido el elemento sorpresa, el Jefe Maestro cambiaría a su fusil de asalto MA5B para el trabajo cercano. Como el resto de las tropas, el Spartan llevaba con él un cargamento completo de munición y granadas, además de otro equipo, como dos cargadores para lanzacohetes M19.

—*¡Treinta segundos para suelo!* —anunció Foehammer—. *¡Disparen a algunos de esos cabrones de mi parte!*

Cuando el Pelican se mantuvo a medio metro por encima de la superficie, Parker gritó la orden de salida y el Jefe Maestro descendió por la rampa. Se movió lateralmente y comprobó el área. Los Helljumpers saltaron al suelo con un estruendo parecido al de un trueno, por detrás de él.

Estaba oscuro, por lo que sólo los guiaba hasta su objetivo la luz que reflejaba la luna que colgaba del cielo y el brillo de las luces de las obras del Covenant. Unos segundos después, el *Echo 419* estaba de nuevo en el aire. La piloto dio una vuelta entera, introdujo más combustible en los motores y desapareció en la noche.

El Jefe Maestro oyó cómo la nave lo sobrevolaba, recogió sus pertenencias y localizó un sendero a la derecha. Las tropas de la ODST se dispersaron a cada uno de sus lados mientras que Parker y un equipo de tres marines cubrían la retaguardia.

Caminó despacio por el camino rocoso, que ascendía hasta un terraplén de unos dos metros de altura. Mientras se acercaba al grupo de rocas, Cortana advirtió al Spartan de que captaba movimientos de enemigos delante. Una legión de puntos rojos apareció en su sensor de movimiento. A unos metros por delante, hacia la izquierda, había un pozo profundo, una especie de excavación, a juzgar por las luces de trabajo del Covenant que salpicaban el área con puntos de iluminación. Se preguntó unos segundos qué debían de buscar los extraterrestres.

Quitó el seguro del fusil. No importaba lo que buscaban. El se ocuparía de que no viviesen lo suficiente para encontrarlo.

El Jefe Maestro encontró un lugar que le cubriese al lado de un árbol y alzó el arma. Usó el visor de aumento de 2 x y la visión nocturna para encontrar los emplazamientos de cañones del Covenant, localizados al otro extremo de la depresión. El área estaba plagada de Grunts, Jackals y Élites, pero era imperativo neutralizar primero los cañones de plasma, los Shades, antes de que los marines saliesen al descubierto. Su armadura MJOLNIR y sus escudos podrían absorber una cantidad limitada del plasma de los Shades; la armadura antibalas de los Helljumpers, por el contrario, no servía de nada contra ese tipo de disparos.

Cuando hubo localizado los dos Shades, el Spartan cambió a un aumento de 10x, pasó de un objetivo al siguiente... y volvió a comprobar el punto de mira.

Cuando estuvo seguro de que podría saltar de un objetivo al otro con suficiente rapidez, exhaló silenciosamente y aguantó la respiración. El dedo apretó el gatillo y el fusil le golpeó el hombro. El primer disparo acertó al artillero más cercano en el pecho. Mientras el Grunt caía del asiento del Shade, el Jefe Maestro desplazó el fusil hacia la derecha y le metió en la cabeza al segundo Grunt una bala de 14,5 mm.

La detonación del fusil alertó al Covenant y devolvieron el fuego. El Spartan se movió a lo largo del terraplén y disparó tras el tronco rugoso de un árbol. El fusil ladró un par de veces más y un par de Jackals se desplomaron. Lo recargó con la rapidez que proporciona la práctica y continuó disparando. Sin los Shades para apoyarlos, los enemigos fueron cayendo de uno en uno.

El Jefe Maestro cargó de nuevo y siguió disparando hasta que ya no hubo más objetivos a la vista, y cambió al fusil de asalto. Saltó hacia el pozo abierto y se escondió tras una alta roca, una de las que había esparcidas alrededor de la depresión.

—¡Helljumpers, adelante! —gritó por la radio. En cuestión de segundos los ODST cargaron hacia el pozo. Cuando los primeros reclutas hicieron su entrada, un trío de Grunts abandonaron su escondite, dispararon a uno de los marines a la cara e intentaron huir. Antes de que el cuerpo del Helljumper tocase el suelo, el Spartan y

otros ODST acribillaron a los extraterrestres.

Los disparos resonaron a través de los retorcidos cañones y se apagaron. El Spartan se encogió de hombros: se habrían enterado del altercado. Habían perdido el elemento sorpresa.

No había tiempo que perder. El Jefe Maestro condujo a los Helljumpers a través de la depresión, subieron a una colina al otro lado del pozo y la recorrieron por una cara que daba a un precipicio. Se mantuvo cerca del muro de roca a la derecha, consciente de la terrible caída que le esperaba a alguien que diese un paso en falso. Podía vislumbrar el reflejo de la luz de la luna en un océano enorme, muy por debajo de ellos.

El sensor de movimiento avisó con un pitido agudo de dos contactos, y les hizo una seña a los ODST para que se detuviesen. Se agazapó tras un grupo de arbustos, justo al lado del barranco, teniendo en mente todo el rato la bestial caída. Un par de Jackals doblaron la esquina donde acababa el caminito, con las armas de plasma sobrecargadas, y pagaron caro su presteza.

El Spartan saltó desde su escondrijo y asestó un golpe con la culata del fusil contra el escudo de energía del Jackal, que parpadeó y se apagó. La fuerza del golpe hizo que el extraterrestre se saliese del sendero. El Jackal lanzó un grito al caer por el barranco.

El Jefe giró sobre sus talones y disparó el fusil, que sostenía a la altura de la cadera. La ráfaga golpeó el costado del segundo alienígena. El Jackal se desplomó en el suelo, pero su dedo se tensó sobre el gatillo de su arma antes de morir y abrió un agujero enorme en la roca, justo encima de la cabeza del Jefe Maestro.

El Spartan colocó un cargador nuevo en su arma y siguió adelante.

—Aquí te dejo un pequeño recuerdo —gruñó uno de los marines, y disparó al Jackal en la cabeza.

A medida que el grupo continuaba por el sendero, encontraron un nuevo Shade, más Grunts y un par de Jackals, pero todos ellos parecieron fundirse bajo el ataque combinado del fusil de precisión del Jefe Maestro, las armas de asalto de los marines y unas cuantas granadas bien colocadas.

La fuerza de rescate siguió adelante, hacia las luces que había más allá. La resistencia del Covenant era firme pero limitada; el Jefe Maestro oyó enseguida el atronador sonido de una nave alienígena que los sobrevolaba a unos cien metros de altura. La piel le crepitó a causa de la electricidad estática. En el centro de una profunda hondonada descansaba un ancho disco metálico, el ascensor gravitatorio que el Covenant usaba para trasladar tropas, suministros y vehículos a la superficie del mundo anillo o devolverlos a la nave. Una luz morada brillaba alrededor de la plataforma a la que estaba anclado el rayo.

—¡Vamos! —gritó el Jefe Maestro, señalado el ascensor—. Ésa es nuestra puerta

de entrada. ¡Venga!

Se lanzaron en una carrera rápida por un cañón estrecho, que fue seguida por un combate encarnizado en el momento en que el Jefe Maestro y los Helljumpers entraron en el área que estaba justo debajo de la nave.

La hondonada estaba rodeada de Shades, y todos abrieron fuego al mismo tiempo. El Jefe usó el fusil de precisión para derribar al más cercano, corrió por la ladera que lo separaba del Shade y saltó sobre el asiento vacío. Lo más urgente era acallar el resto de los cañones.

Tiro del dispositivo de control hacia la izquierda y el arma giró hasta estar frente a un segundo Shade, al otro lado del desfiladero. La imagen brillante de un triángulo hueco flotaba ante su rostro. Cuando se alineó con la otra arma, destelló con un tono rojo. Apretó los pulgares contra los disparadores y unos agujijones de color morado y blanco azotaron el emplazamiento del enemigo. El artillero intentó apartarse de su Shade, se interpuso ante uno de los disparos del Spartan y un rayo de energía le atravesó. Cayó sobre la base del Shade que había abandonado con un agujero humeante en el pecho.

El Jefe Maestro ladeó el cañón capturado y apuntó al resto de los Shades. Roció a sus objetivos con una oleada de energía destructiva; tras esto, satisfecho por haber podido silenciar las posiciones enemigas, se puso manos a la obra con las fuerzas terrestres.

Había hecho arder a un par de Jackals, que cayeron al suelo, cuando Cortana anunció que el transporte del Covenant estaba a punto de llegar, por lo que el Jefe Maestro se vio obligado a dirigir sus disparos hacia la nave extraterrestre y hacia las tropas que descendían de él.

El humano dirigió el fuego azul del Shade hacia los alienígenas, los hizo pedazos y convirtió en puré lo que quedaba de ellos. Aún estaba ocupado con ellos cuando uno de los marines gritó:

—¡Todavía hay más!

Una docena de figuras bajaron flotando por el ascensor gravitacional. Un par de los recién llegados eran enormes e iban ataviados con una armadura de acero azul, además de escudos de mano hechos con metal reforzado.

El Jefe ya se había enfrentado a ese tipo de criaturas, no mucho antes de la caída de Reach. Los Hunters del Covenant eran unos enemigos duros, peligrosos... Prácticamente eran tanques andantes. Eran lentos y parecían torpes, pero los cañones incorporados a sus brazos eran equivalentes a las armas pesadas que llevaban las Banshees y podían ponerlos en marcha con una extraordinaria rapidez. Sus escudos de metal podían absorber una cantidad enorme de golpes. Aún peor; no se detenían hasta que el enemigo caía a sus pies... o ellos mismos caían muertos.

Los Helljumpers abrieron fuego, unas cuantas granadas explotaron y los dos

Hunters rugieron desafiantes. Uno de ellos alzó el brazo y disparó su arma, un cañón de combustible. Un ODST gritó y cayó, la carne se le deshacía. El obús del marine salió disparado hacia el aire, atravesó el ascensor gravitatorio y detonó sin hacer daño a nadie.

Los Hunters salieron pesadamente del ascensor de gravedad y caminaron a grandes zancadas hacia el borde de la hondonada. Tras ellos, un enjambre de Jackals y Élites formaban una falange compacta y bañaron las posiciones humanas en fuego.

—¡Dadles fuerte, Helljumpers! —gritó el sargento Parker. Los ODST dispararon sobre las terribles moles alienígenas. Las balas les rebotaban en la armadura e iban a parar a las rocas.

El Spartan se desplazó y captó un sonido de advertencia junto con la detonación del arma de un Hunter. La ardiente carga energética lo sacudió. El Shade se tambaleó bajo la fuerza de los disparos; el Jefe Maestro apretó la mandíbula y se obligó a apuntar a su objetivo con la mirilla triangular. La energía de su escudo descendió de nivel y empezó a sonar una aguda alarma.

En el mismo instante en que la mirilla adquirió el color rojo, apretó los pulsadores para disparar y desencadenó una marea de luz azul incandescente. El Hunter no tuvo tiempo de alzar el escudo, y los rayos de plasma lo atravesaron, ardientes, a través de varias capas de armadura, y salieron por su columna vertebral.

El Spartan oyó un grito de lo que parecía angustia cuando el otro extraterrestre vio caer a su hermano. El Hunter se giró y disparó su cañón de combustible contra la posición que el Jefe Maestro había capturado. El impacto sobre el Shade fue directo, y derribó al Jefe Maestro, junto con el cañón, que quedó tumbado.

El suelo vibraba con la carga del enfurecido extraterrestre. El Jefe rodó a su derecha y se puso en cuclillas. La criatura estaba cerca, a menos de cinco metros. Una serie de púas afiladas como cuchillas surgieron de la espalda del Hunter. El Jefe sabía que, con los escudos descargados, esas espinas podrían rebanarlo.

Se alzó sobre una rodilla y agarró el fusil de asalto. Las balas rebotaron, inocuas, en la armadura del alienígena. En el último instante el Jefe Maestro lo esquivó lanzándose a la izquierda y se deslizó por la ladera. El Hunter no había previsto ese movimiento y las espinas afiladas pasaron por encima de la cabeza del Spartan; fallaron sólo por unos centímetros.

El Jefe rodó sobre sí mismo y vio su oportunidad. Había localizado una zona de piel naranja en el lomo del Hunter. Vacío el cargador del MA5B sobre la zona sin protección y la sangre naranja empezó a brotar de un racimo de heridas de bala. Con gemido grave y sostenido, el Hunter se derrumbó sobre el charco de sus propias entrañas.

El Spartan se levantó sobre una rodilla, insertó un nuevo cargador en el fusil de asalto y buscó más enemigos en el área.

—Todo despejado —informó. Los ODST supervivientes hicieron lo mismo. El camino hasta el ascensor estaba abierto y Cortana fue rápida en cumplir con sus obligaciones. Activó el sistema de comunicación de la armadura.

—Cortana a *Echo 419*. Hemos llegado al ascensor gravitacional... estamos preparados para recibir refuerzos.

—*Recibido, Cortana. Echo 419 acercándose. Despejen la zona de aterrizaje.*

—¿Qué os pasa? —preguntó el sargento Parker a sus soldados, muchos de los cuales miraban con añoranza las luces del Pelican, que se acercaba veloz—. ¿Es que no habías visto nunca un transporte de la UNSC? Mantened la vista en las rocas, maldita sea... ¡Por allí es por donde pueden venir esos cabrones! —El Spartan esperó a que el Pelican descargase a los nuevos marines, los saludó con la mano y se dirigió a los Helljumpers supervivientes.

—Parece que lo hemos conseguido —comentó un recluta, antes de que una mano invisible lo alzase del suelo.

—Sí, tenemos una suerte... —contestó el sargento Parker, que miraba hacia arriba, hacia el vientre de la nave, y se alzó como si estuviese suspendido de una cuerda.

—Cuando estemos en la nave podré localizar el CNI, el interfaz de mando neural del capitán —dijo Cortana—, que nos indicará dónde se encuentra. Seguramente se hallará en los calabozos de la nave.

—Me alegra oír eso —contestó secamente el Jefe, y sintió que el rayo lo empujaba hacia arriba. Alguien más gritó y se desvaneció en el vientre de la nave. El Covenant aún no era consciente de ello... pero los marines habían llegado.

Ninguno de los humanos comprendía, y ni mucho menos tenía la habilidad de predecirlo, el tiempo del mundo anillo. Así que las primeras gotas de una lluvia tan caliente como la sangre que empezaron a caer sobre la meseta fueron una completa sorpresa.

Los Helljumpers gruñeron por el agua que les chorreaba de la cara, les empapaba los uniformes y empezaba a encharcar la superficie de la zona de aterrizaje.

McKay veía las cosas desde otro punto de vista. Le gustaba sentir la humedad, no sólo por la agradable sensación en la piel sino porque el mal tiempo le ofrecería mucha más protección al equipo invasor.

—Escuchadme, chicos —bramó el sargento Lister—. ¡Ya sabéis de qué va la cosa! ¡A menearos!

No había mucha luz, pero bastaba para que las tropas pudiesen moverse sin tropezar unos con otros, pero el hecho de que Silva ya hubiese estado en misiones parecidas le permitía visualizar lo que no podía ver con sus ojos.

Los soldados llevaban una carga completa de combate; sus mochilas estaban atiborradas de armas, munición, granadas, bengalas, radios y equipos médicos, y

todos harían ruido si no estaban bien sujetos. Y el ruido podía acarrearles muchos problemas durante una operación. Por eso Lister caminaba entre las filas y obligaba a cada soldado a dar unos saltos. Cualquier cosa que golpease, chirriase o sonase debía ser identificada y recolocada, pegada o sujetada.

Cuando todas las tropas hubiesen pasado la inspección, subirían a bordo de los transportes que los esperaban y realizarían un corto vuelo hasta el punto donde se había estrellado el *Pillar of Autumn*. El Covenant había colocado vigilancia dentro y alrededor del crucero caído, así que McKay y sus marines debían retomar la nave el tiempo suficiente para poder obtener todos los productos de la larga lista de la compra que le había dado el comandante Silva.

Según Wellsley, Napoleón había dicho en una ocasión que «la tarea más difícil de un general es la necesidad de alimentar a tantos hombres y tantos animales».

Silva no tenía que dar de comer a ningún animal, pero si tenía un rebaño de Pelicans y la esencia del problema era la misma. Con la excepción de los miembros de la ODST, que llevaban suministros extra en sus HEV, el resto del personal del Ejército y la Marina evacuados del *Autumn* llevaban poca comida. La clave de la supervivencia pasaba por obtener más de todo, y conseguirlo antes de que el Covenant desatase un ataque general sobre la Base Alfa. Después, si es que había un después, el oficial de infantería ya idearía una forma de sacar a los suyos de ese mundo anillo infernal.

El ruido del *Echo 419* sobrevolando la meseta, con el morro levantado, y aterrizando en lo que habían llamado la Pista 3 interrumpió los pensamientos de Silva.

El asalto contra el *Truth and Reconciliation* había ido bien hasta el momento, lo que significaba que el segundo teniente Dalu, asignado a seguir el equipo de rescate y recopilar toda la información que pudiese, estaba pasando una tarde agradable. Cada vez que el *Echo 419* dejaba un cargamento de tropas, traía armas y equipo del enemigo. Rifles y pistolas de plasma, agujones, mochilas de energía, comunicadores e incluso comida. A Dalu le encantaba todo eso.

Silva sonrió al ver que el teniente avisaba a un equipo de técnicos navales para que se acercase al vientre del Pelican y lo ayudaran a descargar el Shade que él y su equipo se habían llevado delante de las mismas narices del Covenant. Era el tercer cañón que conseguían desde el principio de la operación, y pronto ocuparía su lugar en el creciente sistema de defensa aéreo de la meseta.

—¡Firmes! —gritó el sargento Lister, giró ciento ochenta grados y saludó a la teniente McKay. Ella devolvió el saludo y les ordenó descansar.

Silva salió bajo la lluvia y la notó resbalar por la cara. Se volvió para ver las hileras de caras negras, marrones y blancas. Todo lo que veía eran marines.

—La mayoría de ustedes, si no todos, conocen mi despacho en el *Pillar of*

Autumn. Parece que con las prisas por irnos, me dejé una botella de whisky llena en el cajón izquierdo inferior de mi mesa. Si uno o más de ustedes fuese tan amable de recuperar esa botella, se lo agradecería enormemente, y no sólo eso, la compartiría con ellos.

Se oyó un rugido de aprobación. Lister les gritó que callaran:

—¡Silencio! ¡Cabo, tome el nombre de ese hombre! —El cabo a quien se dirigía la orden no tenía ni idea de qué nombre tenía que tomar, lo que sí sabía era que no importaba.

Silva sabía que se había informado a los Helljumpers y comprendían el verdadero propósito de la misión, así que acabó enseguida su discurso.

—Buena suerte allá fuera... Nos vemos en un par de días. —Pero no los vería, no a todos. Los buenos oficiales de mando querían a sus hombres, pero aun así debían ser capaces de enviarlos a la muerte si era necesario. Esa parte de lo que implicaba ser un mando era la que más odiaba.

Se rompió la formación. Los marines corrieron hacia las partes traseras de los Pelicans y los transportes desaparecieron en la negrura de la noche.

Silva se quedó en la zona de aterrizaje hasta que ya no pudo oír el ruido de los motores. Entonces, consciente de que cada guerra se ganaba antes con el papeleo que en el suelo, volvió a la baja estructura que albergaba su puesto de mando. La noche aún era joven, y había un montón de trabajo que hacer.

El ascensor gravitatorio soltó al equipo de rescate a un metro por encima de la cubierta. Aguantaron suspendidos en el aire un segundo, y cayeron. Parker les hizo una serie de indicaciones con la mano y los ODST se desplegaron por la cubierta.

El equivalente del Covenant a compartimentos para equipo, cajas estrechas y rectangulares hechas con el metal morado y estriado que los extraterrestres preferían, estaban acumulados alrededor de la estancia. Un par tanques del Covenant, los Wraith, estaban alineados en la parte derecha de la cubierta.

El Jefe Maestro avanzó hacia una de las altas puertas metálicas que se abrían a lo largo de toda el área.

Parker hizo el gesto de «todo despejado» y los marines se relajaron un poco.

—Si las tropas del Covenant no están aquí —susurró uno de ellos—, ¿dónde demonios están?

La puerta se activaba por proximidad, y cuando se acercó a ella, se abrió y mostró un Élite sorprendido. Sin detenerse, el Spartan agarró al extraterrestre y le estampó la cabeza contra el brillante suelo de forma muy silenciosa.

Pero otro conjunto de puertas se abrió al otro lado de la cubierta, y apareció un enjambre de tropas del Covenant.

—No hay tropas del Covenant —lo imitó, burlándose de su compañero—. Tenías que abrir la boca, ¿verdad?

El caos reinaba dentro de la nave del Covenant. El Jefe Maestro cargó hacia adelante y el equipo de rescate abrió a tiros un camino por un laberinto de pasillos entrecruzados, que al final los condujeron a una amplia cubierta de transbordadores. Una nave de transporte atravesaba un campo de fuerza de un tono azul claro cuando se desencadenó el infierno. Empezó a lloverles fuego de las plataformas superiores. Un marine recibió un racimo de agujas en el pecho, y la explosión subsiguiente lo partió en dos.

Un Grunt saltó de arriba y aterrizó sobre los hombros de un soldado. El marine alzó los brazos, agarró la botella de metano del extraterrestre y le arrancó el aparato. El Grunt empezó a jadear, cayó a la cubierta y se agitó como un pez fuera del agua. Alguien lo remató.

Se abrieron numerosas escotillas que daban a esa cubierta y llegaron más tropas del Covenant de todas las direcciones. Parker se mantenía en pie y obligó a avanzar a sus hombres.

—¡Ha empezado la fiesta! —bramó.

Dio la vuelta y empezó a disparar. Pronto se le unió el resto de soldados. En cuestión de segundos, lo que parecía una docena de combates se apagaron. El suelo estaba cubierto de heridos y muertos, tanto humanos como del Covenant.

El Jefe Maestro había procurado mantener siempre a su espalda o bien un marine o bien una columna, o la pared más cercana. Su armadura MJOLNIR y el escudo recargable que llevaba dotaban al Spartan de una ventaja que ninguno de los marines tenía, así que centró toda su atención en los Élite, y dejó los Grunts y los Jackals en manos de los otros.

Mientras, Cortana estaba ocupada colándose por el sistema nervioso electrónico de la nave en un intento de localizar la salida más adecuada.

—Necesitamos una salida de esta cubierta ya —le dijo el Jefe Maestro—, o no quedará nadie para completar la misión.

Se agachó tras una de las cajas, vació el cargador sobre un Grunt que blandía una granada de plasma y recargó.

Un Hunter lanzó un rugido que helaba la sangre. El Spartan se dio media vuelta y vio que el sargento Parker disparaba a la enorme criatura. Su fusil de asalto escupió tres balas... las últimas tres que quedaban en el arma. Se deshizo del fusil vacío y retrocedió, para ganar un poco de tiempo. Con la mano buscaba su pistola.

El Hunter saltó hacia adelante y las puntas de las cuchillas en forma de púa de la bestia atravesaron el chaleco antibalas del marine, y éste se desplomó sobre la cubierta.

El Jefe Maestro maldijo en voz baja, deslizó un cargador, dejó que una bala entrara en la cámara y apuntó al extraterrestre. El Hunter se acercaba rápido, demasiado rápido. El Spartan sabía que no podría acertarlo con un disparo letal.

El extraterrestre pisoteó la forma tumbada boca abajo del sargento Parker y siguió adelante. Se alzaron las afiladas púas del Hunter, que rugió cuando el Spartan le disparó una nueva andanada, a sabiendas de que era un intento vano, pero no podía dejar que el enemigo se acercase al flanco desprotegido de su compañero.

Sin ningún aviso, el Hunter reculó, aulló y se desplomó. El Jefe Maestro se quedó sorprendido y comprobó de nuevo el arma. ¿Quizá había tenido suerte con un disparo?

Oyó a alguien toser y vio que el sargento Parker intentaba ponerse en pie, y que blandía una pistola M6D en la mano. La sangre le salía a borbotones por los tajos que tenía en el costado, y no se le veía muy firme, pero encontró la fuerza para escupir sobre el cadáver del Hunter.

El Jefe tomó una posición a cubierto, cerca del sargento herido. Hizo un gesto con la cabeza.

—No está mal para un marine. Gracias.

El sargento agarró un fusil de asalto que estaba en el suelo, colocó una nueva carga y sonrió.

—Cuando quiera, soldado.

El sensor de movimiento le mostraba que estaban a punto de producirse más contactos, pero que aún mantenían la distancia. El asalto fallido a la cubierta debía de haberlos desorganizado.

«Bien —pensó—. Necesitamos todo el tiempo que podamos conseguir.»

—Cortana —preguntó—, ¿cuánto falta para que pueda abrir una puerta?

—¡Lo tengo! —proclamó Cortana, exultante. Una de las pesadas puertas se abrió con un suspiro—. Que todo el mundo atraviese esa puerta. No puedo garantizar que no la bloqueen en cuanto se cierre.

—¡Sígueme! —gritó el Spartan y condujo a los marines supervivientes fuera del hangar de lanzaderas, a través de un corredor más seguro, en comparación.

Los siguientes quince minutos fueron una pesadilla a cámara lenta mientras el equipo de rescate intentaba encontrar el camino en un laberinto de pasillos, por una serie de rampas estrechas, hasta llegar al nivel superior de la cubierta de lanzamiento. Cortana les aconsejó que se adentrasen de nuevo en los opresivos pasadizos de la nave.

Mientras caminaban por las entrañas de la enorme nave de guerra, Cortana les dio por fin buenas noticias.

—La señal del capitán es más fuerte. Debemos estar cerca.

El Jefe arrugó el ceño. Llevaban demasiado tiempo en eso. Cada segundo que pasaba era más improbable que los miembros del equipo de rescate pudiese salir del *Truth and Reconciliation* vivos, y menos con el capitán Keyes. Los ODST eran buenos luchadores, pero lo estaban frenando.

—Mantenga a sus hombres en esta posición —le dijo al sargento Parker, tras volverse hacia él—. Volveré enseguida, con el capitán.

Parker empezó a protestar, pero acabó asintiendo.

—Pero no se lo cuente a Silva.

—No lo haré.

El Jefe Maestro corrió de puerta en puerta hasta dar con una que, al abrirse, mostró una estancia rectangular con celdas a ambos lados. Unos campos de fuerza translúcidos hacían las veces de barrotes. Corrió a su interior y llamó al capitán, pero no recibió respuesta. Una comprobación rápida le mostró que, con la excepción de un marine muerto, el centro de detención estaba vacío.

Frustrado, aunque tranquilizado porque Cortana insistía en que captaba con fuerza la señal del CNI, el Spartan salió de la cámara, entró en un pasillo y fue de puerta en puerta, buscando la escotilla correcta. Cuando la hubo localizado, casi deseaba no haberlo hecho.

El portal se deslizó para abrirse, un Grunt gritó algo que el Jefe no pudo comprender y un rayo de plasma rozó el casco del humano.

—¡Me alegro de verlo, jefe! —oyó el Jefe Maestro gritar a un marine, mientras él abría fuego. Supo que había llegado al sitio correcto.

Un rayo de plasma apareció de la nada, le golpeó en el pecho y disparó la alarma auditiva de la armadura. Se agazapó tras un pilar, justo a tiempo de ver que otro rayo de energía atravesaba el punto que él acababa de abandonar. Escudriñó la sala, buscando a su atacante.

Nada.

El sensor de movimiento mostraba débiles trazas, pero no podía localizar la fuente.

Entrecerró los ojos y se dio cuenta de un ligero cambio en el aire, justo delante de él. Disparó una ráfaga larga al centro de ese resplandor y se vio recompensado con un aullido. Fue como si el Élite se materializase del aire; intentó agarrarse las entrañas y lo consiguió justo antes de morir.

Se acercó a los controles de acceso y con la ayuda de Cortana apagó los campos de fuerza. El capitán Keyes salió de la celda, se detuvo a recoger un disparador de agujas del suelo y cruzó la mirada con el Jefe.

—Venir aquí ha sido una imprudencia —le dijo con dureza. El Jefe estaba a punto de exponerle sus órdenes cuando la expresión de Keyes se suavizó. El capitán del *Autumn* sonrió—. Gracias.

—Cuando quiera —le indicó el Spartan.

—¿Puede encontrar la salida? —preguntó Keyes—. Los corredores de la nave son como un laberinto.

—No debería ser muy difícil —contestó el Jefe Maestro—. Lo único que hay que

hacer es seguir el rastro de los cadáveres.

El teniente Cookie Peterson hizo descender el *Echo 136* a un kilómetro del *Pillar of Autumn*, miró a través del parabrisas salpicado por la lluvia y vio que el *Echo 206* aterrizaba a unos cincuenta metros de él. Habían volado sin incidentes, en parte gracias al tiempo y al hecho de que el asalto sobre el *Truth and Reconciliation* les había servido para distraer al Covenant de lo que sucedía en otras partes.

Peterson notó que la nave temblaba cuando la rampa tocó el suelo. Esperó que el mecánico de vuelo indicara que todo estaba despejado y encendió los propulsores del Pelican. La nave era extremadamente vulnerable cuando estaba en el suelo, y estaba impaciente por volver a la seguridad relativa de la Base Alfa. Después, suponiendo que los Helljumpers hubiesen hecho su parte del trabajo, él y su tripulación deberían volver para trasladar a los supervivientes y su botín.

De vuelta en la Base Alfa, McKay vio el *Echo 136* balancearse cuando una ráfaga de viento golpeaba el Pelican en el lateral, acelerar y empezar a coger altura. El *Echo 206* despegó unos segundos después. Las dos naves habían desaparecido en cuestión de segundos.

Su gente sabía lo que hacía, así que en lugar de dar la lata, McKay decidió esperar y ver cómo se las arreglaban los jefes de brigada. La oficial, en ocasiones, sentía miedos y dudas sobre su habilidad para cumplir su misión, pero se consoló con algo que un instructor le había dicho en una ocasión.

—Mira a tu alrededor —le había aconsejado—, y pregúntate si hay alguien mejor calificado para hacer el trabajo. No en toda la galaxia, claro, pero sí ahí, en ese momento. Si la respuesta es sí, pídele que se ocupe del mando y haz todo lo que puedas para ayudarlo. Si la respuesta es no, que será el noventa y nueve de las veces, hazlo lo mejor que puedas. Es lo único que podemos hacer.

Era un buen consejo, de los que marcaban la diferencia, y aunque no borraba los miedos de McKay, la ayudaban a suavizarlos.

El sargento Lister y la alférez Oros parecieron materializarse de la oscuridad. La cara de Oros era pequeña, de duende, que ocultaba su dureza innata. Si algo le sucedía a McKay, Oros tomaría el mando, y si ella moría, le tocaría a Lister. Al batallón le faltaban oficiales antes de que todo se fuese al carajo, y sin poder contar con el teniente Dalu, reconvertido en Oficial de Suministros, a McKay le faltaba un líder de brigada. Por eso había ordenado a Lister que ocupase la vacante.

—Brigadas 1 y 2, preparadas para salir —informó Oros alegremente—. ¡A por ellos!

—Lo que usted quiere es asaltar la máquina de golosinas de la nave —señaló McKay, refiriéndose a la conocida adicción por el chocolate de la líder de brigada.

—No, señora —contestó Oros con inocencia—. Esta alférez vive sólo para servir a las necesidades de la humanidad, del cuerpo de marines y del comandante de la

compañía.

Incluso Lister, normalmente con la cara tan seria como una piedra, rió, y McKay notó que el ánimo también le remontaba.

—De acuerdo, alférez Oros, pues la humanidad le estaría agradecida si cogiese a un par de sus mejores hombres y llevase este equipo a la nave. Yo llevaré a pie a sus otros seis, con el sargento Lister y la segunda brigada. ¿De acuerdo?

Los dos jefes de brigada asintieron y desaparecieron en la noche. McKay se dirigió a la cola de la primera brigada, se colocó en la fila y dejó que su mente vagase. En algún lugar, a un kilómetro de ellos, el *Pillar of Autumn* se encontraba inerte sobre el suelo. El Covenant poseía la nave en esos momentos, pero McKay estaba determinada a recuperarla.

Había llegado el momento de salir del *Truth and Reconciliation*. Mientras las tropas del Covenant corrían arriba y abajo, los recientemente liberados marines se armaron con dispositivos alienígenas y se unieron al resto del equipo de rescate.

—Mientras el Covenant nos tenía aquí encerrados, los oí hablar del mundo anillo —indicó Keyes a Cortana— y de su capacidad de destrucción.

—Un momento, señor —le interrumpió Cortana—, estoy accediendo a la red de combate del Covenant. —Hizo una pausa mientras sus enormes y potentes protocolos de incursión volaban a través de los sistemas del Covenant. Los sistemas de información parecían ser el único campo en que la tecnología humana superaba a la del Covenant.

Unos segundos después había acabado el recorrido por el flujo de datos extraterrestre.

—Si mi interpretación de los datos es correcta, creen que Halo es una especie de arma, un arma que posee un vasto poder, inimaginable.

—Los extraterrestres que me interrogaron sólo hacían que comentar que quien dominase Halo dominaba el destino del universo —se mostró de acuerdo Keyes.

—Ya veo —añadió Cortana—. He interceptado muchos mensajes sobre un equipo de reconocimiento que está buscando una sala de control. Primero pensaba que buscaban el puente de mando de la nave que dañé en la batalla encima del anillo, pero probablemente deben de estar buscando la sala de control de Halo.

—Malas noticias —repuso Keyes—. Si Halo es un arma y el Covenant se hace con el control de ella, la usarán contra nosotros. ¿Quién sabe qué clase de poder les dará? Jefe, Cortana, tengo una nueva misión para ustedes. Necesitamos adelantarnos al Covenant y encontrar la sala de control de Halo antes que ellos.

—Con todos los respetos, señor —interrumpió el Jefe Maestro—, pero creo que sería mejor acabar esta misión antes de abordar otra.

—Bien dicho, Jefe. —Keyes le ofreció una sonrisa cansada—. ¡Marines! ¡En marcha!

—Tendríamos que volver al muelle de lanzaderas y pedir una evacuación — indicó Cortana—, a menos que prefiera volver andando.

—No, gracias —contestó Keyes—. Soy de la Marina... Prefiero ir volando.

El viaje fuera del área de detención, de vuelta al hangar de lanzaderas, fue peliagudo, pero no tanto como el de ida. En poco tiempo se dieron cuenta de que era verdad que se podía seguir el sendero marcado por los cadáveres hasta el muelle. Con tristeza se percataron de que algunos de los muertos llevaban el uniforme verde de los marines, lo que sirvió para recordarle al Jefe la cantidad de humanos que el Covenant había matado desde que había empezado la guerra, hacía más de veinticinco años. Se lo haría pagar al Covenant.

La situación táctica era aún más arriesgada a causa de la condición del capitán. No se quejaba, pero el Spartan advirtió que estaba herido y debilitado a causa del interrogatorio del Covenant. Para él, era todo un esfuerzo mantener el ritmo de los otros.

El Jefe Maestro ordenó al equipo detenerse. Keyes, falto de aliento, le echó una dura mirada, pero parecía agradecido por el respiro.

Dos minutos después, cuando el Jefe estaba a punto de indicar al grupo que se pusiesen en marcha de nuevo, apareció un trío de Grunts. Ráfagas de agujas rebotaron en los mamparos y se dirigieron directamente a él.

Los escudos absorbieron la peor parte de los disparos, y él devolvió fuego, al igual que el resto del equipo. Keyes hizo volar a un Grunt por los aires con una andanada de agujas de cristal explosivas. El resto cayó bajo una combinación de tiros de rifles de plasma y del fusil de asalto del Jefe.

—Pongámonos en marcha —aconsejó el Spartan.

Se colocó a la vanguardia y empezó a descender por un pasillo, medio agachado, preparado para cualquier problema. Apenas habían avanzado veinte metros cuando llegaron más soldados del Covenant: dos Jackals y un Elite.

Cuanto más tiempo estuviesen allí, más se acercaría el enemigo, y más determinación tendría. Acabó con los Jackals con su última granada de fragmentación y después agujereó al Elite con el fusil de asalto. Keyes dirigió a los marines en un ataque contra el flanco del extraterrestre antes de caer.

—Tenemos que irnos, señor —avisó el Jefe a Keyes—. Con el debido respeto, vamos demasiado lentos.

Keyes asintió, y corrieron por los retorcidos pasillos, abandonando ya cualquier sigilo. Al final, después de varios giros y cruces, llegaron al muelle de lanzaderas. Al principio, el Spartan pensó que estaba vacío, hasta que se fijó en dos barras iluminadas que flotaban en el aire.

Después de haberse encontrado con el sigiloso Elite que esperaba en el calabozo, el Jefe Maestro no quería dejar nada al azar. Sacó la pistola, usó la mirilla y apuntó

con cuidado. Apretó el gatillo varias veces y vació medio cargador en el área de la derecha de la espada de energía. Un guerrero del Covenant se hizo visible y saltó sobre la plataforma.

—¡Vigilad! ¡Cubrid al capitán! —gritó un marine cuando la segunda hoja cortó el aire en formas geométricas y empezó a avanzar sola. El Spartan descargó tres rápidos disparos en el cuerpo del alienígena, golpeó el generador de invisibilidad, y todo el mundo pudo ver al Élite. El fuego cayó de todas partes hasta que el guerrero se desplomó.

Se oyó el crepitar de la estática mientras Cortana activaba los sistemas de comunicación de la MJOLNIR.

—Cortana a *Echo 419*. Tenemos al capitán y necesitamos evacuación ahora mismo...

—*¡Negativo, Cortana!* —la respuesta fue casi instantánea—. *Tengo una pandilla de Banshees en la cola... y creo que no me puedo librar. Lo mejor que pueden hacer es buscar la forma de salir ustedes mismos.*

—Recibido, Foehammer. Cortana fuera. —La radio hizo un sonido cuando Cortana intercambió la radio del traje a los altavoces externos—. Nos han cortado el apoyo aéreo. Tenemos que aguantar aquí hasta que Foehammer pueda entrar.

Un marine había escuchado el comunicado y, ya traumatizado por el tiempo que había pasado como prisionero del Covenant, perdió la calma.

—¡Estamos atrapados! ¡Moriremos todos!

—Ahórrenos el dolor de tripas, soldado —gruñó Keyes—. Cortana, si usted y el Jefe consiguen una de esas naves del Covenant, yo puedo pilotarla.

—Sí, capitán —contestó la IA—. Hay una nave del Covenant atracada en el muelle inferior.

El Jefe Maestro vio el indicador de navegación que había aparecido en el HUD, siguió por una escotilla, bajó una serie de corredores y salió al muelle.

Desafortunadamente, esa área estaba bien defendida y empezó otro combate. La situación empeoraba. El Jefe introdujo su último cargador en la MA5B y disparó ráfagas cortas y controladas. Los Grunts y los Jackals se dispersaron y devolvieron el fuego.

El contador de munición descendía rápidamente. Un par de Grunts hicieron disminuir el contador de disparos del Spartan. En unos segundos, en el contador se leía 00... Estaba vacío.

El Jefe Maestro tiró el fusil y desenfundó la pistola, y siguió disparando a las fuerzas extraterrestres que estaban reagrupándose al fondo del muelle.

—Tenemos que irnos ya —avisó.

El transporte tenía forma de una gigantesca «U». Estaba sobre un escudo de gravedad, y se balanceaba ligeramente cuando le afectaba el aire del exterior.

—¡Todo el mundo arriba! —ordenó Keyes mientras se acercaban—. ¡A bordo! —Llevó a los marines hacia una escotilla abierta.

El Spartan esperó a que todo el mundo estuviese a bordo y reuló hacia la nave, justo a tiempo. Sólo le quedaba un cargador de la pistola.

—Deme un minuto para conectarme con los controles de la nave —indicó Cortana.

—No es necesario —dijo el capitán Keyes meneando la cabeza—. Yo mismo domaré a este pájaro.

—¡Capitán! —gritó uno de los marines—. ¡Hunters!

El Jefe Maestro echó un vistazo por la ventanilla y constató que lo que decía el marine era cierto. Otro par de enormes criaturas habían llegado a la plataforma de carga y se acercaban a la nave. Llevaban levantadas las espinas, los cañones de combustible se movían para colocarse en posición, estaban a punto de disparar.

—¡Agarraos! —gritó Keyes. Desconectó el campo gravitatorio de la nave, la condujo hasta el borde de la plataforma. Los cascos gemelos se elevaron sobre una columna, golpeó a los dos Hunters con lo que parecía un paletazo y se retiró.

Un paletazo de una nave que pesaba miles de kilos era algo serio. El casco del transporte destrozó el peto de los Hunters y se lo clavó en el cuerpo. Murieron al instante. Uno de los cadáveres quedó enganchado a uno de los arcos gemelos de la nave. Cayó en cuanto el transporte dejó atrás el casco del *Truth and Reconciliation*.

El Jefe Maestro se recostó en la pared de metal. La lanzadera de las tropas del Covenant era retorcida, incómoda y estaba mal iluminada... pero era mucho mejor que estar dando vueltas sin rumbo por uno de sus cruceros.

Se abrazó mientras Keyes giraba levemente con la nave extraterrestre y aceleraba para meterse en la oscuridad que los rodeaba. Obligó a sus hombros a relajarse y cerró los ojos. Habían rescatado al capitán y habían dado una noticia a las tropas del Covenant: los humanos estaban decididos a ser algo más que una molestia... Iban a ser todo un grano en el culo.

Había empezado a amanecer cuando Zuka ‘Zamamee y Yayap atravesaron el perímetro reforzado que rodeaba el ascensor gravitacional. Tuvieron que esperar a que un grupo de Grunts que trabajaba sin descanso recogiese una carga de criaturas del Covenant muertas antes de poder seguir andando por aquella superficie pegajosa de sangre y subir a la nave.

Aunque la oficina de mando de la *Truth and Reconciliation* creía que todos los humanos supervivientes habían abandonado la nave, no había forma de asegurarse si no se comprobaba compartimento a compartimento. Los sensores de la nave anunciaban que estaba todo despejado, pero el ataque había demostrado, más allá de toda duda, que los humanos habían aprendido a burlar los equipos de detección del Covenant.

Los visitantes notaban la tensión mientras equipos de Élite, Jackals y Grunts realizaban un registro cubierta a cubierta de la nave.

Mientras ambos se acercaban a su destino a través de la red de corredores que llevaban al ascensor que los transportaría hasta el puente de mando, ‘Zamamee quedó sorprendido por la cantidad de daños que podía percibir. Sí, había largas zonas en los pasillos que habían quedado intactas, pero aquí y allá pasaban a través de un sección de corredor manchada por las entrañas, y las escotillas medio destrozadas indicaban fuertes combates.

‘Zamamee observó hipnotizado cómo el carro gravitatorio cargado de Jackals destrozados pasaba a su lado, goteando sangre sobre la cubierta que tenía debajo.

Por fin llegaron al ascensor apropiado y subieron hacia el puente de mando. El Élite esperaba el mismo trato que en la última vez que se había dirigido al Profeta y al Consejo de Maestros. No dudaba de que lo volverían a aparcar en la sala de espera interminablemente.

Nada más lejos de la realidad. Cuando ‘Zamamee superó la zona de seguridad, Yayap y él fueron conducidos al compartimento donde el Consejo de Maestros se había reunido durante su última visita.

No había ni rastro del Profeta ni de ninguno de los inmediatos superiores de ‘Zamamee, pero el trabajador Soha ‘Rolamee estaba allí, junto con un grupo de Élite menores. Se respiraba un ambiente de crisis a medida que llegaban informes, se evaluaban y se usaban para trazar una variedad de planes de acción. ‘Rolamee vio a ‘Zamamee y alzó la mano para saludarlo.

—Bienvenido. Por favor, siéntese.

‘Zamamee obedeció. A ninguno de los Élite se le ocurrió ofrecerle la misma cortesía a Yayap, que continuó de pie. El diminuto Grunt se balanceaba adelante y atrás, incómodo.

—Bueno —preguntó ‘Rolamee—, ¿qué le han contado de la reciente... incursión?

—No mucho —tuvo que admitir ‘Zamamee—. Que los humanos lograron abordar la nave a través del ascensor gravitatorio. Eso es todo lo que sé.

—Eso, hasta ahí, es correcto —afirmó Rolamee—. Pero hay más. El sistema de seguridad de la nave grabó un poco de acción. Eche un vistazo a esto.

El Élite pulsó un botón y las imágenes aparecieron y flotaron en el aire. ‘Zamamee se encontró observando dos Grunts y un Jackal de pie en un pasillo. De pronto, sin previo aviso, el mismo humano que se había cruzado con él en el *Pillar of Autumn*, el que era enorme y llevaba una extraordinaria armadura, dio la vuelta a la esquina, descubrió las tropas del Covenant y abrió fuego.

Los Grunts cayeron rápido pero el Jackal consiguió darle con un tiro y ‘Zamamee vio que el rayo de plasma chocaba frente la armadura del humano.

Pero en lugar de caer como debería, la aparición le descerrajó un tiro al Jackal en la cabeza, caminó por encima de uno de los Grunts muertos y marchó hacia la cámara. La imagen se congeló cuando ‘Rolamee manipulo otro control. ‘Zamamee notaba una extraña presión en el pecho. ¿Tendría el valor de enfrentarse de nuevo a ese humano? No estaba seguro, y eso lo asustaba.

—Ahí lo tiene —dijo ‘Rolamee—, el humano del que nos advirtió. Un sujeto peligroso que es, él solo, el principal responsable de las ciento veinte bajas que nos han infligido durante este ataque, por no mencionar la pérdida de un valioso prisionero y seis Shades que el enemigo ha conseguido robarnos.

—¿Y los humanos? —preguntó ‘Zamamee—. ¿A cuántos pudieron matar nuestros guerreros?

—Aún no hemos acabado el recuento —contestó el otro Élite—, pero la cuenta preliminar es de treinta y seis.

‘Zamamee estaba sorprendido. Las cifras deberían haber sido al revés. Y esas serían si no fuese por esa criatura con la armadura especial.

—Le complacerá saber que su petición original ha sido aprobada —continuó ‘Rolamee—. Tenemos informes preliminares que dicen que la mayoría de estos humanos extraordinarios cayeron en la última refriega a gran escala. Se cree que éste es el último de su clase. Coja todos los recursos que necesite, encuentre al humano y mátelos. ¿Tiene alguna pregunta?

—No, Excelencia —dijo ‘Zamamee mientras se levantaba para irse—. Ninguna.

SECCIÓN III

EL CARTÓGRAFO SILENCIOSO

DESPLIEGUE +128.15.25 (RELOJ DE MISIÓN DE LA TENIENTE MCKAY) / LLANURA EN LA QUE SE ENCUENTRA EL PILLAR OF AUTUMN

La lluvia dejó de caer hacia el amanecer, no gradualmente sino de golpe, como si alguien hubiese apagado un interruptor. Las nubes se fundieron, brillaron los primeros rayos de sol y la oscuridad se rindió a la luz.

Lentamente, como si tuviese que descubrir algo precioso, el brillo dorado se deslizó a través de la llanura hasta iluminar el *Pillar of Autumn*, caído como un cetro abandonado, con la proa colgando sobre el borde de un barranco muy profundo.

Era enorme, tan enorme que el Covenant había asignado a dos Banshees a sobrevolarla constantemente, y una escuadra de seis Ghosts patrullaba alrededor del casco del crucero derribado. De todos modos, por la forma desganaada en que los soldados enemigos realizaban sus tareas, McKay podía deducir que no eran conscientes de la amenaza que les había empezado a acechar durante las horas de oscuridad y lluvia.

En la Tierra, antes de la invención del Motor Translumínico Shaw-Fujikawa y de los siguientes esfuerzos para colonizar los sistemas estelares, los humanos organizaban los ataques al amanecer, cuando había más luz y los centinelas enemigos debían de estar cansados o adormilados. Como forma de contraataque, los ejércitos más sofisticados pronto desarrollaron la tradición de que todos los soldados estuviesen preparados a la madrugada, muy pronto, y fuesen a las barricadas, por si esa mañana era la escogida para lanzar el ataque.

McKay se preguntaba si el Covenant también seguiría esa tradición. ¿O quizá estaban echando una cabezadita, aliviados de que el largo período de oscuridad ya hubiese pasado, el miedo calmado con los primeros rayos de sol? McKay lo descubriría enseguida.

Como todos los sesenta y dos miembros de su compañía, la Helljumper estaba escondida justo en el borde del área en forma de «U» que el Covenant patrullaba. Ahora, con la luz del día a sólo unos minutos, había llegado el momento de empezar

o de retirarse.

McKay miró por última vez a su alrededor. Le dolía el brazo y tenía la vejiga llena, pero todo el resto estaba bien. Tecleó en la radio y dio la orden que las dos brigadas habían estado esperando.

—Rojo 1 a Azul 1 y Verde 1... Procedan hacia el objetivo. Corto.

La respuesta llegó tan rápido que McKay no escuchó los mensajes de «recibido» que debían haber enviado los dos líderes de brigada. La clave era neutralizar las Banshees y los Ghosts con tanta rapidez, con tanta decisión, que los soldados de la ODST pudiesen cruzar el largo trecho de tierra descubierta y alcanzar sin oposición el *Autumn*. Por eso había no menos de tres de los poderosos lanzacohetes M19 apuntados a cada Banshee, y había asignado a tres marines a cada uno de la media docena de Ghosts, su otro objetivo.

Dos de los cuatro cohetes que se dispararon a las naves del Covenant fallaron el objetivo, pero las dos Banshees recibieron impactos y explotaron inmediatamente. Los restos llovieron sobre la posición del Covenant.

Los pilotos de los Ghosts a ambos lados de la nave aún miraban hacia arriba, intentando desentrañar qué había sucedido, cuando más de dos docenas de armas de asalto abrieron fuego sobre ellos.

Cuatro de esos vehículos de asalto rápido quedaron destruidos en los primeros segundos de la batalla. El quinto, pilotado por un Élite herido mortalmente, describió una serie de amplios círculos en zigzag antes de acabar chocando contra el casco de la nave, lo que remató al piloto. El Élite que controlaba el sexto y último Ghost sufrió un ataque de pánico, reculó y se despeñó por el borde del precipicio.

McKay no pudo oír si el alienígena gritaba durante su caída, en parte por las detonaciones constantes de los múltiples rifles de precisión S2 que disparaban a su alrededor. Pulsó de nuevo la frecuencia de mando de su radio y ordeno a los líderes de brigada que avanzasen.

La fuerza de asalto cruzó a la carrera la zona descubierta y se dirigió hacia las escotillas de aire cercanas a la popa.

Las tropas del Covenant estacionadas en el interior de la nave oyeron el jaleo y corrieron al exterior, para encontrarse con la visión de los restos destrozados de su apoyo mecánico aún humeantes y un equipo de asalto de infantería entusiasmado, aunque un poco escaso.

La mayoría se quedó de pie allí, esperando a que alguien les diese órdenes, cuando los proyectiles perforadores de blindaje estabilizado por aletas con casquillo desechable de los francotiradores empezaron a agujerearlos. El impacto fue devastador. McKay vio cómo los Élites, los Jackals y los Grunts dejaban caer las armas y caían derribados por imparable fusiles que se cobraban sus piezas.

Cuando los extraterrestres empezaron a replegarse en el interior, hacia la relativa

seguridad de la nave, McKay se puso en pie, sabiendo que uno de sus oficiales haría lo mismo en la zona más alejada del casco, e hizo una señal a los francotiradores.

—¡Agarren a los rifles de asalto! ¡El último que llegue a la escotilla deberá quedarse y montar guardia!

Todos los ODST sabían que había montones de cosas que saquear en el interior del casco, y estaban deseosos de ponerse a ello. La posibilidad de que podían acabar vigilando la escotilla de entrada en lugar de desvalijar el *Autumn* era una motivación suficiente para que cada marine corriese lo más rápido que pudiese.

El propósito de ese movimiento era que los últimos miembros de la compañía cruzasen lo que se había convertido en un campo de fusilamiento de seres del Covenant lo más rápido posible. McKay pensaba que había tenido éxito pero una sombra la sobrevoló.

—¡Contacto! ¡Contacto enemigo! —gritó alguien.

La oficial miró a su espalda y descubrió la nave de transporte del Covenant. La escuálida nave venía del este y estaba a punto de descargar refuerzos. El cañón de plasma abrió fuego y puntuó una línea discontinua en la tierra, hacia el borde del despeñadero.

De cintura hacia abajo, un francotirador desapareció. Tuvo el aire necesario para gritar mientras su movimiento se detenía y su torso caía sobre un montón de intestinos.

—¡Francotiradores! ¡Media vuelta! ¡Fuego! —McKay se detuvo gritando esto; esperaba que estas cortas órdenes fuesen suficientes para comunicar lo que deseaba.

Las naves de transporte del Covenant tenían compartimentos laterales, unos cubículos minúsculos en el que viajaban las tropas durante el trayecto y de las que salían cuando la nave llegaba a la zona de aterrizaje. Si el piloto hubiese tenido más experiencia, al aterrizar habría colocado el vehículo de forma que el morro apuntase hacia el enemigo y pudiese disparar contra ellos mientras las tropas descendían, pero como no lo era o simplemente había cometido un error, presentó el lateral de estribor a los humanos y abrió las compuertas.

Más de la mitad de los francotiradores de la ODST habían vuelto a cargar sus S2 y a colocárselas en el hombro cuando se abrieron las compuertas. Abrieron fuego antes de que las fuerzas del Covenant pudiesen saltar al suelo. Uno de los proyectiles alcanzó una granada de plasma y la hizo explotar. Esto debió haber cortado una línea de control porque la nave dio bandazos para estabilizarse, se inclinó y clavó el morro en el suelo. Un par de oleadas de tierra salió disparada de la llanura cuando el aparato se deslizó hacia adelante, chocó con un montículo, explotó y se cubrió de llamas.

Se oyeron explosiones secundarias y los cascos gemelos se desintegraron. El sonido del estallido rebotó en el casco del *Autumn* y se oyó por toda la llanura.

Los marines esperaron un momento para ver si alguno de los extraterrestres

intentaba arrastrarse, salir o huir, pero ninguno lo hizo.

McKay oyó el sonido amortiguado de disparos de armas automáticas proveniente del interior de la nave que tenía a sus espaldas, y comprendió que sólo habían realizado la mitad del trabajo. Hizo una seña a la media docena de marines.

—¿A qué están esperando? ¡Vamos!

Los Helljumpers intercambiaron una mirada, sonrieron y siguieron a McKay al interior de la nave. Quizá la teniente tenía el aspecto de una maníaca de ojos enloquecidos, pero sabía lo que hacía... Eso les bastaba.

La tierra estaba aún húmeda a causa de la lluvia, por eso, cuando el sol alcanzó la cima de la meseta, una niebla espesa se empezó a formar; era como un batallón de espíritus a los que hubiesen liberado de sus ataduras.

Keyes, agotado después de su cautividad, por no mencionar la desgastadora huida del *Truth and Reconciliation*, se había derrumbado sobre la cama que los Helljumpers le habían preparado y durmió profundamente las siguientes tres horas.

Ahora, despertado por una pesadilla y por su reloj interno, aún sincronizado con la arbitraria hora de la nave, el oficial de la Marina estaba en pie y rondando los alrededores.

La vista desde el terraplén era poco menos que espectacular; daba a una llanura que llegaba hasta las colinas que se alzaban más allá. Un banco de nubes de color marfil surcaba el cielo tras las colinas. La vista era tan bella, tan prístina que se le hacía difícil creer que Halo era un arma.

Oyó el roce de unos pasos, se dio la vuelta y vio a Silva aparecer por la escalera que llevaba a la plataforma de observación.

—Buenos días, señor —dijo el marine—. Me habían dicho que estaba en pie y en marcha. ¿Puedo acompañarlo?

—Claro —contestó Keyes, señalando una zona al lado de la muralla, que les llegaba hasta las cinturas—. Por favor. He realizado un *tour* sin guía por las zonas de aterrizaje, las posiciones de los Shades y alrededor de la tienda de mantenimiento. Buen trabajo, comandante. Hay que felicitar a usted y a sus Helljumpers. Gracias a ustedes, tenemos un lugar donde descansar, reagruparnos y planear.

—El Covenant nos hizo parte del trabajo —repuso Silva con modestia—, pero estoy de acuerdo, señor, mis chicos han hecho un trabajo cojonudo. Hablando de eso, quería comunicarle que la teniente McKay y dos brigadas de ODST están infiltrándose en el *Autumn* ahora mismo. Si consiguen los suministros que necesitamos, la Base Alfa será capaz de resistir durante bastante tiempo.

—¿Y si el Covenant ataca antes?

—Pues estaremos jodidos de verdad. Nos queda poca munición, poca comida y poco combustible para los Pelicans.

—Esperemos que McKay lo logre —contestó Keyes—. Mientras, hay otros

asuntos que tener en consideración.

Silva encontraba la forma fácil y sutil que Keyes había usado para asumir de nuevo el mando un poco irritante, aunque sabía que era la obligación del otro oficial seguir ese procedimiento. Había una cadena de mando muy bien definida, y ahora que Keyes había sido liberado, el oficial de la Marina estaba al frente. El marine no podía hacer más que mostrar interés y esperar que, como mínimo, a su superior se le ocurriesen ideas correctas.

—Sí, señor. ¿Qué asuntos?

Keyes empezó a hablar y Silva a escuchar. El capitán le contó lo que había descubierto durante su cautiverio.

—La esencia de este asunto es que, aunque las razas que forman el Covenant parecen poseer un alto nivel tecnológico, la mayor parte de esos avances ha sido sacada directamente de los seres a los que llamaban los Ancianos, una vieja raza que dejó restos en docenas de planetas y presumiblemente son los constructores de Halo.

»A largo plazo, el hecho de que sean adaptativos en lugar de innovadores puede resultar su perdición. Por ahora, de todos modos, antes de poder aprovecharnos de su punto débil, debemos encontrar la forma de sobrevivir. Si Halo es un arma y tiene la capacidad de destruir toda la humanidad, como ellos parecen creer, tenemos que encontrar la forma de neutralizarla o quizá usarla en contra del Covenant.

»Por eso he ordenado a Cortana y al Jefe Maestro que encuentren el lugar al que los alienígenas se refieren como sala de control, y que busquen una forma de entorpecer el plan del Covenant.

Silva colocó los antebrazos sobre el muro que limitaba el terraplén y miró hacia la llanura. Si uno sabía hacia dónde mirar y tenía buena vista, podría distinguir la tierra llena de cicatrices donde habían atacado los Ghosts, donde los Helljumpers habían aguantado, donde algunos de sus marines estaban enterrados.

—Entiendo lo que quiere decirme, señor. ¿Me concede permiso para hablar libremente?

—Claro. —Keyes miró un momento a Silva, después de nuevo hacia la planicie—. Usted es el segundo al mando y, obviamente, sabe desenvolverse mucho mejor que yo en refriegas en tierra. Si tiene alguna idea, alguna sugerencia o alguna preocupación, quiero oírla.

—Gracias, señor —respondió Silva con respeto—. Mi pregunta tiene que ver con el Spartan. Como todos los demás, sólo siento respeto hacia el historial del Jefe, pero ¿es la persona correcta para el tipo de misión que tiene en mente? ¿Hay alguien correcto para una operación de esa clase?

»Sé que el cuerpo del Jefe Maestro ha sido aumentado, por no hablar de las ventajas que le proporciona su armadura, pero mire a su alrededor. Esta base, estas defensas, fueron construidas por seres humanos normales.

»El programa Spartan fue un fracaso, capitán. El hecho de que sólo quede el Jefe lo demuestra, por lo que ponga la misión en las manos de algunos marines de honor, y que se ganen el sueldo.

»Gracias por escucharme.

Keyes había formado parte de la Marina durante mucho tiempo y sabía que Silva era ambicioso, no sólo para él mismo sino para la rama de los marines de la ODST. También sabía que era valiente, tenía buenas intenciones, y que, en este caso concreto, estaba completamente equivocado. Pero ¿cómo decírselo? Necesitaba el apoyo entusiasta de Silva si es que querían salir con vida de aquel follón.

El capitán consideró las palabras de Silva y asintió.

—Ha expresado algunos puntos válidos. Lo que usted y sus marines de honor han conseguido en esta meseta es casi un milagro.

»Pero no puedo estar de acuerdo con sus conclusiones sobre el Jefe o el programa Spartan. Es importante comprender que lo que hace al Jefe tan efectivo no es lo que es sino quién es. Su historial no es el resultado de la tecnología, de lo que le han hecho, sino a pesar de lo que le han hecho y de todo el dolor que ha sufrido.

»Lo cierto es que el Jefe hubiese crecido y se hubiese convertido en un sujeto remarcable independientemente de lo que el gobierno le hiciera o dejara de hacerle. ¿Que si creo que hay que secuestrar a niños del lado de sus padres? ¿Que el ejército tiene que criarlos? ¿Que hay que alterarlos quirúrgicamente? No, no lo creo, no en tiempos normales.

Suspiró y cruzó los brazos ante el pecho.

—Comandante, uno de mis primeros cometidos fue escoltar a la dirigente del programa Spartan durante el proceso de selección de los candidatos de la segunda serie. En ese momento, no tenía aún la visión global del asunto, pero seguramente, si lo hubiese sabido, habría dimitido.

»Pero no estamos en tiempos normales. Estamos hablando de la posibilidad real de la extinción total, comandante. ¿Cuánta gente perdimos en las Colonias Externas? ¿Cuántas en la masacre del Covenant en Jericho VII? ¿Y en Reach? ¿Cuántos serán vidriados si consiguen localizar la Tierra?

Eran preguntas retóricas. El marine meneó la cabeza.

—No lo sé, señor. Lo que sí sé es que hace más de veinticinco años, cuando yo era teniente, la gente que inventó al Jefe pensó que sería divertido probar su nueva mascota con carne real. E ingeniaron una situación en la que cuatro de mis marines se encontrasen a su amiguito, se ofendieran por algo que hubiese hecho e intentaran darle una lección.

»El plan funcionó a la perfección. Ese monstruo no sólo golpeó a mis chicos como un demonio, sino que mató a dos de ellos... los golpeó hasta matarlos en el maldito gimnasio de una nave. No sé cómo llama usted a eso, señor, pero yo lo llamo

asesinato. ¿Qué repercusiones hubo? Ninguna. A ese juguetito le dieron una palmadita en la espalda y un billete para las duchas. Eso nos pasó ese puñetero día.

—Por lo que pueda servirle, comandante, siento de veras lo que sucedió a sus hombres. —El aspecto de Keyes era sombrío—. Pero ésta es la realidad: quizá no sea bonito; joder, quizá ni sea correcto, pero si pudiese tener en mis manos a un millón de Jefes, los usaría a todos, a cada uno de ellos. Para esta misión en concreto, sí, creo que sus hombres podrían llegar a cumplirla y si sólo los tuviésemos a ellos, no dudaría en enviarlos. Pero el Jefe tiene una serie de distintas ventajas, entre ellas Cortana, y asumiendo esta tarea dejará a sus hombres disponibles para otros asuntos. El Señor sabe que hay un montón de cosas que hacer. Mantengo mi decisión.

—Señor, sí, señor —asintió rígidamente Silva—. Mis hombres harán todo lo posible para apoyar al Jefe y a Cortana.

—Sí —contestó Keyes, la mirada perdida en el curvado anillo—. Estoy seguro de que sí.

La estancia, normalmente oscura, estaba iluminada por una luz artificial. Zuka ‘Zamamee había estudiado el ataque sobre el *Truth and Reconciliation*, había tomado nota de la forma en que la LA. humana había accedido a la red de combate del Covenant, y había analizado la naturaleza de la intrusión electrónica para establecer qué era lo que más le interesaba a esa entidad.

Después, basándose en esos análisis, había proyectado los siguientes pasos de los humanos. No todos los humanos, ya que éstos quedaban fuera de los parámetros de su misión, sino del individuo que le interesaba de verdad. Un individuo que parecía formar parte de un grupo de élite, especializado, parecido al suyo propio, y que seguramente sería enviado para continuar la misión a partir de lo que habían descubierto los humanos.

Ahora, en la sala que llevaba directamente al centro de control de seguridad, ‘Zamamee estaba preparando una trampa. El humano de la armadura vendría, sabía que sería así, y una vez dentro de la trampa, el humano se encontraría con su fin. Ese pensamiento le levantó los ánimos a ‘Zamamee y empezó a canturrear un himno de batalla mientras trabajaba.

Hubo un destello seguido de un sonoro *bang* cuando la granada de fragmentación estalló. Un Jackal aulló, un fusil de asalto traqueteó y un marine dijo en voz de grito:

—¡Si quieres más, házmelo saber!

—Buen trabajo —exclamó McKay—. Ése era el último.

Cierren la escotilla, asegúrenla y coloquen un equipo de fuego para que no encuentren una forma de salir. El Covenant se puede quedar con las cubiertas superiores. Lo que necesitamos está aquí abajo.

La batalla estaba durando horas y McKay y sus marines luchaban para empujar a los restos de las fuerzas enemigas fuera de las porciones clave del *Autumn*, hacia las

secciones de la nave que no eran críticas para el cumplimiento de la misión.

Cuando los Helljumpers sellaron la última escalera de acceso entre cubiertas que no estaba asegurada, lograron lo que habían estado intentando conseguir: acceso libre y sin restricciones al almacén principal de la nave, a las secciones de carga y a los muelles de vehículos.

Es más, incluso mientras la segunda brigada empujaba al último extraterrestre fuera de las cubiertas inferiores, la primera, bajo el liderazgo de la alférez Oros, había iniciado la importante tarea de enganchar los remolques a la flota de Warthogs estibados en el vientre de la nave y cargarlos de comida, munición y la larga lista de suministros que McKay había traído consigo. Cada vez que uno de los remolques estaba lleno, los marines lo conducían por unas improvisadas rampas hasta el terraplén de abajo.

Una vez en el exterior, colocados de forma circular, el poder combinado de las armas antiaéreas LRV M41 formaba una poderosa defensa contra posibles ataques de Banshees, Ghosts o transportes del Covenant. No aguantaría para siempre, pero lograría lo más importante: ganar tiempo.

Además de la formidable fuerza de fuego de la columna de suministros, había cuatro Tanques de Batalla Scorpion M808, los MBT, que descendieron la rampa con un fuerte estruendo, y dejaron una estela de tierra que señalaba su paso mientras rugían para adquirir su posición dentro de la pantalla que establecían los Warthogs.

El blindaje de titanio y cerámica de los MBT les proveía de una excelente protección frente a los disparos de armas menores, aunque los vehículos serían vulnerables si los extraterrestres conseguían acercarse demasiado. Por eso se había asignado a cuatro marines para que viajaran encima de las orugas de cada Scorpion.

Ahora, libre para retirarse del crucero derribado y supervisar la carga final, McKay dejó a Lister a cargo de mantener los extraterrestres a raya.

Cuando salía de la nave, McKay vislumbró dos Pelicans muy cargados que volaban en dirección a la meseta, cada uno con un Warthog agarrado a su vientre. Y allí, formando en la llanura que tenía delante, veintiséis todoterrenos con tráiler esperaban, listos para ponerse en marcha, y unos cuantos más aún surgían de la nave.

El único problema que tenía era la gente. Después de cumplir la misión sólo le quedaban cincuenta y dos hombres, lo que significaba que su diezmada compañía lo tendría difícil para poder conducir treinta y cuatro vehículos y luchar si fuese necesario. Tanto McKay como sus oficiales conducirían u ocuparían el sitio del artillero durante el viaje de vuelta.

Oros vio a la comandante de la compañía salir del casco del *Autumn*. La jefa de brigada estaba encerrada dentro de uno de los exoesqueletos de carga que habían cogido de la nave. Los servos gimieron siguiendo sus movimientos cuando cruzó el espacio de tierra batida por los neumáticos hasta el punto en que esperaba McKay,

con las manos en las caderas. Tenía la cara cubierta de mugre y la armadura corporal estaba chamuscada en el punto donde había alcanzado un tiro de plasma.

—El naranja le sienta bien.

—Gracias, jefa —sonrió Oros—. ¿Ha visto los Pelicans?

—Sí que los he visto. Parecían un tanto sobrecargados.

—Sí, los pilotos empezaban a quejarse del peso, pero los he sobornado con un par de barritas de chocolate. Volverán en unos cuarenta y cinco minutos. Cuando lo hagan, arrastraremos los bidones de fuel hasta los compartimentos de carga, los llenaremos desde la nave y rellenaremos sus depósitos. Después, para asegurarnos de que ha sido una buena inversión, engancharemos cañones autónomos MLA bajo cada fuselaje y también nos lo llevaremos.

—¿Cañones autónomos? —McKay arqueó una ceja—. ¿De dónde los han sacado?

—Eran parte del armamento del *Autumn* —contestó alegremente la otra oficial—. Pensé que, tal vez, sería divertido poder golpear a un transporte del Covenant desde lo alto de la meseta. —Hizo una pausa y añadió—. Ésas son las buenas noticias.

—¿Y cuáles son las malas?

—Hay mucho equipo que no ha sobrevivido al accidente. No hay misiles ni cohetes para los Pelicans, y estamos casi secos en proyectiles de 70 mm para sus metralletas frontales. El soporte aéreo que tendremos a partir de ahora será únicamente para transportarnos.

—Mierda —espetó McKay. Sin soporte aéreo bien armado, sería más complicado defender la Base Alfa.

—Afirmativo —repuso Oros—. Ah, y he ordenado a los pilotos que trajeran a quince operativos más en el viaje de vuelta. Médicos, tripulación, cualquiera que sepa conducir o disparar un M41. Eso nos permitirá incorporar unos cuantos Warthogs más en la columna y asignar al menos a dos personas a cada tanque.

—¿Se lo ha ordenado? —McKay volvió a alzar una ceja.

—Bueno, les dejé caer que eran órdenes directas tuyas.

—Es usted increíble —comentó McKay, meneando la cabeza.

—Sí, señora —replicó la desvergonzada Oros—. *Semper Fi*.

Los Pelicans sobrevolaron el brillante mar, pasaron por encima del suave oleaje y volaron en paralelo a la playa. Foehammer podía ver una estructura delante, más allá del cabo, y un montón de tropas del Covenant corriendo arriba y abajo en respuesta a la súbita e inesperada llegada de dos transportes de la UNSC. Rawley luchó contra el deseo de disparar la metralleta de 70 mm del Pelican. Había gastando los restos de su munición en el último sobrevuelo, había alzado géiseres de arena cazando un Élite por la playa, que había acabado con el alienígena desapareciendo en una nube de su propia sangre. No parecía que fueran a conseguir más munición pronto.

Pulsó las teclas necesarias para activar el canal general.

—*La zona de aterrizaje está caliente, repito, caliente* —recalcó Foehammer.

El Jefe Maestro se puso en pie al lado de la escotilla abierta y esperó la señal de Foehammer.

—¡Tierra! ¡Vamos, marines!

Estuvo entre los primeros en saltar de la rampa; sus botas dejaron huellas profundas en la suave arena.

Se detuvo para mirar a su alrededor, entonces dio un giro hacia el punto en el que esperaban los alienígenas. Un segundo después de que el último miembro del equipo de tierra desembarcara, los Pelicans se alzaron de nuevo, y dieron la vuelta en el aire.

El fuego de plasma les llovió desde lo alto de una elevación, mientras los marines avanzaban por la arenosa ladera, disparando ráfagas escalonadas, para que no todo el equipo tuviese que recargar en el mismo momento. El Spartan corría el primero, añadió su fuego al del resto y envió un Élite destrozado al suelo. Por primera vez superaban en números a las fuerzas del Covenant y los humanos tardaron poco en reducirlos. El combate duró sólo diez minutos.

Era hora de ponerse en marcha. El Spartan revisó los objetivos de la misión mientras inspeccionaba la zona de aterrizaje: encontrar y asegurar una instalación en manos del Covenant, una especie de sala de mapas... que el enemigo ya había capturado.

El Covenant la llamaba «el Cartógrafo Silencioso», y seguramente podía señalar la sala de control de Halo. Keyes había insistido mucho en la urgencia de la misión.

—Si el Covenant descubre cómo usar Halo como un arma, estamos fritos.

Quizá con la ayuda de Cortana tendrían la oportunidad de descubrir dónde demonios se albergaban los sistemas de control del anillo. Lo único que tenían que hacer era arrebatarlo a los enemigos atrincherados.

El Spartan oyó el sonido de la estática seguido de la alegre voz de Foehammer mientras su Pelican sobrevolaba la zona de aterrizaje.

—*Aquí Echo 419. ¿Alguien ha pedido un Warthog?*

—No sabía que hicieras entregas a domicilio, Foehammer —señaló un marine.

—*Ya conoces nuestro lema: «te lo traemos»* —rió la piloto.

El Jefe Maestro esperó a que el transporte depositara el todoterreno en la playa, vio cómo dos marines se montaban en él y saltó tras el volante. El soldado que estaba ante la metralleta hizo un gesto con la cabeza.

—Cuando usted quiera, Jefe.

El Spartan pisó a fondo el acelerador; la arena saltó de debajo de los neumáticos. El Warthog dejó huellas paralelas a lo largo de la playa por la que corría.

Dieron la vuelta al cabo en cuestión de minutos y entraron en el área abierta que había más allá. Había unos grupos de árboles, algunos riscos erosionados y una franja

de tierra cubierta de verde.

—¡Disparando! —anunció el artillero antes de empezar a apretar el gatillo. El Spartan vio que las tropas del Covenant se apresuraban a refugiarse, giró a la derecha para darle un mejor ángulo al arma de tres cañones y pronto fueron recompensados con un montón de Grunts muertos y un Chacal destrozado.

El Spartan condujo el Warthog hacia la colina, evitó obstáculos con cuidado para mantener la tracción del vehículo. En poco tiempo coronaron la ladera y pudieron ver la gran estructura que había delante. La parte superior se curvaba hacia abajo, se cortaba drásticamente y daba paso a un área plana donde estaba amarrada una nave de transporte del Covenant.

Parecía que la nave había acabado de cargar. Se elevó a través de un espacio en forma de «U», se deslizó hacia el océano y desapareció rápidamente. El ruido generado por los motores sofocó el sonido del Warthog y dio a los defensores algo en lo que fijarse.

El artillero siguió con la mirada la nave, pero sabía que no sería una buena decisión empezar a disparar y atraer una atención indeseada. El área que tenían delante bullía de tropas del Covenant.

—¿Alguien más ve lo que veo? —dijo el marine—. ¿Cómo se supone que rodearemos eso?

El Jefe Maestro apagó el motor del Warthog, hizo un gesto para que los marines se quedaran donde estaban y ascendió hasta una posición donde un tronco caído le ofrecía un poco de cobertura. Desenfundó la pistola, apuntó y disparó. Cuatro Grunts y un Élite fueron víctimas de sus disparos.

La respuesta fue casi instantánea mientras los soldados supervivientes corrían en busca de un lugar donde refugiarse, y una serie de rayos de plasma arrancaron astillas del tronco y lo prendieron en llamas.

Confiado en que había mermado la oposición a un número más manejable, el Jefe volvió hasta el coche y se sentó de nuevo en el asiento del conductor. Los marines esperaban que les ordenase qué hacer a continuación.

—Comprueben las armas —les aconsejó mientras giraba el interruptor de encendido, y el motor rugió, vivo—. Vamos a hacer un poco de limpieza.

—Entendido —contestó serio el artillero—. Parece que volvemos a estar en medio de un embrollo.

No se podía saber qué esperaban las tropas del Covenant que hicieran los humanos, pero a juzgar por la forma en que corrían gritando, la posibilidad de un ataque frontal, al viejo estilo, no se les había ocurrido.

El Spartan dirigió el vehículo hacia la parte delantera del complejo, vislumbró el pasillo que se extendía hacia el precipicio y condujo directamente hacia allí. Era muy justo y el Warthog se balanceó ligeramente cuando los anchos neumáticos rodaron

por encima de un par de Grunts muertos, pero la táctica había funcionado. Los dos marines empezaron a disparar contra las tropas del Covenant y el Jefe atropelló a uno.

Una vez que habían despejado la parte exterior de la estructura, el Jefe Maestro aparcó el todoterreno en una zona desde la cual los dos marines podían cubrirlo con sus armas y se aventuró hacia el interior. Una serie de rampas le hacían descender hacia los pasillos oscuros de una antecámara inferior. Estaba repleta de alienígenas. El Jefe Maestro arrojó una granada, retrocedió un poco y roció la rampa de balas. La granada explotó con un satisfactorio *boom* y fragmentos de cuerpos volaron en el aire antes de caer con un golpe sordo en el suelo.

—¡No dejen que cierren las puertas! —gritó Cortana.

Demasiado tarde. Sin ruido, las puertas se cerraron.

El Spartan se libró del resto de la resistencia y comprobó que las puertas estaban atrancadas. Empezaba a ascender hacia la superficie cuando la IA accedió a la radio del traje.

—Cortana a Keyes...

—Adelante, Cortana. ¿Han encontrado la sala de control?

—Negativo, capitán. El Covenant ha impedido que avancemos. No podemos seguir adelante a menos que consigamos desactivar el sistema de seguridad de la instalación.

—Comprendo —contestó Keyes—. Usen cualquier medio necesario para abrirse camino en ese complejo y encontrar la sala de control de Halo. El fracaso no es una opción.

El Jefe Maestro ya había montado en el Warthog y estaban a mitad de camino de la zona de aterrizaje cuando acabó la conversación.

—Buena suerte, chicos. Keyes, corto.

«Si la puerta principal está cerrada, entra por la trasera.» En esto estaba pensando el Spartan mientras el todoterreno retrocedía por donde había venido, hacia la zona de aterrizaje. El marine sentado a su lado intercambiaba insultos con un colega situado en la playa.

—Miren a la derecha —dijo Cortana, después de que hubiesen bordeado un acantilado—. Hay un sendero que se adentra en la isla...

—¡Monstruos a las dos! —gritó el artillero cuando la IA no había tenido tiempo aún de acabar su frase, y abrió fuego.

El Spartan aceleró por una ladera, esperó a que la M14 LAAG se estabilizase y colocó el vehículo de forma que el artillero pudiese acribillar la quebrada que tenían delante.

—Dígame algo, Cortana —dijo el Jefe Maestro mientras descendía del coche—. ¿Por qué siempre me recomienda que coja ascensores gravitatorios, corra por pasillos y me cuele por bosques sin mencionar nunca todas las tropas enemigas que viven en

esos lugares?

—Porque no quiero que se sienta inútil —contestó rápidamente la IA—. Por ejemplo, teniendo en cuenta que sus sensores nos dicen a los dos que hay al menos cinco soldados del Covenant esperando más allá de ese barranco, es lógico suponer que detrás de ellos hay todavía más. ¿Eso le hace sentir mejor?

—¡No! —admitió el Spartan. Acto seguido, comprobó que sus dos armas estaban completamente cargadas.

Subió la pared del barranco y se escondió tras un saliente. Unos rayos de plasma fundieron la roca por encima de su cabeza, y él disparó en respuesta. El Grunt corrió y buscó cobertura, mientras un par de sus colegas corrían hacia la posición del Spartan. Tras ellos, un Élite de armadura de color cobalto los espoleaba a que siguieran adelante.

El Jefe Maestro respiró profundamente. Era el momento de ponerse a trabajar. Hizo un sprint y las detonaciones de su pistola reverberaron por la estrecha quebrada.

La escaramuza duró sólo unos minutos. El indicador del escudo lanzó una nueva advertencia y se detuvo en la cima de la quebrada para darle tiempo a recargarse. Su arma barrió el área. Se fijó en una estructura circular que dominaba una pequeña depresión en la cima.

El escudo acababa de empezar el ciclo de recarga, alimentándose de la armadura, cuando un par de Hunters surgieron de su refugio y abrieron fuego hacia su posición.

El primer chorro de energía lo golpeó de lleno en el pecho y lo lanzó hacia atrás. El segundo disparo acabó en el grueso tronco de un árbol. Un hilillo de sangre le cayó sobre el rabillo del ojo. Sacudió la cabeza para despejar su emborronada vista y rodó hacia la izquierda. Un tercer disparo levantó un pedazo de suelo donde él había estado sólo unos segundos antes.

El Jefe lanzó una granada de fragmentación, contó hasta tres, se puso en pie y saltó a la derecha, disparando durante todo el rato.

Había calculado el tiempo perfectamente. La granada detonó, y el repentino destello y el humo confundieron a los alienígenas. Los proyectiles rebotaron en las gruesas planchas de sus armaduras. Los dos se dieron la vuelta al unísono para plantarle cara, sus armas resplandecían con un brillo verde. Estaban preparando otra andanada.

Otra granada explotó en su camino, y frenó el avance de los Hunters. Dispararon a través del humo y el ruido de sus tiros resonó por el pequeño barranco.

Los Hunters avanzaron, ansiosos por matar... y se dieron cuenta demasiado tarde de que los había rodeado y se acercaba a ellos por detrás. El fusil de asalto ladró y los proyectiles se colaron en los huecos de su armadura. Gritaron y murieron.

El Jefe Maestro siguió por el terreno, que descendía gradualmente hacia el oeste. Se ocupó de un grupo de centinelas, y después localizó su objetivo: una entrada en la

enorme estructura que se alzaba amenazante ante él. El humano se coló por la abertura. Notó cómo la penumbra pendía por encima de él.

Sus ojos alterados biomecánicamente se ajustaron rápidamente a la oscuridad y se adentró en la estructura. Se detuvo para colocar un nuevo cargador en el fusil de asalto.

Un nivel por debajo, ‘Zamamee escuchaba. Había alguien en camino, como señalaban las desesperadas comunicaciones por radio, y podía suponer sin miedo a equivocarse que se trataba del humano que debía matar. Que las transmisiones se detuviesen en medio del ruido de tiroteo humano confirmaba que el hombre de la armadura estaba allí.

Pero ¿caería en la trampa? Había sembrado con cuidado referencias a la sala de mapas en el flujo de comunicaciones actualizadas de batallas. Si los humanos se habían conectado con su red usando la IA de la nave caída, no tendrían otra elección que enviar a su temible soldado a encontrarla.

Las esperanzas del Elite se vieron ratificadas cuando oyó el ruido de pasos, el sonido de un cargador nuevo al ser colocado y el sutil roce de una armadura. No faltaba mucho.

‘Zamamee miró a ambos lados, se aseguró de que los Hunters estaban en posición y se retiró a su escondrijo. Había otros soldados con él en el módulo de almacenaje; entre ellos, Yapap y un equipo de Grunts.

El Jefe Maestro llegó a la parte inferior de la rampa, vio los módulos de almacenaje que llenaban el centro de una estancia precariamente iluminada y pensó que podría haber casi cualquier cosa agazapada entre ellos. Algo, quizá el instinto, quizá la suerte, hizo que el corazón le empezase a latir más rápido. Se colocó de espaldas a la pared y empezó a avanzar de costado. Había algo que no iba bien.

La luz que se filtraba a través de una ventana ornamentada le permitía ver que a su izquierda había un hueco. Se dirigió en esa dirección, notó un peso frío en la boca del estómago al oír movimiento y se giró hacia el sonido.

El Hunter surgió de la oscuridad e intentó golpear al Spartan con su escudo, y atravesarlo con sus espinas. Una ráfaga continuada de balas de 7,62 mm rebotó contra el peto del Hunter y frenó un poco su avance.

‘Zamamee, respaldado por Yayap y su equipo de Grunts, escogió ese momento para salir de la relativa seguridad del módulo. El Élite estaba aterrorizado, pero determinado a llevar a cabo su misión, y levantó el arma. Pero tenía al Hunter en medio del campo de tiro.

Entonces, como si todo ese tumulto no fuese suficiente, el segundo Hunter también se metió en medio, chocó con el Élite y lo envió rodando al frío suelo metálico.

Yapap se encontró de pie en medio de la estancia, y estaba a punto de ordenar la

retirada cuando uno de sus subordinados, un Grunt llamado Linglin, disparó su arma.

Hacer eso era una estupidez porque no había ningún objetivo claro, pero era lo que aconsejaban hacer a los Grunts en caso de duda: disparar. Linglin disparó y el rayó de plasma salió directo. Golpeó por la espalda al segundo Hunter y lo hizo caer hacia adelante, hasta chocar con su hermano de lucha.

—Oh, oh —musitó Yapap.

El Jefe Maestro vio a su oponente empezar a caer, lo disparó por la espalda y sacó el fusil de asalto. Le sorprendió agradablemente que el segundo Hunter ya hubiese sido derribado, y busco otros objetivos a los que disparar.

Paralizado por la enormidad de su error, aterrorizado al valorar las consecuencias potenciales, Linglin aún estaba dándose la vuelta cuando el voluminoso humano de la armadura alzó el arma y disparó. Yayap notó que la sangre de Linglin le rociaba la mitad de la cara y tropezó con sus propios pies, cayó de espaldas y usó las manos para arrastrarse de nuevo a la oscuridad. Una mano lo agarró del arnés de combate, dio un tirón de él para meterlo dentro del módulo de carga que aún mantenía la escotilla abierta y lo sujetó.

—Silencio —ordenó ‘Zamamee—. Este combate ha terminado. Debemos vivir para librar otro. Eso sonaba muy bien; quizá era lo más sensato que había oído en toda su experiencia militar, así que Yayap contuvo la respiración mientras el humano pasaba al lado del módulo. Se preguntó durante unos instantes si habría alguna forma de hacer que lo trasladasen a una unidad del frente normal. El diminuto soldado extraterrestre consideraba ese destino menos peligroso que el actual.

Con los nervios al límite, esperando en cualquier momento otro ataque, el Spartan dio la vuelta a la sala. Pero no había nada de lo que ocuparse, excepto de sus propios nervios y el pesado silencio que se había asentado en la estancia.

—Buen trabajo, Jefe —dijo Cortana—. Vaya hacia los módulos de almacenaje. El centro de seguridad está tras ellos.

El Jefe Maestro siguió las direcciones de Cortana, entró en un pasillo y lo siguió hasta una cámara que albergaba una pequeña constelación de luces flotando en el centro.

—Use el panel holográfico para apagar el sistema de seguridad —sugirió Cortana y, ansioso por completar el trabajo antes de que algo más lo atacase, el Spartan se dio prisa en cumplir las órdenes. De nuevo tuvo una sensación casi de familiaridad con los brillantes controles.

Cortana usó los sensores del traje para examinar los resultados.

—¡Bien! —exclamó—. Esto debería abrirnos la puerta que conduce al corredor principal. Ahora sólo tenemos que encontrar el Cartógrafo Silencioso y el mapa de la sala de control.

—Sí —contestó el Jefe Maestro—. Eso, y evitar que nos capturen en territorio

desconocido, posiblemente controlado por el enemigo, sin apoyo aéreo ni refuerzos.

—¿Tiene un plan?

—Sí. Cuando llegue allí, me cargaré a todos los soldados del Covenant que encuentre.



DESPLIEGUE +144.39.19 (RELOJ DE MISIÓN DE LA TENIENTE MCKAY) / COLINAS ENTRE LA BASE ALFA Y EL PILLAR OF AUTUMN

Es muy difícil esconder tres columnas de vehículos paralelas y McKay ni siquiera lo intentó. Los treinta Warthogs y los cuatro Scorpions combinados levantaban una nube de polvo que podía verse desde más de dos kilómetros de distancia. Y no había duda de que el calor que producían las máquinas se registraba en los sensores colocados en el espacio. Las Banshees en vuelo de reconocimiento podían haberlos rastreado desde el primer momento en que había empezado la marcha; sólo había un lugar lógico al que dirigirlos: la meseta bautizada como Base Alfa.

No les sorprendió, pues, que el Covenant no sólo organizase una respuesta, sino que ésta fuese enorme. Ahora, después de días de humillación, tenían la oportunidad de vengarse de los seres que les habían arrebatado la meseta, que habían hecho una visita sorpresa al *Truth and Reconciliation* y que habían arrasado más de una docena de sus otras posiciones.

McKay sabía que se avecinaba una batalla y organizó los vehículos en tres brigadas. La primera estaba formada por los Warthogs, que lideraba la alférez Oros. Tenía órdenes de ignorar los objetivos terrestres y concentrarse en defender la columna de ataques aéreos.

El sargento Lister estaba a cargo de la segunda brigada, formada por los tanques de combate Scorpions. Como éstos eran vulnerables a los ataques de infantería, se mantenían en el centro de la formación.

La tercera brigada, bajo las órdenes directas de la propia McKay, debía encargarse de la defensa terrestre, lo que suponía mantener a los Ghosts y a los soldados de a pie alejados de las otras dos brigadas. Un tercio de sus vehículos, cinco Warthogs, no llevaban tráilers a remolque, lo que los dejaba libres para ser una fuerza de respuesta rápida.

Al dar a cada una de las brigadas una misión, la oficial esperaba elevar la efectividad de la compañía y reducir las posibilidades de las bajas causadas por fuego

amigo, un peligro muy real en el tipo de combate que esperaba.

En el camino de los marines hacia el este, hacia la Base Alfa, la primera dificultad surgió en el punto donde terminaba el terreno llano. Las colinas crecían desde la llanura para formar un laberinto de cañones, quebradas y barrancos que obligarían a los humanos a entrar en fila de uno, si eran tan insensatos como para adentrarse en ellos. Esa forma de avanzar haría vulnerable al convoy tanto a ataques terrestres como aéreos. Pero había otra ruta, un paso de aproximadamente medio kilómetro de anchura, que les permitiría avanzar sin romper la formación.

El problema, y era uno bastante evidente, era que un par de colinas, fácilmente flanqueables, se alzaban a cada uno de los lados del paso, lo que le proveía al Covenant de la plataforma perfecta desde la cual dispararles.

Por si eso no fuese bastante malo, una tercera colina los esperaba al otro lado, y creaba un segundo puente que los humanos debían atravesar antes de alcanzar la llanura. Las perspectivas eran intimidantes, y McKay empezó a notar una sensación de desesperación creciente cuando la compañía entró en el radio de alcance de un disparo de fusil desde las colinas que tenían delante. No era especialmente religiosa, pero el antiguo salmo pareció cobrar vida en su mente: «Aunque camine por el oscuro valle de la muerte...».

«A la mierda», pensó. Ordenó al convoy que preparasen las armas. Los salmos no ganarían la batalla. Las armas sí.

Desde una posición aventajada, sobre lo que las fuerzas del Covenant habían designado como Colina 2, el Elite Ado ‘Mortumee usaba un monocular muy potente para espiar el convoy de los humanos. Todos los vehículos de esas criaturas, excepto cinco, arrastraban remolques pesados, lo que evitaba que pudiesen alcanzar grandes velocidades. Los cuatro tanques humanos, pesados y torpes, también ralentizaban el avance.

En lugar de arriesgarse a cruzar las colinas, su oficial al mando había decidido usar el paso. Era comprensible. Y un error por el que los humanos iban a pagar.

‘Mortumee bajó el monocular y observó el Wraith. Aunque normalmente no le gustaban mucho esos tanques, de aspecto rechoncho, que disparaban muy lentamente, debía admitir que el diseño era perfecto para la misión que debía realizar. Trabajando en equipo con una unidad idéntica estacionada en la Colina 1, el monstruo que tenía al lado diezmaría al convoy que se acercaba.

La única amenaza podía venir de los mastodontes blindados que circulaban en el centro de la formación humana. Su aspecto era potente, pero como nunca había visto ninguno en funcionamiento y había encontrado muy poca información en sus archivos, ‘Mortumee no estaba seguro de qué esperar.

—Vaya —dijo una voz a sus espaldas—, el Consejo de Maestros me ha enviado un espía. Y dime, espía... ¿Qué tienes que vigilar, a los humanos o a mí?

‘Mortumee se dio la vuelta y vio que el comandante de campo Noga ‘Putumee se le había aproximado por detrás, y que lo había hecho con mucho silencio para ser alguien tan grande. Aunque era conocido por su valentía y su liderazgo en la batalla, ‘Putumee también era famoso por sus maneras francas, polémicas y paranoicas. Pero había mucho de cierto en la idea que le había sugerido el oficial, ya que habían enviado a ‘Mortumee tanto a vigilar al comandante de campo como al enemigo.

‘Mortumee ignoró el seco tono del comandante y chasqueó las mandíbulas.

—Alguien tiene que contar los cadáveres humanos, escribir el informe que celebre su última victoria y preparar el papeleo para su próximo ascenso.

Si había algún punto débil en la armadura psicológica de ‘Putumee, éste se encontraba justo al lado de su ego. ‘Mortumee juraría que había visto cómo el enorme pecho del otro oficial se hinchaba más en respuesta a sus halagos.

—Si las palabras fuesen soldados, comandarías un poderoso ejército. Dime, espía, ¿están preparadas las Banshees?

—Preparadas y esperando.

—Excelente —contestó ‘Putumee. El Elite de armadura dorada dirigió su monocular hacia el convoy—. Ordena el ataque.

—A sus órdenes, Excelencia.

‘Putumee hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

McKay oyó que los Banshees se aproximaban, y la perspectiva de un poco de acción le hizo apartar el cosquilleo que sentía a una parte del estómago en que no lo molestase. El sonido empezó como un ligero ronroneo que se transformó rápidamente en un zumbido, para pasar a ser un aullido que congelaba la sangre. La oficial habló por el micrófono.

—Al habla Rojo 1. Se acercan artefactos enemigos. La primera brigada se enfrentará a ellos. El resto, permaneced a la espera. Esto es sólo el calentamiento, chicos, manteneos preparados. Vendrán más. Cambio y corto.

Llegaron cinco escuadrones de diez Banshees. El primer grupo atravesó el paso a tan poca altura que ‘Mortumee se encontró mirando a través de la estela de la nave. El sol se reflejaba en el metal bruñido y reflectante de las alas de las Banshees.

Estaba tentado de saltar a su propio aparato y acompañarlos. Deseaba sentir la emoción de un vuelo rasante, así como la sensación de disparar sin descanso con el fusil de plasma. Pero esos placeres le estaban prohibidos si debía mantener la objetividad que era necesaria para llevar a cabo su importante misión.

Ansiosos por enfrentarse a los humanos y determinados a no dejar nada a los siguientes vuelos, los pilotos de la primera oleada dispararon en el momento en que los tuvieron a su alcance.

Los marines de la primera brigada vieron que la nave aparecía por el horizonte, en vuelo bajo. Observaron cómo pulsaban las esferas de energía letal en su dirección y

decidieron no luchar contra objetivos individuales. Aún no. Siguiendo las órdenes que había dado la alférez Oros, los Helljumpers apuntaron sus M41 LAAG a un punto al oeste del paso y abrieron fuego a la vez. Las Banshees no tenían frenos; los pilotos habían empezado a dar la vuelta cuando se metieron de lleno en aquella picadora de carne.

‘Mortumee entendió enseguida el problema, como ‘Putumee, que ordenó a las siguientes oleadas que rompiesen la formación y atacasen individualmente al convoy.

Las órdenes llegaron demasiado tarde para ocho de los primeros diez, que fueron troceados en miles de piezas y cayeron como nieve humeante.

Un par de los aviones atravesaron la tormenta de disparos. Una Banshee logró alcanzar un Warthog con una ráfaga de plasma sobrecalentado, que mató al artillero y dejó inservible el arma. Pero el todoterreno siguió adelante, junto con su remolque y su carga de suministros.

Tras atravesar la oleada de balas, las Banshees supervivientes dieron media vuelta y se alinearon para una segunda batida.

Cuando el segundo escuadrón de naves del Covenant llegó por el este, se separó e inició los ataques individuales, el comandante de campo ‘Putumee ladró una orden en su radio. Los tanques de mortero de las Colinas 1 y 2 dispararon al unísono. Los orbes de fuego blanco y azul, unos tentáculos de energía que dejaban tras de sí una larga estela, se alzaron al cielo, quedaron suspendidos unos segundos y empezaron a caer.

Los morteros de plasma descendieron con una lentitud casi despreocupada. Chocaron con elegancia en el suelo y un trueno ensordecedor hizo temblar la tierra. Ninguno de los dos proyectiles dio a ningún objetivo, ya que sólo eran disparos de proximidad. Ya se lo esperaban.

—¿Qué demonios ha sido eso? —oyó McKay que decía un marine a través de la frecuencia de mando, y acto seguido oyó a Lister echarle bronca.

Ella se preguntaba lo mismo. Lo cierto era que, aunque la oficial conocía la existencia de los Wraith, nunca había visto en funcionamiento un vehículo de éstos, y no estaba segura de a qué se enfrentaban. No importaba mucho, porque el arma en cuestión era claramente letal y habría sembrado el caos si hubiesen atacado con ella mucho más cerca del paso. Pulsó la radio.

—Rojo 1 a Verde 1: esas bombas de energía se originaron en el pico de esas colinas. Vamos a darles a esos cabrones para el pelo. Cambio.

—*Al habla Verde 1* —contestó Lister—. *Entendido, cambio.*

Se oyó el ruido de la estática mientras Lister pasaba a la frecuencia de su brigada, aunque McKay podía oírlas todas en el canal de mando.

—*Verde 1 a Foxtrot 1 y 2: Dejad caer unos cuantos explosivos potentes en la colina de la izquierda. Verde 1 a Foxtrot 3 y 4: haced lo mismo con la de la derecha.*

Corto.

Las Banshees empezaron a girar y abrieron fuego sobre los desgraciados humanos. Uno de los pilotos disparó su cañón de combustible e hizo diana. Un remolque lleno de munición explotó, dio un abrazo ígneo al Warthog y se llevó por delante el todoterreno. Las fuerzas del Covenant, que lo observaban todo desde la cima de las colinas, sintieron cierto entusiasmo y, mejor que eso, el placer de la venganza.

‘Mortumee estaba allí para documentar la batalla, no para celebrarla. Miró con fascinación cómo dos de las torretas de los tanques rotaban hacia su izquierda para disparar sobre la Colina 1, mientras que las otras dos giraban en la otra dirección y parecían apuntar... directamente sobre él.

El Élite se preguntó si debería buscar un lugar donde refugiarse, pero antes de que el mensaje de moverse llegase a sus pies, oyó un rugido reverberante cuando el proyectil de 105 mm atravesó el espacio aéreo seguido de un sonoro *crac* cuando cayó a unas cincuenta unidades de distancia. Una columna de tierra ensangrentada saltó por los aires. Seguían lloviendo trozos de cuerpo, armas y pedazos de equipo cuando el ensordecido ‘Mortumee recuperó la compostura y salió corriendo.

El comandante de campo ‘Putumee se rió a carcajadas y señaló hacia las rocas tras las que ‘Mortumee se había resguardado para mostrárselo a un miembro de su compañía. El segundo disparo resonó justo por debajo de la cumbre y provocó una pequeña avalancha.

—Esto —dijo el Élite, contento— es una batalla de verdad. Vigilad al espía.

Afectada por la pérdida de un Warthog, de una carga de munición y de tres marines, McKay empezaba a cuestionarse la división de tareas que había impuesto. Estaba a punto de dar vía libre a los artilleros de su brigada cuando su conductor la advirtió:

—Oh, oh... ¡Mire eso!

Una serie de rayos de plasma cosieron una línea en el costado del Warthog, quemaron la pintura de los vehículos y levantaron surtidores de tierra mientras la oficial seguía el dedo índice que señalaba hacia una fuerza de Ghosts que aparecían por el paso.

—Rojo 1 a todas las unidades Romeo... ¡síguenme! —gritó McKay a través del micrófono y dio unos golpecitos en el brazo a su conductor—. A por ellos, Murphy... Vamos a despejar la entrada.

En el mismo segundo en que la oficial se lo dijo, el marine pisó a fondo, el artillero dio un salto y el todoterreno empezó a avanzar.

Los otros cinco vehículos de respuesta rápida la siguieron hasta que el Wraith de la Colina 1 disparó una tercera esfera de plasma, y después una cuarta, hacia el cielo.

McKay miró hacia arriba, vio que la bola de fuego frenaba hasta casi detenerse en

el punto de apogeo. Sabía que sería como una carrera. ¿Caería la bomba sobre la fuerza de respuesta o conseguirían los Warthogs escapar de ella, con lo que la carga de plasma explotaría inocua contra el suelo?

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritaba el artillero, que también se había percatado de la amenaza. El piloto viró para evitar un grupo de rocas, e hizo todo lo posible para acelerar más.

—¡Mierda, mierda, mierda! —murmuraba, mientras notaba que algo húmedo, caliente, le encharcaba el asiento.

La bomba de energía caía cada vez a mayor velocidad. El primer todoterreno la dejó atrás; el segundo y el tercero lo siguieron rápidamente.

Con el corazón en la garganta, McKay miró hacia atrás para observar cómo el proyectil de plasma caía al suelo, detonaba y creaba un gran cráter.

Y entonces, como un milagro sobre ruedas, el Romeo Cinco voló a través del humo, dio un bote cuando golpeó el borde del recién creado cráter y dio un par de bandazos.

No había tiempo para celebraciones; los Ghosts ya estaban a tiro y el primer vehículo abrió fuego. McKay alzó su fusil de asalto, apuntó al borrón más cercano y apretó el gatillo.

El sargento Lister se enfrentaba con una dura realidad. No importaban las Banshees que se deslizaban por encima de sus cabezas o los Ghosts que tenían delante, su trabajo era encargarse del fuego de mortero y, a medida que se acercaban a las colinas, era más difícil elevar lo suficiente los cañones principales de los Scorpions de la segunda brigada para alcanzar su objetivo principal. Lo único que podrían disparar los tanques era una andanada más antes de que sus armas ya no sirviesen.

—Despertaos, chicos —dijo Lister en la frecuencia de la brigada—. El último grupo de la derecha ha ido a quince metros por debajo, por lo menos. Y el último de la izquierda ha pasado por encima de la colina. Afinad la puntería, arracadles las cumbres a esas montañitas, y hacedlo ya. No tenemos tiempo para volver a cagarla.

Cada uno de los oficiales del tanque ajustó su puntería, disparó el proyectil y rezó por alcanzar el blanco. Sería más fácil enfrentarse al Covenant que aguantar la ira de Lister si esos disparos fallaban.

El comandante de campo 'Putumee vio impasible cómo explotaba el Wraith de la Colina 1 y se llevaba con él una columna de Jackals. Lamentaba perder un tanque de mortero, pero con dos docenas de Ghosts adentrándose en el paso, tendría que ordenar un alto al fuego en cualquier momento. O eso o arriesgarse a matar a sus propias tropas. El Élite soltó una orden, vio una última bola de fuego alzarse en el aire y miró cómo los humanos entraban en el hueco.

El cabo Snaky Jones estaba jodido, y él lo sabía. Lo había sabido desde que el

morro de su Warthog había sido alcanzado por un disparo y había dado una vuelta sobre sí mismo. Estaba de pie tras la LAAG y disparaba por encima de la cabeza del conductor cuando, de pronto, se vio catapultado por los aires. Todo lo que Jones vio fue un borrón. Se dio un fuerte golpe y cayó de cabeza. Cuando el cuerpo frenó, el Marine descubrió que casi no podía respirar; por eso se quedó tumbado un momento, mirando el fantástico cielo azul mientras boqueaba en busca de aire.

El cielo era bello, muy bello, hasta que una Banshee apareció en la imagen, aullando, y un Warthog pasó rugiendo por su izquierda.

En ese momento Jones consiguió ponerse en pie y gritó hacia el micrófono de emergencia, hasta que descubrió que éste había desaparecido. Pero no sólo el micrófono... todo el casco, que se le había soltado durante la caída. No tener casco significaba no tener micrófono, ni radio, ni posibilidad de que lo recogiesen.

El cabo se cagó en todo, corrió hacia el Warthog destrozado y dio gracias porque no estuviese ardiendo. El vehículo descansaba de costado, y el S2 estaba aún donde lo había colocado: enganchado por la culata bajo el asiento del conductor.

Le fue duro ver al sargento Corly desparramado por el guardabarros trasero, la mitad de la cara volada. Jones evitó mirarlo a los ojos. La mochila, la que contenía la munición extra, un *pack* de primeros auxilios y todo lo que había pillado en el *Pillar of Autumn* estaba también donde lo había dejado, enganchada en el pie de la metralleta.

Jones agarró la mochila, se la colgó a la espalda y recogió el fusil de precisión. Se aseguró de que el fusil estaba preparado para disparar, colocó el seguro y corrió hacia la colina más cercana. Quizá podría encontrar una cueva, esperar a que acabase la batalla y arrastrarse de vuelta a la Base Alfa. La arena saltaba ante los pasos de las botas del Marine. La muerte acechaba alrededor.

La alférez Oros estimaba que la primera brigada había reducido en dos tercios el número de naves atacantes, y planeaba ocuparse del resto. McKay no lo aprobaría... pero ¿qué podía hacer la jefa de operaciones? ¿Enviarla a Halo? La alférez sonrió, dio la orden que era necesaria y saltó a tierra.

Hizo señas a los voluntarios de cuatro de los trece Warthogs que quedaban y se apresuraron a llegar a un grupo de rocas. Los cinco marines, además de fusiles de asalto, portaban lanzacohetes M19 SSM cruzados a la espalda y tantos cohetes como cabían en las alforjas que llevaban en las manos. Marcharon pesadamente a través del terreno llano, se refugiaron rápidamente tras las rocas y se prepararon.

Cuando todos estaban listos, Oros arrancó los seguros de una bengala tras otra y las lanzó a cierta distancia del círculo de rocas. Observó cómo se elevaba el humo naranja hacia el cielo.

Cuando los pilotos de las Banshee captaron el humo, se lanzaron rápidamente a él como buitres atraídos por carroña fresca.

Los marines se mantuvieron sin disparar; esperaron hasta que hubo como mínimo trece naves del Covenant dando vueltas por encima de ellos y lanzaron cinco obuses al mismo tiempo. Una segunda descarga siguió a la primera, y luego vino la tercera. Se oyó el estruendo regular de las explosiones cuando diez Banshees recibieron impactos directos, en ocasiones más de uno, y se volatilizaron.

De las naves que sobrevivieron al aluvión de cohetes, dos se retiraron inmediatamente. La última se bamboleaba a causa de un disparo, escupía humo por el motor de babor y tenía aspecto de que se iría a pique en cualquier momento. Oros creía que en ese momento ya había acabado su misión, y que ella y sus hombres serían libres para desaparecer tras las colinas y correr de vuelta a casa.

Pero no fue eso lo que sucedió. A diferencia de la mayoría de sus colegas, el piloto de la Banshee tocado debía de tener un gran deseo de trascender el plano físico, porque giró la nave hacia el enemigo, colocó la nave en una dirección fija y descendió en picado hacia el montón de rocas. Oros intentó hacer diana con su cohete, pero falló... y casi no tuvo tiempo de lanzar una maldición cuando la Banshee, herida de muerte, agujereaba las rocas y se tragaba a todo el equipo emboscado en una bola de fuego.

Que el cabo Jones llegase a la base de la colina sin que lo matasen fue pura suerte. La posterior escalada por rocas sueltas que se desprendían bajo su mano fue instintiva. El deseo de ganar altura es natural en todos los soldados, pero todavía más en un francotirador. Jones había sido entrenado para ser uno, cuando no estaba ocupado buscando suministros, operando con las LAAG o aguantando broncas de su sargento.

Que el cabo Jones estuviese a punto de tomar la ofensiva, de golpear al Covenant, quizá no fuese la decisión más inteligente que había tomado en su vida, pero él sabía que era la correcta. Al diablo con las consecuencias.

Jones se encontraba a medio camino de la cima, pero eso ya le permitía vislumbrar la cumbre de la otra colina y las diminutas figuras que estaban allá arriba. No le interesaban los Grunts, que corrían de un lado para otro, ni los Jackals, que estaban alineados en el borde, pero sí las armaduras brillantes de los Élite. Ésos eran los objetivos que buscaba; pareció que daban un salto hacia adelante cuando el marine usó la lente de aumento de su mirilla y movió ligeramente el cañón. ¿Qué vida debía sesgar? ¿El de la izquierda de armadura azul? ¿O el de la derecha, el cabrón que iba de dorado? En ese momento, en ese lugar, el cabo Jones era Dios.

Apartó el seguro del fusil de precisión y dejó que su dedo descansase en el gatillo.

En esos momentos, cuando el convoy superó el paso y se dirigió hacia la zona alta del anillo, 'Mortumee ya había salido de su escondrijo y estaba de pie junto al comandante de campo 'Putumee. A su izquierda había una tercera colina... y en su cima también había un Wraith.

El tanque de mortero abrió fuego. Durante un breve momento, ‘Mortumee albergó la esperanza de que el último tanque consiguiese reducir los efectivos del convoy, pero los humanos aún estaban fuera de alcance y, viendo que el Wraith no podía dañarlos, se tomaron su tiempo para colocar sus propios tanques en una línea de retaguardia.

Una simple carga fue todo lo que necesitaron. Los cuatro obuses dieron en la diana, el tanque de mortero quedó destruido y el camino despejado.

‘Putumee bajó el monocular. Su cara no reflejaba emoción alguna.

—Dime, espía, ¿qué pondrás en tu informe?

—Lo siento, Excelencia, pero los hechos hablan por sí mismos —dijo ‘Mortumee, mirando al otro Élite con una expresión de conmiseración— y el informe se escribirá solo. Si hubiese desplegado las tropas de otra forma, quizá abajo, en las llanuras, la victoria habría sido nuestra.

—Una idea excelente —replicó el comandante de campo, en un tono afable—. Los consejos a posteriori siempre son perfectos.

‘Mortumee estaba a punto de contestar, de decir algo sobre la necesidad de la previsión, cuando la cabeza le explotó.

El cabo Jones sujetó bien el arma para disparar de nuevo. El primer tiro había sido perfecto. La primera posta había volado certera, había entrado por la base del cuello del tipo de azul y le había salido por la parte superior de la cabeza; le había arrancado el casco y había creado un surtidor de sangre y sesos que habían salpicado el aire.

‘Putumee renegó, saltó hacia atrás, y escapó de la segunda bala.

Unos momentos después, el eco de las dos detonaciones rebotaba en las dos colinas. El comandante de campo siguió reculando, en busca de un refugio. Le pasó la información al comandante de las Banshees y ladró en su equipo de comunicación:

—¡Un francotirador! ¡Matadlo!

Satisfecho, ahora que se ocuparían del francotirador, ‘Putumee se puso en pie y miró el cuerpo decapitado de ‘Mortumee. Descubrió sus colmillos.

—Parece que tendré que escribir el informe yo mismo.

Jones escupió al suelo, furioso porque el Elite dorado hubiese esquivado su segundo disparo. Se prometió que en la próxima ocasión no se le escaparía, que sería suyo. Las Banshees sobrevolaban la zona, tratando de identificar su posición. Jones retrocedió hasta una quebrada. Afortunadamente, entre los objetos que había recuperado del *Autumn* había veinte barritas de caramelo que le servirían de sustento.

Con el sistema de seguridad neutralizado, el Jefe Maestro se abrió camino a través del edificio alienígena y se dirigió a la superficie. Era el momento de encontrar ese Cartógrafo Silencioso y completar esa fase de su misión.

—¡Mayday! ¡Mayday! ¡Bravo 22 está bajo juego enemigo! Repito, estamos bajo

fuego enemigo, perdemos altura. —La tensa voz del piloto del transporte sonaba aguda, chillona... era la voz de un hombre al borde de la locura.

—Recibido —contestó Cortana—. Estamos en camino. —Y, en un aparte al Spartan, la IA añadió—: No me ha gustado cómo ha sonado eso... No estoy segura de que logren sobrevivir.

El Jefe Maestro se mostró de acuerdo, y en su ansia por llegar arriba, cometió un error potencialmente fatal. Como ya había despejado la sala adyacente a lo que parecía ser el centro de seguridad del mundo anillo, había supuesto que seguiría desafortunadamente, el Elite, equipado con un aparato de camuflaje del Covenant, anunció su presencia con un rugido antes de disparar el arma. El rayo de plasma golpeó el peto del Jefe, que quedó desorientado durante un momento mientras intentaba discernir de dónde provenía el ataque. Su sensor de movimiento lo captó y apuntó con su arma lo mejor que pudo. Disparó una ráfaga controlada y su premio fue un grito de dolor del extraterrestre.

El guerrero del Covenant aún caía cuando el Jefe Maestro esprintó hacia la rampa que llevaba hasta la superficie; por el camino, recargó el arma. Había sido una estupidez entrar en la sala, previamente despejada, demasiado rápido, y estaba decidido a no cometer el mismo error por segunda vez. Y que Cortana estuviese ahí, viendo el mundo a través de sus sensores, hacía el error mucho más vergonzante. Por razones que aún no había tenido tiempo de averiguar, el humano buscaba la aprobación de la IA. ¿Era una tontería? Quizá sí, si se creía que Cortana no era más que un programa de ordenador moderno; pero era mucho más que eso. Al menos, lo era en la mente del Jefe.

Sonrió ante la ironía de ese pensamiento. El interfaz humano-IA suponía que Cortana se encontraba, en muchas formas, dentro de la mente del Jefe, y usaba su sistema nervioso para procesar la energía y el almacenaje.

El Spartan acabó de subir la rampa, atravesó un corredor y salió ante la luz del sol. Se detuvo sobre una plataforma y saltó a la ladera que había debajo, mientras Cortana le advertía que mantuviese un ojo atento a la aparición del Bravo 22.

Las tropas del Covenant, una mezcla de Grunts y Jackals, patrullaban por la playa que tenían delante. El Jefe Maestro desenfundó la pistola, activó el aumento 2x, y decidió ponerse manos a la obra de derecha a izquierda. Acertó de lleno al primer Jackal, falló el segundo y mató un par de Grunts que anadeaban en la cima de la meseta que tenía justo delante de su posición.

Mientras descendía por la ladera pudo ver los restos del Bravo 22, medio enterrado. No había señales de vida. O la tripulación y los pasajeros habían muerto a causa del impacto o algunos habían sobrevivido y el enemigo los había ejecutado.

Esa posibilidad lo enfureció más. Volvió hacia la derecha, vio el Jackal superviviente que corría y lo derribó. Cambió a su MA5B y descendió lo que le

faltaba de la ladera hasta la arena.

Caminó un poco hasta llegar a los restos humeantes del accidente y los cuerpos desparramados. Las quemaduras de plasma en algunos cadáveres le sirvieron para confirmar sus sospechas.

Aunque no era una de las tareas más placenteras que conocía, el Jefe sabía que tenía que aprovechar todas las ocasiones de conseguir munición y víveres.

—No olvides quedarte con un lanzacohetes —intervino Cortana—. No tenemos ni idea de lo que nos espera cuando volvamos a buscar la sala de control.

El Jefe Maestro siguió el consejo de la IA y decidió que sería mejor ir motorizado que andando. El Warthog que había estado sujeto a la parte inferior del Pelican se había soltado en los últimos momentos del vuelo y había caído al suelo sobre un costado. Se acercó al vehículo, le puso una mano encima, encontró un buen punto donde agarrarlo y tiró. Se oyeron crujidos del metal mientras el Warthog se balanceaba, se inclinaba en la dirección del Spartan y caía. Dio un salto atrás, esperó que el vehículo rebotara y se colocó detrás del volante. Hizo una comprobación rápida para asegurarse de que el todoterreno aún era operativo y salió de allí.

Hizo que el Warthog se deslizase con un leve giro y se dirigió de nuevo hacia la zona de aterrizaje de la misión, la zona de playa donde los marines esperaban.

Los Helljumpers habían aguantado dos asaltos durante su ausencia, pero aún mantenían la zona que habían conquistado, impertérritos.

—Bienvenido de nuevo —dijo una cabo, mientras se colocaba tras la metralleta de tres cañones—. Nos aburríamos sin usted. —Tenía la cara sucia, las palabras «Cortar por aquí» tatuadas en la circunferencia del cuello y un cuerpo pequeño y fornido.

El Jefe echó un vistazo a los pozos donde se encontraban las armas, las trincheras, los montones de cadáveres del Covenant y la arena quemada por el plasma.

—Sí, ya lo veo.

Un soldado de primera clase, con la cara pecosa, saltó al asiento del copiloto, con un fusil de plasma que había capturado del Covenant entre las manos. El Spartan giró el vehículo hacia la dirección por la que habían venido y corrió por la orilla. El agua les roció por el lateral izquierdo del todoterreno; deseaba tanto poder sentir la humedad en la cara...

A un kilómetro de ellos, un Hunter llamado Igido Nosa Hurru echaba chispas mientras caminaba por la plataforma de descarga manchada de sangre. Un Élite que respondía al nombre de Zuka 'Zamamee había informado de que un solo humano había matado a dos de sus hermanos hacía unas horas y que estaba a punto de atacar también su nueva posición. El guerrero de espinas afiladas esperaba que esto sucediera pronto, para que él y su hermano Ogada Nosa Fasu tuviesen el honor de matarlo.

Cuando Hurru oyó el ruido del motor del vehículo de superficie y vio que rodeaba el cabo, él y su hermano se prepararon. Al recibir el movimiento característico del otro Hunter que significaba asentimiento, Hurru se colocó en el mismo exterior de la entrada al complejo. Si el vehículo era algún tipo de truco, una forma de hacer que los dos guardias se alejaran de la puerta el tiempo suficiente para que el humano se colase, no les iba a funcionar.

Fasu era el que siempre tomaba la iniciativa, y también era un artista en el uso del cañón de combustible que llevaba sujeto al brazo. Esperó que el todoterreno estuviese a su alcance, siguió con la vista el vehículo para asegurarse de que el pulso de energía, que se desplazaba lentamente, tuviese tiempo de llegar a su destino, y disparó.

El Jefe Maestro captó con su visión periférica la esfera de un amarillo verdoso y decidió virar el coche, y enfrentarse cara a cara contra el enemigo, tanto para que el Warthog fuese un blanco más pequeño como para tener una oportunidad de disparar. Pero no tuvo tiempo. El Spartan había empezado a girar el volante cuando el pulso de energía golpeó el lateral del Warthog y derribó el vehículo.

Ninguno de los tres humanos quedó atrapado. El Jefe Maestro se puso en pie y miró a la zona superior de la ladera, a tiempo de ver cómo un Hunter saltaba de la plataforma que tenían encima, absorbía el golpe del salto en sus enormes rodillas y se dirigía hacia ellos.

Tanto la cabo como el joven de las pecas ya se habían puesto en pie, pero la oficial, que nunca antes había visto un Hunter, y menos había tenido que enfrentarse a uno cara a cara, gritó:

—¡Venga, Hosky! ¡Vamos a acabar con ese cabronazo!

—¡No! ¡Retírense! —ordenó el Spartan, mientras se agachaba a recoger el lanzacohetes. Pero mientras gritaba la orden, sabía que no había tiempo. Otro Spartan quizá sí hubiese podido apartarse de su camino a tiempo, pero los Helljumpers no tenían ninguna oportunidad.

La distancia entre el alienígena y los dos marines se había acortado mucho, y no podían evitar el encontronazo. La cabo lanzó una granada de fragmentación y vio cómo explotaba justo delante del monstruo, que seguía acercándose... y para su sorpresa, el alienígena siguió haciéndolo. El extraterrestre atravesó la metralla que volaba a su alrededor, bramó una especie de grito de guerra y bajó un hombro gigantesco.

El soldado Hosky seguía disparando cuando el escudo gigante lo golpeó, destrozó la mitad de sus huesos y lanzó lo que quedaba de él al suelo. El soldado seguía consciente, por lo que vio cómo el Hunter alzaba la bota en el aire y le soltaba un pisotón en la cara.

El Jefe Maestro ya tenía el lanzacohetes preparado sobre su hombro y estaba a

punto de disparar cuando la cabo exclamó algo incoherente, se cruzó en su línea de fuego y obstaculizó su disparo. El Jefe le gritó que se tirase al suelo, pero Fasu le hizo un agujero del tamaño de una bandeja en el pecho a la marine.

El Spartan apretó el gatillo, y un obús salió lanzado hacia el Hunter. Con agilidad sorprendente, el enorme alienígena se encorvó y saltó a un lado; el proyectil pasó a su lado. Detonó tras el Hunter y los roció a los dos con pedazos de tierra.

El Hunter cargó.

El Jefe Maestro caminó hacia atrás. No había tiempo de recargar, por lo que el siguiente proyectil tendría que acertar el objetivo. La espuma de las olas se le arremolinó alrededor de las rodillas mientras entraba de espaldas al mar; intentó mantener los pies fijos sobre la blanda arena. El alienígena llenaba todo su campo de visión. ¿Estaba demasiado cerca? No había tiempo para comprobarlo. Apretó el gatillo y un segundo proyectil salió como un rayo, con una estela de humo y llamas.

El Hunter iba a toda velocidad y no pudo agacharse a tiempo. Los enormes pies de la criatura se quedaron clavados en el blando suelo mientras intentaba cambiar de curso para esquivar el cohete... En vano. El proyectil de 102 mm explotó en el mismo centro del peto de la armadura del Hunter, hizo volar su torso y le partió la columna vertebral. Se oyó un fuerte chapoteo cuando la criatura alienígena cayó de cara en el agua. Una mancha de color naranja brillante se mezcló con la espuma alrededor del Hunter derribado.

El Jefe Maestro se tomó unos segundos para recargar el lanzacohetes y remontó trabajosamente el camino de la playa. Un aullido de angustia surgió de la garganta del otro alienígena. «Lo tenéis bien merecido —pensó—. Tú sólo has perdido un hermano; yo los perdí todos.»

Notó un pinchazo de pena por los dos marines muertos. Debería haber previsto el ataque a larga distancia, debería haberles advertido de la posibilidad de que hubiera Hunters, debería haber reaccionado con más rapidez.

—No ha sido culpa tuya —le dijo Cortana, suavemente—. Ahora ve con cuidado... Hay otro Hunter en la plataforma.

Esas palabras fueron como un cubo de agua fría en la cara. Su maestro, el sargento Méndez siempre se refería a ello como «combate mental»; siempre les recalca la importancia de mantener la cabeza fría.

Lenta, metódicamente, el Jefe Maestro ascendió por la ladera y mató a algunos soldados del Covenant con una precisión mecánica. Los pequeños grupos de Grunts eran irrelevantes. El verdadero reto lo esperaba arriba.

Huru oyó los disparos, supo que lo estaban flanqueando, y lo esperaba ansioso. La rabia, la lástima y la autocompasión le quemaban por dentro y lo hacían disparar una y otra vez su cañón de combustible, como para borrar la presencia del humano con sus descargas.

El humano aprovechó todas las zonas de cobertura que pudo, apoyó el brazo izquierdo contra la pared del precipicio y empezó a escalarla. El Hunter lo vio e intentó dispararle, pero el cañón no se había podido recargar desde el último disparo. El humano tenía libertad total para dispararle. Y lo hizo. Hurru sintió un cálido alivio.

Iba a reunirse con su hermano.

El obús había salido elevado, golpeó la cabeza de Hurru y se la voló. La sangre de color naranja empezó a brotar como si fuese un surtidor, salpicaba el suelo de metal que rodeaba al Hunter y le bañó el cuerpo antes de caer.

El Spartan hizo una pausa, cambió al fusil de asalto y esperó sentir cierta satisfacción. No se produjo. Los marines aún seguían muertos, lo estarían para siempre, y nada podía cambiar eso. ¿Era justo que él siguiera con vida? No, no lo era. Lo único que podía hacer era llevar a cabo lo que esperaban que hiciese. Avanzar, encontrar el mapa y hacer que sus muertes hubiesen servido para algo.

Con este pensamiento en mente, el Jefe Maestro volvió a entrar en el complejo a pie, avanzó por los pasillos que había salpicado de sangre durante su última visita, descendió por la rampa, se dirigió al nivel inferior y atravesó la puerta que había logrado abrir con tanto esfuerzo.

El Jefe Maestro llegó a las entrañas de la estructura. Desde el exterior, las agujas que se alzaban hasta varios metros de altura eran engañosas. El interior de la estructura se sumergía hacia las profundidades.

Descendió por una rampa curva. El aire estaba calmado, ligeramente enrarecido, y las gruesas columnas de la primera estancia de cierta amplitud que encontró la hacían parecer una cripta.

Se deslizó por habitaciones llenas de sombras, bajó por rampas en espiral, atravesó galerías repletas de formas extrañas. Las paredes y el suelo estaban hechos del mismo metal pulido y grabado que habían encontrado en todas partes. Encendió la linterna y se fijó en que había nuevas formas en el metal, como si el material fuese una especie de híbrido entre metal y piedra.

La cháchara de Grunts y Jackals rompió el silencio sepulcral. Por fin tenía oposición, un montón de oposición; el humano se vio obligado a enfrentarse con docenas de Grunts, Jackals y Elites.

—Es como si supiesen que veníamos hacia aquí —observó Cortana—. Creo que alguien está rastreando nuestros avances, y tiene una idea bastante buena de hacia dónde nos dirigimos.

—No me digas —contestó el Jefe Maestro mientras disparaba contra un Grunt y pisoteaba su cadáver—. Espero que lleguemos al Cartógrafo antes de que se me agote la munición.

—Ya estamos cerca —la aseguró la LA—, pero ve con cuidado. Habrá más fuerzas del Covenant cuanto más avancemos.

El Jefe Maestro apreció el consejo de Cortana. Esperaba encontrar una forma de evitar lo que el Covenant le hubiese preparado, pero no iba a ser así. Cuando el Spartan entró en una amplia sala, vio a dos Hunters. Se colgó el fusil y preparó el lanzacohetes. No había duda de que se trataba del arma perfecta contra los Hunters... mientras no permitiese que ninguno de los dos monstruos se le acercase demasiado. Un cohete lanzado en esas condiciones lo mataría también a él si detonaba demasiado cerca.

Uno de los alienígenas espinados vio al intruso y le dio el alto con un rugido. El Hunter había empezado a moverse cuando el proyectil atravesó la cámara, le golpeó el hombro derecho y lo mandó al infierno con una explosión.

El segundo Hunter aulló y disparó el cañón de combustible. El Jefe lo maldijo mientras el golpe del rayo de plasma, aunque no lo había alcanzado de pleno, ponía en marcha la alarma de sonido y el indicador de la esquina derecha superior de su visor se ponía en rojo.

El Spartan se dio la vuelta, esperando tener el segundo Hunter a la vista, pero el enorme alienígena se refugió tras un muro.

No podía disparar, así que empezó a retirarse. El Hunter lo embistió y las letales espinas se incrustaron en sus debilitados escudos.

El Jefe gimió de dolor cuando la punta de la púa superior atravesó la juntura de su armadura a la altura del hombro. Notó un desgarrón asqueroso cuando la carne de su brazo se abrió ante el corte de aquella espina tan afilada como un escalpelo.

Giró sobre sí mismo y la púa se soltó.

El Jefe Maestro notó que la frustración iba creciendo en su interior mientras agarraba el fusil de asalto, ascendía por una rampa y usaba su movilidad acelerada para llegar a la espalda del extraterrestre. Entonces llegó la oportunidad que necesitaba: la visión momentánea de un pedazo de carne sin protección. Disparó una ráfaga rápida contra la espalda del guerrero, dio media vuelta y evitó por poco de los disparos de plasma de un Jackal que había aparecido de pronto.

El Jefe Maestro lanzó tres granadas contra una de las mamparas. Una de ellas alcanzó a su objetivo y roció las paredes con pedazos de carne extraterrestre, lo que acabó con el frenético tiroteo.

Cortana, cuya vida también había estado en juego y que había tenido que quedarse mirando mientras el Spartan luchaba por los dos, procesó una sensación de alivio. De alguna forma, contra todo pronóstico, su huésped humano había conseguido sobrevivir de nuevo, pero habían estado cerca, demasiado cerca, y él aún estaba en un estado de shock, con la espalda apoyada en una esquina, los signos vitales muy bajos, los ojos saltando de una sombra a la siguiente.

La IA dudó mientras procesaba el dilema. Era difícil equilibrar la necesidad de seguir adelante y completar la misión con la preocupación de presionar demasiado al

Jefe Maestro y ponerlos a los dos en peligro. El afecto de Cortana hacia el humano, sumado a su propio deseo de sobrevivir, le complicó el acceso a la decisión clara y racional que esperaba de sí misma.

Entonces, en el momento en que Cortana iba a decir algo, lo que fuera, aunque fuese incorrecto, el Jefe se recuperó y tomó la iniciativa.

—Vamos —dijo, a sí mismo o a Cortana—, es hora de acabar la misión.

Caminando cuidadosamente para no caer en una emboscada, el Jefe Maestro dejó la gran sala y se dirigió a una rampa descendiente. Se escondió en una esquina y, al comprobar que la zona era relativamente segura, retiró las planchas del hombro de su armadura MJOLNIR.

El corte era irregular y la sangre brotaba libremente. El Jefe podía hacer caso omiso del dolor, pero la pérdida de sangre se cobraría su precio y pondría en peligro la misión. Tras asegurarse de que el sensor de movimiento estaba en marcha, se colgó el arma a la espalda.

Buscó en la mochila y sacó el kit de primeros auxilios. Lo habían herido antes, y en muchas ocasiones había realizado curas de primeros auxilios tanto a camaradas heridos como a sí mismo. Lavó prestamente la herida, la roció con espuma biológica y se aplicó un vendaje adhesivo.

En unos minutos se había colocado de nuevo la armadura, se tomó un estimulante y avanzó.

—*Foehammer al equipo de tierra. ¡Dos transportes del Covenant se acercan muy rápido!*

El Jefe Maestro, de pie en el borde de un enorme abismo, escuchaba las comunicaciones de radio de sus aliados. En la distancia, apenas podía vislumbrar los destellos de los paneles luminiscentes que los creadores de Halo habían preparado para iluminar esos laberintos subterráneos. Ante él se abría un abismo aparentemente sin fondo.

Reconoció la siguiente voz; se trataba del sargento de artillería Waller, el Helljumper que estaba al cargo de su zona de aterrizaje.

—*Vamos, chicos* —decía Waller—, *se acerca compañía. Fuerzas enemigas a la vista.*

—Sería más fácil resistir desde el interior de las estructuras —lo interrumpió Cortana—. ¿Podéis entrar?

—*¡Negativo!* —fue la respuesta de Waller—. *Se acercan demasiado rápido. Los mantendremos ocupados el máximo tiempo que podamos.*

—Dadles con todo lo que tengáis, marine —dijo sería la IA, y cerró la conexión—. Estaremos bastante jodidos si no salimos de aquí antes de que lleguen los refuerzos enemigos.

—Entendido —contestó el Jefe Maestro, mientras descendía una nueva rampa,

cruzaba un par de escotillas y se adentraba en la oscuridad. Atravesó una especie de cubierta transparente, cruzó un puente y mató a un par de Grunts que encontró allí.

Siguió por una escalerilla que lo llevó al piso inferior, lanzó una granada en medio de un grupo de enemigos que patrullaban el área y se apresuró a meterse por una abertura que tenía buen aspecto. Oyó un rugido iracundo cuando un Elite le disparó desde la plataforma inferior mientras un puñado de Grunts ladraba y farfullaba.

El Spartan usó una granada para librarse de todo el grupo y se apresuró a bajar, para investigar qué estaban vigilando. Reconoció la sala de mapas al momento. Pero nada más entrar, un Elite se lanzó a él desde el otro extremo de la estancia. Una corta ráfaga de su fusil de asalto bastó para apagar los escudos personales del extraterrestre, y acabó con él con un golpe de la culata del fusil.

—¡Allí! —indicó Cortana—. ¡Ese panel holográfico debe activar el mapa!

—¿Alguna idea de cómo activarlo?

—No —contestó ella, y alzó el tono—. Eres tú quien tiene el toque mágico.

El Jefe Maestro avanzó un par de pasos y alargó la mano sobre el panel. Parecía que supiese instintivamente cómo activarlo, parecía como si estuviese grabado en él, como su respuesta a las batallas.

Apartó ese pensamiento y volvió a la misión. Deslizó la mano blindada sobre el panel, y un mapa de marcos brillantes apareció y flotó delante de él.

—Analizando —dijo la IA—. El control central de Halo está —iluminó una zona en el mapa de su HUD— aquí. Interesante. Parece una especie de santuario.

Abrió un canal de comunicaciones.

—Cortana al capitán Keyes.

—*No podemos contactar con el capitán Keyes* —respondió Foehammer, después de un momento de silencio—. *Su nave debe de estar fuera de alcance, o quizá tenga problemas técnicos.*

—Sigue intentándolo —le indicó la IA—. Avísame cuando hayas podido restablecer el contacto. Y cuéntale que el Jefe Maestro y yo hemos determinado la localización del centro de control.

El capitán Jacob Keyes intentaba ignorar el ritmo machacón de la música que sonaba por el intercomunicador del sargento mientras el piloto hacía descender el transporte sobre el pantano.

—Todo parece despejado. Voy a aterrizar.

Los propulsores del Pelican batieron el agua con furia mientras descendía la rampa; el compartimento de carga fue invadido por un aire espeso y húmedo. Contenía el olor de la vegetación pudriéndose, el hedor del gas de los pantanos y el sabor ligeramente metálico típico de todo Halo. Alguien se quejó, pero su voz fue ahogada por la del sargento Avery Johnson, que los alentaba a saltar; los Marines

descendieron sobre el agua, que les llegaba hasta la pantorrilla.

—¡Mierda! —gritó alguien cuando notó que el agua le subía por las piernas.

—¡Calma, marine! —advirtió Johnson, mientras Keyes bajaba por la rampa. Libre de su carga, el transporte encendió los propulsores, se alzó por encima del cargado aire y se elevó.

—La estructura que buscamos debe de estar por ahí arriba —dijo Keyes tras consultar una pequeña consola manual.

Johnson siguió el dedo con el que Keyes señalaba.

—De acuerdo, panda de vagos, ya habéis oído al capitán. Bisenti, al frente.

El soldado Wallace A. Jenkins se colocó en la retaguardia, que era un lugar tan malo como el frente, aunque no tanto. La oscura agua le llegaba por encima de las botas, le había empapado los calcetines y ahora estaba mojándole los pies. No estaba muy fría, y el marine lo agradecía. Como el resto del equipo, sabía que el propósito principal de esta misión era localizar y recuperar un almacén de armas del Covenant. Era algo importante, incluso después de la exitosa incursión de la teniente McKay en el *Pillar of Autumn*, y de que la Base Alfa hubiese sido reforzada como consecuencia de ello.

Pero era una misión asquerosa... especialmente por tener que atravesar ese oscuro y brumoso pantano.

Delante de ellos, algo se alzaba entre las tinieblas. Bisenti esperaba que fuese la razón por la que el Viejo había enviado sus desgraciados culos a ese maldito pantano. Informó de ello al sargento.

—Veo un edificio.

Se oyó el ruido de chapoteo en el agua mientras Jones se acercaba.

—No se aleje, Jenkins. Mendoza, muévase. Espere ahí a que llegue el capitán con su escuadrón. Y después muevan los culos hacia dentro.

—¡Señor! —exclamó Jenkins cuando Keyes se materializó entre la niebla.

Johnson vio a Keyes, asintió y dijo:

—¡Venga, vamos!

Keyes siguió a los marines al interior. Toda la situación era diferente de lo que había imaginado. A diferencia del Covenant, que mataba a casi todos los humanos que caían en sus manos, los marines seguían capturando prisioneros. Habían interrogado a uno, un Élite que respondía por 'Qualomee, durante horas, y les había acabado jurando que pertenecía a un grupo de soldados que había entregado un cargamento de armas a las fuerzas que vigilaban la estructura que ahora tenían delante.

Pero no había ni rastro del equipo de seguridad del Covenant ni de las armas que 'Qualomee juraba haber transportado, lo que significaba que seguramente les había mentado. Eso lo discutiría con el alienígena cuando volviesen a la Base Alfa. Por el

momento, Keyes planeaba adentrarse en el complejo y ver qué había en su interior. El segundo escuadrón, a las órdenes del cabo Lovik, se había quedado atrás para cubrir la línea de retirada, mientras que el resto del equipo siguió avanzando.

—¡Uauh! Mirad esto. Alguien le ha arrancado las entrañas —exclamó un marine, unos diez minutos después.

Johnson examinó el Élite muerto. Había otros cadáveres del Covenant esparcidos por la zona. La sangre extraterrestre rezumaba por las paredes y por el suelo. Keyes se aproximó por detrás.

—¿Qué tenemos, sargento?

—Parece una patrulla del Covenant —contestó el oficial—. Los Operativos Especiales y Cabrones, los de la armadura negra. Todos muertos.

—Muy bonito. —Keyes observó el cadáver y miró a Bisenti—. ¿Amigos suyos?

—No, nos acabábamos de conocer —contestó el marine, meneando la cabeza.

Tardaron cinco minutos en llegar a una gran puerta metálica. Estaba atrancada y aunque estuvieron toqueteando el control numérico, no lograron abrirla.

—Muy bien —comentó Keyes, tras inspeccionar el obstáculo—. Vamos a abrir la puerta.

—Lo intentaré, señor —repuso Kappus, el especialista técnico—, pero parece que los Covenant curraron de lo lindo para atrancarla.

—Hazlo, hijo.

—Sí, señor.

Kappus sacó el descodificador de su mochila, pegó la caja a la puerta y presionó una serie de botones. Aparte de los suaves pitidos que emitía la caja negra mientras conectaba con los circuitos de la puerta y le introducía miles de combinaciones por segundo, sólo se oía el silencio.

Los marines se movían nerviosos, incapaces de relajarse. El sudor le resbalaba por la frente a Kappus.

Mantuvieron la posición unos minutos más, hasta que Kappus asintió con satisfacción y abrió la puerta. Los marines corrieron al interior. El experto en electrónica alzó una mano.

—¡Sargento! ¡Escuche!

Todos los marines se pusieron a escuchar. Oían un sonido suave, líquido, viscoso. Y parecía venir de todas las direcciones al mismo tiempo.

Jenkins notó un nudo en el estómago, pero fue Mendoza quien realmente dijo lo que todos pensaban.

—Esto me huele muy mal.

—Siempre estás igual —le interrumpió el sargento, y estaba a punto de abroncar a Mendoza cuando recibió un mensaje por la frecuencia de transmisión. Sonaba como si el segundo escuadrón tuviese algún tipo de problema, pero el cabo Lovik no era

muy coherente, por lo que era difícil estar seguro.

Aun más, casi sonaba como si fuesen gritos.

—¿Cabo? —respondió Keyes—. ¿Me recibe? Cambio.

No hubo respuesta.

Johnson se dirigió a Mendoza.

—Mueve el culo hasta la posición del segundo escuadrón y averigua qué cojones está pasando.

—Pero, sargento...

—No tengo tiempo para oírte, soldado. ¡Te he dado una orden!

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Jenkins, dominado por los nervios, con los ojos saltando de una sombra a la siguiente.

—¿De dónde sale eso, Mendoza? —preguntó el sargento Johnson; se había olvidado momentáneamente del segundo escuadrón.

—De allí —exclamó Mendoza, señalando un grupo de sombras mientras los marines oían el ruido amortiguado de unos golpes metálicos.

Hubo un grito de dolor cuando algo aterrizó sobre la espalda del soldado Riley, le penetró en la piel como una aguja y se abrió camino hacia la columna vertebral. Dejó caer el arma, intentó arrancar lo que fuese que le había caído sobre los hombros y se retorció adelante y atrás.

—¡No te muevas! ¡No te muevas! —le gritaba Kappus; cogió una de las bulbosas criaturas e intentó arrancarla de su amigo.

Avery Johnson había formado parte del ejército la mayor parte de su vida adulta y había pasado más tiempo deambulando por la superficie de mundos alienígenas que todos los hombres de la sala juntos. Durante toda su vida, había visto un montón de cosas raras... pero nada como aquello.

Vio una docena de pegotes blancos, cada uno de un medio metro de diámetro, equipados con un racimo de tentáculos que se retorcían. Se desparramaron y dispersaron en una formación libre y saltaron en su dirección. Los tentáculos los propulsaron varios metros de un solo salto. Él disparó una ráfaga corta, inducida por el pánico.

—¡A por ellos!

Keyes, con la pistola en ristre, disparó a una de las criaturas. Estalló como un globo, con una fuerza sorprendente. La pequeña explosión hizo que tres más saltasen en pedazos pequeños, como plumas, pero casi parecía que una docena tomaba su lugar.

Keyes se dio cuenta de que el soldado Kappus tenía razón. El Covenant había atrancado la puerta por un motivo, por ese motivo. Quizá, sólo quizá, podrían rechazarlos y encerrar de nuevo a esos globos.

—Sargento, estamos rodeados.

La atención de Johnson estaba en otra parte.

—Maldita sea, Jenkins, ¡dispara!

Jenkins tenía el rostro paralizado por el miedo, y agarraba el fusil de asalto con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Parecía como si aquellas cosas apareciesen del aire.

—¡Hay demasiados!

El sargento empezó a bramar una respuesta, pero era como si se hubiese abierto la compuerta de un dique en alguna parte, ya que una nueva oleada de aquellas asquerosas criaturas con forma de gota salieron de la oscuridad y rodearon a los humanos. Los marines disparaban en todas direcciones. Algunos perdieron el equilibrio cuando dos, tres o incluso cuatro de esas criaturas conseguían agarrarse a ellos y derribarlos.

Jenkins empezó a correr, sobrecogido por el miedo.

Keyes alzó las manos para protegerse el rostro y agarró accidentalmente un monstruo. Lo apretó y notó cómo explotaba. Aquellos cabroncetes eran frágiles, pero había demasiados. Otro atacante se le pegó en el hombro. El capitán gritó al sentir que un tentáculo afilado como una cuchilla le atravesaba el uniforme y la piel, se revolvía bajo la epidermis y se le conectaba a la espina. Notó una explosión de dolor tan intensa que perdió la conciencia, pero fue devuelto a la conciencia gracias a una serie de drogas que la cosa inyectó en su torrente sanguíneo.

Intentó gritar, pedir ayuda, pero no pudo emitir ni un sonido. El pulso se le aceleró, las extremidades se le durmieron, una a una. Le pesaban los pulmones.

Cuando Keyes empezaba a perder el contacto con el resto de su cuerpo, algo extraño lo penetró, apartando su conciencia a los rincones de su cerebro; le invadía la mayor parte de la corteza cerebral, le contaminaba el cerebro con un ansia tan abyecta que habría vomitado si aún tuviese control sobre su cuerpo.

Esa ansia era algo más que la necesidad de comer, de sexo, o de poder. Esa ansia era un vacío, un vórtice infinito que consumía todos sus impulsos, todos sus pensamientos, toda idea de quién era o qué era.

Intentó gritar, pero no pudo.

La visión del capitán Keyes luchando contra este nuevo adversario paralizó al cabo Jenkins. Cuando el capitán dejó de debatirse, logró ponerse en marcha. Se dio la vuelta para huir, y notó que una de las diminutas bestias chocaba contra su espalda. El dolor le atravesó como un cuchillo cuando la criatura le introdujo los tentáculos en el cuerpo, y después remitió.

Tenía la vista borrosa, pero de pronto se hizo más clara. Tuvo la sensación de que había transcurrido algo de tiempo, pero no había forma de saber cuánto rato había estado inconsciente. El soldado Wallace A. Jenkins se encontró de pronto en un extraño mundo.

Debido a alguna tara, a una mala partida de dados cósmicos, la mente que había invadido su cuerpo se había visto debilitada durante el largo período de hibernación, y aunque tenía la suficiente fuerza para dominarlo y crear una forma de combate, le faltaba fortaleza para dominar completamente el huésped, como debería haber sido.

Jenkins, incapaz de hacer nada para solucionarlo, era totalmente consciente de la inteligencia invasora que le arrebatava el control de su musculatura, que movía sus extremidades como un niño trasteando con un juguete nuevo, y le hizo dar vueltas mientras que sus amigos, a los que no les quedaba ninguna conciencia, habían sido destruidos completamente. Gritó. El aire salió de sus pulmones. Pero nadie se dio la vuelta.

7

SÉPTIMO CICLO, 49 UNIDADES (CALENDARIO DE BATALLA DEL COVENANT)/A BORDO DEL CRUCERO «TRUTH AND RECONCILIATION», POR ENCIMA DE LA SUPERFICIE DE HALO

Zuka ‘Zamamee entró en el *Truth and Reconciliation* a través del ascensor gravitatorio principal de la nave, tomó un elevador secundario para subir hasta el puente de mando, sufrió el habitual control de seguridad y lo acompañaron hasta la sala del consejo en tiempo récord. Todo le pareció bastante apropiado, hasta que entró en la cámara y vio que sólo estaba encendida una luz, dirigida hacia el punto donde los visitantes normalmente se quedaban en pie. No había ni rastro de Soha ‘Rolamee ni del Profeta, ni del Elite que nunca le habían presentado.

Quizá habían retrasado el Consejo, se habían equivocado al comunicarle la hora o quizá se trataba de un error burocrático. Pero, si fuese así, ¿por qué lo habían dejado entrar? Estaba seguro de que el personal sabía si había sesión del Consejo o si no.

El Élite estaba a punto de dar media vuelta e irse por donde había venido cuando se iluminó un segundo punto de luz y apareció la cabeza de ‘Rolamee. No estaba pegada a su cuerpo, sino posada sobre un pedestal ensangrentado, y miraba con ojos vacíos al infinito.

Una imagen del Profeta hizo su aparición; parecía flotar en el aire. Hizo un gesto señalando hacia la cabeza.

—Es triste, ¿verdad? Pero hay que mantener la disciplina. —El Profeta realizó lo que ‘Zamamee tomó como un gesto místico—. Halo es antiguo, extremadamente antiguo, al igual que sus secretos. Guarda verdaderas bendiciones que los Ancianos dejaron para que nosotros las descubriésemos, porque sabían que les daríamos un buen uso.

»Pero no se puede conseguir nada sin arriesgarse. Aquí también hay peligros, cosas que ‘Rolamee prometió que controlaría, pero no logró hacerlo.

»Ahora, con los humanos rondado a sus anchas, sus fracasos se han visto amplificados. Han abierto algunas puertas, han desatado algunos poderes ocultos, y

es necesario que ahora dediquemos una cantidad considerable de nuestros esfuerzos en controlar de nuevo la situación. ¿Me he explicado bien?

‘Zamamee no lo había comprendido todo, sobre todo lo último, pero no tenía ninguna intención de admitirlo.

—Sí, Excelencia —fue su respuesta.

—Bien —continuó el Profeta—. Eso nos lleva hasta ti. Tus recientes esfuerzos por capturar al merodeador humano han sido un completo fracaso, pero además logró neutralizar parte del sistema de seguridad de Halo, consiguió alcanzar el Cartógrafo Silencioso y no hay duda de que va a usarlo para ocasionarnos más problemas. Así que —añadió— había pensado que te sería instructivo venir aquí, echar un buen vistazo al precio del fracaso y decidir si puedes pagarlo. ¿Me explico?

—Sí, Excelencia —contestó ‘Zamamee, tras tragar saliva.

—Bien —siguió el Profeta con voz suave—. Me complace oírlo. Bueno, después de habernos fallado en una ocasión y tras decidir que no volverás a hacerlo, explícame cómo planeas proceder. Si me gusta la respuesta, si me convences de que va a funcionar, quizá puedas salir vivo de esta sala.

Afortunadamente, ‘Zamamee no sólo tenía un plan, sino que ese plan era formidable, y logró convencer al Profeta de que funcionaría.

Más tarde, cuando el Élite se había reunido con Yayap, y los dos dejaban atrás la nave, en su mente no veía la gloria futura, sino la mirada perdida de ‘Rolamee.

El Jefe se detuvo en el mismo quicio de la escotilla para asegurarse de que no lo seguían, comprobó que las armas estaban cargadas y se preguntó dónde demonios se encontraba. Según las instrucciones de Cortana, Foehammer había hecho descender el Pelican por una grieta en la superficie de Halo, había volado con el transporte a través de los enormes túneles de mantenimiento, que, como si se tratase de un sistema de vasos capilares, se cruzaban una y otra vez, justo por debajo de la corteza del anillo, y los había depositado a los dos en una plataforma de aterrizaje en medio de una caverna. Desde allí, el Spartan, siguiendo su intuición, había avanzado a través de un laberinto de pasadizos y habitaciones, muchos de los cuales estaban fuertemente defendidos.

Ahora, mientras recorría otro corredor de cierta longitud, se preguntaba qué lo aguardaba tras la siguiente escotilla.

No se esperaba la respuesta. Al abrirse la puerta entró un aire frío y una ráfaga de copos de nieve. Parecía que estaba a punto de atravesar una especie de pasarela. Una barrera le impedía ver qué había más allá, pero el oficial podía vislumbrar rayos de tracción que hacían las veces de los cables de suspensión y un abismo gris que se abría debajo de ellos.

—Las pautas meteorológicas parecen naturales, no artificiales —indicó Cortana, pensativa—. Me pregunto si los sistemas medioambientales del anillo han dejado de

funcionar o si los ingenieros quisieron que esta instalación en concreto sufriera este tiempo inclemente.

—Quizá esto no fuera tan inclemente para ellos —la atajó él.

El Jefe, que no lograba entender por qué eso era tan diferente, ya que al menos para él no lo era, asomó la nariz por el borde de la escotilla, para observar qué había allí.

Y la respuesta era que los esperaba un Shade con un Grunt a los controles. Una rápida mirada hacia la derecha confirmó la presencia de un segundo cañón de energía, aunque éste no tenía artillero.

En ese momento, cuando estaba a punto de avanzar, apareció un Pelican por la izquierda, sobrevoló el puente y aterrizó en el valle inferior. Se oyó el crepitar de la estática, seguido por una voz masculina muy seria.

—*Al habla Equipo de Fuego Zulú. Necesito asistencia inmediata de cualquier fuerza de la UNSC. ¿Alguien me recibe? Corto.*

La IA reconoció que la llamada de auxilio provenía de una de las unidades que operaban fuera de la Base Alfa y contestó:

—Cortana a Equipo de Fuego Zulú. Te recibimos. Mantén la posición. Estamos en camino.

—*Recibido* —respondió la voz—. *Venid rápido.*

«Se acabó el factor sorpresa», pensó. El Spartan salió de la escotilla, le disparó al Grunt en la cabeza y corrió a ocupar el lugar del extraterrestre en el Shade. Podía oír la conmoción que el súbito ataque había causado y sabía que sólo tenía unos segundos para hacer virar el cañón.

Colocó el arma en posición, vio que el visor cambiaba a la tonalidad roja y apretó el gatillo. De un Grunt y un Jackal sólo quedaron los pies después de que los rayos de voraz energía los consumiesen y quemasen un pedazo de puente. El resto de los enemigos pareció fundirse tras la construcción.

A continuación, sin objetivos claros a la vista, se tomó unos segundos para inspeccionar el puente. Tenía el aspecto de haber sido construido más para el uso de gente a pie que para vehículos, tenía dos niveles y se mantenía en pie gracias a los rayos tractores que había visto antes. La nieve que caía en espirales desde arriba siseaba al tocar los brillantes cables y se desvanecía.

Captó movimiento al otro extremo del puente y efectuó un disparo seguido de energía luminosa. Lanzaba el plasma como si fuese agua de una manguera, lo dirigía a todos los rincones y recovecos que podía ver, para despejar el camino.

Tras haber cazado a todos los objetivos visibles, el Spartan saltó al puente. Este era bastante largo para albergar una serie de plataformas, túneles que podrían usarse como refugio. Eso tenía su lado malo, claro: los del Covenant tenían un montón de lugares donde esconderse.

Avanzando de una zona protegida a la siguiente, se abrió camino a través de la pasarela, descendió hacia el nivel inferior, para enfrentarse a las tropas del Covenant que lo esperaban allí y volvió a subir cuando localizó a un Elite armado con una espada de energía. El Elite se escondió tras un muro.

El Jefe no veía razón alguna para acercarse a un oponente tan peligroso si podía evitarlo, y lanzó una granada de plasma.

Oyó la reacción de sorpresa cuando el explosivo se pegó a la armadura del Elite. El alienígena salió de su escondrijo y se volatilizó en un estallido de luz.

Agradecido por dejar atrás el puente, el Jefe activó la puerta, cruzó la laberíntica estancia que venía a continuación y entró en un ascensor. Descendió durante un rato antes de detenerse de forma relativamente suave y dejarle salir. Un corto pasillo le llevó hasta otra escotilla, y el combate que se había desencadenado en el exterior.

Cuando la puerta se abrió, el Jefe Maestro miró hacia arriba, vio el puente y se orientó bastante bien. Al mirar hacia abajo, vio un valle nevado, salpicado de montículos rocosos y algún grupo de árboles.

A juzgar por el hecho de que la mayoría de fuego del Covenant se dirigía hacia una esquina del valle que quedaba a la izquierda, el Spartan supuso que al menos parte del Equipo de Fuego Zulú estaría atrapado allí. Estaban bajo el ataque de cómo mínimo dos Shades y un Ghost. Y a pesar de ello estaban plantando cara.

Las armas pesadas suponían el mayor peligro para los marines. Abandono a la carrera la protección que le proporcionaba el conducto, se detuvo un segundo para disparar al artillero más cercano con su pistola y se dirigió hacia el Shade del Grunt muerto. Notó el calor que irradiaba el cañón del arma mientras arrancaba el cadáver del asiento y montaba él tras los controles. Tenía muchas dianas entre las que escoger, entre ellas un entusiasmado Ghost, por lo que el Jefe decidió ocuparse de él el primero. Un par de ráfagas fueron suficientes para llamar la atención del piloto y hacer que se pusiese a su alcance.

El humano y el Elite abrieron fuego en el mismo instante, creando líneas paralelas de ida y vuelta, pero el Shade salió ganando. El vehículo de ataque se tambaleó, volcó y estalló.

No tuvo tiempo de celebrarlo; un tanque de mortero Wraith centró su atención. Lanzó un par de bombas de energía en el aire, como si fuesen cometas, y a continuación siguió su avance hacia los marines.

El Spartan lanzó un río de rayos energéticos contra el tanque, pero había demasiada distancia y sus disparos no lograron atravesar el blindaje de ese monstruo.

Seguro de que tendría que encontrar otra forma de encargarse de ese tanque, el Jefe decidió desmontar. Estaba a sólo unos veinte metros del Shade cuando una de las bombas le dio de lleno al cañón que había estado manejando.

Los marines vieron cómo se acercaba y sacaron fuerzas de flaqueza gracias a su

repentina aparición. Un cabo le dedicó una ligera sonrisa y soltó un hurra.

—¡Ha llegado la caballería!

—Nos irá muy bien tu ayuda... Ese Shade nos tiene atrapados —añadió otro marine.

El Spartan miró hacia donde señalaba el soldado y vio que el Covenant había instalado otro Shade encima de un montículo que dominaba todo el valle. La elevación permitía al arma controlar la mitad de la depresión, y mientras el Jefe lo inspeccionaba todo, el artillero continuaba bombardeando la zona en la que se había refugiado el Equipo de Fuego Zulú.

El Warthog de los marines se había volcado, y todos sus suministros se habían desparramado por el suelo. El Jefe Maestro se detuvo a recoger un lanzacohetes, pero sabía que estaba fuera de alcance, y que le sacaría mucho más provecho si se acercaba.

Se colgó el lanzacohetes a la espalda, comprobó el cargador del fusil de asalto y se deslizó hacia los árboles. Un grupo de Grunts se acercó a la carrera hacia los marines, pero fue rechazado mientras el Spartan encontraba un tronco de árbol tras el que refugiarse. Avanzó, mató al Jackal que se escondía tras el tronco y apoyó el lanzacohetes en el hombro. Mientras lo fijaba en la mirilla, el Shade lanzó unas ráfagas lumínicas azules; aumentó la vista y vio cómo el cañón se giraba hacia su dirección. Mantuvo el cañón estable y disparó.

El proyectil explotó en la cima del montículo, y el Shade cayó por las rocas.

Los marines lo celebraron, pero el Jefe Maestro ya había cambiado sus prioridades. Corrió hacia el Warthog.

Una bomba de mortero explotó a sus espaldas y redujo el árbol tras el que se había refugiado a astillas. Un marine gritó cuando una de un metro de largo le atravesó el abdomen y lo clavó al suelo.

El Spartan agarró el parachoques del Warthog y usó los aumentadores de fuerza de su armadura para colocarlo de nuevo sobre las ruedas. Un marine saltó a la zona trasera y se colocó ante la LAAG; otra se colocó en el asiento de copiloto.

Las ruedas traseras les rociaron de nieve cuando el Spartan pisó a fondo el acelerador; notó cómo el Warthog se ponía en marcha y saltó derrapando.

El súbito movimiento reveló su posición al Wraith. Rugió y un cometa trazó un arco en dirección a su posición y se deslizó hacia el centro del valle, para impedir que los humanos llegasen al otro extremo.

El Spartan vio la bola de fuego, aceleró para pasar por debajo de ella y oyó cómo la LAAG empezaba a disparar cuando tuvieron el Wraith al alcance.

Antes de enfrentarse directamente con el tanque tendrían que penetrar un muro de infantería. Tanto el artillero como el marine situado en el asiento de copiloto tuvieron que encargarse de ese muro formado por Élités, Jackals y Grunts, mientras el Jefe

frenaba en seco, se apartaba del fuego cruzado y colocaba el vehículo en una posición que les proporcionase un mejor ángulo de tiro.

El M41 rugía mientras escupía cientos de balas, que arrancaban a los Grunts del suelo como si fuesen flores y los hacía caer sobre un suelo ensangrentado.

—¿Me buscáis? ¿Buscáis un poco de esto? —gritó el copiloto—. ¡Venid a buscarlo! —Vacío un cargador sobre un Élite. El guerrero, de casi dos metros y medio, se tambaleó ante los impactos y cayó de espaldas. Pero no estaba muerto, aún no, hasta que el morro del Warthog lo atropelló y lo dejó hecho ERROR

Atravesaron el muro y, aún más importante, por el área muerta donde el Wraith no podía lanzar bombas de mortero sin arriesgarse a que cayeran encima de él. Ésa era la clave, el factor que hacía posible ese ataque. El Jefe frenó sobre una zona helada, y notó que el Warthog empezaba a deslizarse.

—¡Disparadle! —ordenó.

El artillero, que no podía fallar a esa distancia, abrió fuego. Un rugido ensordecedor cubrió la zona cuando los proyectiles empezaron a golpear contra el lateral del tanque. Algunas rebotaron, otras se aplastaron, pero ninguna logró penetrar a través del grueso blindaje del Wraith.

—¡Cuidado! —exclamó el marine del asiento del copiloto—. ¡El muy cabrón va a embestirnos!

El Spartan, que había conseguido detener el Warthog, vio que el soldado estaba en lo cierto. El tanque avanzaba rápidamente hacia ellos y estaba a punto de chocar contra el todoterreno cuando el Jefe Maestro activó la marcha atrás del vehículo. Las cuatro ruedas giraron e hicieron recular al Warthog, con las armas castañeteando, a la defensiva.

Esperando haber conseguido el hueco necesario, el Spartan frenó. Colocó el cambio de marchas hacia adelante y giró el volante a la derecha. Los vehículos estaban tan cerca cuando pasaron el uno al lado del otro que el Wraith arañó el flanco del Warthog, con suficiente fuerza para elevar las ruedas del costado derecho en el aire. Cayeron de nuevo con un fuerte topetazo, la LAAG perdió su orientación y el artillero tuvo que apuntar de nuevo.

—¡Dale por atrás! —gritó el Jefe—. ¡Puede que sea más débil por ahí!

El artillero obedeció y su recompensa fue una gran explosión. Un millar de pedazos de metal salieron por los aires, trazaron unos débiles círculos y cayeron. Un humo negro se alzaba de los restos. Lo que quedaba del tanque chocó contra una roca; el combate había terminado.

El valle pertenecía al Equipo de Fuego Zulu.

La información que poseía Cortana mostraba que había otros valles, conectados entre sí, y tendrían que capturar cada uno de ellos para lograr llegar a su objetivo. Un barranco impidió al Spartan llegar más lejos con el Warthog.

Desmontó y siguió caminando por la nieve. Un viento helado pasaba sibilante por el visor, y los copos de nieve se le acumulaban sobre la armadura.

—Maldita sea —exclamó un marine—, me he olvidado los guantes.

—Déjate de gilipolleces —gruñó un sargento—, y monta guardia en esos árboles. No hemos venido aquí de picnic.

Era extraño, pero el Jefe se sentía tranquilo. Allí, en ese momento, estaba en casa.

El día era soleado y sólo unas cuantas nubes salpicaban el cielo; las extrañas colinas, uniformes, se apilaban una tras otra como si tuviesen ganas de alcanzar la cadena montañosa que había más allá. No había llovido en la región desde hacía tiempo, y los vehículos alzaban nubes de polvo al cruzar la llanura y empezar a subir hacia las alturas.

La patrulla estaba formada por dos Ghosts capturados, dos Ges, como los llamaban algunos marines, además de dos Warthogs que habían sobrevivido al largo y arduo viaje de vuelta desde el *Pillar of Autumn*.

Habían probado diferentes combinaciones, pero a McKay le gustaba la configuración de dos más dos, ya que combinaba de la mejor forma posible los puntos fuertes de los dos diseños. El aparato de ataque extraterrestre era más rápido que los todoterrenos, por lo que podrían recorrer mucha distancia en poco tiempo, y así reducirían el desgaste de los vehículos de cuatro ruedas y de las tropas que los condujesen. Pero los Ghosts no podían atravesar terreno quebrado con la misma eficiencia que los Warthogs, y al no tener nada equivalente a las M41 LAAG, eran vulnerables a los ataques de las Banshees.

Por eso, si aparecía una nave enemiga, el procedimiento estándar sería que los Ges se refugiasen tras la protección que les proporcionaban las armas de tres cañones que llevaban encima los Warthogs. En cada uno de éstos, además, viajaba un soldado armado con un lanzacohetes, lo que dotaba a los marines de una mejor protección antiaérea.

Pero el peligro principal, el que el Covenant había llegado a respetar, era el Pelican repleto de Helljumpers que esperaba en un campo cercano a la Base Alfa, preparado para despegar en dos minutos. Podía llevar a quince marines de la ODST a cualquier parte de la zona de patrulla en menos de diez minutos. Suponían una gran amenaza.

El propósito de la patrulla era controlar un área de diez kilómetros a la redonda de la Base Alfa. Como los marines habían logrado capturar la meseta y fortificarla, debían mantener segura su fortaleza. Había sufrido algunos ataques aéreos, así como un par de acercamientos por tierra, pero el Covenant aún tenía que lanzar un ataque a gran escala; esto preocupaba tanto a Silva como a McKay. Era como si los alienígenas hubiesen decidido dejar que los humanos se instalasen a sus anchas mientras se ocupaban de algo más importante en otra parte, aunque ninguno de los

dos oficiales podía imaginar qué era.

Pero esto tampoco se traducía en un cese total de las actividades, todo lo contrario: el enemigo se había dispuesto a vigilar a los humanos, a descubrir las rutas que seguían y a prepararles emboscadas.

McKay se aseguraba de que nunca hacía dos veces seguidas el mismo trayecto, pero a veces el terreno trazaba la ruta que podían seguir los vehículos; había algunos vados de ríos, desfiladeros y pasos entre montañas donde el enemigo podía esperarlos, si tenían la paciencia necesaria.

Las patrullas se acercaban a uno de esos puntos, un paso entre dos altas colinas. El marine en el Ghost más avanzado abrió la comunicación:

—*Rojo 3 a Rojo 1, cambio.*

—Aquí 1, habla. Cambio —contestó McKay, que había decidido ponerse a cargo del arma en el primer Warthog, tras pulsar el micrófono.

—*Veo un Ghost, teniente. Está de lado, como si hubiese tenido un accidente... o algo. Cambio.*

—No te acerques —advirtió la oficial—. Podría ser una trampa. Esperanos, llegaremos enseguida. Cambio.

—*Afirmativo. Rojo 3, corto.*

El Warthog rebotó sobre unas rocas, lanzó un gruñido cuando el conductor cambió la marcha y entró en el área abierta que iba a parar al paso.

—Rojo 1 al equipo. Dejaremos los vehículos aquí y seguiremos a pie. Artilleros, permanezcan a las armas y repártanse el cielo. Lo último que necesitamos es que una Banshee nos haga saltar por los aires. Ghost 2, mantenga un ojo puesto en la salida. Corto.

McKay oyó una serie de chasquidos, la señal de que habían recibido las órdenes. Recogió el lanzacohetes del Warthog, saltó al suelo y siguió su conductor por el paso. Una roca abrasada y lo que debía de ser un charco de sangre seca les sirvieron de recordatorio de la patrulla a la que habían emboscado en esa zona no hacía mucho.

El sol pegaba con fuerza en la espalda de la oficial, el aire estaba caliente y no soplaba ni una brizna de viento, y la gravilla crujía bajo sus botas. Esa colina podría haber estado perfectamente en la Tierra, en la Cordillera de las Cascadas. A McKay le hubiera gustado estar allí.

Yayap estaba tumbado junto a un montón de restos de un accidente y esperaba la muerte. Como la mayoría de las ideas de ‘Zamamee, ésta era una absoluta locura.

Tras su fracaso en encontrar y liquidar al humano de la armadura, ‘Zamamee había llegado a la conclusión de que el escurridizo ser debía de encontrarse en la cima de la meseta que los humanos habían capturado hacía poco. O, si no, estaría yendo y viniendo por ella, ya que era la única base que los humanos habían establecido. La meseta era una posición muy fuerte, y al Consejo de Maestros les gustaría

recuperarla.

El único problema era que 'Zamamee no tenía forma de saber en qué momento el humano se encontraría en la base; controlar la meseta sería todo un golpe de efecto, pero hacerlo sin matar al humano podría no ser suficiente para que mantuviese la cabeza sobre los hombros.

Después de reflexionar mucho sobre el problema, consciente de que los humanos tomaban prisioneros, al Élite se le ocurrió la idea de infiltrar un espía en la meseta, alguien que pudiese enviar una señal cuando su objetivo llegase a la base; en ese momento, lanzarían el ataque.

¿A quién enviar? A él mismo no, ya que su papel tendría que ser el de liderar el ataque; no podía ser ningún otro Élite porque los consideraba demasiado valiosos para una estratagema tan peligrosa y no podía confiar en que no le robarían la gloria del asesinato; además, necesitaría a todos los Élites para cumplir con las urgentes órdenes de contrarrestar los misteriosos poderes de que le había hablado el Profeta.

Todo esto le hacía pensar que necesitaba a alguien de un rango inferior en las tropas del Covenant, pero alguien en quien 'Zamamee confiase. Por eso le había contado a Yayap una historia falsa, lo había golpeado con entusiasmo y lo había abandonado al lado de un Ghost destrozado que uno de sus transportes había dejado caer en las horas de oscuridad.

Esto último lo habían realizado poco antes del alba, lo que se traducía en que el Grunt ya llevaba allí casi unas cinco unidades. Incapaz de nada más que de flexionar un poco los músculos, para evitar delatarse inconscientemente, Yayap maldecía en silencio el día en que «rescató» a 'Zamamee. Habría sido mejor morir en el choque contra la nave humana.

Sí, 'Zamamee le había jurado que los humanos tomaban prisioneros, pero ¿qué sabía 'Zamamee? Hasta ese momento, los planes del Élite no le habían impresionado mucho. Yayap había visto a los marines disparar contra algunos de los guerreros caídos durante la batalla del *Pillar of Autumn*, y no había ninguna razón para que no hicieran lo mismo con él. ¿Y si descubrían el señalizador que habían incorporado a su respirador?

No, todas las probabilidades jugaban en su contra, y cuanto más lo pensaba, más se convencía el Grunt de que debería haber escapado. Tendría que haber recogido lo que hubiese podido, y recorrer la superficie de Halo para buscar refugio entre los otros desertores que merodeaban por el planeta. Incluso le parecía considerablemente atractivo ahogarse dignamente cuando la botella de metano se vaciase.

Pero ya era demasiado tarde. Yayap oyó el crujido de la gravilla, percibió el olor almizcleño y desagradable a carne que había llegado a asociar con los humanos y notó que una sombra caía sobre su rostro. Parecía que lo mejor sería aparentar que estaba inconsciente, y eso hizo. Se desmayó.

—Parece que sigue vivo —observó McKay cuando el Grunt tomó una bocanada de aire y el aparato de metano siseó en respuesta—. Buscad trampas, liberadle la pierna y registradlo. No veo mucha sangre, pero si tiene pérdidas, tapad los agujeros.

Yayap no comprendió ni una sola palabra de lo que dijo el humano, pero el tono de su voz era calmado y nadie le puso un arma en la cabeza. Quizá, sólo quizá, sobreviviría.

Cinco minutos después el Grunt estaba bien atado. Y lo lanzaron a la parte trasera de un todoterreno, donde empezó a dar tumbos.

McKay recuperó dos alforjas del Ghost accidentado; una contenía unas telas que envolvían lo que ella supuso que eran raciones. Olió el tubo, que contenía una pasta burbujeante, y arrugó la nariz: olía a queso podrido envuelto en calcetines sucios.

Metió la comida alienígena en su mochila y examinó la segunda alforja. Dentro había un par de paquetes de memoria del Covenant, unos objetos en forma de ladrillo, hechos de un material superdenso que podían almacenar quién sabía cuántos miles de millones de bytes de información. Seguramente todo lo que habría serían gilipollices, pero ella no era nadie para juzgar. A Wellsley le encantaban esas tonterías y se divertiría intentando leerlos.

Con suerte, le distraería lo suficiente para no citar al duque de Wellington durante unos minutos. Sólo por eso ya valía la pena recuperar esos aparatos.

Mientras los humanos volvieron a sus vehículos y se dirigieron hacia el paso, ‘Zamamee los observaba desde un punto cuidadosamente camuflado en una colina cercana. Sintió la emoción de la venganza. La primera parte de su plan había sido todo un éxito. La segunda fase, y su inevitable victoria, la seguirían muy pronto.

Al final, después de abrirse camino por la fuerza a través de las pasarelas de los valles sumidos en el invierno y de salas laberínticas, el Jefe Maestro abrió una escotilla más y miró al exterior. Estaba nevado; se encontraba en la base de un edificio alto, y un Ghost patrullaba la zona.

—La entrada al centro de control está situada en la parte superior de la pirámide —aclaró Cortana—. Subamos. Tendríamos que tomar uno de esos Ghosts. Necesitaremos su capacidad de disparo.

El Spartan la creía. Pero al atravesar la puerta aparecieron más Ghosts, que empezaron a dispararle. Estaba claro que ninguno de los pilotos se rendiría y le entregaría su vehículo. Destruyó uno con una ráfaga larga y controlada del fusil de asalto, después salió disparado para esconderse tras un grupo de rocas y se apoyó en una de las inclinadas paredes de la pirámide.

Desde su nueva posición podía ver un Hunter patrullando el área superior. Ojalá tuviese un lanzacohetes... aunque, para lo que le serviría, también podría desear un Scorpion.

La estructura de apoyo de la pirámide le ofrecía un poco de cobertura, lo que le

permitió escalarla sin que nadie lo viese y lanzar una granada de fragmentación al monstruo. Explotó con un fuerte ruido, roció la armadura del gigante de metralla y consiguió ponerlo de mala leche.

Advertido ahora, el Hunter empezó a disparar su cañón de combustible, mientras el Jefe lanzaba una granada de plasma y rezaba para que su puntería fuese mejor ahora. El rayo energético falló, pero la granada... con un destello de luz, el guerrero del Covenant fue derribado.

Le tentaba subir corriendo hacia la cima, pero el Spartan había aprendido una valiosa lección durante esos días: los Hunters viajaban en pareja.

Para evitar que ese poderoso enemigo le pudiese atacar por la espalda, el Jefe Maestro acabó de escalar hasta el primer nivel, se agachó tras el muro que separaba una mitad de la pirámide de la otra y echó un vistazo. Había acertado; ahí estaba el segundo Hunter, mirando hacia abajo. Ignoraba aún que su hermano había muerto. El humano disparó una andanada contra la espalda desprotegida del extraterrestre. El guerrero de las púas cayó y resbaló, de cabeza, por la falda de la estructura.

El Jefe siguió ascendiendo, en zigzag, por la parte frontal de la monumental pirámide mientras el piloto de una Banshee se mostraba totalmente decidido a acabar con él desde arriba, y todo tipo de Grunts, Jackals y Élites intentaban detener su avance.

Respiró hondo y continuó la escalada.

Al llegar a la parte superior de la pirámide, el Spartan se detuvo para permitir que sus castigados escudos se recargasen. Pasó por encima del cadáver de un Grunt, tirado en el suelo, y deslizó su último cargador en el fusil de asalto.

El nivel superior contenía una enorme puerta. No había forma de saber qué lo esperaba al otro lado, pero seguro que no sería nada amistoso... el sensor de movimiento rastreaba varios contactos al límite del alcance del aparato.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Cortana.

—Es sencillo. —El Spartan respiró profundamente, apretó el interruptor, cogió impulso con los talones y corrió.

Había unos veinte metros hasta el Shade, y el Jefe los recorrió en segundos. Una vez ante los controles, viró el cañón a tiempo para ver cómo se abrían las compuertas y cómo entraba una horda de soldados del Covenant.

El Shade hizo su trabajo. Los extraterrestres morían a la misma velocidad a la que aparecían.

El Spartan desmontó y entró en una cámara muy amplia, como un hangar. Se ocupó de los rezagados y activó el siguiente conjunto de puertas.

—Escaneando —informó Cortana—. Las fuerzas del Covenant del área han sido eliminadas. Bien hecho. Dirijámonos al centro de control de Halo.

Atravesó las compuertas y se metió en una inmensa plataforma. Un puente

reflectante, sin soportes aparentes, se extendía por encima de una gran nada y acababa en una pasarela circular. En el centro de ésta había un modelo holográfico móvil del sistema Threshold: una imagen transparente del gigante gaseoso por arriba, con la pequeña luna gris Basis orbitando a su alrededor, y, suspendido entre los dos, el diminuto anillo brillante de Halo.

Fuera de la pasarela, casi alzándose hasta los bordes del enorme espacio, había otro modelo de Halo; éste, con un diámetro de cientos de metros, rotaba y mostraba un detallado mapa del terreno de la superficie interior.

La pasarela no tenía ningún tipo de barandilla, para recordar a aquellos que la cruzasen los peligros que los esperaban gracias al poder con el que estaban a punto de topar. O eso le pareció al Jefe Maestro.

—Esto es el centro de control de Halo —dijo Cortana mientras el Jefe Maestro se acercaba a un gran panel. Estaba cubierto de símbolos, que brillaban como si algo los iluminase desde atrás. Juntos formaban algo parecido a un cuadro abstracto.

—Esa terminal —indicó Cortana—. Pruebe allí.

El Spartan alargó la mano para tocar uno de los símbolos, y se detuvo.

Sintió que la presencia de Cortana menguaba en su mente en el momento en que empezó a transferirse a la computadora extraterrestre. Un segundo después apareció, gigantesca, sobre el panel de control. Los datos recorrían su cuerpo, la energía parecía irradiar de su piel holográfica y sus rasgos estaban iluminados por el placer.

La piel cambiaba de color, del violeta al rojo, y después reiniciaba el ciclo. Ella miró la sala y suspiró.

—¿Se encuentra bien? —inquirió el Jefe Maestro. No se había esperado eso.

—¡Nunca he estado mejor! —afirmó Cortana—. No se puede ni imaginar el vigor que me transmite esa información... tanto, tan rápido. ¡Es la gloria!

—Bueno —preguntó el Spartan—, ¿qué tipo de arma es?

—¿De qué está hablando? —La LA. puso cara de estar sorprendida.

—No se disperse —le contestó el Spartan—. Estamos hablando de Halo. ¿Cómo lo usamos contra el Covenant?

La imagen de Cortana arrugó el ceño. De pronto, su voz se llenó de desdén:

—Este anillo no es un bate, animal, es algo diferente. Algo mucho más importante. El Covenant tenía razón... Este anillo...

Hizo una pausa, movió los ojos arriba y abajo mientras escaneaba la marea de datos a los que tenía acceso en esos momentos. De pronto, su rostro reflejó cierta extrañeza.

—Ancianos —murmuró—. Un segundo, déjeme acceder a...

Un momento después empezó a hablar, y las palabras le salían a borbotones, como si el flujo constante de nueva información la estuviese arrastrando.

—Sí, los Ancianos construyeron este sitio. Decían que era un mundo fortaleza,

creado para...

El Jefe nunca había oído a la inteligencia artificial hablar de ese modo; no le había gustado que lo tildase de «animal», y la pondría en su lugar cuando dejase de parlotear. Pero la voz de la LA, alarmada, empezó a sonar dudosa:

—No, eso no puede... Esos idiotas del Covenant, deberían haberlo sabido, debe de haber habido señales...

—Frene. Me estoy perdiendo —dijo el Jefe, con el ceño fruncido.

Los ojos de Cortana se abrieron de terror.

—El Covenant ha encontrado algo enterrado en el anillo, algo terrible. Y ahora están asustados.

—¿Algo enterrado?

Cortana miró a lo lejos, como si pudiese ver a Keyes.

—El capitán... Tenemos que detener al capitán... El almacén de armas que está buscando, no es... Tenemos que impedir que entre.

—¡No la entiendo!

—¡No hay tiempo! —gritó con urgencia Cortana. Los ojos le brillaban, rosados, y se clavaron en el Spartan como si fuesen láseres gemelos—. Tengo que quedarme aquí. Váyase, encuentre a Keyes, deténgalo. ¡Antes de que sea demasiado tarde!

SECCIÓN IV
CHISPA CULPABLE 343



D +58.36.31 (RELOJ DE MISIÓN DEL SPARTAN-117) / PELICAN «ECHO 419», ACERCANDOSE AL ALMACÉN DE ARMAS DEL COVENANT

Los motores del *Echo 419* rugieron cuando el Pelican empezó a descender sobre el pantano a través de la oscuridad y la lluvia. Las hojas que lo rodeaban se batieron arriba y abajo en respuesta a la repentina turbulencia, el agua debajo del vientre de metal del transporte disminuyó bajo la presión y el hedor de la vegetación podrida inundó el compartimento de carga mientras la rampa caía con un chapoteo sobre el espeso caldo que tenía debajo.

Foehammer estaba al mando; su voz surgió de la radio:

—*La última transmisión de la nave del capitán llegó de esta área. Cuando localice al capitán Keyes, avíseme por radio e iré a recogerlos.*

El Jefe Maestro descendió por la rampa y se encontró hundido hasta la cadera dentro de un agua aceitosa.

—Por favor, tráeme una toalla cuando vuelvas.

La piloto rió, dejó entrar más combustible en los motores y la nave se alzó por encima del pantano. En las tres horas que habían pasado desde que había recogido al Spartan en la cima de la pirámide, había engullido algo de comida y había podido dormir dos horas. Mientras dejaba a su pasajero sobre aquel lodazal, Foehammer se alegraba de ser una aviadora. Los cuerpos terrestres lo tenían mucho más duro.

Keyes flotaba sobre el vacío. Una neblina blanca, como hilos de araña, le emborronaba la vista, aunque en algunos momentos podía captar algunas imágenes claras, en pequeñas rachas... un cuadro de pesadilla repleto de cuerpos y de tentáculos. Un apagado rayo de luz se proyectaba desde alguna de las superficies de metal pulido y grabado. Podía oír el eco de un zumbido a lo lejos. Era ligeramente musical, extraño, como un canto gregoriano ralentizado a una fracción de su velocidad normal.

Se sorprendió al darse cuenta de que las imágenes le llegaban desde sus propios ojos; saber esto le transmitió un torrente de recuerdos de su propio cuerpo. Intentó

liberarse, pero se dio cuenta con creciente ansiedad de que casi no sentía sus propios brazos. Los notaba blandos, como si estuviesen rellenos de un líquido espeso.

No podía moverse. Notaba un pinchazo en los pulmones; el simple hecho de respirar le dolía.

El extraño cántico monótono aceleró hasta convertirse en el zumbido de un insecto que resonaba dolorosamente a través de su consciencia. Era algo distante... El sonido era algo totalmente ajeno.

Sin previo aviso, una nueva imagen destelló en su mente, como si fuesen fotogramas de una película.

El sol se ponía sobre el Pacífico y un trío de gaviotas volaban por encima. Pudo oler el aire salado y notó la arena desmenuzarse entre los dedos de los pies.

Sintió que se mareaba, una sensación indescriptible de que le arrebataban el ser, y la reconfortante imagen se desvaneció. Intentó recordar lo que veía, pero el recuerdo se volatilizó como si fuese humo. Ahora sólo le quedaba una sensación de pérdida. Le habían quitado algo... ¿el qué?

El insistente zumbido regresó, ahora a un volumen doloroso. Podía notar cómo pequeños hilos de otra conciencia, hambrientos de conocimientos, se retorcían por su mente como gusanos enfermos. Un puñado de imágenes nuevas lo invadió.

... la primera vez que había matado a otro ser humano, en los tumultos de Charybdis IX... Olió la sangre y sus manos temblaban mientras empuñaba la pistola. Podía sentir el calor del cañón del arma...

... el orgullo que sintió tras graduarse en la Academia, después todo cambió, como si rebobinasen una mala holomemoria, y el nudo en la garganta, el miedo a no llegar a cumplir las expectativas de la Academia...

... el mareante olor de las violetas y los lirios sobre el ataúd de su padre...

Keyes seguía flotando, arrebatado completamente por el desfile de recuerdos que empezaban a pesarle; cada uno aparecía más rápidamente que el anterior. Se dejó arrastrar por la niebla. No se daba cuenta, ni le importaba, que cada vez que una de esas ráfagas de recuerdos acababa, desaparecía por completo.

La extraña presencia ajena se retiraba de su consciencia, pero no completamente. Aún notaba cómo el otro lo sondeaba, pero lo ignoró. Pasó la siguiente racha de recuerdos... y la siguiente... y la siguiente...

El Jefe comprobó el indicador de amenazas, vio que no había nada de que preocuparse y se dejó engullir por el pantano. El sargento Méndez siempre les había dicho que tenían que hacerse amigos del entorno, un consejo que siempre le había sido muy útil. Oía el ritmo constante de la lluvia, sentía el húmedo aire que entraba por las ventanillas de respiración, observaba las formas naturales del pantano; de este modo, el Spartan podía saber qué pertenecía a ese lugar y qué no. Ese conocimiento podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Contento de estar en sintonía con el entorno que lo rodeaba, esperando conseguir una posición ventajosa, subió a una ligera elevación. La recompensa fue inmediata.

El Pelican había ido a parar a menos de sesenta metros del lugar en que el *Echo 419* lo había depositado, pero el follaje era tan espeso que Foehammer no había podido ver el lugar del accidente desde el aire.

El Jefe se adelantó para inspeccionar los restos. A juzgar por las apariencias y que no habían muchos cadáveres alrededor, la nave se había estrellado al despegar, no al aterrizar. Esta impresión quedó confirmada cuando descubrió que, aunque iban con traje de faena, todas las bajas portaban la insignia naval.

Conjeturó que la nave de transporte debió de aterrizar sin problemas, que todos los marines desembarcaron y en el momento de elevarse un fallo mecánico o el fuego enemigo había derribado el artefacto.

Lo satisfacía comprender, aunque fuese básicamente, lo que había sucedido; el Jefe estaba a punto de irse cuando vislumbró una escopeta al lado de uno de los cuerpos y la recogió, pensando que podría serle útil. Se la colgó sobre el hombro derecho.

Siguió un rastro de huellas de botas que se alejaban del Pelican y se dirigió hacia un grupo de luces de trabajo móviles, del mismo tipo que las que había visto en el área que rodeaba el *Truth and Reconciliation*. Había que reconocer que los extraterrestres eran muy trabajadores, sobre todo cuando eso suponía llevarse todo lo que no estuviese pegado al suelo.

Para confirmar su teoría sobre la actividad del Covenant en el área, en muy poco tiempo el Spartan se encontró con los restos de un segundo accidente, pero en esta ocasión se trataba de un transporte del Covenant, con los dos arcos hundidos en el lodo del pantano. Aparte de los enjambres de unos insectos parecidos a polillas y el lejano gorjeo de las aves del pantano, no había señales de vida.

El cargamento de los contenedores estaba esparcido alrededor del lugar del accidente, lo que planteaba una importante pregunta. Cuando la nave se estrelló, ¿los alienígenas estaban intentando entregar algo, quizá armas, o se estaban llevando material? No había forma de saberlo.

Fuera cual fuese el caso, lo más seguro era que Keyes se hubiera acercado a las luces, las hubiese seguido hasta el lugar del accidente y hubiera seguido adelante.

Con eso en mente, dejó atrás un árbol que se sostenía sobre unas raíces gruesas y enmarañadas como una telaraña, siguió un rastro hasta la cima de una ladera y descubrió un Jackal. Sin dudarlo, apoyó el fusil de asalto en el hombro y derribó al alienígena con una sola ráfaga.

Se agachó a la espera del inevitable contraataque... pero éste nunca llegó. Curioso. Con las luces, el accidente y los módulos de cargamento desperdigados, esperaba encontrar más oposición.

Mucha más.

¿Dónde estaban? No tenía sentido. Un misterio más que añadir a todos los que ya tenía.

La lluvia repiqueteaba contra la superficie de su armadura y las botas chapoteaban en la pantanosa agua mientras el Jefe Maestro se abría camino entre el follaje... cuando de pronto fue recibido con fuego. Durante unos segundos le pareció como si su última pregunta ya tuviese una respuesta, que aún había tropas del Covenant en la zona, pero pronto comprobó que eran poco más que un par de Jackals desesperados, los cuales, al oír el ruido de los disparos del Jefe, habían acudido a investigar. Como siempre, avanzaban agachados tras sus escudos, así que era casi imposible acertarles con un disparo de frente.

Cambió su posición, buscó un ángulo mejor y disparó. Un Jackal cayó, pero el otro saltó dando una voltereta. El Spartan se detuvo, esperó a que el extraterrestre se parase y acabó con él.

Subió por el lado de una ladera empinada; el Jefe pudo ver que había un Shade en la cima de esa colina. Dominaba las dos laderas, o lo habría hecho si hubiera alguien a los mandos. Se detuvo al llegar arriba del todo y valoró sus opciones. Podía montar en el Shade, controlar la quebrada que tenía delante y hacer saber a todo el mundo que había llegado, o deslizarse por la ladera e intentar infiltrarse en el área en silencio.

El Jefe se decidió por la segunda opción. Empezó a descender por la falda de la colina que tenía delante y pronto quedó cubierto por la niebla y la húmeda vegetación. No lo sorprendió mucho que apareciesen una serie de puntos rojos en su indicador de amenazas. En lugar de rodear al enemigo, lo que expondría su espalda, el Jefe Maestro decidió cazarlos. Se colgó el MA5B y empuñó la escopeta: era mejor para encargarse de enemigos cercanos. Corrió el guardamanos, quitó el seguro y avanzó.

Las hojas de colores abigarrados le caían sobre los hombros, las enredaderas se enganchaban el cañón de la escopeta y el espeso humus medio podrido del suelo se hundía bajo el peso de las botas del Jefe a medida que éste avanzaba.

Quizá el Grunt oyó un crujido, se preguntó hacia dónde disparar y aún estaba decidiéndolo cuando se encontró la culata de la escopeta golpeándole la cabeza. Se oyó un fuerte golpe cuando el extraterrestre cayó, y pronto le siguieron dos golpes más.

Contento con su avance hasta ese momento, el Spartan se detuvo para escuchar. Se oía el suave golpeteo de la lluvia sobre las anchas hojas y el sonido constante de su propia respiración. Nada más.

Seguro de que el perímetro inmediato estaba despejado, el Jefe Maestro desvió su atención hacia el complejo de los Ancianos que se alzaba a su derecha. A diferencia

de las gráciles columnas que tenían las otras instalaciones, este edificio parecía achaparrado y tenía un aspecto vagamente arácnido.

Caminó con sigilo hacia el área llana que había delante del edificio. La entrada le recordaba a una «A» mayúscula, excepto por la parte superior, que era plana, y que estaba rodeada por un par de poderosos focos.

¿Era esto lo que buscaba Keyes? Algo le llamó la atención... un par de casquillos de 12 mm de escopeta y el envoltorio de una barra de proteínas que alguien había tirado al lado de la entrada.

Se estaba acercando.

Cuando cruzó la puerta se encontró con media docena de cuerpos de soldados del Covenant caídos sobre charcos de sangre. Sorprendido de nuevo por la falta de una oposición fuerte, el Jefe Maestro se arrodilló al borde del perímetro que marcaba la sangre y examinó los cuerpos.

¿Los habían matado los marines? A juzgar por la naturaleza de las heridas, no. Parecía como si los alienígenas hubiesen sido alcanzados por fuego de plasma. ¿Quizá había sido fuego amigo? ¿Humanos que empuñaban armas del Covenant? Quizá sí, pero ninguna de las dos explicaciones acababa de encajar.

Se puso en pie, perplejo, miró lentamente alrededor y se adentró en el complejo. En contraste con el pantano del exterior, donde el constante repiqueteo de la lluvia servía para tener una fuente regular de sonido, dentro de esos gruesos muros el silencio era casi completo. El súbito sonido de maquinaria lo sorprendió, y preparó la escopeta, dispuesto a usarla.

Llamado por algún mecanismo desconocido, un ascensor apareció justo enfrente de él. Como no había otro sitio al que ir, el Jefe subió.

Mientras la plataforma lo transportaba hacia abajo, un grupo de puntos rojos que se sobreponían unos a otros aparecieron en su indicador de amenazas; el Spartan supo que estaba a punto de tener compañía. Oyó el gañido del metal torturado cuando el ascensor empezó a detenerse, pero, en lugar de acercarse, como esperaba el Jefe, los puntos se quedaron donde estaban.

El Jefe conjeturó que debían de haber oído el ascensor muchas veces, y que suponían que estaba cargado por un grupo de sus compañeros. Eso sugería que eran soldados del Covenant, soldados estúpidos.

Los que más le gustaban... después de los muertos.

Evitando hacer ningún ruido que revelase su presencia, recorrió la estancia pobremente iluminada y descubrió que los puntos rojos eran Grunts y Jackals, y que todos se hallaban alrededor de una puerta.

El Jefe ahogó una sonrisa, se colgó al hombro la escopeta y agarró el fusil de asalto.

El castigo por no vigilar el ascensor consistió en una granada seguida por

cuarenta y nueve balas de disparo automático, con una serie de ráfagas cortas que acabaron con ellos.

La puerta se abrió y dio paso a una enorme cámara con cuatro o cinco pisos de altura. El Jefe Maestro se encontraba en una plataforma junto con una pareja de desprevenidos Jackals. Los mató de inmediato. Oyó un grito en la cubierta inferior y se movió hacia la derecha. Un vistazo le reveló un grupo de siete u ocho soldados del Covenant, corriendo mientras esperaban instrucciones.

El oficial lanzó su tarjeta de visita, una M9 HE-DP, en medio de ellos y retrocedió unos pasos para evitar que la metralla que saltase lo alcanzara; oyó una fuerte explosión cuando la granada detonó. A los gritos que se alzaron los siguió un fuego incontrolado. El Spartan esperó a que el volumen de disparos disminuyese para salir de su escondrijo, y avanzar de nuevo. Una serie de ráfagas cortas bastó para acallar a los últimos soldados del Covenant.

Se dejó caer sobre la cubierta inferior y reconoció el área circundante.

El Jefe Maestro efectuó un barrido rápido de la sala, en busca de pistas que le indicaran qué había pasado con el capitán Keyes. Recogió unas cuantas granadas de plasma, rodeó un gran contenedor y encontró los cadáveres.

Eran dos marines: los dos habían muerto a causa de disparos de plasma, y sus armas no estaban allí.

Lanzó una maldición ahogada. El hecho de que les faltasen las dos placas de identificación indicaba que Keyes y su equipo, como él, se habían cruzado con tropas del Covenant, que habían causado algunas bajas, y habían seguido adelante.

Seguro ahora de que se hallaba en el camino correcto, el Spartan cruzó la depresión, parecida a un canal, que partía la cámara en dos y tuvo que pasar por encima de unos cuerpos de soldados del Covenant destrozados y rodear otro a medida que se aproximaba a la escotilla. Cuando hubo atravesado el umbral, siguió adelante a través de una serie de salas, todas vacías, con las paredes pintadas con sangre de guerreros del Covenant.

Finalmente, cuando ya empezaba a preguntarse si no sería mejor dar media vuelta, entró en una habitación y se encontró cara a cara con un marine enloquecido por el miedo. Sus ojos iban de lado a lado, como si buscase algo escondido entre las sombras, y tenía la boca torcida en una mueca terrorífica. No había ni rastro del arma de asalto del soldado, pero tenía la pistola, que empezó a disparar contra las sombras de la esquina.

—¡No os acerquéis! ¡No os acerquéis! ¡No me convertiréis en una de esas cosas!

El Jefe Maestro alzó una mano, manteniendo la palma a la vista.

—Baje el arma, marine... Estamos en el mismo bando.

Pero el marine no estaba de acuerdo, y retrocedió hasta tener la espalda pegada al sólido muro.

—¡Alejaos de mí! ¡No me toques, monstruo! ¡Antes moriré!

Disparó la pistola. El Spartan notó el impacto cuando el proyectil de 12,7 mm le hizo dar un paso atrás. Decidió que ya había tenido suficiente paciencia.

Antes de que el marine tuviese tiempo de reaccionar, el Jefe le arrebató la M6D de la mano.

—Me la quedaré yo —bramó. El marine se puso en pie de un salto, pero el Jefe lo detuvo y, con amabilidad pero con firmeza, lo hizo sentarse de nuevo en el suelo—. Ahora me dirás dónde está el capitán Keyes y el resto de tu unidad.

El soldado giró la cara, con aspecto fiero. Sus rasgos faciales estaban desfigurados, crispados. La saliva salió volando de sus labios.

—¡Búscate tu propio escondrijo! —le gritó—. ¡Esos monstruos están por todas partes! ¡Dios, aún puedo oírlos! Déjame solo.

—¿Qué monstruos? —preguntó el Spartan en un tomo amable—. ¿El Covenant?

—No... No son el Covenant... ¡Ellos!

El Spartan no pudo conseguir más información del enloquecido marine.

—La superficie está en esa dirección —lo informó, señalando la puerta—. Te sugiero que recargues el arma, dejes de gastar munición y te dirijas hacia allí. Cuando llegues al exterior, escóndete y espera a que llegue ayuda. ¿Comprendido?

El soldado aceptó el arma, pero continuó farfullando tonterías. Un momento después se ovilló en posición fetal, gimió y se quedó en silencio. Aquel hombre nunca conseguiría salir solo.

De las divagaciones del marine había conseguido sacar algo en claro. Si el capitán Keyes y sus tropas seguían con vida, estaban hasta el cuello de problemas. Eso le dejaba al Jefe pocas opciones; su prioridad era salvar el mayor número de vidas posible. Al joven soldado se le veía en las últimas, pero tendría que esperar hasta que el Jefe Maestro completase su misión.

Poco a poco, con desagrado, se dio la vuelta para reconocer el resto de la estancia. Los restos de una escalerilla totalmente destrozada subían por encima de un pequeño incendio hasta la pasarela que había en el nivel superior. Notaba que el calor lo rodeaba mientras pasaba por encima de un Élite muerto, se consoló con el hecho de que el cuerpo hubiese sido abatido por balas y siguió subiendo hasta la galería circular. Desde allí, el Jefe Maestro inspeccionó una serie de puertas y de habitaciones misteriosamente vacías, hasta que llegó a la parte superior de la escalerilla, donde un marine muerto sobre un charco de sangre le hizo detenerse.

Hacía mucho que había aprendido a hacer caso de sus instintos, y ahora no paraban de darle la lata. Sentía que había algo que no acababa de funcionar. No se oía nada, sólo un sonido atronador que turbaba lo que sería un completo silencio. Se acercaba a algo, podía notarlo... pero ¿qué?

El Jefe descendió por la escalerilla. Llegó al nivel más bajo y distinguió la

portezuela que tenía a la izquierda. Con el arma en ristre, se acercó con cautela a la barrera de metal.

La puerta percibió su presencia, se deslizó para abrirse y lanzó un marine muerto a sus brazos.

El Spartan notó que se le aceleraba el pulso, mientras se agachaba ligeramente para atrapar el cadáver antes de que cayese al suelo. Mantuvo derecho el MA5B con una sola mano, y revisó como pudo la sala, buscando un objetivo. Nada.

Dio un paso hacia adelante y se giró sobre sus talones, apuntando el arma hacia el lugar por el que había llegado.

Maldito fuera, sentía como si unos ojos le perforaran la espalda. Alguien estaba vigilándolo. Volvió a la sala y la puerta se cerró.

Depositó el cuerpo en el suelo, y se alejó un poco. Con la punta de la bota chutó unas vainas, que salieron rodando. Entonces se dio cuenta de que había miles de casquillos vacíos, tantos que casi cubrían el suelo como una alfombra.

Se fijó en el casco del marine y se arrodilló para recogerlo. Le habían grabado un nombre en el lateral: «Jenkins».

Llevaba incluida una cámara de vídeo, como hacían siempre los equipos de combate para después revisar la misión cuando volvían a la base, dar información a los macabros oficiales de Inteligencia, y, en ocasiones como ésta, procurar a los investigadores la información relacionada con las circunstancias de su muerte.

El Spartan recogió el chip de memoria de la cámara, deslizó el aparato en uno de los receptores de su propio casco y vio la transmisión desde una ventana en su HUD.

La grabación tenía la calidad de imagen estándar, lo que significa que era bastante mala: estaba conectado el modo de visión nocturna, por lo que todo tenía un enfermizo tono verdoso, salpicado de destellos blancos cuando la cámara enfocaba un foco de luz.

La imagen saltaba y avanzaba a trompicones, y quedaba interrumpida en ocasiones por una intermitente estática. Al principio todo era bastante rutinario, empezando por el momento en que el transporte, que acabaría mal, aterrizaba, seguido por el camino a través del pantano y la llegada al frente de la estructura con forma de A.

Tiró adelante, y la grabación, después de eso, se hizo más inquietante; empezaba con los Elites muertos y se hacía más incómodo de ver cuando el equipo abría la puerta del final y entraba. No era cualquier puerta, sino la misma puerta que el Jefe Maestro había atravesado hacía sólo unos minutos, donde un marine muerto le había caído a los brazos.

Estuvo tentado de apagar el vídeo, dar la vuelta hasta la escotilla de entrada y mandar al infierno la misión, pero se obligó a seguir mirándolo mientras uno de los marines decía que algo le olía muy mal. Siguió una discusión por radio, unos

extraños sonidos como susurros, se rompió una escotilla y centenares de bolas carnosas rodaron, bailaron y saltaron por la sala.

En ese momento empezaron los gritos; el Jefe Maestro oyó que Keyes decía que estaban rodeados. La imagen se sacudió cuando algo golpeó a Jenkins por la espalda, y el vídeo pasó a negro.

Por primera vez desde que se había separado de la compañía de la IA en la sala de control, deseó que Cortana estuviese con él. En primer lugar porque quizá podría comprender qué demonios estaba sucediendo, pero también porque había llegado a confiar en su compañía, y de pronto se sentía muy solo.

De todas formas, mientras una parte de la mente del Spartan buscaba consuelo, otra parte dirigía su cuerpo de nuevo hacia la portezuela esperando oír un sonido que indicase alguna presencia mientras se abría. Pero la puerta no se abrió, y el Jefe Maestro de inmediato comprendió que eso sólo podía significar problemas. Se le formó una piedra en el fondo del estómago.

Mientras seguía quieto, con una sensación de miedo creciente, vio un destello blanco con el rabillo del ojo. Se dio la vuelta para enfrentarse a él; entonces vio a una, cinco, veinte, cincuenta esferas carnosas introducirse en la estancia, dar vueltas sobre sus tentáculos y avanzar como bailando en su dirección. Su sensor de movimiento indicó de pronto todos los puntos en movimiento, que se acercaban más y más.

El Spartan disparó contra las feas criaturas. Las que estaban más cerca explotaron como globos, pero había más, muchas más, y rodaban hacia él, por el suelo y las paredes. El Spartan abrió fuego con vehemencia y aquellos depredadores de aspecto obscuro saltaron hacia él; había empezado el combate.

Fuera había oscurecido. Sólo habían planificado una misión para aquella noche determinada, y había vuelto a la meseta a las 2.36. Eso significaba que el personal naval asignado al centro de control no tenía mucho que hacer, y se entretenían jugando a las cartas cuando los altavoces que habían instalado en los muros eructaron estática, y se oyó una voz a continuación:

—*Al habla Charlie 2-1-7, repito 217, a cualquier fuerza del UNSC... ¿Me recibe alguien? Cambio.*

Mary Murphy, técnico de comunicaciones de primera clase, miró a sus dos compañeros de guardia y frunció el ceño.

—¿Alguno de vosotros ha tenido contacto previo con *Charlie 217*?

Los otros técnicos intercambiaron una mirada y los dos menearon la cabeza.

—Lo comprobaré con Wellsley —dijo Cho, mientras se levantaba y se acercaba a un improvisado monitor.

Murphy asintió y pulsó unas teclas del micrófono que tenía colocado ante los labios.

—*Al habla la Base de Combate Alfa de la UNSC. Cambio.*

—¡Gracias a Dios! —contestó la voz con ansiedad—. *Recibimos un disparo tras dejar el Autumn, aterrizamos en una zona de arbustos y logramos realizar algunas reparaciones. Tengo heridos a bordo... Solicito permiso para aterrizar de inmediato.*

Wellsley, que había estado ocupado luchando en una simulación de la batalla de Maratón, se materializó en la pantalla de Cho. Como siempre, la imagen que decidió mostrar era la de un hombre de aspecto serio, pelo largo, nariz prominente y un abrigo de cuello alto.

—¿Sí...?

—Tenemos un Pelican, de nombre *Charlie 217*, solicitando un aterrizaje de emergencia. Ninguno de nosotros ha tratado antes con ellos.

A la IA. le costó un segundo revisar la miríada de datos que tenía en su considerable memoria y asintió levemente.

—A bordo del *Autumn* había una unidad designada como *Charlie 217*. Como no habíamos oído nada del *217* desde que abandonamos la nave, y no habíamos recibido ninguna información que indicase lo contrario, supuse que el transporte se había perdido. Pidan al piloto que nos facilite su nombre, rango y número de identificación.

Al oírlo, Murphy asintió.

—Lo siento, *Charlie*, pero necesitamos algo de información antes de darte permiso. Por favor, facilítanos tu nombre, rango y número de identificación. Cambio.

—*Soy el teniente Rick Hale, número de identificación 876544-321. Denme un respiro. Necesito el permiso ya. Cambio.*

—Los datos son correctos —repuso Wellsley—, pero ¿cómo ha sabido Hale que existía la Base Alfa?

—Puede haber recibido comunicaciones por radio —conjeturó Cho.

—Quizá —se mostró de acuerdo la LA—, pero mejor que nos aseguremos. Os recomiendo que pongáis en alerta a toda la base, que aviséis al comandante y que enviéis la fuerza de reacción a la pista de aterrizaje 3. Necesitaréis también el equipo de emergencia, y gente de Inteligencia preparada. Habrá que interrogar a Hale antes de que interactúe con el personal de la base.

El tercer técnico, un oficial de tercera clase llamado Pauley, pulsó el botón de alarma y efectuó las llamadas necesarias.

—Entendido —dijo Murphy al micrófono—. Tiene permiso para aterrizar en la pista de aterrizaje 3, repito, que estará bien iluminada dentro de dos minutos. Un equipo médico irá a su nave. Aseguren todas las armas y paren la energía en el momento en que aterricen. Cambio.

—*Sin problema* —contestó Hale, agradecido. Y unos segundos después—. *Ya veo las luces. Nos acercamos. Corto.*

El piloto apago el micrófono y se volvió hacia su copiloto. Bañado por el resplandor verde que producían los instrumentos de la nave, el *Elite* parecía todavía

más alienígena.

—¿Qué? —preguntó el humano—. ¿Qué tal lo he hecho?

—Extremadamente bien —dijo el oficial de Operaciones Especiales Zuka ‘Zamamee, desde detrás del piloto—. Gracias.

Y con estas palabras ‘Zamamee lanzó lo que parecía un círculo de luz verde por encima de la cabeza de Hale, tiró de los mandos en direcciones opuestas y enterró el cable en la garganta del piloto. Los ojos del humano se salieron de sus órbitas, las manos intentaron agarrar el cable, y el tatuaje que tenía en la pierna se golpeó contra los pedales de conducción.

El Elite, que ocupaba la posición del copiloto, ya había tomado el control del Pelican y, gracias a horas de práctica, podía manejar muy bien la nave.

‘Zamamee esperó a que dejase de patallar, soltó el cable y olió algo desagradable. Entonces el Élite se dio cuenta de que Hale se había cagado encima. Dejó escapar un gruñido de asco y volvió al compartimento de carga del Pelican. Estaba atestado de Élites armados hasta los dientes, entrenados para la infiltración. Además de las armas, llevaban generadores de camuflaje. Su trabajo era dominar tantas pistas de aterrizaje como fuese posible, y aguantar en ellas hasta que seis transportes cargados de Grunts, Jackals y más Élites aterrizasen en la meseta.

Las tropas vieron aparecer al oficial y lo miraron, expectantes.

—Proceded —les ordenó ‘Zamamee—. Ya sabéis lo que hay que hacer. Encended los generadores de infiltración, comprobad las armas y recordad este momento. Porque esta batalla, esta victoria, se tejerá en vuestro poema familiar, y será cantada por las próximas generaciones.

»Los Profetas han bendecido esta misión, os han bendecido a vosotros, y quieren que todos los soldados sepáis que los que trascendáis el plano físico seréis bienvenidos en el paraíso. Buena suerte.

Un borrón de luces apareció en la oscuridad, el transporte perdió altura y los guerreros murmuraron sus últimas bendiciones.

Como la mayoría de las inteligencias artificiales, Wellsley tenía una pronunciada tendencia a pasar más tiempo pensando en lo que no tenía que en lo que sí tenía, y los sensores estaban los primeros en la lista. La triste verdad era que McKay y su compañía había logrado recuperar una gran cantidad de suministros del *Autumn*, pero no habían tenido tiempo suficiente para arrancarle a la nave los componentes electrónicos que le habrían dado a la IA la capacidad de controlar el espacio aéreo circundante a tiempo real. Eso se traducía en que se veía atado totalmente por los remotos sensores terrestres que las patrullas habían plantado por aquí y allá, dentro del perímetro de diez kilómetros de la meseta.

Toda la información había mostrado el área despejada durante el primer contacto con radio con *Charlie 217*, pero ahora, mientras el Pelican empezaba a encender los

propulsores para aterrizar, los sensores del Sector 6 empezaron a transferirle datos. Éstos decían que seis lecturas térmicas pesadas los habían sobrevolado, que fuera lo que fuese causaba mucho ruido y que se acercaban a una velocidad de 350 km/h.

Wellsley reaccionó con una velocidad sólo posible en un ordenador, pero su respuesta llegó demasiado tarde para impedir que *Charlie 217* aterrizase. Mientras la inteligencia artificial daba una serie de importantes indicaciones a sus superiores humanos y los deslizadores del Pelican entraban en contacto con la tercera pista de aterrizaje, treinta Élites casi invisibles se apresuraban a bajar por la rampa. Y los hombres y mujeres de la Base Alfa se encontraron luchando por sus vidas.

Un nivel por debajo, encerrado en un cuarto con otros tres Grunts, Yayap oyó el aullido distante de una alarma, y supuso que sabía por qué sonaba. ‘Zamamee estaba en lo cierto. El hombre que llevaba la armadura extraña, el que creían que era el responsable de la muerte de más de mil soldados del Covenant, frecuentaba ese lugar. Yayap lo sabía porque había visto al soldado hacía más de seis unidades. Había accionado el transmisor escondido en su respirador y puso en marcha el ataque aéreo.

Ésas eran las buenas noticias. Las malas eran que la presa de ‘Zamamee podía haber dejado la base durante el período de tiempo que había transcurrido. Si era así, y se consideraba que la misión había sido un fracaso, el Grunt no tenía dudas de a quién le echarían las culpas. Pero Yayap poco podía hacer, aparte de agarrar los barrotos, escuchar el sonido del lejano combate y esperar lo mejor.

Y en ese punto, lo mejor bien podría ser una muerte rápida e indolora.

Todos los miembros del equipo de emergencia, la mitad de los médicos y un tercio del equipo de reacción estaban muertos cuando McKay había bajado de su litera, se había vestido y escogido sus armas. Siguió a la multitud hasta las pistas de aterrizaje. Para descubrir que se había desatado una batalla encarnizada.

Los rayos de energía parecían surgir de la nada, las granadas de plasma se materializaban en el aire y unos cuchillos invisibles cortaban gargantas. A duras penas habían logrado contener al equipo que había aterrizado, y temían que lograrse desperdigarse por las zonas de aterrizaje vecinas.

Silva estaba allí, con el torso desnudo, gritando órdenes mientras disparaba ráfagas con su fusil de asalto.

—¡Inunden de combustible la Pista 3! ¡Pero manténgalo dentro del área de contención! ¡Ya!

Era una orden extraña, y quizá los civiles hubiesen rehusado llevarla a cabo, pero los soldados reaccionaron obedientemente, sin cuestionarse nada. Un marine corrió hacia la estación de combustible de la Pista 3. Arrancó el seguro y agarró la boquilla de la manguera.

El aire del área iluminada a la derecha del marine pareció temblar, y Silva disparó un cargador entero a lo que parecía sólo aire. Un soldado Élite gritó, su imagen

parpadeó varias veces ya que su generador de camuflaje había sido acertado con un disparo, y se dobló por la cintura.

Sin parar, inconsciente de lo cerca que había estado de la muerte, el marine dio media vuelta, apretó con fuerza la palanca de la manguera y envió un continuo torrente de líquido sobre la superficie de la Pista 3. En los días posteriores a la conquista de la meseta, habían obligado a un equipo de trabajo del Covenant a construir un bordillo. El propósito de esa barrera era contener filtraciones de combustible, y funcionó bien, ya que el combustible, de alto contenido en octanos, superó los deslizadores del Pelican e inundó la zona posterior.

—¡Atrás! —gritó Silva, mientras lanzaba una granada de fragmentación justo debajo del Pelican. Se oyó una explosión seguida de un golpe sordo cuando el combustible se prendió y el soldado apagó el surtidor.

El efecto principal fue que convirtió a los Élites que aún quedaban en la pista de aterrizaje en antorchas que gritaban y se movían con grandes aspavientos. La respuesta fue inmediata; los marines abrieron fuego, derribaron a los comandos del Covenant. El *Charlie 217* estaba rodeado de llamas, y tembló cuando uno de sus tanques de combustible explotó.

Pero tenían que proteger los otros Pelicans; aunque algunos habían despegado, quedaban otros en tierra.

Silva se volvió hacia McKay.

—Es la hora del espectáculo —dijo el comandante, mientras Wellsley le hablaba al oído—. Esto ha sido sólo un calentamiento, si me permite el juego de palabras. La verdadera fuerza de asalto está a sólo cinco minutos. Si Wellsley no se equivoca, son seis naves de transporte del Covenant. No podrán aterrizar aquí, o sea, que descenderán en algún lugar sobre la meseta. Yo me ocupo de las pistas de aterrizaje, usted de la meseta.

—Señor, sí, Señor —asintió McKay; hizo señas al sargento Lister para que se aproximase. El oficial llevaba detrás una escuadra de marines.

—Recoja al resto de mi compañía y dígales que se apresuren a salir de las zonas de aterrizaje, y que se preparen para encargarse de un ataque en la meseta. Vamos a darles a esos cabrones una calurosa bienvenida.

Lister lanzó una mirada al furioso incendio y sonrió ante el involuntario chiste de McKay.

—Sí, señora —dijo, y se alejó corriendo.

En alguna otra parte, en los irregulares bordes de la meseta, los Shade de los hermanos abrieron fuego. Unos destellos de energía azul sondearon la oscuridad que los rodeaba, descubrieron la primera nave y cortaron en rodajas la noche.

‘Zamamee y un destacamento de cinco comandos habían dejado atrás la zona de aterrizaje cuando los humanos inundaron la Pista 3 con combustible. Aún más, el

oficial ni siquiera se encontraba en el exterior de la instalación de los Ancianos cuando se desató el terrible infierno; sus hombres y él se encontraban ya un nivel por debajo de la superficie, avanzaban de habitación en habitación, masacrando a todos los humanos que se cruzaban con ellos. Pero no había ni rastro del soldado enemigo que deseaban encontrar... Podían tropezarse con él al doblar la siguiente esquina.

Murphy había desactivado los seguros de los cañones automáticos MLA de 50 mm y le había delegado su control a Wellsley cuando notó que algo le sacudía el hombro. La oficial empezó a dar la vuelta, vio la sangre salir a borbotones y se dio cuenta de que era suya. Un Elite soltó una risa gutural cuando Cho y Pauley encontraron destinos similares. Habían neutralizado la sala de control.

Wellsley fue testigo de los asesinatos a través de la cámara que estaba colocada encima del monitor principal de vídeo, apagó las luces y notificó la situación a Silva. En cuestión de minutos, seis equipos de tres personas, equipados con visores de temperatura, empezaron a descender por el laberíntico complejo. Los generadores de camuflaje del Covenant no escondían el calor, sino que generaban aún más, por lo que los dos bandos estaban en igualdad de condiciones.

Mientras, gracias a la iniciativa de un oficial muerto, Wellsley tenía unas sorpresas de 50 mm para los transportes que se acercaban. Aunque eran efectivos contra las Banshees, a los Shades les faltaba la energía necesaria para derribar del cielo un transporte, algo que el Covenant ya sabía.

Pero, igual que un Élite no podía sobrevivir a cincuenta balas perforadoras de 7,62 mm, quedó demostrado que los transportes enemigos eran vulnerables a los proyectiles explosivos de 50 mm que, de pronto, se cruzaron en su camino. No sólo eso, sino que estos proyectiles eran controlados por un ordenador, es decir, por Wellsley; eso significaba que cada una de esas bombas iban directamente a donde él quería que fuesen.

Le habían delegado el control demasiado tarde para que la inteligencia artificial se encargase de la primera nave de transporte, pero la segunda se encontraba justo donde él quería. Explotó cuando una docena de proyectiles de munición altamente explosiva detonaba en su fuselaje. Irónicamente, los compartimentos que albergaban a las tropas lograron salvar la vida, y murieron cuando la nave se estrelló contra el pie de la meseta.

Sólo tenía dos cañones: uno al oeste y otro al este, lo que suponía que los transportes restantes podían cruzar sin riesgos a través del campo de fuego del MLA del este antes de que la LA. pudiese disparar contra ellos. Aun así, la destrucción de una sola nave había reducido la fuerza de asalto en una sexta parte, lo que Wellsley consideraba un resultado aceptable.

La muerte provocada por la artillería arrasó la meseta cuando las naves de transporte del Covenant usaron sus cañones de plasma para bombardear las pistas de

aterrizaje. Un equipo de fuego fue atrapado en zona abierta y reducido a jirones mientras les disparaban una andanada de cohetes. Algunos proyectiles golpearon contra su objetivo, algunos lograron causar bajas, pero ninguno destruyó una nave enemiga.

Entonces, suspendidas como insectos obscenos, las naves en forma de «U» descendieron hasta la superficie del anillo y soltaron sus tropas a través de sus accesos laterales, y las repartieron como semillas del mal por toda la planicie de la meseta. McKay hizo cálculos mentales. Quedaban cinco transportes, con unos treinta soldados en cada uno, lo que sumaba una tropa de asalto de unos ciento cincuenta efectivos.

—¡Dadles con todo! —gritó Lister—. ¡Matad a esos cabrones antes de que puedan aterrizar!

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Los disparos en respuesta a las órdenes sonaron con regularidad cuando los francotiradores abrieron fuego. Tanto Élite como Jackals y Grunts se tambalearon hasta caer muertos.

Pero aún quedaban muchos... McKay sacó fuerzas de flaqueza para enfrentarse al siguiente ataque.

El Grunt sólo podía imaginar las razones por las que se habían apagado las luces, un factor que incrementaba el miedo que ya sentía. Incapaz de hacer nada, Yayap oía los ahogados sonidos de la batalla, y se preguntaba a qué bando debía apoyar. No le gustaba ser un prisionero, pero empezaba a imaginar que estaría mejor con los humanos. Al menos, durante un tiempo...

Apareció una esfera de luz, se deslizó por la pared que tenía enfrente, cruzó el suelo y logró entrar en la celda.

—¿Yayap? ¿Estás aquí?

A continuación aparecieron otras luces, y el Grunt vio que el aire delante de él temblaba. ¡Era ‘Zamamee! Para sorpresa de Yayap, el Élite había mantenido su palabra y había ido a rescatarlo. Al darse cuenta de que el aparato de respiración hacía difícil distinguir a los de su raza, el Grunt sacó la cabeza por entre las barras.

—Sí, Excelencia, estoy aquí.

—Bien —contestó el Élite—. Ahora apártate para que podamos volar la puerta en pedazos.

Todos los Grunts se apretujaron contra el fondo de la habitación mientras uno de los comandos pegaba una carga a la cerradura de la puerta y usaban un control remoto para detonarla. Hubo un estallido de luz, seguido de un sonido sordo al explotar. Las bisagras chirriaron cuando Yayap empujó la portezuela.

—Vamos —dijo ansioso ‘Zamamee—, condúcenos hasta el humano. Hemos atravesado casi todo el complejo, pero aún no lo hemos encontrado.

«Vaya —pensó Yayap para sí mismo—, o sea, que la única razón de que hayas

venido a buscarme es para encontrar al humano. Tendría que haberlo imaginado.»

—Claro, Excelencia —contestó el Grunt, sorprendido por la propia suavidad de su voz—. Esas criaturas capturaron algunas Banshees; el hombre fue asignado a su vigilancia.

Yayap esperaba que ‘Zamamee dudara de su afirmación, que le preguntase cómo lo sabía, pero el Élite le creyó.

—De acuerdo —contestó ‘Zamamee—, ¿dónde guardan las naves?

—En la meseta —contestó con confianza Yayap—, al oeste de las pistas de aterrizaje.

—Nosotros iremos delante —dijo el Élite, dándose importancia—, pero no te alejes mucho. Es fácil perderse.

—Sí, Excelencia —aceptó el Grunt—, lo que usted mande.

Incapaz de aterrizar en las pistas de aterrizaje o cerca de ellas, como habían planificado, el comandante de campo ‘Putumee se había visto obligado a abandonar la nave con su equipo en el área superior al complejo de los Ancianos. Sus tropas tendrían que cruzar terreno abierto, con muy poca cobertura, y sin el beneficio de las armas pesadas para despejar el camino.

Pero el astuto oficial conservaba un truco en la manga. En lugar de dejar que los transportes se retirasen, les ordenó que se quedaran sobrevolando la zona donde habían aterrizado y que barriesen el terreno que tenían que atravesar sus tropas. No se había diseñado a los transportes para una tarea parecida, y a los pilotos no les gustaba la idea, pero a él no le importaba. ‘Putumee, que consideraba a los miembros de la aviación como poco más que chóferes sobrevalorados, no estaba muy interesado en lo que les gustaba.

Las naves en forma de «U» flotaron lentamente hacia las fortificaciones humanas, con los cañones de plasma sondeando el terreno que tenían debajo, mientras las descargas de cohetes seguían azotándolas y explotaban en sus flancos, sin causarles daños.

El oficial de campo, que avanzaba junto con la segunda columna de soldados, hizo una señal a sus Jackals para que se adelantasen; los humanos se vieron obligados a abandonar las trincheras y a retirarse hasta la siguiente línea de defensa.

‘Putumee se detuvo al borde de una de las trincheras y la observó. Había algo en la excavación que le molestaba... ¿qué era? Entonces lo comprendió. El agujero rectangular era demasiado limpio, demasiado regular, para que lo hubiesen excavado en la última media unidad. El oficial se planteó qué otras medidas habrían tomado esas criaturas.

La respuesta le llegó enseguida. Al grito de «¡Fuego!» de McKay, el artillero del Scorpion obedeció. El tanque dio bandazos por debajo de los pies del oficial; la granada salió disparada y el casco empezó a vibrar cuando la ametralladora abrió

fuego. La explosión, con un alcance de seiscientos metros, borró una columna entera de Grunts. Los otros tanques de combate, a los que Silva había ordenado situarse en la parte superior de la meseta, empezaron a disparar dos segundos después. Esta andanada acabó con un Élite, dos Jackals y un Hunter.

Los marines estallaron en vítores, y McKay sonrió. Aunque dudaba de que el Covenant intentara soltar tropas encima de la meseta, el comandante era una persona cuidadosa; por eso había mandado a los Helljumpers que cavaran un anillo de trincheras alrededor de la instalación, y había creado búnkeres para los tanques.

Ahora, disparando con los cañones casi paralelos a la tierra, los tanques de combate estaban a punto de convertir el área circundante en un paisaje lunar, ya que cada proyectil lanzaba media tonelada de tierra por los aires y excavaba cráteres en la meseta.

Aunque ni McKay ni ningún otro humano lo supiese, la tercera granada que explotó partió al comandante de campo ‘Putumee por la mitad. El ataque continuó, pero más lentamente. Algunos Élites de menor rango asumieron el mando e intentaron replegar a sus tropas.

Aunque ‘Zamamee intentaba llevar a cabo su propia misión, éste había estado controlando las comunicaciones de la red de mando y sabía que el ataque había sido contenido. Era sólo cuestión de tiempo que se ordenara a los transportes sobrevolar la zona y recoger a los que aún pudiesen arrastrarse, caminar o correr, y abandonar la posición, en busca de territorios más seguros.

Eso significaba que tenía que empezar a salir, buscar una forma de atravesar las líneas humanas, pero la conversación mantenida con el Profeta seguía torturándolo. Su mejor oportunidad... no, su única oportunidad era encontrar al humano y matarlo. Conservaría la cabeza, se le perdonaría todo, y ¿quién sabía? Habían muerto muchos Élites, así que quizá podían ascenderlo.

Se sintió reconfortado por esta perspectiva, y siguió adelante.

Los comandos se encontraban ya en el primer nivel, y se acercaban a la puerta que daba al exterior, cuando uno de los tres marines apostados allí vio una línea de esferas verdes pasar por delante de la garita en la que se refugiaba y abrió fuego sobre ellos.

Se produjo un caos total mientras los humanos vaciaban cargador tras cargador. Los Grunts quedaron reducidos a pedazos, los Élites disparaban en todas direcciones y empezaron a desplomarse.

‘Zamamee notó que el fusil de plasma se le abría entre las manos, para enfriarse, y supo que estaba al borde de la muerte, cuando una granada de plasma cayó volando entre los humanos y quedó pegada en el brazo de uno de los soldados.

—¡No! —gritó, pero era demasiado tarde. La explosión masacró todo el equipo.

Yayap, que se había apropiado de las granadas y de la pistola de uno de los

comandos caídos, tiró del arnés de combate de ‘Zamamee.

—Por aquí, Excelencia... ¡Sígame!

El Élite le hizo caso. El Grunt condujo al oficial por una puerta, y a través de una pasarela, hasta llegar a la plataforma donde diez Banshees descansaban en una línea perfecta. No había guardias. ‘Zamamee miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

—No tengo ni idea, Excelencia —contestó Yayap, encogiéndose de hombros.

‘Zamamee notó una mezcla de rabia, miedo y desesperación mientras una nave de transporte cruzaba por encima de su cabeza y desaparecía en el horizonte. Todos sus esfuerzos habían fracasado.

—Me has mentido —dijo con un deje seco en su voz—. ¿Por qué?

—Porque usted sabe como pilotar estas cosas —fue la simple respuesta del Grunt—, y yo no.

Los ojos del Élite parecieron iluminarse desde dentro.

—Debería dispararte y dejar tu cadáver aquí, para que los humanos lo lanzasen abajo por un barranco.

—Puede intentarlo —replicó Yayap mientras apuntaba su pistola de plasma a la cabeza de su superior—, pero no se lo aconsejo. —Al Grunt le hizo falta todo el valor que pudo reunir para apuntar su arma contra un Élite, y su mano temblaba a causa del miedo que sentía. Pero no temblaba lo suficiente para que el rayo de energía fallase, y ‘Zamamee lo sabía.

El Élite asintió. Unos momentos después, una Banshee sobrecargada osciló por encima de la tierra, se deslizó por el borde de la meseta e inmediatamente empezó a perder altura. El artillero de un Shade la vislumbró y le mandó tres ráfagas de plasma, pero la Banshee enseguida estuvo fuera de alcance.

La batalla de la Base Alfa había acabado.

El Spartan disparó contra lo que parecía una marea de horrores con tentáculos, retrocedió y decidió mantenerse en movimiento. Era vulnerable, sobre todo por la espalda, pero la armadura le sería de mucha ayuda.

No tenía claro qué sucedía a continuación, pero fuera lo que fuese hacía que los marines gritasen y los dejaba fuera de combate en un período de tiempo relativamente corto. La munición pronto empezaría a escasear, así que en lugar de disparar ciegamente, se obligó a apuntar e intentar hacer explotar las esferas.

Venían en grupos de dos, de tres, de cuatro, saltaban en pedazos carnosos cuando las balas las destrozaban y parecían fundirse. El problema era que había centenares de cabrones diminutos de éstos, quizá miles, y se hacía difícil mantener el ritmo mientras lo iban inundando todo y se acercaban a él.

De todas formas, había algunas estrategias que el Jefe podía poner en práctica para igualar las cosas, y éstas podían marcar la diferencia. La primera era correr

mientras disparaba, lo que las obligaba a disgregar su formación y a trasladarse de una punta a otra. Eran muy numerosas y tenían una gran determinación, pero no eran especialmente brillantes.

La segunda estrategia consistía en buscar nuevas erupciones de esas criaturas, lugares en que estuviesen concentradas donde una granada bien colocada podría destruir a centenares de golpe.

La tercera suponía cambiar constantemente del fusil de asalto a la escopeta, para mantener un ritmo de disparo constante, deteniéndose sólo para recargar cuando había un respiro momentáneo en la lucha.

Estas estrategias fueron de pronto mucho más importantes cuando algo nuevo surgió de la oscuridad. Una masa de carne deshilachada y de extremidades balanceantes le cayó sobre la cabeza. Durante los primeros instantes del ataque, el Jefe se preguntó si se trataba de un cadáver que le hubiese caído del techo. Pero pronto distinguió la verdad, cuando más de esas criaturas deformes aparecieron y avanzaron hacia él. No sólo corrían, sino que saltaban por el aire, como si desearan derribarlo.

Las criaturas apenas tenían una forma humanoide, con su figura encorvada que parecía medio descompuesta. Sus brazos parecían dislocados y unos grupos de tentáculos brotaban por diferentes agujeros en la piel.

De todos modos, eran vulnerables a las balas, lo que el Jefe agradecía, aunque a veces necesitaba una ráfaga de veinte o treinta balas para acabar con uno solo. Era raro, pero incluso las criaturas vivas tenían el aspecto de muertas; tras pensarlo un poco, el Jefe Maestro conjeturó que seguramente lo estaban. Eso explicaría por qué algunos de esos feos hijos de puta se parecían tanto a los Élités del Covenant, o al aspecto que tendría un Élite si hubiese muerto, lo hubieses enterrado y lo hubieses exhumado dos semanas después.

Tras lo que pareció una eternidad, dos de esos Élités reanimados atravesaron la escotilla y pudo acabar con ellos. Eso le proporcionó al Jefe una oportunidad para escapar.

Lo perseguían de cerca más de esos monstruos que caminaban sobre dos piernas, junto con todo un enjambre de criaturas esféricas que saltaban y daban giros en el aire. Fue necesario acabar con todos ellos con fuego automático antes de poder atravesar la siguiente puerta.

El Spartan se encontró en la galería superior de una estancia espaciosa y bien iluminada. Estaba llena de aquellas deformes criaturas bípedas, pero parecía como si ninguna percibiese su presencia. Intentó que las cosas siguieran así, y cruzó en silencio, pegado al muro de la derecha, hasta la siguiente portezuela.

Tras un breve trayecto, el Jefe llegó a una sala similar, donde había estallado una batalla campal entre soldados del Covenant y sus nuevos enemigos.

El Spartan consideró brevemente si se enfrentaba a ellos, pero eran demasiado numerosos. Evitó disparar y se deslizó tras un módulo de carga derribado. Tras una batalla infernal, los combatientes se habían aniquilado entre sí, lo que le daba vía libre para atravesar el puente que lo llevaría hasta la otra punta de la instalación, hasta la pasarela que lo conduciría a la salida lateral.

Una criatura jorobada le aterrizó encima. El Spartan retrocedió, dando traspiés, se agachó y lanzó al monstruo por encima del hombro. Éste se aplastó contra la pared y dejó un manchurrón de color gris verdoso y viscoso al deslizarse hasta el suelo.

El Jefe Maestro se dio la vuelta para seguir adelante, pero el sensor de movimiento se iluminó en rojo: indicaba un contacto justo detrás de él. Giró sobre sí mismo y le sorprendió ver a la aplastada criatura, herida de gravedad, intentar ponerse en pie. Su brazo izquierdo colgaba inútil y el hueso aparecía por entre la pálida carne gangrenada.

El brazo derecho de la criatura seguía funcionando. Un racimo de tentáculos que se retorcían se abrió camino desde la muñeca derecha; el Spartan pudo oír cómo se le partían los huesos de la mano, cuando ésta era bruscamente apartada para dejar sitio a los tentáculos.

Uno de ellos saltó, chasqueó como un látigo y derribó al Jefe Maestro. Con un solo golpe, los escudos le habían quedado casi completamente secos.

Rodó hasta quedar agachado y abrió fuego. Las balas perforadoras de 7,62 mm casi partieron al monstruo por la mitad. Le dio una patada a su enemigo y le metió dos balas más en el pecho. «Con esto, esta bestia debería quedarse muerta», pensó.

Avanzó por el corredor. Dos marines seguían en el suelo, donde habían caído, lo que demostraba que al menos una sección del escuadrón había conseguido llegar hasta allí, lo que hacía posible que algunos otros hubiesen podido escapar.

El Jefe Maestro los examinó, vio que aún llevaban sus placas de identificación y las cogió. Caminó por amplias galerías y corredores estrechos, dejó atrás maquinaria que funcionaba entre murmullos, y entró en una bóveda oscura, bañada en tinieblas. Su sensor de movimiento empezó a destellar un aviso de color carmesí: se encontraba en el centro de actividades hostiles.

Otra de esos deformes atacantes bípedos se le acercaba arrastrando los pies. Reconoció la forma de la cabeza: delante de él tenía el hocico angular de un Elite. Lo que le hizo mantenerse sin disparar fue la forma en que estaba colocada la cabeza.

El cráneo extraterrestre estaba ladeado en un ángulo repugnante, como si los huesos del cuello se hubiesen ablandado, o licuado. Colgaba hacia la espalda de la criatura, como una extremidad que hubiese que amputar.

Era como si algo le hubiese dado una nueva forma al Elite desde su interior. El Spartan sintió una emoción a la que no estaba habituado: miedo. Una imagen de desesperación, de gritos ante una amenaza que se cernía sobre ellos, de impotencia,

destelló ante sus ojos, una instantánea de los sueños inducidos por la criogenia a bordo del *Pillar of Autumn*.

«Esto no va a sucederme a mí —decidió—. De ninguna manera.»

La bestia saltó y desapareció de su campo de visión.

El Spartan respiró profundamente, exhaló y abandonó su posición. Corrió hacia el centro de la sala. Apaleó a las temblorosas criaturas y aplastó un puñado de las pequeñas bestias esféricas bajo sus botas. Disparó con la escopeta, y la sangre verde y espesa bañó el suelo.

Llegó a su objetivo: la plataforma de un ascensor, idéntica a la que le había hecho descender hasta ese agujero infernal. Alcanzó el panel de activación; esperaba reconocer el botón de ascenso.

Una de las criaturas se alzó por los aires de un salto y aterrizó a su lado.

El Jefe puso una rodilla en el suelo, hundió el cañón de la escopeta en el vientre de la criatura y disparó. La bestia saltó disparada hasta el otro extremo, y cayó en medio de un grupo de los pequeños y redondos monstruos.

Se fijo de nuevo en el panel de activación y presionó los controles.

La plataforma del ascensor cayó como una roca, a tanta velocidad y tan bajo que los oídos le dolieron.

«¿Dónde demonios está Cortana cuando se la necesita?» Siempre le decía que tenía que cruzar una puerta, atravesar un puente o escalar una pirámide. A veces era molesta, pero en otras ocasiones lo tranquilizaba.

El sótano, si es que se trataba de eso, tenía el mismo encanto que una cripta. Un pasadizo lo condujo hasta una sala espaciosa donde el Spartan tuvo que abrirse camino hasta alcanzar una puerta, y al conducto que se abría detrás de ella. En ese momento el Spartan se encontró cara a cara con algo que nunca había visto, y que prefería no volver a ver: una de las bestias bípedas... un humano horriblemente mutado. A pesar de que lo que había invadido el cuerpo lo había deformado, el Jefe pudo reconocerlo.

Se trataba del soldado Manuel Mendoza, el soldado al que el sargento Johnson le encantaba gritar, uno de los marines que había acompañado a Keyes cuando desapareció en esa pesadilla.

Aunque estaba retorcida por lo que le habían hecho, la cara del soldado aún mantenía rasgos de humanidad; esto hizo que el Jefe Maestro apartase el dedo del gatillo e intentase contactar con él.

—Mendoza, vamos... Intentemos salir de aquí. Sé que te han hecho algo, pero seguro que los médicos podrán arreglarlo.

El marine reanimado, ahora poseído por una fuerza sobrehumana, golpeó al Jefe con una fuerza tal que casi lo derribó; la alarma del traje empezó a sonar. Mendoza, o mejor aún, el ser que antes había sido Mendoza, balanceó un tentáculo parecido a un

látigo y lo azotó de nuevo. El Spartan retrocedió tambaleante, apretó el gatillo, y el proyectil de 12 mm destrozó lo que había sido Mendoza.

El resultado fue a la vez espectacular y asqueroso. Cuando el cadavérico horror se partió, el Jefe pudo ver que una de las pequeñas esferas se había instalado en la cavidad pectoral del soldado, y parecía haber extendido sus tentáculos hacia otras zonas de lo que había sido el cuerpo de Mendoza. Un tercer disparo de escopeta sirvió para destrozarse también a esa criatura.

¿Era así como funcionaban esas criaturas? Aquellas cosas pequeñas, parecidas a vainas, infectaban a sus huéspedes y los hacían mutar para que adquiriesen la condición de combatientes. Consideró la posibilidad de que fuese una nueva arma biológica del Covenant, pero lo descartó enseguida. Los primeros ejemplares de combate que se había encontrado habían sido Élite.

Fueran lo que fuesen esas malditas criaturas, eran letales tanto para humanos como para el Covenant.

Cargó nuevos cartuchos en la escopeta y siguió adelante. El Spartan se movía lo más rápido que podía, a una velocidad desesperada. Entró violentamente en otra sala, escaló hasta la galería superior, hizo saltar por los aires una figura parecida a un Élite y se agachó tras una puerta.

El área que se abría tras ella era todo un reto. El Jefe tenía el segundo piso para él solo, pero un ejército de monstruos controlaba totalmente el piso inferior, y necesitaba llegar a él.

La altura le daba algunas ventajas. Tiró algunas granadas bien colocadas, dio un salto desde la pasarela y acabó con sesenta segundos de enfrentamiento directo. Eso le bastó para abrirse camino. Además, era un descanso poder atravesar un espacio completamente despejado. Hasta que llegó a un compartimento donde encontró algo más a lo que enfrentarse.

Además de los ataques directos, las criaturas se habían quedado con las armas de sus víctimas, así que estas nuevas criaturas de combate resultaban aún más peligrosas. No eran los enemigos más inteligentes con los que se había enfrentado, pero tampoco eran autómatas descerebrados.

Las balas rebotaban en las paredes de metal, los disparos de plasma resonaban por el aire y una granada detonó mientras el Jefe Maestro despejaba el área y descubría un rincón en el que algunos marines habían mantenido la última defensa, sobre el techo de un contenedor. Se detuvo para recuperar sus placas, recogió algo de munición y siguió adelante.

Algo le molestaba. ¿Qué era? ¿Quizá algo que había olvidado?

Se le ocurrió de pronto: casi se había olvidado de su propio nombre. Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK.

El repetitivo cántico que sonaba al límite de su conciencia zumbó con más fuerza,

y sintió una especie de presión... Era una sensación de rabia.

¿Por qué estaba furioso?

No, alguna otra cosa estaba furiosa... ¿porque se acordaba de su nombre?

Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK.

¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí? Se debatió para recordarlo.

Ahora podía acordarse de algunos fragmentos. Una estancia oscura, extraña, hordas de un enemigo terrorífico, disparos, un dolor penetrante...

Debían haberlo capturado. Era eso. Un nuevo truco del enemigo. No les daría nada. Intentó recordar quién era el enemigo.

Repitió el mantra en su mente: Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK.

La presión del zumbido aumentó. Se resistió, aunque no estaba muy seguro de por qué. Había algo en ese ruido que lo asustaba. La sensación de ser invadido se intensificó.

«¿Es un truco del Covenant?», se preguntó.

—No funcionará. No os mostraré el camino hacia la Tierra —intentó gritar, pero no pudo hacer que la boca le funcionase; no podía sentir su propio cuerpo.

Cuando el pensamiento de su planeta natal reverberó por la consciencia de Keyes, el tono y la intensidad del zumbido se modificó, como si estuviese complacido. Él, Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK, se quedó sorprendido cuando unas nuevas imágenes le atravesaron la mente.

Se dio cuenta demasiado tarde de que había algo que se deslizaba por su mente, como un saqueador de tumbas desenterrando un cadáver. Nunca se había sentido tan impotente, tan asustado...

El miedo se desvaneció con un torrente de emociones al sentir el calor de la primera mujer que había besado...

Intentó gritar mientras la memoria le era arrebatada, desechada.

Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK.

Con cada uno de las porciones de su pasado que se habían reproducido y habían sido absorbidas por el olvido, podía sentir cómo el invasor lo envolvía en un océano de maldad. Pero, al igual que los fragmentos de restos de un naufragio que quedaban en la superficie después de que el barco se hubiese hundido, algunos pedazos de sí mismo, escogidos al azar, seguían allí, como una especie de balsa improvisada a la que aferrarse momentáneamente.

La imagen de una mujer sonriente, una pelota que daba vueltas en el aire, una calle abarrotada, un hombre con media cara volada, las entradas de un espectáculo que no podía recordar, el aroma del pan recién hecho...

Pero el mar era demasiado duro, las olas rompían contra la balsa y la desmenuzaban. La marejada alzaba a Keyes, después lo hacía caer, y la oscuridad

cada vez parecía más atractiva. En ese momento, cuando el océano parecía a punto de tragárselo, Keyes se acordó de algo que aquella criatura que estaba violándole la mente no podría consumir: la onda transponedora de su CNI.

Se agarró a ella como un hombre a punto de ahogarse, alcanzó la cuerda salvavidas con todas sus fuerzas y evitó desaparecer. Allí, en el interior de su tumba acuática, había un hilo que podía conducirlo a lo que una vez había sido.

Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK.

El Jefe Maestro disparó el último cartucho de la escopeta contra el bulto caído de uno de los combatientes. La criatura tuvo un espasmo y se quedó quieta.

Después de aclararse en la confusión de pasillos y cámaras subterráneas durante lo que le parecieron horas, encontró un ascensor que lo llevaba a la superficie. Activó con cuidado el panel de control, preocupado porque ese aparato lo hundiese todavía más en la instalación. Sin embargo, notó cómo el ascensor se movía rápidamente hacia arriba.

Mientras la plataforma ascendía, la preocupada voz de Foehammer resonó en su sistema de comunicación.

—Al habla Echo 419. Jefe, ¿es usted? Perdí su señal cuando desapareció dentro de la estructura. ¿Qué ha sucedido allí dentro? Estoy captando movimiento por todas partes.

—Si te lo contase no me creerías —contestó el Jefe Maestro con seriedad—, y créeme, no quieras saberlo. Ya te aviso: el capitán Keyes sigue desaparecido, y lo más seguro es que haya muerto en combate. Cambio.

—Entendido —replicó la piloto—. Lo siento. Corto.

El ascensor se detuvo, el Spartan bajó y se encontró rodeado de marines. No los tambaleantes combatientes con los que se había enfrentado durante una eternidad, sino seres humanos, que no habían sido mutados.

—Me alegro de verlo, Jefe —dijo un cabo.

El Jefe atajó al soldado:

—No hay tiempo para eso, marine. Infórmeme.

El joven marine tragó y empezó a hablar:

—Después de perder contacto, nos dirigimos al punto de encuentro, y esas cosas... nos tendieron una emboscada. Señor, mi sugerencia es que nos vayamos de una vez de aquí... lo antes posible.

—Eso es pensar como un oficial, cabo —contestó el Jefe—. Vamos.

Caminaron un poco por la rampa, bajo la lluvia. Era extraño y sorprendente, pero al adentrarse en el apestoso pantano se sintió bien. Muy bien.



D +60.33.54 (RELOJ DE MISIÓN DE LA CAPITÁN DE VUELO RAWLEY) / A BORDO DEL PELICAN ECHO 419, SOBRE EL ALMACÉN DE ARMAS DEL COVENANT

—*Hay una gran torre a unos centenares de metros de su posición actual. Tiene que subir por encima de la niebla y del follaje, para que pueda acercarme y recogerlo*— dijo Rawley. Tenía los ojos pegados a los visores de campo, mientras el Spartan-117 tomaba la iniciativa y los marines dejaban el antiguo edificio y se adentraban en el fétido abrazo del pantano. La lluvia y algún tipo de interferencia proveniente de la estructura de los equipos detectores del Pelican dificultaban la labor, pero de ninguna manera iba a perder su equipo en esos momentos. Tenía que mantener su reputación.

—Entendido—contestó el Jefe—. Estamos en camino.

Mantuvo el Pelican volando en círculos, ojo avizor, pero no localizó ninguna amenaza. Eso la ponía todavía más nerviosa. Desde que se habían adentrado en las entrañas del anillo, parecía que los problemas golpeaban sin avisar.

Por enésima vez desde que despegó de la base alfa, se cagó en la falta de munición para los Pelican.

Conscientes de que el Pelican estaba en alguna parte por encima de la niebla y ansiosos por largarse de una vez, los marines avanzaron con rapidez. El Spartan los avisó de que frenaran el paso, que se mantuviesen alerta, pero no pasó mucho tiempo antes de que se encontrara de nuevo en medio del grupo.

La torre que había mencionado Foehammer estaba justo delante de ellos. La base de la columna era redonda, con soportes semicirculares que sobresalían de los costados, probablemente para proporcionarle estabilidad. Más arriba, extendidas desde la columna, había unas plataformas que parecían alas. El Spartan no tenía claro para qué servían, pero lo mismo se podía aplicar a todo el edificio. La parte superior del edificio se perdía entre la niebla.

El Jefe Maestro se detuvo para mirar a su alrededor, oyó el grito de uno de los soldados, que había hecho contacto con el enemigo, seguido por el rápido repiqueteo

de un arma de asalto disparada en modo automático. Una hueste de puntos rojos apareció en su indicador de amenazas. Vio que una docena de aquellas redondas formas infecciosas aparecían saltando entre la niebla y supo que había perdido cualquier posibilidad de mantener a las criaturas encerradas bajo tierra.

Los sensores del Pelican, súbitamente, indicaron docenas, no, centenares, de nuevos contactos en tierra. Rawley lanzó una maldición e hizo virar al Pelican; esperaba que le dispararan desde abajo.

Pero nadie lo hizo.

—¿Qué demonios...? —masculló. ¿Los contactos habían aparecido de la nada, se habían puesto al descubierto y no disparaban contra todas las amenazas aéreas? Quizá el Covenant se estaban volviendo tan estúpidos como feo.

Activó la radio para avisar a las tropas y sonrió al oír los primeros sonidos de las armas automáticas resonar en los auriculares de su casco.

—¡Todos alerta, equipo de tierra! —gritó—. Múltiples contactos en tierra... ¡están casi encima de vosotros!

La radio emitió un chirrido y a continuación la estática llenó los altavoces. Las interferencias estaban empeorando. Golpeó los controles de la radio con un puño enfundado en un guante.

—¡Mierda! —gritó.

—Jefa... —interrumpió Frye—, será mejor que eche un vistazo a esto.

Se giró hacia su copiloto y miró lo que él le señalaba. Sus ojos se abrieron como platos.

—Vale —dijo—, ¿alguna idea de qué cojones es eso?

El Jefe disparaba ráfagas cortas con su fusil de asalto y hacía explotar docenas de las extrañas vainas. Se dio la vuelta para enfrentarse a un combatiente. Iba armado con una pistola de plasma, pero prefirió lanzársele encima antes que disparar. El arma automática del Jefe ya estaba tocando a la criatura cuando apretó el gatillo. El pecho del antiguo Élite se abrió como una obscena flor y la forma infecciosa que se escondía en su interior explotó en carnosos pedazos.

Oyó el rugido de la estática en su sistema de comunicación. Las interferencias lanzaban gemidos mientras el poderoso equipo de comunicación de la MJOLNIR intentaba captar la señal, pero sin resultados. Sonaba a Foehammer, pero no estaba seguro.

Flotó delante de la cabina del Pelican durante unos segundos, y la luz se clavó en los ojos de Rawley. Estaba hecho con una especie de metal plateado, un tanto cilíndrico pero con bordes en ángulo. Unas aletas cuadradas, colocadas como alas, se movían y deslizaban como si fuesen timones, mientras el aparato se balanceaba en el aire. Eso, fuera lo que fuese, proyectó una luz brillante sobre la cabina, después dio media vuelta y perdió altura. Debajo de ellos, pudo apreciar docenas de esas cosas

volando en formaciones desordenadas. En unos segundos, descendieron por debajo de las copas de los árboles y se perdieron de vista.

—Frye —ordenó, con la boca súbitamente seca—, dile a Cullen que haga funcionar el sistema de comunicación, que consiga atravesar esta maldita interferencia. ¡Necesito hablar ya mismo con el equipo de tierra!

La marea de seres hostiles se sumergió en la profunda agua y se reagrupó. Una docena de máquinas cilíndricas, de aspecto singular, aparecieron entre los árboles y sobrevolaron el claro.

—¿Qué es eso? —gritó el marine más cercano. Estaba a punto de disparar contra ellas cuando el Jefe alzó una mano.

—Quieto, marine... Veamos qué hacen.

Lo que sucedió a continuación fue a la vez inesperado y gratificante. Cada una de esas máquinas producía un rayo energético, apuntaba a una de las esferas y la quemaba.

Algunos de los especímenes salieron indemnes de ese ataque, e intentaron devolver el fuego, pero entre los marines y sus nuevos aliados, pronto cayeron fuera de combate.

A pesar de la ayuda, las cosas no eran muy halagüeñas para los marines. Había demasiadas criaturas hostiles. La escuadra fue menguando hasta que sólo quedaron dos de los soldados de primera clase, después uno... y el último marine cayó bajo un racimo de esos cabrones infecciosos.

Mientras los recién llegados seguían haciendo llover láseres carmesíes sobre los combatientes, el Jefe se abrió camino entre el pantano hacia la torre. Estar a cierta altura, y la posibilidad de pedir su evacuación a Foehammer, lo mantenían en pie.

Se encaramó por una de las protuberancias de soporte y se alzó hasta las extrañas terrazas, de aspecto parecido a una hoja, que rodeaban la torre. Tenía a vista un buen campo de tiro, y le disparó una ráfaga a un combatiente que se le había acercado demasiado.

Probó de nuevo la radio: más estática.

El Spartan oyó algo parecido a un canturreo, y se dio la vuelta para ver otra máquina nueva que se le acercaba por la espalda. Las que había visto antes tenían un diseño cilíndrico, con cubiertas angulares, pero ésta era casi esférica. Tenía un solo ojo, que brillaba con un tono azulado, una carcasa que lo cubría por completo y unos modales alegres y educados.

—¡Bienvenido! Soy el vigilante de la instalación 04, Chispa Culpable 343. Alguien ha liberado al Flood. Mi función es evitar que logre salir de esta instalación. Requiero su ayuda. Por favor, acompáñeme.

La voz sonaba artificial. Ese Chispa Culpable 343 era un mecanismo artificial, como pudo constatar el Spartan. Por encima de la diminuta máquina, pudo ver el

Pelican de Foehammer colocándose en posición.

—Espera —le pidió el Jefe, intentando sonar amable—. ¿El Flood? ¿Esas cosas de allí abajo se llaman el Flood?

—Claro —contestó Chispa Culpable 343, con un deje de confusión en su voz sintética—. Qué pregunta tan extraña. No tenemos tiempo para esto, Reclamador.

«¿Reclamador?», se preguntó el Jefe. Estuvo a punto de preguntarle a la máquina qué quería decir con eso, pero no tuvo tiempo de pronunciar las palabras. Unos anillos de luz dorada que parpadeaba le atravesaron el cuerpo a lo largo; se sintió ligeramente mareado y vio un destello de luz blanca.

Rawley acababa de colocar el Pelican en posición y ya podía ver la forma del Spartan de pie sobre la estructura. Movi6 los controles ligeramente hacia adelante y el Pelican se desliz6, con el morro dirigido a la estructura. Alzó la vista a tiempo para ver que el Spartan desaparecía dentro de una columna de luz dorada.

—¿Jefe? —preguntó Foehammer—. ¡He perdido su señal! ¿Adonde ha ido? ¿Jefe? ¿Jefe!

El Spartan se había desvanecido, y la piloto no podía hacer mucho más que recoger a los marines y esperar que no sucediera nada malo.

Como el resto de los oficiales de batallón, McKay había estado trabajando toda la noche supervisando los esfuerzos para restaurar las defensas de la meseta, que habían quedado seriamente afectadas, asegurándose de que los heridos recibían la mejor atención posible y devolviendo a la normalidad las operaciones habituales.

Al final, hacia las tres de la madrugada, Silva le ordenó que volviese adentro, indicándole que alguien tendría que estar al mando a las 8.30 de la mañana, y que no sería él.

Con restos de adrenalina todavía en su sangre e imágenes de la batalla aún parpadeándole en la mente, la oficial de la compañía no lograba conciliar el sueño. Se daba la vuelta una y otra vez, y se quedó mirando al techo hasta aproximadamente las 4.30. A esa hora se durmió.

McKay, a las 7.30, después de haber dormido unas escasas tres horas, se sirvió una taza de café instantáneo de la improvisada cantina, antes de subir por un tramo de escaleras, salpicadas de sangre tras la batalla. Se dirigió hasta la cima de la meseta. Durante la noche habían retirado los restos de lo que había sido el *Charlie 217*, pero una gran marca de acero quemado señalaba el lugar donde habían prendido fuego al combustible.

La oficial se detuvo para observarlo, se preguntó qué le habría pasado al piloto humano y continuó su camino. Habían declarado toda la superficie de Halo zona de combate, lo que significaba que no era apropiado saludar a sus superiores, para evitar que unos posibles francotiradores enemigos pudiesen identificarlos. Había otras formas de mostrar respeto, y cuando McKay cruzó las pistas de aterrizaje y se dirigió

al campo de batalla que había detrás de ellos, parecía como si todos los marines quisieran saludarla.

—Buenos días, señora.

—¿Cómo va, teniente? Espero que haya podido dormir bien.

—Eh, jefa, creo que les dimos una lección, ¿eh?

McKay les contestó a todos mientras seguía su camino. El simple hecho de que ella estuviese allí, paseando entre las defensas oscurecidas por los rayos de plasma con una taza de café en la mano, era suficiente para motivar a la tropa.

—Mírala —dijo uno de ellos, cuando la vio pasar—, por ahí va. Tan fría como el hielo, tío. ¿La viste anoche? ¿Cuando estaba sobre el tanque? Era como si nada la pudiese tocar.

El otro marine no añadió nada, sólo se mostró de acuerdo asintiendo, y volvió a excavar la trinchera.

De alguna forma, sin ser totalmente consciente de ello, los pies de McKay la llevaron hasta los Scorpions, al punto en que ella había librado su particular batalla. El Covenant ahora ya tenía noticia de los mastodontes de metal, por eso habían desenterrado las dos máquinas y las habían colocado sobre la superficie.

La oficial se preguntaba qué tenía planeado hacer con ellos Silva; sorbió los restos del café antes de dirigirse a la llanura que había tras los Scorpions. Algunos prisioneros del Covenant, encadenados juntos por los tobillos, estaban cavando tumbas. Una sección era para los miembros de su ejército, otra para los humanos. Era una visión que invitaba a la reflexión, al igual que las filas de cadáveres cubiertos con lonas. ¿Para qué había servido todo eso?

«Para la Tierra, y los millones de personas que quedarán sin enterrar si el Covenant la encuentra», se contestó a sí misma.

Había mucho que hacer, la mañana pasaba muy rápido. El comandante Silva estaba de nuevo en funciones a la una de la tarde, y envió a un mensajero a buscar a McKay. Cuando entró en el despacho, lo encontró sentado delante de la improvisada mesa, trabajando ante un ordenador. Alzó la vista y señaló una silla que había sido rescatada de la lancha salvavidas.

—Siéntese, teniente. Ha hecho un buen trabajo ahí fuera. Tendría que echarme más siestas. ¿Cómo se siente?

McKay se dejó caer sobre la silla, sintió cómo ésta se ajustaba a su cuerpo y le quitó importancia.

—Estoy cansada, señor... pero me siento bien.

—Bien —siguió Silva, uniendo los dedos en un triángulo—, porque queda mucho por hacer. Tenemos que hacer que todo el mundo se aplique al máximo... y eso nos incluye a nosotros.

—Señor, sí, señor.

—Sé que ha estado ocupada —continuó Silva—, pero... ¿ha tenido ocasión de leer el informe de Wellsley?

Habían conseguido sacar del *Autumn* una caja de ordenadores, pequeños pero potentes, como el que tenía el comandante sobre la mesa, pero McKay aún no había encendido el suyo.

—Me temo que no, señor. Lo siento.

Silva asintió.

—Está bien. Basándose en la información que hemos conseguido durante los informes de rutina, nuestro amigo digital cree que el ataque aéreo ha sido menos y más de lo que creemos.

—¿Cómo? —McKay arqueó las cejas.

—Pues que en lugar de buscar conquistar este terreno, los Covenant buscaban algo... o más precisamente, a alguien que creían poder encontrar aquí.

—¿Al capitán Keyes?

—No —contesto el otro oficial—, Wellsley no lo cree. Yo tampoco. Un grupo de sus Elites de camuflaje lograron penetrar en los niveles inferiores del complejo. Mataron a todo el mundo con que se cruzaron, o eso creían, ya que uno de nuestros técnicos se hizo pasar por muerto y otro quedó inconsciente. Estaban en salas diferentes, pero los dos cuentan la misma historia. Cuando estaban en la habitación, y habían obtenido ya el control sobre ella, uno de esos cabrones de armadura negra preguntó a los dos grupos lo mismo en el idioma estándar: «¿Dónde está el hombre de la extraña armadura?».

—Buscaban al Spartan —dedujo McKay.

—Exactamente.

—¿Y dónde está el Jefe?

—Ésa —repuso Silva— es una buena pregunta. ¿Dónde está? Fue en busca de Keyes, apareció en medio de un pantano, le contó a Foehammer que el capitán seguramente estaba muerto y desapareció minutos después.

—¿Cree que ha muerto? —preguntó McKay.

—No lo sé —contestó Silva con tono serio—, aunque no importa mucho si lo está. Pero no, creo que él y Cortana están por ahí fuera, con sus jueguitos.

Con Keyes fuera del escenario de nuevo, Silva volvía a estar al mando. McKay podía comprender su frustración. El Jefe Maestro era una gran baza, o lo sería si estuviese ahí, pero ahora, por libre, vete tú a saber por dónde, el Spartan empezaba a parecer un incordio. Especialmente si se pensaba en el número de efectivos de Silva que habían muerto por proteger a un soldado que ni siquiera se encontraba allí.

Sí, McKay podía entender la frustración del comandante, pero no podía estar de acuerdo. No después de haber visto al Jefe en ese mismo despacho, con la piel de un pálido antinatural tras haber pasado demasiado tiempo encerrado dentro de su

armadura, los ojos llenos de... ¿De qué? ¿Dolor? ¿Sufrimiento? ¿Una desconfianza cautelosa?

La oficial no estaba segura, pero fuera lo que fuese, no tenía nada que ver con su ego, con la insubordinación o con el deseo de gloria personal. Ésa era una realidad que McKay podía comprender, no porque fuese una soldado veterana sino porque era una mujer, algo a lo que Silva nunca podría aspirar. Pero no le haría ningún bien decir eso.

—¿En qué posición nos coloca eso? —dijo con una voz suave.

—En la posición habitual: aislados y seguramente rodeados. —La silla emitió un gemido cuando Silva se recostó contra ella—. Como dice el viejo refrán: «La mejor defensa es un buen ataque». Así que en lugar de quedarnos aquí sentados a esperar que el Covenant nos vuelva a atacar, vamos a ir a por ellos. Nada grande, al menos aún no, pero sí que les podemos ocasionar el tipo de heridas por las que se va perdiendo sangre.

—¿Y quiere que le dé algunas ideas? —preguntó McKay, asintiendo.

—Yo no podría haberlo dicho mejor —sonrió Silva.

—Sí, señor —dijo McKay, poniéndose en pie—. Se me habrá ocurrido algo por la mañana.

Silva observó cómo la Jefa de Compañía salía de su despacho, desaprovechó cinco segundos deseando tener a cinco soldados más como ella y volvió al trabajo.

El Jefe Maestro sintió cómo volvían a montarlo en un solo cuerpo, como si fuese un rompecabezas de mil piezas, y se preguntó qué debía haberle sucedido. Se sentía desorientado, mareado, enfadado.

Un rápido vistazo a su alrededor le bastó para asegurarse de que aquella máquina llamada Chispa Culpable 343 lo había teletransportado desde el pantano hasta las entrañas de una estructura oscura y extraña. Vio la máquina, que flotaba por encima de él, brillando con un tenue color azulado.

El Spartan alzó el fusil de asalto y le disparó medio cargador. Las balas acertaron de pleno, pero no tuvo otro resultado que provocar una respuesta desconcertada.

—Eso era totalmente innecesario, Reclamador. Le sugiero que conserve la munición para la tarea que se avecina.

Aún enfadado, pero sin otra elección que aceptar la situación, el Jefe miró a su alrededor.

—¿Dónde estoy?

—Esta instalación se construyó específicamente para el estudio y la contención del Flood —contestó con paciencia la máquina—. Su supervivencia como raza dependía de ella. Estoy contento de ver que algunos sobrevivieron y se han reproducido.

—¿Sobrevivido? ¿Se han reproducido? ¿De qué demonios estás hablando? —

preguntó el Jefe.

—Tenemos que conseguir el índice —dijo Chispa, sin contestar las preguntas del Spartan—. Y el tiempo es oro. Por favor, sígame.

La luz azul se desplazó en ese momento, lo que obligó al Jefe a seguirla o a quedar atrás. Comprobó sus dos armas mientras andaba.

—Y hablando de ti... ¿qué demonios eres y cuál es tu función?

—Soy Chispa Culpable 343 —contestó la máquina, con petulancia—. Soy el vigilante o, para ser más precisos, una inteligencia artificial autorreparadora encargada de mantener y de operar estas instalaciones. Pero usted es el Reclamador... ya debe de saber eso.

El Jefe Maestro no tenía ni idea de lo que le hablaba, pero parecía que lo más inteligente sería seguirle la corriente.

—Sí, bueno, refréscame la memoria... ¿cuánto tiempo ha pasado desde que te dejaron al cargo?

—Hace exactamente 101.217 años locales —contestó alegremente el vigilante—, muchos de los cuales han sido bastante aburridos. ¡Pero eso ya se ha acabado! Je, je, je.

El Spartan quedó sorprendido por la repentina risa de la pequeña máquina. Sabía que las inteligencias artificiales humanas podían, con el tiempo, desarrollar personalidades un tanto extravagantes, por decirlo educadamente. Y Chispa Culpable 343 había estado allí durante decenas de miles de años.

Era muy posible que aquella pequeña inteligencia artificial estuviese loca.

El vigilante siguió con su cháchara, parlotando sobre «las reparaciones efectuadas en la Subestación 9» y otras cosas sin importancia.

El diálogo entre los dos fue interrumpido por la irrupción de ejemplares del Flood, que saltaban, anadeaban y se tambaleaban desde la oscuridad que los rodeaba. De pronto, el Jefe se encontró luchando de nuevo por su vida, moviéndose adelante y atrás para romper la formación del enemigo, disparando contra cualquier cosa que se moviese.

En esos momentos identificó una nueva clase de Flood. Eran cosas grandes, deformes, que explotaban cuando se las disparaba... y escupían una docena de las formas infecciosas en todas las direcciones, lo que multiplicaba el número de objetivos que debía localizar y destruir.

Al fin, como quien cierra el agua que sale de un grifo, el ataque acabó y el Jefe tuvo ocasión de recargar las armas.

El vigilante flotaba por ahí cerca, y había estado todo el rato canturreando para sí, e incluso había reído en alguna ocasión.

—No tenemos tiempo para distracciones. Tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó el Jefe mientras metía un último cartucho en

la escopeta y se daba prisa en seguirlo.

—Esto es la biblioteca —le explicó la máquina, deteniéndose para que el humano pudiese alcanzarlo—. El campo de energía que tenemos encima contiene el índice. Tenemos que llegar ahí arriba.

El Spartan estaba a punto de preguntar a qué índice se refería cuando un combatiente surgió de una sala abriendo fuego. El Jefe le disparó también, vio cómo la criatura caía al suelo y se volvía a levantar de un salto. La siguiente ráfaga le arrancó la pierna de cuajo al espécimen del Flood.

—Eso debería frenarte —dijo, mientras se daba media vuelta para ocuparse de una nueva horda de aquellas criaturas hostiles y saltarinas, que caminaban arrastrando los pies. Un flujo regular de proyectiles salía del arma de asalto del Jefe, formando un arco en el aire, mientras él acababa con la multitud de atacantes, cuando, de pronto, notó cómo algo le golpeaba por la espalda. Se dio media vuelta y descubrió que la criatura de combate, ahora con una sola pierna, se había puesto en pie y volvía a la carga.

En esta ocasión, el Spartan le voló la cabeza, caminó de lado para evitar uno de los ejemplares que cargaba contra él, y disparó al monstruo bulboso por la espalda. Hubo una explosión de niebla verde, junto con los globos infecciosos y pedazos de carne húmeda. Pasó los siguientes diez minutos disparando contra esferas.

Después de eso, el vigilante prosiguió su marcha y el Spartan no tuvo más remedio que seguirle. Pronto llegaron ante una enorme puerta metálica. ¿La habían construido para contener al Flood? Quizá sí, pero no parecía muy efectiva, ya que los escurridizos cabrones parecían brotar de cada rincón.

El vigilante flotó ante la cabeza del humano.

—Las puertas de seguridad están bloqueadas automáticamente. Iré al sistema de apertura para desbloquearlas. Soy un genio —comunicó el vigilante—. Je, je, je.

—Es más un grano en el culo —dijo el Jefe Maestro, sin dirigirse a nadie en particular, mientras un punto rojo se iluminaba en el indicador de amenazas... seguido enseguida por una docena más.

Entonces, en lo que ya se había convertido en una pauta familiar, los combatientes saltaron quince metros, sólo para acabar acribillados por proyectiles de 7,62 mm, que los partieron por la mitad. Los portadores se le acercaron tambaleantes, como si fuesen viejos amigos, quedaron hechos pedazos como cartón mojado y escupieron esferas en todas direcciones. Las formas infecciosas bailaron sobre sus delicadas piernas, moviéndose hacia aquí y hacia allá; todas ellas esperaban poder reclamar a ese humano para su propiedad.

Pero el Jefe tenía otras ideas. Mató a la última forma en el mismo momento en que las puertas dobles empezaban a separarse, y siguió al vigilante por ellas.

—Por favor, sígame de cerca —le advirtió Chispa Culpable 343—. Este portal es

el primero de diez.

—Más puertas. Qué ganas —masculló el Jefe, mientras seguía a la IA entre una larga hilera de pantallas azules.

Chispa Culpable 343 parecía inmune al sarcasmo; seguía parlotteando sobre las instalaciones de investigación de primera clase que los rodeaban y, despreocupado, condujo a su compañero humano hacia otra emboscada. Y así siguieron, con el Jefe abriéndose camino por galerías, conductos de mantenimiento subterráneo y aún más galerías, infestados todos de criaturas del Flood, hasta que doblaron una esquina y tuvieron delante otro grupo de aquellas monstruosidades.

Pero el Spartan, en esta ocasión, tuvo ayuda, ya que una docena de las máquinas cazadoras que había visto en el pantano aparecieron ante ellos y atacaron las formas que había congregadas más adelante.

—Estos centinelas lo ayudarán, Reclamador —gorjeó el vigilante. Los láseres siseaban y silbaban mientras los robots derribaban a sus oponentes, y, una vez hecho esto, esterilizaban los restos que quedaban.

El Spartan observó fascinado cómo las máquinas se ocupaban del duro trabajo. Fue a echarles una mano cuando le pareció apropiado, y empezó a ahogarse cuando el aire que pasaba a través de sus filtros empezó a heder a carne quemada.

Mientras el Spartan avanzaba por el complejo, el vigilante, flotando en las alturas, iba haciendo comentarios:

—Estos centinelas complementarán sus sistemas de combate. Pero le sugiero que lo aumente al menos a una Piel de Combate de Clase 12. El modelo que lleva, según mis escáners, sólo llega a Clase 2, y eso no es muy efectivo para esta clase de trabajos.

«Si hay una armadura de combate seis veces más poderosa que la MJOLNIR —pensó—, seré el primero de la cola para probarla.»

Dio un salto para esquivar el ataque uno de los combatientes Flood, presionó el cañón del arma contra su espalda y le abrió un agujero a la criatura.

Una vez que los centinelas hubieron reducido a los Flood a poco más que una pasta grumosa, el Spartan avanzó a través de la matanza hasta una plataforma circular. Era enorme, lo suficientemente grande para albergar a un Scorpion, y en unas razonables condiciones.

La maquinaria zumbó, aparecieron unas bandas de luz blanca parpadeantes por encima de él, y el ascensor llevó al humano hacia arriba. Quizá las cosas estarían mejor allí, quizá los Flood todavía no tenían acceso a ese nivel. Pero que tal vez era esperar demasiado. Hasta ese momento, en esa misión, nada había salido como lo tenía planeado.

En lo más profundo de las entrañas de Halo, se habían confinado especímenes de Flood para facilitar su estudio futuro y para prevenir su expansión. Conscientes del

terrible peligro que representaba el Flood, y su capacidad para reproducirse exponencialmente, además de poder dominar completamente a formas de vida avanzadas, los Ancianos habían construido con mucho cuidado los muros de esa prisión, y habían entrenado bien a sus carceleros. Sin nada con que alimentarse y ningún lugar al que ir, el Flood había permanecido dormido durante cien mil años.

Cuando llegaron los intrusos, abrieron la prisión y alimentaron al Flood con sus cuerpos. Ahora que tenían un vehículo de escape y comida para mantenerlo, los tentáculos de su crecimiento se arrastraban por el laberinto de túneles y pasadizos que se alargaban por debajo de la corteza de Halo; buscaban cualquier posible ruta que los llevase a la superficie.

Una de esas posibles salidas se encontraba en una cámara situada bajo una alta meseta, donde poco más que unas rejillas de metal impedían que el Flood surgiese de su guarida subterránea hasta la superficie. Los hombres y mujeres de la Base Alfa no lo sabían, pero tenían un nuevo enemigo... y vivía justo debajo de sus pies.

El ascensor se detuvo bruscamente. El Jefe Maestro se adentró por un pasillo estrecho que llevaba hasta una galería. El Flood lo atacó de inmediato, pero, sin miedo a que algo lo agrediese por la espalda, tenía la libertad de retirarse al pasillo del que había salido, lo que obligaba al puñado de monstruos a atacarlo por aquel acceso estrecho. Antes de que pasase mucho tiempo, los cuerpos de los Flood caídos empezaban a acumularse.

Se detuvo, a la espera de otra oleada de ataques, después escaló por uno de los montones de muertos para adentrarse en la siguiente sección del complejo. Los cuerpos cedían bajo su peso, hacían ruidos burbujeantes y dejaban escapar gases malolientes. El Jefe dio las gracias cuando puso de nuevo los pies sobre suelo firme.

Los centinelas reaparecieron poco después y condujeron al Spartan por delante de una hilera de pantallas azules.

—¿Y dónde estabais vosotros hace cinco minutos, cabroncetes? —preguntó el Spartan. Pero si los robots lo escucharon, no le contestaron mientras planeaban, daban vueltas y acababan penetrando en el siguiente pasadizo.

—La actividad del Flood ha causado un fallo en los sistemas de control de los robots. Debo reactivar las unidades de seguridad —informó Chispa Culpable 343—. Por favor, siga adelante, me uniré con usted tan pronto haya completado mi tarea.

El vigilante ya lo había dejado antes a su suerte, y cada una de sus ausencias había coincidido con una nueva oleada de atacantes del Flood.

—Espera —protestó el humano—, hablemoslo antes.

Pero ya era demasiado tarde. Chispa Culpable ya se había lanzado, como un dardo, a través de una abertura en el muro y desaparecido en una especie de conducto de transporte.

Y, por supuesto, en el momento en que el vigilante se esfumó, un portador

plagado de bultos se tambaleó bajo la luz, vio su presa y corrió hacia ella. El Spartan disparó contra el Flood, pero dejó que los centinelas se encargasen de todo el resto; así conservaría munición.

Una nueva oleada de Flood salió por los muros, y el Spartan adoptó una estrategia más cuidadosa: permitir que los robots centinela los barriesen. Al principio, los robots de defensa acribillaron una ola de las pequeñas formas infecciosas con forma de vaina sin mucha dificultad. Después aparecieron más formas hostiles, algunas más, y todavía más. En poco tiempo el Jefe se vio obligado a actuar. Aplastó una de las vainas con la bota, destrozó otra con la culata del arma de asalto y mató a una docena más con unas ráfagas rápidas de fuego automático.

El vigilante volvió a la sala, dio vueltas por encima de la matanza, como si estuviese examinándola, e hizo un sonido metálico y extraño, que parecía un chasquido de desaprobación.

—Los centinelas pueden usar sus armas para encargarse del Flood durante un tiempo. La velocidad es básica.

—Pues vamos —gruñó el Jefe Maestro.

El vigilante no contestó, sino que siguió adelante. El pequeño aparato llevó al Spartan aún más hacia el interior de los oscuros pasadizos de la Biblioteca. Atravesaron una serie de grandes portalones antes de llegar a uno que estaba cerrado. El Jefe se detuvo un momento, esperando que Chispa Culpable 343 la abriese, pero el vigilante había desaparecido. Otra vez.

«A la mierda», pensó. Aquella máquina estaba agotando sus reservas de energía a gran velocidad.

Determinado a seguir adelante con o sin la ayuda de ese guía que a veces estaba con él, a veces no, el Jefe anduvo sobre sus pasos hasta el lugar donde una rampa muy inclinada se hundía en el suelo. La siguió y pronto se encontró en un corredor de mantenimiento infestado de Flood.

De nuevo, la estrechez del pasadizo le hizo mucho más sencillo matar a aquellos parásitos; cinco minutos después el humano salió de la rampa al otro lado de la puerta metálica, y allí encontró al vigilante, canturreando para sí.

—¡Oh, hola! Soy un genio.

—Sí, y yo un almirante.

El vigilante salió disparado y lo guió a través de una depresión circular tras la cual había otra puerta enorme. La maquinaria chirrió. El Jefe se detuvo mientras las puertas empezaban a abrirse. Entonces oyó un *clank*, seguido de un chasquido, y el movimiento se detuvo.

—Por favor, espere aquí —dijo Chispa, y desapareció.

El Jefe Maestro estaba colocando un cargador nuevo en posición cuando su indicador de amenazas mostró docenas de puntos rojos. Se colocó de espaldas a la

puerta; lo que parecía toda una sección de Flood estaba preparada para abalanzarse sobre él. En lugar de empezar a disparar sobre ellos y arriesgarse a que se le lanzasen encima, el Jefe lanzó una granada en medio de ellos, y la mitad de sus oponentes saltaron por los aires. Le tomó unos minutos, además de unos cuantos centenares de proyectiles, acabar con el resto, pero el Spartan lo logró.

En ese momento la maquinaria volvió a ponerse en marcha, las puertas se abrieron y el vigilante reapareció, canturreando.

—¡Soy un genio!

Había avanzado por la nueva estancia: una galería alta y abovedada, pobremente iluminada por algunos postes de luz amarilla. Por primera vez desde que Chispa lo había transportado a ese lugar tuvo un momento de respiro. Desde que había entrado en la Biblioteca, la cabeza le había estado dando vueltas. Oleada tras oleada de criaturas hostiles lo habían atacado.

Se tragó un paquete estimulador, comió un suplemento nutricional y recogió el arma. Era hora de seguir adelante.

Al adentrarse en la Biblioteca, encontró un cadáver... humano. Se detuvo para examinarlo.

La imagen no era bonita. El cuerpo del marine estaba tan mutilado que ni siquiera el Flood pudo usarlo. Estaba tumbado en el centro de un gran charco de sangre salpicado por casquillos.

—Ah —dijo Chispa Culpable, echando un vistazo por encima del hombro del Spartan—, el otro Reclamador. Su armadura de combate demostró ser menos adecuada que la suya.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el soldado, mirando a su espalda.

—¿Es una prueba, Reclamador? —El vigilante parecía confuso—. Lo encontré vagando a través de otra estructura, en la otra parte del anillo, y lo traje al mismo punto en el que usted empezó.

El Jefe miró de nuevo hacia el cadáver y se maravilló de que alguien más hubiese llegado tan lejos. Incluso con sus habilidades físicas aumentadas y las ventajas de su armadura, el Spartan estaba casi al límite de sus posibilidades.

Examinó el cadáver, encontró las placas de identificación del marine y leyó el nombre: Mobuto, Marvin. Sargento de personal, seguidas de su número de identificación.

El Jefe le arrancó las placas.

—No te conocía, sargento, pero ojalá lo hubiese hecho. Debes de haber sido un hijo de puta muy duro.

No era un elogio muy bonito, pero esperaba que si el sargento Marvin Mobuto hubiese estado allí para escucharlo, lo habría aprobado.

Una buena trampa requiere un buen cebo; por eso McKay hizo que uno de los

Pelicans recogiese los restos achicharrados del *Charlie 217* y los depositase en el sitio designado para la emboscada durante las horas de oscuridad. Necesitaron tres viajes para transportar la cantidad suficiente de restos, a los que siguieron horas de un esfuerzo demoledor para esparcir los fragmentos de forma realista y después colocar a los soldados en los cerros que rodeaban la zona.

Al final, cuando el sol empezaba a bañar el área con las primeras luces de la mañana, estaba todo listo. Enviaron una llamada de emergencia falsa y prendieron un fuego bajo los restos. Alrededor del lugar del accidente, había esparcidos unos cuantos «voluntarios»: eran los cadáveres de algunos camaradas muertos en la meseta. Los habían colocado de forma que pudiesen verse desde el aire.

La mitad de la primera sección intentó conciliar el sueño; la otra mitad vigilaba. McKay usaba sus binoculares para reconocer el área. El falso lugar del accidente estaba localizado entre un cerro no muy elevado y una ladera rocosa, cubierta de salientes. El accidente, completado con un hilo de humo, tenía un aspecto muy realista.

Wellsley creía que, ahora que los enemigos habían visto que los marines y el personal de la Marina eran algo más que una simple molestia habían empezado a tomarlos en serio. Eso supondría que vigilarían el tráfico por radio de los humanos, realizarían vuelos de reconocimiento regulares y el resto de actividades de la guerra moderna.

Si la inteligencia artificial estaba en lo cierto, los extraterrestres interceptarían la llamada de socorro, localizarían su fuente y enviarían un equipo a comprobar la situación. Ese era el plan, de todas formas, y McKay no veía por qué no iba a funcionar.

El sol se elevó más en el cielo; la temperatura entre las rocas creció. Los marines aprovechaban cualquier sombra que pudiesen encontrar. En secreto, McKay estaba contenta de que las constantes quejas sobre el calor se hubiesen reducido a un mínimo.

Cuando ya llevaban esperando treinta minutos, McKay oyó un sonido, como el zumbido de un mosquito, y empezó a escrutar el cielo con sus prismáticos. Al poco tiempo pudo distinguir una manchita en el cielo, hacia el sur. La manchita se convirtió rápidamente en una Banshee. Pulsó el micrófono.

—Rojo 1 a Escuadrón 3... Empieza la función.

La oficial no se atrevía a decir nada más, para no levantar las sospechas de un posible escucha. Tampoco tenía que decir mucho más. Sus marines sabían lo que debían hacer.

Mientras la nave enemiga se acercaba, varios miembros del tercer escuadrón, algunos de ellos maquillados como si estuviesen heridos, salieron a campo abierto, hicieron visera con las manos sobre los ojos, como si estuviesen buscando un Pelican

que se acercase, y fingieron sorpresa al ver la Banshee. Le dispararon unas cuantas ráfagas y corrieron en busca de la seguridad de las rocas.

A menos de medio kilómetro del lugar del falso accidente, otro marine, o lo que había sido un marine, surgió de un conducto de ventilación y sintió el sol en su cara terriblemente deformada. Bueno, no era su cara, ya que desde que la forma infecciosa le había insertado su penetrador en la columna vertebral, el soldado Wallace A. Jenkins había estado compartiendo su forma física con algo que denominaba «el otro». Un ser extraño que no tenía pensamientos, al menos ninguno al que el humano pudiese acceder, y que parecía no prestar atención al hecho de que su anfitrión aún conservase algunas funciones cognitivas y, posiblemente, también algunas motoras.

Esa consciencia, por lo que había podido ver hasta el momento el marine, era algo único en él, porque sus repetidos intentos para comunicarse con los otros cuerpos que habían pertenecido a sus compañeros de escuadrón habían fracasado.

En esos momentos una desordenada colección de formas infecciosas, portadoras y combatientes empezaban a saltar, tambalearse, anadear y caminar por encima de la superficie de Halo; Jenkins supo que, fuera a donde fuese la columna, sólo tenía un propósito: encontrar formas de vida sentientes y dominarlas. Podía sentir débilmente su ansia, el hambre del otro.

Pero su objetivo era considerablemente distinto. Tras haber sido convertido en una forma de combate, su cuerpo aún era capaz de sujetar un arma. Algunas de las otras formas las llevaban, y eso era lo que Jenkins deseaba más que nada en el mundo. Una M6D estaría bien, pero un arma de energía también le serviría, igual que una granada. No las quería usar contra el Covenant, ni contra el Flood, sino contra sí mismo. O lo que había sido. Por eso se había esforzado tanto en mantener oculta su consciencia al otro, para tener la oportunidad de destruir el cuerpo en el que se encontraba atrapado y escapar del horror que acompañaba a cada uno de los momentos de su vigilia.

El Flood llegó a una colina y, siguiendo el ejemplo de uno de los portadores, empezó a escalar. El otro, con Jenkins a remolque, siguió adelante.

McKay supo que la trampa funcionaría cuando una de las naves de transporte en forma de «U» apareció, sobrevoló en círculos el falso accidente y se preparó para aterrizar. En el momento en que los Élite, los Jackals y los Grunts saliesen de la nave, serían carne de cañón para los marines escondidos entre las rocas y para los francotiradores situados en la planicie de la colina.

La guerra está llena de sorpresas. Cuando la nave del Covenant se elevó de nuevo, McKay se encontró observando todo lo que esperaba, además de una pareja de Hunters. Aquellos cabrones de mirada esquiva eran muy difíciles de matar, y podían despedazar a su sección.

La oficial se tragó el nudo que se le había formado repentinamente en la garganta,

pulsó la tecla del micrófono y susurró algunas instrucciones:

—Rojo 1 a todos los francotiradores y lanzacohetes. Dadles a los Hunters con todo lo que tengáis. Y hacedlo ya. Corto.

Sería difícil concretar qué mató a los Hunters a causa de la torrencial lluvia de balas y obuses que les cayó encima, pero a McKay no le importaba mientras los tanques andantes estuviesen muertos... y lo estaban. Sin duda. Ésas eran las buenas noticias.

Las malas noticias eran que la nave de transporte había vuelto y estaba rociando los peñascos con plasma, lo que obligaba a los Helljumpers a esconderse o a perder la cabeza.

Animadas por el apoyo aéreo, las tropas de infantería del Covenant corrieron para adentrarse entre las rocas, ansiosas por encontrar algo de refugio y para encargarse de los traicioneros humanos. Se vieron obligados a pagar un precio, de todos modos, ya que los francotiradores de la colina ya habían liquidado a cinco soldados alienígenas antes de que la nave llegase a vengarse de ellos.

Los marines se vieron forzados a esconderse mientras la nave enemiga proyectaba una doble hilera de disparos de plasma sobre la cima de la pequeña meseta; mató a dos francotiradores, e hirió a un tercero.

Las cosas empezaron a ponerse feas en la rocosa ladera, ya que tanto los del Covenant como los humanos se cazaban mutuamente entre las enormes rocas, erosionadas por la lluvia. Los rayos de energía volaban, las armas de asalto traqueteaban; ambos bandos estaban jugando a un mortal escondite. Eso no era lo que McKay había planeado, y buscaba una forma de retirarse cuando una nueva oleada de enemigos entró en combate.

Un torrente de criaturas extrañas empezaron a atacar a ambos bandos desde el otro lado de la colina. McKay pudo vislumbrar cuerpos mutilados, con una carne cadavérica, y enjambres de unas esferas diminutas que saltaban y trepaban por las rocas.

El primer problema fue que las tropas del Covenant parecían familiarizadas con esas criaturas, pero los Helljumpers no. Tres miembros del segundo escuadrón ya habían caído bajo el peso combinado de múltiples de esas formas, y un miembro del tercer escuadrón había sido asesinado salvajemente por uno de los grotescos bípedos antes de que McKay comprendiese la verdadera extensión del peligro.

La oficial empezaba a escalar la colina, entre el laberinto de rocas, cuando las llamadas de radio continuaban bombardeándola a través del auricular.

—*¿Qué coño son esas cosas?*

—*¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!*

—*¡Quitádmelo de encima!*

El tráfico por radio se triplicó y la frecuencia de mando se convirtió en una

confusión de gritos, peticiones de órdenes y súplicas de ayuda. Dio la vuelta a una roca y vio que un Grunt corría ladera abajo con dos de aquellas criaturas esféricas colgadas de la espalda. Una ráfaga controlada del fusil de asalto acabó con los tres.

La marine seguía ascendiendo por la colina cuando descubrió que el nuevo enemigo podía tomar otras formas. McKay mató a uno de esos monstruosos bípedos, vio cómo un recluta vaciaba medio cargador sobre una criatura bulbosa y observó repugnada que la moribunda criatura escupía más de aquellas esferas grotescas.

En ese momento la tercera forma apareció entre un par de peñascos, vio a la humana y saltó por el aire.

Jenkins tenía la misma visión que el resto, descubrió a la teniente y pensó que sería un buen objetivo. Era mejor que el suicidio... Era...

Pero no sería así.

McKay siguió con la vista el cuerpo que se aproximaba, dio un paso al lado y usó la culata de su arma para golpear el lateral de la cabeza de la criatura, que cayó hecha un ovillo, se agitó violentamente y a punto estaba de alzarse de un salto cuando la teniente la agarró.

—¡Échenme una mano! ¡Quiero capturar vivo a éste!

Fueron necesarios cuatro marines para reducir a la criatura, atarla de pies y manos y, finalmente, tenerla bajo control. Incluso así uno de los Helljumpers recibió un golpe en el ojo, otro acabó con un brazo roto y un tercero empezó a sangrar por un mordisco en el brazo.

El combate que siguió duró quince minutos, una eternidad; tanto las tropas humanas como las del Covenant dejaban de pelear entre ellos para concentrarse en el nuevo enemigo. A pesar de todo, en el momento en que hicieron explotar la última de las formas bulbosas, volvieron a ello, persiguiéndose a través del laberinto de rocas en una carrera a vida o muerte. Nadie pedía piedad, nadie la concedía.

McKay pidió refuerzos por radio, y con ayuda de la fuerza de reacción, además de dos Pelicans y cuatro Banshees capturadas, fue capaz de espantar el transporte del Covenant y matar a las tropas terrestres que no deseaban rendirse.

Siguiendo órdenes de McKay, los Helljumpers peinaron el área en busca de especímenes razonablemente intactos del nuevo enemigo, para transportarlos hasta la Base Alfa y analizarlos.

Al final, cuando hubieron recuperado los cuerpos, Jenkins era el único espécimen que seguía vivo. A pesar de la forma en que se retorció, se sacudía e intentaba morder a sus captores, lo lanzaron dentro del Pelican, lo ataron con bridas que habían quedado en el remolque y le pegaron unas cuantas patadas como medida de contención.

Junto con la mitad de sus marines en el viaje de vuelta con las bolsas de los cadáveres, McKay permaneció sentada durante casi todo el trayecto hacia la Base

Alfa, que se le antojó eterno. Las lágrimas marcaban senderos en el mugriento rostro de la Helljumper y caían, hasta mojar el suelo entre sus botas. Enfrentarse al Covenant ya había sido bastante duro, y ahora tenían un enemigo todavía peor al que enfrentarse. Por primera vez desde que aterrizaron en Halo, McKay no sentía más que desesperación.

El Spartan dejó atrás el cuerpo del sargento Mobuto y se acercó a una de las enormes puertas de metal. Le alegró ver que estaba abierta. Se agachó y la atravesó. Chispa Culpable 343 desapareció en una de sus misteriosas diligencias unos momentos después y, como un reloj, el Flood apareció en escena.

Ya estaba preparado para recibirlos. Los Flood se arrastraron hacia la sala: docenas de formas bulbosas infecciosas correteaban por las paredes y el suelo, y otra media docena de formas, éstas de combate, las seguían.

Se detuvieron como si estuvieran confusas. Una de las formas de combate miró hacia arriba... y el Spartan se dejó caer desde la columna a la que se había encaramado. Sus botas de metal redujeron la cara de la criatura a pulpa. El fusil de asalto resiguió el borde de la oleada de formas infecciosas. Las vainas detonaron en una reacción en cadena.

«Eso habrá llamado su atención», pensó. El Jefe se dio la vuelta y corrió. Saltó sobre una plataforma elevada, se separó de los enemigos y disparó de nuevo. Cuando el último cuerpo caía, reaparecieron el vigilante y los centinelas.

El Spartan los miró con indignación mientras recargaba sus armas y siguió a Chispa Culpable 343 hasta un ascensor que era idéntico al último que había usado.

La plataforma transportó al humano a un nivel todavía más elevado. Salió de ella, dejó que los centinelas se encargasen de aligerar un tanto el comité de bienvenida que los esperaba en la entrada y después fue a echarles una mano. Sonó un estruendo cuando uno de los combatientes saltó desde un arco y aterrizó sobre un centinela. Sus tentáculos se retorcieron mientras el robot flotante retrocedía, pero se ganaron una serie de chispas y una llamarada. Un momento después el centinela explotó, y el espécimen del Flood y la máquina destrozada cayeron al suelo, formando una bola de carne, hueso y metal. La ducha de metralla seccionó a tres criaturas del Flood, que cayeron al suelo, e hirió a un buen número más.

El Spartan se cargó a otro con una ráfaga de su arma de asalto; los otros robots se desplazaron para freír los restos.

Cuando se hubieron ocupado del contingente de monstruos, el Jefe siguió al vigilante por un corredor bordeado de pantallas azules, a través de un área infestada de Flood, hasta un ascensor que parecía diferente del último. Unas formas geométricas partían el suelo en piezas parecidas a las de un rompecabezas; una serie de paneles elevados montaban guardia alrededor de una columna de luz azul translúcida; todo parecía brillar.

El Jefe Maestro saltó a bordo, sintió una leve sacudida cuando la anciana maquinaria reaccionó ante su presencia y vio que las paredes empezaban a elevarse. En esta ocasión lo conducían hacia abajo, y deseó que se acercase el fin del trayecto. Sin un momento de duda, colocó nueva munición en su arma. Siempre que se desplazaba con uno de esos ascensores acababa en medio de un enorme grupo de Flood.

El ascensor emitía sonidos huecos, reverberantes, cayó mucha distancia y se detuvo con un golpe sordo que reverberó.

Chispa Culpable 343 flotó alrededor de su hombro mientras el Spartan bajaba del ascensor y se acercaba a un pedestal.

—Ahora puedes recuperar el índice —indicó el vigilante. El artefacto brillaba con un tono verde lima; tenía forma de «T». Se deslizó lentamente fuera del tubo cilíndrico que lo había albergado durante muchos milenios. Una serie de bloques metálicos que envolvían el aparato, rotaron y giraron al desaparecer la protección que proporcionaba al Índice.

El Spartan agarró el aparato y lo sacó de su funda tubular.

Alzó el brillante artefacto para examinarlo... y quedó sorprendido por un rayo gris que lanzó Chispa, que arrancó el Índice de su mano y desapareció dentro de la cámara de almacenamiento que tenía el vigilante en el cuerpo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó el Spartan.

—Ya lo sabe, Reclamador —contestó Chispa, como si se estuviese dirigiendo a un niño perdido—, el protocolo requiere que yo tome posesión del índice durante el transporte.

Chispa Culpable 343 planeó y revoloteó, y finalmente volvió a flotar en su sitio.

—Su forma biológica le hace vulnerable a la infección. El índice no debe caer en manos del Flood antes de que lleguemos a la Sala de Control y activemos la instalación. El Flood se está extendiendo... ¡Tenemos que apresurarnos!

El Jefe Maestro estaba a punto de contestar cuando vio las líneas de luz parpadeante que le rodeaban el cuerpo, supo que estaba a punto de teletransportarlo y de nuevo sintió un mareo.

«Yo quería algo», se dio cuenta Keyes. Estaban tamizando los recuerdos que volvía a visionar como si fuese una biblioteca infinita de vídeos por alguna razón. La presencia que zumbaba en su mente buscaba... ¿qué buscaba?

Se agarró a este pensamiento y presionó contra el muro de resistencia que el otro había erigido alrededor cuando había levantado su consciencia. Lo golpeó de nuevo y casi logró deslizado...

Y lo comprendió: huir. Fuera lo que fuese esa cosa, quería salir del anillo. Tenía hambre, y había lugares perfectos para alimentarse.

El otro penetró en su mente con un tentáculo que parecía alambre de espino y

trajo a la superficie una imagen del amanecer terrestre visto desde la luna, que se mezcló con las imágenes del ganado en el matadero. Sintió que los tentáculos del otro agarraban con ansia la imagen de la Tierra. «¿Dónde? —gritó, como un trueno—. Di.»

Se incrementó la presión, que golpeó la resistencia de Keyes, y, desesperado, éste buscó un nuevo recuerdo. La presencia extraterrestre parecía perpleja ante la imagen de Keyes: un ami

go de la infancia chitando una pelota de fútbol en un campo de color verde intenso.

La presión disminuyó mientras el otro examinaba este nuevo recuerdo.

Keyes sintió una punzada de arrepentimiento. Sabía lo que debía hacer a continuación. Cogió todo lo que recordaba de la Tierra, su localización, su habilidad para encontrarla, sus defensas, y lo enterró lo más profundamente que pudo.

Keyes tuvo un sentimiento de pérdida cuando le arrancaban el recuerdo del campo de fútbol y lo descartaban para siempre. Corrió a emitir otro recuerdo, el sabor de su comida favorita. Empezó a entregar sus recuerdos a la presencia que invadía su mente, migaja a migaja.

De todas las batallas en las que había luchado, ésta era la más dura... y la más importante.

El Jefe se materializó en la pasarela que parecía flotar sobre el negro abismo que se abría debajo, en la sala de control. Vio la réplica de Halo que flotaba encima de ellos, en forma de arco, el globo que flotaba en medio de la pasarela y el panel de control donde había visto a Cortana por última vez. ¿Estaba aún allí?

Chispa Culpable 343 flotaba por encima de su cabeza.

—¿Va algo mal?

—No.

—Espléndido. ¿Seguimos?

El Spartan avanzó. La mesa de control era larga, y se curvaba en ambos extremos. Un espectáculo de luces, que parecía no tener fin, se reproducía a través de la superficie del panel mientras la complicada maquinaria electrónica del mundo anillo transmitía un flujo constante de datos a la pantalla; todos ellos parecían un mosaico de jeroglíficos y símbolos en constante cambio.

Éstos, si alguien sabía interpretarlos correctamente, eran el equivalente del pulso, la respiración y las ondas cerebrales del mundo anillo. Eran informes que trataban sobre la velocidad de rotación, la atmósfera, la meteorología, la compleja biosfera y la maquinaria que lo mantenía todo en marcha, además de las actividades de las criaturas a cuyo alrededor se había formado el mundo: el Flood. Era algo increíble de mirar... y aún más increíble de evaluar.

Chispa Culpable 343 se deslizó por encima del panel de control y echó un vistazo

al humano que estaba plantado frente a él. El artefacto habló con un deje altanero en la voz.

—Mi papel en este cometido ha tocado a su fin. El protocolo no permite a unidades de mi clasificación realizar tareas tan importantes como la reunificación del Índice con el Núcleo.

El vigilante revoloteó hasta flotar al lado del Jefe Maestro.

—El último paso está reservado para usted, Reclamador.

—¿Por qué sigues llamándome así? —preguntó el Jefe, pero Chispa se mantuvo en silencio.

El Spartan se encogió de hombros, aceptó el índice y echó un vistazo al panel que tenía delante. Una ranura, que parecía la indicada, brillaba con el mismo tono verde del índice. Lo deslizó de nuevo en su lugar; el aparato en forma de «T» encajaba perfectamente.

El panel de control tembló, como si lo hubiesen apuñalado, las pantallas se iluminaron como si respondiesen a una sobrecarga y oyó un quejido electrónico. Chispa Culpable 343 ladeó la cabeza, como si intentase mirar al tablero de control.

—Se suponía que no tenía que suceder eso —gorjeó Chispa.

Hubo un resplandor tenue cuando la figura holográfica de Cortana apareció y creció hasta dominar completamente el panel de control. Tenía los ojos de un rosa brillante, los datos cruzaban su cuerpo. El Jefe dedujo que estaba enfadada.

—¿De veras que no? —dijo ella. Hizo un gesto, y el vigilante dejó de flotar, y se desplomó sobre la cubierta con un ruido metálico.

—Cortana... —El Jefe Maestro alzó la mirada.

La Inteligencia Artificial estaba de pie, con los brazos en jarras.

—He estado horas encerrada aquí, mientras lo veía ayudar a esa... cosa a conseguir que nos rebanen los pescuezos.

—Espere. Es un amigo —la interrumpió el Jefe, volviéndose hacia el vigilante.

—Oh, no me había dado cuenta —dijo Cortana, tras llevarse una mano a la boca, para imitar burlonamente un gesto de sorpresa—. ¿Es colega suyo? ¿Su camarada? ¿Tiene idea de lo que ha estado a punto de obligarle a hacer ese cabrón?

—Sí —respondió el Spartan con paciencia—, activar las defensas de Halo y destruir a los Flood. Por eso hemos traído el índice a la Sala de Control.

La imagen de Cortana extrajo el índice de su ranura y lo mantuvo delante de ella.

—¿Se refiere a esto?

Ya reanimado, Chispa Culpable 343 flotó por encima del suelo; estaba furioso.

—¡Un artificial en el núcleo! ¡Es totalmente inaceptable!

Los ojos de Cortana brillaron mientras se inclinaba hacia adelante.

—¡Vete a la mierda!

El vigilante se elevó un poco más.

—¡Qué impertinencia! Debo purgarte ahora mismo.

—¿Estás seguro de que eso es una buena idea? —le preguntó Cortana mientras balanceaba el índice y añadía sus datos a su memoria.

—¿Cómo te atreves? —exclamó Chispa—. Voy a...

—¿Hacer qué? —inquirió Cortana—. El índice lo tengo yo... Tú puedes quedarte ahí, flotando y chisporroteando.

El Jefe Maestro alzó ambas manos. Una de ellas sostenía el fusil de asalto.

—¡Basta! Los Flood se están extendiendo. Si activamos las defensas de Halo, podemos barrerlos.

Cortana miró al humano, con una expresión de lástima en la mirada.

—No tiene ni idea de cómo funciona el anillo, ¿verdad? ¿De para qué lo construyeron los Ancianos? —Se inclinó hacia adelante, con la cara seria—. Halo no mata a los especímenes del Flood... mata su alimento. A los humanos, al Covenant, a lo que sea. Se os pueden comer a todos. La única forma de detener a las criaturas del Flood es hacerlas morir de hambre. Y eso es exactamente para lo que diseñaron Halo: para barrer la galaxia de toda vida sentiente. ¿No me cree? —acabó la IA—. ¡Pregúntale a él! —Señaló a Chispa Culpable 343.

Las repercusiones de lo que decía Cortana le llegaron muy adentro, y agarró con más fuerza su MA5B. Se volvió hacia el vigilante.

—¿Es eso cierto?

Chispa revoloteó un poco.

—Claro que sí —contestó directamente el artefacto. Después, de nuevo con su voz más oficial, continuó—: Esta instalación tiene un radio efectivo máximo de veinticinco mil años luz, pero cuando los otros sigan su ejemplo, esta galaxia estará vacía de vida o, al menos, de cualquier vida con suficiente biomasa para sostener al Flood. Pero esto ya lo sabía —continuó contrito la IA. El pequeño aparato parecía realmente perplejo—. Quiero decir, ¿cómo podía no saberlo?

—Se había olvidado de un detallito, ¿eh? —Cortana miró encolerizada al Jefe.

—Hemos seguido el procedimiento de contención de un brote al pie de la letra —se defendió el vigilante—. Estaba conmigo en cada paso, mientras realizábamos el proceso.

—Jefe —le interrumpió Cortana—, estoy captando movimiento...

—¿Por qué debería dudar en hacer lo que ya ha hecho? —preguntó Chispa Culpable 343.

—Tenemos que irnos —insistió Cortana—. ¡Ahora mismo!

—La última vez me lo preguntó: ¿si fuese una decisión mía, lo haría? —continuó el vigilante, mientras un rebaño de centinelas se colocaban en línea detrás de él—. He tenido un tiempo considerable para ponderar su pregunta, y mi respuesta no cambia. No hay otra opción. Debemos activar el anillo.

—Sáquenlos. De. Aquí —ordenó Cortana, siguiendo a los centinelas con la mirada.

—Si no quiere ayudar, encontraré a otro —siguió conversando Chispa—. Pero primero debo recuperar el índice. Entrégueme su Inteligencia Artificial o deberé arrebatársela.

El Spartan miró a Chispa y a las máquinas que flotaban en el aire, tras él. El arma de asalto estaba preparada para disparar.

—Eso no va a pasar.

—Que así sea —dijo cansado el vigilante. Después, en un comentario dirigido a los centinelas, continuó—: Destruídlo todo, excepto la cabeza.

SECCIÓN V

DOBLE TRAICIÓN

D +68.03.27 (RELOJ DE MISIÓN DEL SPARTAN-117)/SALA DE CONTROL DE HALO

La amplia plataforma que se alzaba sobre el negro abismo de la sala de control se le antojaba pequeña y demasiado limitada al Jefe Maestro mientras lo atacaban desde todas direcciones al mismo tiempo. Rayos energéticos de un tono rojo rubí siseaban, el aire se llenaba del olor del ozono y los centinelas voladores planeaban en círculos, buscando un punto débil en su armadura. Lo único que necesitaban era un golpe certero, una oportunidad para derribarlo, y podrían hacerse no sólo con su cabeza, sino también con el índice.

Las habilidades de intrusión de Cortana eran mucho menos convencionales desde que habían aterrizado en Halo. Le había sorprendido que usara el sistema de comunicación de su armadura como módem para proyectarse sobre los ordenadores de la sala de control. Estaba igual de poco preparado para su súbito retorno. Tras pasar tanto tiempo en los enormes sistemas del anillo, la sentía mucho más grande. Examinó durante un segundo su extraño comportamiento: su sequedad, el temperamento airado.

No tenía tiempo de diagnosticar cuál era el «estado mental» de Cortana. Aún tenía que completar una misión: proteger a Cortana y mantener a Chispa alejado del índice. El Spartan empezó a moverse, consciente de que la pasarela no tenía barandillas y de lo fácil que sería caer al vacío. Esto hacía mucho más complicado acertar a sus objetivos, pero había visto a los Flood derribar algunos centinelas, e imaginaba que si esas formas de combate podían lograrlo, él también. Decidió encargarse en primer lugar de las máquinas que volaban más cerca del suelo.

Se aseguró de lanzar ráfagas certeras contra cada uno de sus objetivos. El fusil de asalto escupió las balas y el más cercano explotó. Cambió el arma y cogió la escopeta, y siguió disparando metódicamente. Introdujo un nuevo cartucho en la cámara y disparó: gracias al amplio radio de alcance que tenían los cartuchos, la escopeta demostró enseguida que era un arma muy efectiva contra los centinelas.

Una de las máquinas explotó, otra golpeó contra la cubierta con un estruendo metálico y una tercera cayó hacia el oscuro abismo, dejando tras de sí una estela de humo.

Después de esto el combate fue más fácil, ya que le disparaban cada vez menos, y el Jefe pudo derribar a tres robots más en una rápida sucesión de disparos.

Empezó a moverse, recargando la escopeta mientras avanzaba. Una máquina, especialmente persistente, aprovechó ese momento para acertarle en la espalda tres veces, lo que disparó la alarma auditiva e hizo descender sus escudos hasta el límite.

En la escopeta sólo le quedaban cuatro cartuchos, pero el Jefe se dio la vuelta, hizo explotar al robot en el aire y giró para darle a otro. Con el arma en ristre, realizó un giro completo, intentando localizar más objetivos. No quedaba ninguno.

—Bueno —musitó, mientras bajaba la escopeta y la cargaba con más cartuchos—, no me lo digas... Deje que lo adivine. Tiene un plan.

—Sí —contestó Cortana con un tono descarado—, tengo un plan. No podemos dejar que el vigilante active Halo. Tenemos que detenerlo... Tenemos que destruir Halo.

El Spartan asintió y flexionó los hombros, que estaban entumecidos.

—¿Y cómo lo haremos?

—Según mi análisis de los datos disponibles, creo que el mejor modo de proceder es un poco arriesgado.

«Como siempre», pensó el Jefe.

—Una explosión de una envergadura suficiente ayudará a desestabilizar el anillo —explicó Cortana—, y destruirá un gran número de sistemas primarios. Nuestro objetivo es lograr una detonación a larga escala. Los reactores de fusión de una nave estelar en punto crítico podrían servirnos.

»Averiguaré dónde se estrelló el *Pillar of Autumn*. Si sus reactores de fusión siguen relativamente intactos, los podríamos usar para destruir Halo.

—¿Eso es todo? —preguntó secamente el Spartan—. Parece un paseo. Por cierto, me alegro de tenerla otra vez conmigo.

—Yo me alegro de estar otra vez con usted —contestó Cortana.

El Jefe Maestro sabía que lo decía en serio. Aunque había diversos biosentientes humanos que ella consideraba sus amigos, el vínculo que compartía con el Spartan era único. Mientras compartieran la armadura, compartirían su destino. Si él moría, ella moría. No hay relaciones mucho más dependientes que ésta, y a Cortana aquello le parecía a la vez maravilloso y aterrador.

Las pisadas de las botas del Spartan sonaban apagadas mientras éste se acercaba a las enormes puertas y pulsaba el interruptor. Se encontraba en uno de los rincones del gran espacio que se abría ante él, y se quedó observando mientras los dos grupos de enemigos se enfrentaban entre ellos e iban mermando su número. Cuando el último

robot se estrelló contra el suelo, aún quedaban dos Elites en pie. El Jefe Maestro tendría que encargarse de ellos.

El soldado del Covenant descubrió al humano, vio que era éste el que tendría que acercarse a ellos y lo esperó. El Jefe se aprovechó de la poca cobertura que había y descendió a lo largo de la estancia. Sólo le quedaba medio cargador de munición dentro del fúsil de asalto, así que no tenía más opción que encargarse de ellos con la escopeta. A esa distancia, no era el arma ideal.

Disparó un par de cartuchos para captar su atención, esperó a que los Élités se acercaran y lanzó una granada de plasma en el hueco que quedaba entre los dos. La explosión mató a uno de esos seres e hirió al otro. Un simple disparo con la escopeta bastó para acabar con él. Cruzó por encima de los cadáveres a grandes zancadas, pero aprovechó para cambiar su arma de asalto por un fusil de plasma.

Le quedaba por recorrer un trayecto corto a través de una habitación vacía y de nuevo saldría por la cúspide de la pirámide. Había oscurecido ya, y una nueva capa de nieve había cubierto el suelo desde el momento en que el oficial se había abierto camino hacia la sala de control desde el valle que ahora lo esperaba debajo.

Había algunos vigilantes, pero todos ellos estaban de espaldas a la puerta metálica, y no se molestaron en darse la vuelta hasta que ésta estuvo medio abierta. Entonces vieron al humano, reaccionaron, aunque tardíamente, y empezaron a disparar. El Jefe ya estaba preparado, y los derribó con su arma de energía. Los Élités se retorcieron y cayeron, y rápidamente los siguieron los Jackals y los Grunts.

La violencia acabó tan súbitamente como había empezado. La nieve que caía en espiral sobre la única figura que seguía en pie empezó la larga y ardua tarea de cubrir todos los cuerpos con una manta blanca y mostrar una imagen irreal de paz.

Cortana aprovechó la momentánea pausa para poner al Spartan al día sobre su plan.

—Las máquinas de estos cañones son los mecanismos primarios de disparo de Halo. Están formados por generadores de pulso de tres fases que amplifican la señal de Halo y le permiten alcanzar con sus disparos hasta lo más profundo del espacio. Si conseguimos estropear o destruir los generadores, el vigilante deberá repararlos antes de poder usar Halo, y esto nos debería conseguir algo más de tiempo. Voy a marcar la posición del generador más cercano con un punto de navegación. Necesitamos avanzar para neutralizar ese aparato.

—Entendido —contestó el Jefe, mientras descendía por la primera rampa, hacia la plataforma que lo esperaba abajo. De nuevo el elemento sorpresa jugaba a su favor. Había matado a dos Élités, cazado a dos Jackals antes de que lograsen huir y se había cargado a un Grunt que había aparecido justo por debajo de él.

El viento silbaba alrededor de ese costado de la pirámide. El Spartan dejaba un camino de huellas mientras avanzaba hasta el lugar en que la rampa se unía a la

pasarela del siguiente nivel. Cruzó hasta el otro lado de la estructura y se enfrentó a dos Elites que acababan de subir por la siguiente rampa y doblaban la esquina tras la que se encontraba él.

Sólo tuvo tiempo de disparar más y más, intentando sobrecargar la armadura del Covenant. Si los alienígenas hubiesen estado más lejos no lo habría logrado, pero las ráfagas de plasma les acertaban de cerca, y eso marcó la diferencia. El primer Élite emitió un balbuceo mientras caía; el segundo intentó esquivar un disparo, pero le voló media cara. Se llevó las manos al rostro, se dio cuenta de su estado y estaba a punto de gritar cuando un rayo de energía le arrebató la vida.

—Espere, deberíamos pilotar una Banshee de éstas —le indicó Cortana cuando el Spartan se disponía a descender hasta el valle—. La necesitaremos para llegar a tiempo a los generadores de pulso. —Como muchas de las sugerencias de la inteligencia artificial, era más sencillo decirlo que hacerlo, pero el Jefe Maestro siempre escogía la opción más rápida y valoró la posibilidad de hacerlo.

Al salir de la pirámide, veía montones de tropas del Covenant, pero ninguno de los seres del Flood, y se vio embargado por una extraña sensación de alivio. Los combatientes del Covenant eran duros, pero él podía llegar a comprenderlos, y eso disminuía su aprensión.

Al fusil de plasma alienígena le faltaba la precisión de una pistola M6D o de un fusil de francotirador, pero el Jefe hizo lo que pudo para encargarse de algunos de los Covenant que tenía delante. Lamentablemente, sólo había podido acertar a tres extraterrestres cuando llamó la atención de un tanque Wraith, además de la de más tropas. No podía hacer nada más que recular por la ladera.

El Wraith, que lo bombardeaba con su plasma, evitó que otras fuerzas del Covenant lograran acercarse a él. Esa ventaja no le duraría mucho, y eso suponía que tenía que encontrar nuevas armas o municiones, y que tenía que encontrarlas ya.

Aunque no hubiera señales de actividad de los Flood, sí que había algunos cadáveres medio congelados desparramados por el terreno, lo que sugería que había tenido lugar una escaramuza significativa en las últimas dos horas. Los Flood normalmente llevaban las armas de sus víctimas, por lo que el Jefe corrió de cuerpo a cuerpo, buscando lo que necesitaba. Durante unos segundos parecía que la búsqueda era inútil, hasta que descubrió una serie de M6D, pistolas de energía, cuchillos de combate y otros equipos... De todo excepto lo que realmente necesitaba.

Entonces, cuando ya casi había perdido la esperanza, vislumbró unos centímetros de tela militar debajo de un combatiente muerto. Apartó el Elite mutado y sintió un entusiasmo creciente. ¿Estaría cargado el lanzacohetes? Si lo estaba, era su día de suerte.

Una comprobación rápida le bastó para asegurarse de que el arma estaba cargada, y, como para demostrar que los golpes de suerte vienen de tres en tres, encontró un

par de cargadores a unos metros de distancia.

Armado con el lanzacohetes, estaba preparado para ponerse manos a la obra. El Wraith suponía la amenaza más importante, así que decidió encargarse de él en primer lugar. Tardó un tiempo en recorrer de nuevo la ladera de la pirámide, en busca de un punto desde el que poder disparar, pero al fin lo encontró. El monstruo se acercaba peligrosamente. Disparó un par de cohetes al tanque de mortero y lo vio explotar.

Hizo caer los tubos de los obuses ya usados, recargó el lanzacohetes y cambió su objetivo. Dos nuevos proyectiles salieron disparados y detonaron en medio de equipos del Covenant. Se dejó caer, y dejó a un lado el lanzacohetes: tenía una cantidad limitada de munición y una vez que la había empleado no tenía más remedio que volver al valle inferior y acabar el trabajo de la forma difícil.

Se acercó silenciosamente a un par de Élites apostados junto a una Banshee. Cayeron bajo dos golpes mortales que les destrozaron la columna vertebral; el Jefe superó sus cuerpos caídos. Inspeccionó los controles de la Banshee mientras Cortana recuperaba los archivos que los chicos de información habían preparado, basados en los exámenes que habían realizado a los aparatos capturados.

Activó el generador de energía. Se preguntó por qué los extraterrestres no le habían atacado con la nave, pero se sentía agradecido de que no lo hubiesen hecho. Echó un vistazo al panel de control. El Jefe Maestro no había pilotado antes uno de esos cazas, pero estaba entrenado para pilotar la mayoría de las naves atmosféricas y espaciales de la UNSC, así que, entre su propia experiencia y los archivos técnicos que le ofrecía Cortana, le fue relativamente fácil dominar los controles. Se tambaleó un poco en el despegue, pero no pasó mucho tiempo antes de poder estabilizar el vuelo y hacer ascender la Banshee.

Estaba oscuro y seguía nevando, lo que se traducía en una visibilidad pobre. Mantenía la vista fija en el señalizador de navegación que Cortana había proyectado en su HUD y en el panel de instrumentos. El diseño era diferente, pero los indicadores de dirección y de altura no diferían mucho de lo que debían ser, y permitían que el humano mantuviese la orientación.

El caza alcanzó una buena velocidad, y como el siguiente valle estaba bastante cerca, en poco tiempo el Spartan pudo vislumbrar la plataforma que estaba sobre un saliente del barranco, además del fuego enemigo que se alzaba para darle la bienvenida. Parecía que se había corrido la voz, y que el Covenant no quería visitas.

En lugar de aterrizar con el fuego alrededor, decidió dar un par de vueltas ametrallándolos antes. Voló bajo y usó los cañones de plasma y de combustible de la Banshee para barrer la plataforma de centinelas antes de frenar para lo que esperaba que fuese un aterrizaje sin enemigos a la vista.

La Banshee chocó contra la plataforma, dio un salto y se detuvo. El Jefe

desmontó, cruzó una escotilla y se introdujo en un pasadizo.

—Tenemos que interrumpir el flujo de energía del generador de pulso —lo informó Cortana—. He ajustado su sistema de escudos para que liberen una descarga electromagnética que destruya el generador... pero tendrá que meterse dentro del flujo para poner en marcha la descarga.

El Jefe Maestro se detuvo ante la siguiente escotilla.

—¿Que tendré que hacer qué?

—Tendrá que meterse dentro del flujo para poner en marcha la descarga —repitió la inteligencia artificial con toda naturalidad—. La descarga electromagnética debería ser capaz de neutralizar el generador.

—¿Debería? —preguntó el Jefe—. ¿De qué bando está?

—Del suyo —replicó con firmeza Cortana—. Estamos juntos en esto, ¿recuerda?

—Sí, lo recuerdo —gruñó el Spartan—, pero no es usted la que acaba con heridas.

La IA decidió permanecer en silencio mientras el Jefe atravesaba la escotilla, se detenía para ver si alguien quería comprobar si llevaba invitación y siguió al indicador de navegación hasta la cámara situada en el centro del edificio.

Una vez allí resultaba imposible no reconocer el generador de pulso. Era de una tonalidad blanca tan intensa que el visor se oscureció automáticamente para proteger la vista del Spartan. Y no era sólo eso, ya que el Jefe podía sentir cómo crepitaba el aire a su alrededor mientras se acercaba a las estructuras de guías en forma de letra delta, y se preparaba para atravesarlas.

—¿Tengo que entrar aquí dentro? —preguntó de nuevo el Jefe Maestro, acuciado por las dudas—. ¿No hay una forma más sencilla de suicidarse?

—Estará bien —contestó Cortana, intentando calmarlo—. Estoy casi segura.

El Spartan se dio cuenta del «casi», apretó los dientes y se lanzó al interior de la cegadora luz. La respuesta fue casi instantánea: se produjo algo parecido a una explosión, la luz empezó a latir y, como consecuencia, el suelo empezó a temblar. El Jefe se dio prisa en apartarse, sintió una ligera succión pero consiguió liberarse. Cuando lo logró, se dio cuenta de que los escudos habían quedado vacíos. La piel le ardía, como si hubiese sufrido quemaduras solares.

—El centro del generador de pulso está apagado —informó Cortana—. Buen trabajo.

Apareció un nuevo escuadrón de centinelas. Se deslizaron por la cámara del generador de pulso estropeado como buitres, se desplegaron y barrieron el área con sus rayos de energía de color rubí. Los vigilantes no sólo intentaban reparar el daño causado, también buscaban el Índice.

Pero el Jefe ya sabía cómo ocuparse de aquellas máquinas asesinas y empezó a esquivar sus láseres mientras las destruía una tras otra. El aire se espesó a causa del

olor a ozono, y él logró retirarse. Recorrió de nuevo el conducto por el que había entrado, hasta llegar a la plataforma donde lo esperaba la Banshee.

—El segundo generador de pulso está localizado en un cañón cercano —anunció Cortana—. Póngase en marcha y le indicaré la posición en el navegador cuando nos hayamos acercado.

El Jefe Maestro lanzó la Banshee hacia una ancha loma, hacia el siguiente objetivo.

Al faltarles la refrigeración necesaria para preservarlos, los cadáveres depositados sobre las mesas de metal ya habían empezado a corromperse. El hedor obligó a Silva a respirar por la boca cuando entraba en la morgue improvisada y esperaba a que McKay empezara su informe.

Seis Helljumpers, armados hasta los dientes, estaban alineados en una de las paredes, preparados para responder en el caso de que uno o más de los seres del Flood volviesen a la vida. Parecía poco probable, a juzgar por la cantidad de daños que había sufrido cada uno de esos cadáveres, pero aquellas criaturas habían demostrado que eran muy resistentes y que tenían una alarmante tendencia a reanimarse.

McKay, que aún intentaba recuperarse de que más de quince marines hubiesen perdido las vidas bajo su mando en un solo combate, estaba pálida. Silva la comprendía, incluso la compadecía, pero no podía permitirse expresar aquellos sentimientos. No tenían tiempo para el duelo, para dudar de sí mismos, para culparse. El comandante de la compañía tenía que hacer lo que había hecho, es decir, tenía que tragárselo todo y seguir adelante. Hizo un gesto frío con la cabeza.

—¿Teniente?

McKay tragó saliva, intentando contener las náuseas que sentía.

—Señor, sí, señor. Es evidente que aún desconocemos muchas cosas, pero basándonos en nuestras observaciones durante el vuelo y la información que hemos adquirido de los prisioneros del Covenant, esto es todo lo que sabemos. Al parecer, el Covenant llegó aquí en busca de «reliquias sagradas», aunque creemos que con eso se refieren a tecnología útil, y se encontraron con una forma de vida a la que se refieren como «el Flood». —Hizo un gesto señalando a las criaturas tumbadas sobre las tablas—. Éstos son los especímenes del Flood.

—Encantadores —murmuró Silva.

—Por lo que hemos podido deducir —continuó McKay—, los Flood son una forma de vida parasitaria que ataca a los seres sentientes, les borra las mentes y controla sus cuerpos. Wellsley cree que Halo fue construido para albergarlos, para mantenerlos bajo control, pero no tenemos ninguna prueba directa de ello. Quizá Cortana y el Jefe puedan confirmar nuestros descubrimientos cuando podamos volver a contactar con ellos.

»El Flood se manifiesta de varias formas; para empezar tenemos a éstos —siguió McKay, usando su cuchillo de combate para pinchar una de las formas infecciosas, ahora flácida—. Como puede ver, tiene tentáculos a modo de piernas, además de un par de penetradores muy afilados. Los usa para invadir el sistema nervioso central de la víctima y controlarlo. Al final, consiguen abrirse camino dentro del cuerpo anfitrión y habitan dentro de él.

Silva intentó imaginarse qué debía de sentirse y un escalofrío le recorrió toda la columna, aunque su aspecto externo se mantuvo inmutable.

—Por favor, continúe.

—Sí, señor. —McKay se desplazó hasta la siguiente mesa—. Esto es lo que el Covenant llama un «combatiente». Como puede comprobar por lo que le queda de cara, éste era un humano. Creemos que era un técnico de armas de la Marina, a juzgar por los tatuajes que aún se le distinguen en la piel. Si mira por el agujero del pecho, podrá ver los restos de la forma infecciosa, que se había deshinchado hasta llegar al tamaño necesario para encajar entre el corazón y los pulmones.

Silva no quería mirar, pero sabía que tenía que hacerlo, y se acercó lo suficiente para ver un cuero cabelludo lleno de arrugas, del que colgaban aún algunos mechones de pelo aislados. Sus ojos catalogaron todo un circo de horrores: la piel de aspecto enfermizo; los ojos, alarmantemente azules, desorbitados, en respuesta a dolores inimaginables; la boca retorcida, sin dientes; el agujero ligeramente arrugado hecho por una bala de 7,62 mm en la mejilla derecha; el cuello lleno de bultos y de pinchazos; el pecho huesudo, partido por la mitad de manera que los senos flácidos de la mujer colgaban a ambos lados; el torso, asquerosamente retorcido, agujereado por tres heridas de bala; los brazos fibrosos, delgados; los dedos, todavía gráciles, en uno de los cuales aún lucía un anillo.

El comandante no dijo nada, pero su cara debió de reflejar todo lo que sentía, ya que McKay hizo un gesto de asentimiento.

—Es bastante horrible, ¿verdad, señor? Ya había visto gente morir con anterioridad, señor... —Tragó saliva y meneó la cabeza— pero nunca nada igual.

»Un triste consuelo es que las víctimas del Covenant no tienen un aspecto mucho mejor. Esta soldado iba armada con una pistola, seguramente la suya propia, pero parece que los Flood son capaces de recoger y usar cualquier arma que puedan conseguir. Y no sólo eso; también son capaces de golpear de forma muy violenta, casi letal.

»La mayor parte de los combatientes parecen ser derivados de los humanos o los Élités —continuó McKay, mientras se dirigía a la última mesa—. Sospechamos que consideran a los Grunts y a los Jackals demasiado pequeños para convertirse en material de combate de primera clase, y por eso los usan como una especie de núcleo alrededor del cual puede crecer la forma portadora. Es difícil de asegurar mirando

sólo el montón de desperdicios que tiene en esta mesa, pero esta forma contenía cuatro de las infecciosas, y cuando reventó, la fuerza de la explosión dejó sin sentido al sargento Linden.

Eso, o la imagen mental que sugería aquella explicación, sirvió para que los Helljumpers, alineados en la pared posterior, sonriesen nerviosos. Parecía que les gustaba la idea de que alguien le diese una lección a Lister.

—¿Wellsley les ha hecho pruebas a todos éstos? —preguntó Silva, ceñudo.

—Sí, señor.

—Excelente. Buen trabajo. Que incineren los cadáveres, envíe a estos soldados a la superficie, a tomar un poco de aire fresco, y venga a mi despacho dentro de una hora.

—Sí, señor —asintió McKay.

Zuka ‘Zamamee esta tumbado boca abajo sobre la tierra endurecida y usaba su monocular para observar el *Pillar of Autumn*. No tenía mucha vigilancia, ya que el número de soldados del Covenant había disminuido demasiado, pero el Consejo había reforzado las fuerzas de seguridad como consecuencia del ataque humano; eso se demostraba por la presencia de Banshees, Ghosts y Wraiths que patrullaban el área circundante a la nave derribada. Yayap, al lado del Elite, no tenía el mismo aparato y tenía que confiar en su propia vista.

—Este plan es una locura —le dijo ‘Zamamee a media voz—. Debería haberte matado hace mucho.

—Sí, Excelencia —coincidió pacientemente el Grunt, sabiendo que sólo hablaba por hablar. La verdad era que su oficial temía volver a bordo del *Truth and Reconciliation*, y no tenía otra opción que aceptar el plan de Yayap, sobre todo si se tenía en cuenta que no había sido capaz de diseñar uno propio.

—Repítemelo todo otra vez —le ordenó el Élite—, para asegurarme de que no cometes errores.

Yayap observó el lector que llevaba en la muñeca. Le quedaban dos, quizá dos unidades y media de metano, antes de que se vaciasen los tanques y se ahogase, pero parecía que ese problema no preocupaba para nada al Élite. Estaba tentado de desenfundar la pistola, dispararle a ‘Zamamee en la cabeza y poner en práctica su estrategia por su cuenta. A pesar de todo, estar acompañado por aquel soldado tenía sus ventajas, además de la vertiginosa sensación de poder que le daba el haberlo amenazado y haber sobrevivido. A pesar de tener todo esto en mente, Yayap consiguió evitar caer en el pánico y eliminar una creciente sensación de rencor.

—Claro, Excelencia. Como bien sabe, los planes sencillos en muchas ocasiones son los mejores; por eso hay muchas posibilidades de que éste funcione. Ante la posibilidad de que el Consejo de Maestros esté buscando a Zuka ‘Zamamee, escogerá una de la identidades de los oficiales que murieron en el campamento humano y la

asumirá.

»Así, conmigo a su lado, nos presentaremos al oficial a cargo de la vigilancia de la nave alienígena, le explicaremos que nos tomaron prisioneros después del ataque, pero que logramos escapar.

—¿Y después qué? —preguntó inquieto el Élite—. ¿Y si envían mi ADN para hacer una comprobación?

—¿Por qué debería hacer eso? —objetó con paciencia el Grunt—. Les faltan efectivos, y casi gracias a los Grandes, les llega un Élite. ¿Correría usted el riesgo de que asignaran a otra posición este gran descubrimiento? No, creo que no. En circunstancias como ésta, aprovecharía la oportunidad de unir a sus filas un guerrero tan capaz y daría las gracias por esa bendición.

Sonaba bien, sobre todo lo del «guerrero tan capaz», por lo que ‘Zamamee se mostró de acuerdo.

—Vale. ¿Y después qué?

—Después, si es que hay un después —explicó Yayap cansinamente—, se nos tendrá que ocurrir otro plan. Mientras, esta iniciativa nos asegurará comida, bebida, y metano.

—Muy bien —concluyó ‘Zamamee—, montemos en la Banshee y hagamos nuestra aparición.

—¿Seguro que ésa es la mejor opción? —preguntó con tacto el Grunt—. Si llegamos en una Banshee, el oficial al mando puede preguntarse por qué tardamos tanto en informar de nuestra llegada.

El Élite miró el camino que les quedaba por delante, una caminata larga y dura, suspiró y consintió.

—De acuerdo. —Recuperó un poco de su antigua arrogancia—. ¡Pero tú llevarás mi equipo!

—Claro —dijo Yayap, poniéndose en pie—. ¿Alguien lo dudaba?

El prisionero había intentado suicidarse dos veces; por eso el interior de la celda estaba vacío, y había vigilancia a todas horas. Aquella criatura que antes había sido el soldado Wallace A. Jenkins se sentó en el suelo, con las dos muñecas atadas a una argolla que tenía justo encima de la cabeza.

La mente Flood, que la humana seguía considerando como «el otro», había estado callada durante mucho tiempo, pero seguía notando su presencia, ceñuda, en un rincón de su cognición, enfadada pero debilitada. Las bisagras rechinaron cuando la puerta de metal se abrió. Jenkins se giró para mirar, y vio a un sargento entrar en la estancia, acompañado por una mujer.

El soldado sintió una embargadora sensación de vergüenza, e hizo lo que pudo para escapar. Antes de que los soldados lo atasen de muñecas al muro, Jenkins había gesticulado para que le consiguiesen un espejo. Un cabo, cargado de buenas

intenciones, le trajo uno, lo sostuvo ante el rostro devastado del soldado y se asustó mucho cuando intentó gritar. Hizo su primer intento de suicidio treinta minutos después.

McKay observó los labios secos y cuarteados del prisionero, y supuso que debía de tener sed. Pidió un poco de agua, cogió la cantimplora que le ofrecían y cruzó la celda.

—Con todos mis respetos, señora, creo que no debería hacer eso —dijo, cautelosamente, el sargento—. Estos mamones son increíblemente violentos.

—Jenkins es un soldado del Cuerpo de Marines de la UNSC —replicó con firmeza McKay— y debe referirse a él como tal. Tendré en cuenta su advertencia, de todos modos.

A continuación, como si fuese una maestra que tratase con un niño recalcitrante, sostuvo la cantimplora de forma que Jenkins pudiese verla.

—¡Mira! —dijo, haciendo que el agua sonase—. Si te comportas bien te daré un sorbo.

Jenkins intentó advertirla, decirle: «¡No!», pero en lugar de eso se oyó a sí mismo farfullar. Envalentonada por esto, McKay desenroscó el tapón de la cantimplora, avanzó tres pasos y estaba a punto de inclinarse cuando el combatiente atacó. Jenkins sintió cómo se le rompía el brazo derecho cuando la cadena lo detuvo, y se enfrentó a sí mismo para evitar que el otro agarrase a la oficial con una tijera.

McKay se retiró justo a tiempo para evitar las piernas de su oponente.

Se oyó un chasquido: el vigilante acababa de dejar entrar una bala en la cámara de la pistola y estaba preparado para disparar.

—¡No! —gritó McKay, y alzó una mano. El sargento obedeció, pero mantuvo el arma apuntando a la cabeza del combatiente.

»De acuerdo —dijo McKay, mirando directamente a los ojos de la criatura—, lo haremos a tu manera. Pero, quieras o no, tendremos que hablar.

Silva ya había entrado en la celda y estaba de pie tras la teniente. El sargento percibió la señal que el comandante le hizo con la cabeza y se retiró a una esquina, con el arma aún preparada.

—Me llamo Silva —empezó el comandante—, y ya conoces a la teniente McKay. Primero, déjame decirte que los dos sentimos mucho lo que te ha sucedido, entendemos cómo te sientes y nos ocuparemos de que recibas los mejores cuidados médicos que pueda dispensar la UNSC. Pero primero tenemos que lograr salir con vida de este anillo. Creo que ya sé cómo hacerlo, aunque nos llevará algo de tiempo, y tenemos que mantenernos en esta meseta hasta que estemos listos para efectuar el siguiente paso. Aquí es donde te necesitamos a ti. Sabes dónde estamos... y sabes cómo se desplaza el Flood. Si estuvieses en mi posición, si tuvieses que defender la base contra el Flood, ¿adonde dirigirías todos los esfuerzos?

El otro usó su mano derecha para agarrar la izquierda, tirar de ella y mostrar una astilla de hueso quebrado. Después, como para usarla a modo de cuchillo, el combatiente se proyectó hacia adelante. Las cadenas lo impidieron. Jenkins sintió un dolor indescriptible y empezó a perder la consciencia, pero logró recuperarse.

Silva miró a McKay y se encogió de hombros.

—Bueno, ha valido la pena intentarlo, pero parece que ya está demasiado lejos.

Jenkins casi esperaba que el otro intentara atacar de nuevo, pero, al haber compartido el dolor del humano, la conciencia extraña decidió que había llegado el momento de retirarse. El humano pudo resurgir en la superficie, emitió una serie de sonidos aullantes y señaló con la mano que aún tenía entera a la bota derecha de Silva.

El oficial miró a su bota, frunció el ceño y estaba a punto de decir algo cuando McKay le tocó el brazo.

—No señala su bota, señor, sino hacia abajo... al área que hay debajo de la meseta.

Silva sintió que algo frío le atravesaba las venas.

—¿Es eso cierto, hijo? ¿El Flood puede estar justo debajo de nosotros?

Jenkins asintió con énfasis, puso los ojos en blanco y siguió emitiendo sonidos nauseabundos.

El comandante movió la cabeza y se puso en pie.

—Gracias, soldado. Comprobaremos el sótano y volveremos a hablar contigo un poco más.

Pero Jenkins no quería hablar, sólo quería morir, aunque a nadie le importaba. Los otros salieron, la puerta se cerró con un chasquido y el marine se quedó solo, con un brazo roto y el alienígena que habitaba en su cabeza. De alguna forma, sin llegar a morir, había sido condenado al infierno.

Como para confirmar esa conclusión, el otro surgió a la superficie, tiró de las cadenas y empezó a golpear contra el suelo con los pies. Había tenido comida delante de él, la comida se había ido y seguía hambriento.

El Jefe Maestro siguió el trayecto que le señalaba el indicador, aterrizó la Banshee robada en una plataforma y entró en el complejo a través de una puerta sin vigilancia. Oyó los ruidos del combate antes de verlo, atravesó el túnel que lo separaba de él y echó un vistazo a través de la siguiente puerta. Como había sucedido antes, el Covenant estaba demasiado ocupado enfrentándose al Flood, y viceversa, así que dejó que los dos grupos redujeran sus efectivos antes de abandonar la seguridad del pasadizo y proceder a limpiar la zona.

A continuación, ansioso por rellenar sus suministros, el Spartan recorrió toda la zona y acabó con un arma de asalto, una escopeta y unas cuantas granadas de plasma. Aunque no le gustaba pensar en su procedencia, estaba contento de poder

desembarazarse del armamento del Covenant que había llevado hasta ese momento y poder agarrar algunas armas de verdad de la UNSC.

Ya se había encargado del primer generador de pulso, y estaba dispuesto a acabar con el segundo, así que se dirigió a su objetivo. Entró en el rayo, vio el destello de luz, sintió cómo temblaba el suelo y estaba a punto de salir cuando el Flood lo atacó desde todas direcciones.

No había tiempo de pensar; no había tiempo de luchar: lo único que podía hacer era huir. Se dio la vuelta y corrió hacia el corredor que había usado para entrar en la cámara y recibió dos fuertes puñetazos por parte de un combatiente. Consiguió deslizarse entre dos portadores y apartarse de su lado cuando reventaron, como si fueran granadas. Escupieron nuevas formas infecciosas de sus cuerpos, ahora deshinchados.

Casi no tuvo tiempo para darse de la vuelta, atravesar a las criaturas más cercanas con proyectiles de 7,62 mm y lanzar una granada al grupo más alejado; estalló con un fuerte *boom*, rompió los cristales y derribó a tres monstruos.

Ya no le quedaba munición en el arma, sabía que no tenía tiempo para recargar y decidió agarrar la escopeta. El arma abrió varios huecos en la multitud que se le acercaba. Corrió a través de una de las aberturas, como un demonio.

Ahora que ya había conseguido un poco de distancia, el humano se dio la vuelta para acabar con sus perseguidores a disparos. Todo el combate no le llevó más de dos minutos, pero dejó agitado al Jefe. ¿Sería capaz Cortana de captar el ligero temblor de sus manos mientras recargaba las dos armas? Mierda, ella tenía acceso sin restricciones a todas sus constantes vitales, así que tenía más idea de lo que le sucedía a su cuerpo que él. Pero si la inteligencia artificial era consciente de cómo se sentía, no lo reflejó en su voz:

—Generador de pulso desactivado. Buen trabajo.

El Jefe asintió sin decir palabra y salió por el túnel, hasta el punto en que había dejado la Banshee.

—El *Pillar of Autumn* está situado a mil doscientos kilómetros hacia el norte —explicó Cortana—. Las lecturas de energía muestran que sus reactores de fusión aún están cargados. Pero los sistemas del *Pillar of Autumn* tienen sistemas de seguridad que ni yo puedo invalidar sin la autorización del capitán. Tenemos que encontrarlo, a él o a sus implantes neurales, para iniciar la detonación del núcleo de fusión.

»Pero nos queda aún un objetivo. Primero debemos encargarnos del último generador de pulso.

Un nuevo indicador de navegación se iluminó en el HUD del Jefe mientras se elevaba, recibía los disparos de una instalación cercana y dejaba que la nave cayese en picado. Se acercaba rápidamente al suelo, pero hizo que se elevara de nuevo y condujo a la nave de asalto alienígena hacia un paso que lo llevaría al siguiente

cañón. El navegador le señalaba hacia la luz que surgía de un túnel. La Banshee recibió fuego antiaéreo. El Spartan supo que sus habilidades como piloto iban a enfrentarse a una dura prueba.

Un cohete destelló a su lado mientras hacía descender la Banshee hacia la cubierta, disparaba las armas de la nave y frenaba la energía de la nave. Ya era bastante difícil tener que volar por el interior del túnel; hacerlo a gran velocidad era casi suicida.

Dentro del gran pasadizo el reto era mantenerse alejado de las paredes y dar los giros necesarios a derecha o a izquierda sin matarse. Unos segundos después, el Spartan vio unas poternas dobles y efectuó un torpe aterrizaje.

Desmontó de la nave, corrió hacia el panel de control, pulsó el interruptor y oyó el fuerte sonido de las puertas que empezaban a abrirse. Con un sonoro *boom*, el sonido de algo que explotaba, las enormes hojas de las poternas se detuvieron. El hueco que quedaba era demasiado estrecho para la Banshee, pero era bastante ancho para que dos portadores se escurriesen por él. Las vejigas jorobadas en que se habían convertido sus torsos se retorcían y latían, ya que las formas infecciosas luchaban por salir de su interior.

El Jefe hizo explotar a los dos monstruos con dos tiros consecutivos de escopeta y se deshizo del resto de formas infecciosas con otro tiro. Lo mejor sería recargar el arma; seguro que había muchas más criaturas al otro lado de la puerta.

Resignado a la inminente escaramuza, se deslizó a través del hueco y se detuvo. No se oía nada, sólo el suave rugido de la maquinaria, un goteo de agua a su derecha y su propia respiración. El indicador de amenazas estaba despejado: no había enemigos a la vista, pero eso no le servía de mucho. No con el Flood. Tenía la mala costumbre de aparecer de la nada.

La cueva, si era correcto llamar a ese enorme espacio así, presentaba un gran número de recodos tras los cuales se podían esconder. Unos tubos enormes surgían de las paredes y se hundían en el suelo, había unas misteriosas construcciones parecidas a islas en la plataforma circundante y no había forma de saber qué acechaba en las sombras. Las luces, colocadas en las alturas, proveían la poca iluminación que había en la sala.

El humano estaba de pie en una ancha plataforma que ocupaba todo el largo del área. Una profunda sima separaba la plataforma donde estaba de una estructura aparentemente idéntica al otro lado del cañón. Uno de los dos puentes que habían unido el desfiladero había sido derribado, por lo que la única manera de cruzarlo era el otro... Un punto perfecto para quien quisiera tenderle una emboscada.

Como no tenía elección, descendió hasta el punto al que estaba anclado el puente que quedaba y empezó a cruzarlo. No había avanzado más de treinta pasos cuando cincuenta o sesenta formas infecciosas surgieron de su escondrijo y danzaron,

bloqueándole el camino.

El Spartan mantuvo su posición, esperó a que las formas del Flood se acercaran más y lanzó una granada de fragmentación en el centro del grupo.

A pesar de que la amplia caverna amortiguó el sonido, se oyó una explosión y la metralla que salió disparada acabó con casi todas las criaturas; sólo quedaba un puñado.

Los dos supervivientes que quedaron eran optimistas y saltaron adelante, en lugar de quedarse en el lugar en que el resto de su equipo había sido aniquilado. Un simple disparo de escopeta fue suficiente para acabar con ambos.

Introdujo unos cuantos cartuchos más, respiró profundamente y siguió adelante. Realizó la mitad del recorrido antes de que una fuerza combinada de combatientes, portadores y formas infecciosas se reuniera al otro lado del puente. Una nueva granada infligió más bajas, pero a pesar de todo cargaron contra él; el Jefe Maestro se vio obligado a recular, aunque siguió disparando su fusil de asalto.

Durante unos segundos lo atacaron codo con codo: los combatientes saltaban distancias de quince metros, los portadores se dirigían directamente hacia él y las formas infecciosas, omnipresentes, ocupaban cualquier hueco que quedase entre ellos. El Spartan seguía retrocediendo y ya había recargado tres veces el arma cuando dio con la espalda contra un muro; la última forma de combate que quedaba cayó a sus pies empezó a levantarse y recibió un disparo en la cabeza.

Ahora tenía tiempo de volver a llenar los depósitos de las dos armas; caminó por el puente cubierto de sangre y entrañas, y probó a cruzarlo de nuevo. Este nuevo intento tuvo éxito, pues en esa ocasión la oposición era débil y aprovechó la ocasión para hacerse con más munición.

Las puertas que tenía ahora delante se abrieron sin problemas y le dieron acceso al Spartan a una sección del túnel relativamente corta que lo llevó de nuevo a la superficie. Había decidido infiltrarse sin ser descubierto, si era posible, así que se deslizó con cuidado fuera del pasadizo, escaló la colina nevada que tenía a la derecha... y fue a parar ante un grupo de cuatro criaturas del Flood. Con una granada se encargó de dos de ellos; el fusil de asalto se encargó de los restantes.

Una Banshee lo sobrevoló, acribilló una gran franja de nieve con sus disparos, y siguió volando por el valle. El Jefe se sorprendió de escapar tan fácilmente, pero teniendo en cuenta la oscuridad y la confusión que reinaba, podía ser que el piloto lo hubiese confundido con un combatiente: un objetivo al que valía la pena disparar pero no tan importante para dar la vuelta... y menos cuando el valle estaba lleno de combatientes.

Se dirigió hasta llegar al pie del precipicio y avanzó protegido por las rocas y los árboles que limitaban el valle. El trueno incesante de las armas automáticas y los gemidos de las armas de plasma atestiguaban la intensidad del combate que estaba

teniendo lugar a su derecha.

En aquellos momentos, cuando empezaba a creer que sería capaz de cruzar todo el valle sin tener que disparar un solo tiro, llegó a una pequeña elevación, desde la que pudo confirmar que el Covenant y Flood estaban enfrascados en un combate en la depresión que tenía ante él. Una granada, seguida de una serie de ráfagas del MA5B, diezmó ambos grupos.

La nieve crujía bajo el peso del humano mientras éste descendía por el campo manchado de sangre, pasaba el punto en que tres formas infecciosas se habían enzarzado en una pelea por el cuerpo de un Élite caído, y se dirigió hacia otra ligera elevación. Al pasar por un grupo de árboles, un combatiente y un portador intentaron derribarlo. Los dos seres del Flood temblaron mientras las ráfagas de 7,62 mm los detenían en el aire. Acabaron sobre la nieve.

Tras atravesar el perímetro de la batalla, el Jefe Maestro siguió las indicaciones del navegador hasta un segundo valle donde se encontró un grupo de marines muertos. Aprovechó para recoger munición y se estuvo debatiendo entre quedarse con el arma que llevaba o cambiarla por un fusil de precisión o un lanzacohetes. Lo mejor hubiese sido quedarse con las tres armas, pero llevar tantas hubiese sido contraproducente, además de muy pesado. Al final recogió el fusil de precisión y la escopeta. Esperaba haber tomado la decisión correcta.

El Spartan examinó a los marines, buscando sus placas de identidad, y descubrió que alguien ya se las había llevado; el mismo que había arrastrado los cadáveres hasta una cueva cercana para que las formas infecciosas no los encontrasen. Aquél sería un buen lugar para almacenar las armas extras.

Cuando ya había seguido el segundo valle hasta donde se convertía en un tercer valle, se encontró con una escena que ahora ya le era familiar: el Covenant se enfrentaba al Flood con todos los recursos que tenía a su alcance, lo que incluía Ghosts, Shades y dos Wraiths que desarrollaban una actividad frenética. El Flood, de todas maneras, tenía una cantidad ingente de efectivos que lanzarles encima, y no dejaban de hacerlo.

Lo que el Jefe necesitaba era la Banshee que estaba aparcada en un extremo del valle. Para llegar a la nave necesitaría reducir el número de integrantes de cada bando. Se mantuvo a la derecha, se deslizó pegado al precipicio, y escondió su avance tras la pantalla protectora que le ofrecía un grupo de árboles y rocas. Tras pasar tras una roca tan grande como una casa y encontrar un punto desde el que dominaba toda el área, el Spartan cogió el S2AM, seleccionó el visor de IOx y dio inicio a su sangrienta tarea.

Para esta situación en concreto escogió los objetivos más débiles: empezó con los Grunts que controlaban los Shades, y siguió con los Jackals dispersos, con la esperanza de que los Élites tardarían en darse cuenta de las bajas que habían sufrido,

y que aún no enviarían el tanque a por él.

El único problema era que, cuando miraba por el objetivo, el pequeño mundo que se recreaba en su interior lo absorbía completamente y bajó la guardia. La primera pista que tuvo de que una forma del Flood estaba a su espalda fue que la criatura lo golpeó en la cabeza.

El golpe habría matado a cualquier otro, pero la armadura le salvó la vida. El Jefe giró con el impulso que le proporcionaba el golpe. El S2, con un cañón demasiado largo, no era recomendable para los combates cuerpo a cuerpo, pero era todo lo que tenía a mano. No tuvo tiempo ni de apuntar, sólo de disparar; y así lo hizo.

El proyectil alcanzó al ex Élite en el pecho, pero el combatiente ni se inmutó cuando la bala atravesó su masa esponjosa. Un pequeño riachuelo de líquido entre verde y gris brotó de la herida. La criatura embistió contra el Jefe Maestro con un peligroso golpe.

El Spartan esquivó el ataque y dejó caer el fusil. Se agachó, rodó de nuevo por el suelo y se levantó con la pistola en ristre. Vacío el cargador sobre la bestia: un tiro le arrancó el brazo izquierdo, y la última bala abrió un agujero de un palmo en la espalda del ser del Flood.

Pegó una patada contra el pecho de la criatura, con la que aplastó la forma infecciosa que se escondía en el interior. Recuperó el S2, malhumorado. Pasó unos segundos examinando el ser del Flood derribado: las entrañas de la criatura se estaban licuando. El proyectil del S2 había atravesado la masa del pecho de la criatura sin acertar ningún punto vital, por lo que ésta había seguido en pie.

Otra horrible sorpresa cortesía del Flood.

Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no habría más sorpresitas esperándolo en la zona circundante; con el corazón todavía laténdole con la fuerza de un martillo pilón el Jefe reprendió su desagradable tarea. Tres guerreros del Covenant cayeron antes de que una andanada de bolas de fuego trazase un arco en el aire y aterrizasen alrededor de su posición. Una cayó tan cerca que la onda expansiva bastó para hacer descender sus escudos hasta la zona roja y poner en marcha la alarma.

El Jefe Maestro reculó un poco, cambió al arma de asalto a tiempo para paralizar a un par de Grunts que se habían mostrado demasiado aguerridos, y volvió al S2 mientras daba la vuelta a la enorme roca. Seleccionó un nuevo punto desde el que podía encargarse al mismo tiempo del Covenant y del Flood.

Ahora deseaba agujerear a los Élités; gracias a las balas perforadoras de 14,5 mm pudo derribar a la mayoría con un solo disparo. Pero los combatientes eran otra historia, así que pasó de nuevo a la pistola. Era menos precisa, pero perfecta para aquel trabajo. En poco tiempo había una docena de cadáveres desperdigados sobre la nieve. Pero llamó la atención: el tanque de mortero viró para bombardear su nueva posición. Debía retirarse.

El Wraith suponía un problema, un problema grave, y el Spartan sólo podía hacer una cosa: volver al escondrijo donde había dejado las armas y cambiar el fusil de precisión por el lanzacohetes. Hacerlo suponía una molestia, pero no tenía más opciones.

Tardó casi media hora en recorrer el trayecto que separaba el valle del escondrijo de las armas, así que esperaba que, cuando volviese, las cosas se hubieran calmado un tanto. Ése no fue el caso, lo que sugería que el Flood había lanzado todavía más efectivos a la batalla.

El Jefe siguió sus propias huellas hasta el refugio que había hallado tras la gran roca, se colocó el lanzacohetes en el hombro y activó el zoom. Fue como si el Wraith, entretenido lanzando bombas por el valle, diese un salto en su dirección. Como si percibiese su presencia, el tanque giró sobre su eje y disparó una bomba contra la roca.

El Spartan se obligó a ignorar el cometa artificial, fijó su objetivo y apretó el gatillo. Se oyó un impacto, seguido de un fuerte *boom*, y a continuación vio humo... pero el Wraith siguió disparando contra él.

Las bolas de fuego estaban estallando a su alrededor. El Jefe Maestro respiró hondo, mantuvo el tanque en el centro de su campo de visión y disparó de nuevo. El arma saltó en sus manos pero el segundo obús se dirigió en línea recta y lo golpeó con un fuerte crujido. El Wraith se abrió como una flor y eructó un humo negro, antes de dirigirse sin control hacia un montículo de nieve.

—Buen disparo —comentó Cortana con admiración—, pero cuidado con el Ghost.

Fue una buena advertencia; aunque el vehículo de combate no había entrado en la refriega hasta ese momento, ahora aparecía ante él y empezaba a rociarlo con sus armas de plasma, amenazando con lograr lo que el resto de soldados del Covenant no habían podido llevar a cabo.

El Jefe ya había recargado el lanzacohetes para entonces, que era el arma perfecta. Con un solo disparo lanzó al vehículo de ataque dando vueltas de campana, con las entrañas al aire y llamas surgiendo del compartimento de los motores.

Eliminado este problema, el Jefe Maestro se puso en pie, recargó el lanzacohetes y corrió directamente hacia la Banshee. Estaba a mitad del camino, sin ningún lugar donde esconderse, cuando un par de Hunters surgieron de detrás de unas rocas.

El Jefe no tenía más opción que detenerse, hincar una rodilla en el suelo y enfrentarse a ellos, aunque daba gracias de tener aún el lanzacohetes. El primer proyectil dio en la diana, se estrelló contra el pecho del alienígena e hizo estallar al muy cabrón. El otro disparo sobrevoló al segundo Hunter y partió por la mitad un árbol. El gran extraterrestre empezó a avanzar, acelerando y embistiendo con el cañón que llevaba sobre el brazo.

Disparar frontalmente con balas de 7,62 mm contra el Hunter sería un desperdicio y, aunque era lento, el alienígena aún podía destrozarlo con una ráfaga del cañón de combustible, por lo que fijó el visor en un objetivo que ahora era tan grande que no hacía falta ni usar el zoom y dejó volar el proyectil.

El Hunter vio cómo se le acercaba el misil, intentó desviarlo con el escudo pero no lo logró. Unos segundos después la zona circundante recibió una ducha de pedazos de carne caliente que tundían la nieve y levantaban volutas de humo.

El Jefe avanzó sin mirar de nuevo, montó en la Banshee y disparó contra las tropas del Covenant a medida que las sobrevolaba. A juzgar por el punto que el indicador de navegación señalaba, debía ganar altura, mucha altura, por lo que colocó la nave alienígena casi perpendicular al valle.

Cuando la señal, parecida a una letra delta, cambió de posición y señaló un punto por debajo de él, supo que había ascendido lo suficiente. Hizo un *loop* en el aire y enseguida vio el siguiente punto de entrada. El área que lo rodeaba estaba oscura y seguía nevando, pero la plataforma estaba bien iluminada. Hizo descender la Banshee hacia la pista. Acababa de abandonar el asiento de piloto cuando lo atacaron centinelas.

—Es el último —explicó Cortana—. Los vigilantes harán lo que sea para detenernos.

El Jefe derribó tres de las molestas máquinas, corrió hacia la escotilla de entrada y cerró la puerta, lo que dejó al resto fuera.

—Nos acercamos —comentó Cortana—. El generador está ahí delante.

El Jefe asintió, llegó a una estancia y sintió la quemadura de un láser recorrer su armadura. Parecía que había centinelas apostados dentro del complejo; y no sólo eso, sino que esas máquinas además tenían campos de fuerza intermitentes que resistían el envite de las armas automáticas.

De todas formas aún tenía un par de sorpresas de 102 mm en la manga para los guardaespaldas mecánicos, y las disparó en el centro del grupo de robots flotantes. Tres centinelas explotaron en el aire; un cuarto empezó a dar vueltas de campana, intentando librarse de una granada de plasma. No lo logró y se llevó a otro robot con él. El quinto y el sexto cayeron víctimas de una ráfaga de balas mientras sus escudos se recargaban, mientras que el séptimo chocó contra una pared, cayó al suelo y estaba intentando despegar de nuevo cuando el Jefe lo pisoteó hasta acabar con él.

El camino estaba despejado por el momento, y el Spartan aprovechó para avanzar. Con unas zancadas llegó a la cámara central, donde pudo acercarse sin complicaciones al último generador de pulso.

—Último objetivo neutralizado —confirmó Cortana cuando salió de debajo del pulso—. Ahora salgamos de aquí.

—Busquemos un vehículo que nos lleve hasta el capitán —dijo el Jefe mientras

se preparaba para irse.

—No, eso nos llevará demasiado tiempo.

—¿Tiene una idea mejor?

—Hay una red de teletransportación que rodea todo Halo. Así es como el vigilante logra moverse tan rápido —explicó la IA—. Aprendí a manejarla cuando estuve en la sala de control.

—Vaya —exclamó el Jefe con un deje de enojo—, ¿y por qué no nos ha teletransportado hasta los generadores de pulso?

—No podía. Desafortunadamente, cada salto requiere un gasto considerable de energía, y no tengo acceso a los sistemas energéticos de Halo para redirigir la que necesitamos. —Hizo una pausa, y continuó hablando, un tanto reacia—: Pero puede haber otra forma...

El Spartan frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Algo me dice que no me va a gustar.

—Estoy segura de que puedo usar la energía de su armadura sin dañar permanentemente el sistema de escudos ni las células energéticas —continuó Cortana—. No hace falta decir que creo que deberíamos intentarlo una sola vez.

—De acuerdo. Conecte con la red del Covenant. Si sólo tenemos una oportunidad, mejor asegurarnos de hacerlo bien.

Cortana se calló mientras usaba sus trucos de intrusión para escanear el software.

—Recibo una señal del capitán Keyes, y la tengo localizada —exclamó, unos instantes después—. ¡Sigue vivo! ¡Y sus implantes están intactos! El único problema es que hay algunas interferencias de los reactores dañados de la nave, pero nos llevaré lo más cerca que pueda.

—Hágalo —gruñó el Jefe Maestro— y acabemos con esto.

Unas bandas de luz dorada empezaron a iluminar su armadura en el momento en que acababa de hablar; la sensación de mareo, ahora familiar, volvió y el Jefe Maestro se desvaneció a través del suelo. Cuando ya no estaba, su presencia sólo quedaba atestiguada por unas motas de luz ambarina. Unos segundos después, éstas también desaparecieron.

**D +73.34.16 (RELOJ DE MISIÓN DEL SPARTAN-117)/A BORDO DEL
«TRUTH AND RECONCILIATION»**

No estaba aquí, no estaba allí, no estaba en ninguna parte; eso era lo que único que podía saber el Jefe en la extraña tierra de nunca jamás que era la red de teletransportación de Halo. No podía ver ni oír nada, sólo tenía una sensación de velocidad que lo mareaba. El Spartan notó cómo se recomponía su cuerpo molécula a molécula. Vislumbró algunas imágenes de lo que parecía el interior de una nave del Covenant cuando las bandas de luz dorada recorrieron de nuevo su cuerpo y desaparecieron por encima de su cabeza.

Había algo que no funcionaba muy bien, y empezaba a imaginar lo que era (el interior de la nave estaba al revés) cuando cayó de cabeza sobre la cubierta.

Se había materializado con los pies en el techo del pasillo.

—¡Oh! —exclamó Cortana—. Ya veo, así que las coordenadas tienen que ser...

El Jefe se puso en pie, golpeó el área donde llevaba los implantes y meneó la cabeza. La inteligencia artificial dijo con voz arrepentida:

—Vale. Lo siento.

—No importa —contestó el Spartan—. Informe de situación.

Cortana volvió a los sistemas informáticos del Covenant, algo mucho más sencillo ahora que estaban a bordo de uno de los acorazados del enemigo.

—La red del Covenant es un caos absoluto —informó—. Por lo que he podido colegir, los líderes ordenaron a todas las naves que abandonaran Halo en cuanto descubrieron el Flood, pero era demasiado tarde. El Flood inundó este acorazado y lo capturó.

—Supongo que eso es malo.

—El Covenant piensa lo mismo. Les aterroriza la idea de que el Flood sea capaz de reparar la nave y usarla para escapar de Halo. Han enviado una fuerza de choque para neutralizarlo y preparar la nave para su salida inmediata.

El Jefe echó un vistazo hacia el pasillo. Las paredes eran violeta. ¿O eso era tono

lavanda? Unos extraños patrones surcaban el material, como los dibujos aceitosos de los caparazones de los escarabajos. Fuera lo que fuese, ¿qué importancia tenía, sobre todo en un vehículo militar? ¿Quién sabía? Quizá los del Covenant creían que el color verde oliva era para pringados.

Empezó a avanzar, pero se detuvo de inmediato cuando sus implantes captaron una voz, casi un gemido.

—*Jefe... No seáis idiotas... Dejadme.*

Era la voz de Keyes.

Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK. Se agarró a la cuerda que le suponía su onda transponedora de CNI, y «oyó» voces familiares. Una voz masculina, dura como el hierro. Una voz femenina, ácida y cálida.

Las conocía.

¿Era otro recuerdo?

Se estaba esforzando en desenterrar más pedazos de su pasado para retrasar el atontador avance de la presencia alienígena en su mente. Cada vez era más difícil seguir sabiendo quién había sido, ya que los diferentes fragmentos de su vida, las cosas que le hacían lo que era, le eran arrebatados uno a uno.

Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK.

Las voces. Hablaban de él. El Jefe Maestro, la IA Cortana.

Sintió cómo el pánico lo dominaba. No deberían estar allí.

El otro se hizo más fuerte, y lo presionó, ansioso por averiguar por qué aquellas criaturas eran tan importantes para aquel prisionero que se aferraba tan tozudamente a su propia identidad.

Keyes, Jacob. Capitán. Número de identificación: 01928-19912-JK.

—*Jefe, Cortana... No deberían haber venido... No sean idiotas. Dejadme. Salgan de aquí. Huyan.*

La presencia se hizo más débil; pudo notar cómo disfrutaba de la próxima victoria. No faltaba mucho.

—¿Capitán? —preguntó Cortana a la desesperada—. ¡Capitán! Lo he perdido.

Ninguno de los dos dijo nada más. El dolor en la voz de Keyes era evidente; lo único que podían hacer era adentrarse en la nave y esperar encontrarlo.

El Jefe atravesó una puerta y se dio cuenta de que el mamparo que había a continuación estaba salpicado por sangre del Covenant. Supuso que habían luchado allá dentro, lo que significaba que en cualquier momento podría encontrarse con miembros del Flood. Siguió descendiendo por el corredor, con la boca un poco más seca, el corazón latiéndole más rápido, los músculos del estómago más tensos.

Confirmó enseguida sus sospechas cuando oyó el sonido de una refriega, giró a la derecha y vio el estallido de los disparos al final del pasillo. Dejó que los combatientes diezmaran un poco sus tropas antes de acercarse y acabar con los

supervivientes.

A continuación giró a la izquierda, después a la derecha, y llegó a una escotilla. Tras ella había un gran hueco, de bordes irregulares. Un poco más lejos, tras el agujero, había otra pelea en marcha.

—Analizando datos —dijo Cortana—. Este boquete ha sido causado por algún tipo de explosión. Lo único que detecto abajo son charcos de líquido refrigerante. Tenemos que seguir buscando en alguna otra parte.

El consejo de la inteligencia artificial tenía sentido, y el Spartan volvió sobre sus pasos, pero cuando dobló la primera esquina, a la izquierda, se desató el infierno ante él.

—¡Cuidado! —gritó Cortana—. ¡Está aumentando el nivel de amenazas! —A continuación, como para demostrar que lo que decía era cierto, una multitud de seres del Flood se dirigieron hacia él.

Disparó, reculó, y disparó de nuevo. Los portadores explotaron en una confusión de pedazos de carne, tentáculos cortados y lodo verde. Los combatientes siguieron avanzando, como si desearan morir, bailaron bajo el impacto de las balas de 7,62 mm, y cayeron. Las formas infecciosas recorrían el suelo de la cubierta, saltaban por el aire y se convertían en hojas de carne voladora.

Pero había demasiados, demasiados para que pudiese con ellos una sola persona y, aunque el Jefe oyó que Cortana comentaba algo sobre el agujero negro, él siguió reculando hasta que por accidente cayó por él, unos veinte metros, y aterrizó en un estanque de líquido verde. No estaba en la nave, sino debajo de ella. En alguna parte de la superficie. El refrigerante estaba tan frío que podía sentirlo por dentro de la armadura. Además, era espeso... lo que le hacía muy difícil moverse dentro de él.

El Jefe Maestro sintió que sus botas tocaban el fondo, comprendió que el peso de la armadura lo mantendría hundido y avanzó hacia una especie de playa. La cueva era oscura, iluminada exclusivamente por la propia luminiscencia del refrigerante, aunque había algunos rayos de plasma que surcaban el aire por encima de él, acompañados por el constante traqueteo de un arma automática.

—Salgamos de aquí —dijo Cortana—. Encontremos una forma de volver a la nave.

Avanzó hacia el lugar donde estaba teniendo lugar la escaramuza, permitió que los combatientes diezmaran su número antes de lanzarles una granada, esperó a que cayeren al suelo los pedazos de cadáveres y comenzó a disparar a los que quedaban en pie.

A continuación tuvo que seguir adelante por una serie de pasadizos de anchura escasa para que pasase un solo cuerpo, hasta que llegó a un punto en que, de todas direcciones, le atacó un número inacabable de especímenes del Flood.

—Por aquí —dijo Cortana, cuando ya habían logrado abrirse paso a través de

charcos de refrigerante y de montones de cadáveres—, hacia el ascensor gravitatorio.

Un indicador de navegación apareció en su HUD; siguió la flecha roja alrededor de una curva, hasta llegar a una repisa sobre una cuenca llena de refrigerante. Mientras la observaba, una docena de portadores llegó para enfrentarse a unos soldados del Covenant atrapados.

El Spartan sabía que era imposible atravesar todo ese follón, se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos, y encontró un fusil de precisión, una de las muchas armas desperdigadas por la zona, que estaba atrapada bajo un combatiente decapitado. El oficial recogió el fusil, comprobó que estuviese cargado y volvió a la repisa. A continuación, con mucho cuidado, para que cada disparo hiciese diana, abrió fuego.

Los Élite, los Jackals y los Grunts cayeron con mucha facilidad, pero los seres del Flood, sobre todo los portadores, era prácticamente imposibles de eliminar con esa arma. Con pocas excepciones, parecía como si las balas atravesasen a aquellos cabrones llenos de bultos sin causarles ningún daño.

Cuando se le agotó toda munición de 14,5 mm, el Jefe recuperó la escopeta, saltó al líquido verde y lo vadeó, siguiendo la línea de la orilla. Oyó un sonido de succión, casi obsceno, y vio que una forma infecciosa intentaba colarse en el pecho de un Élite. Los voló a los dos.

Tuvo que seguir despejando el camino, pues nuevos combatientes y un puñado de formas infecciosas intentaron derribarlo. La mejor receta contra ellos fueron unas buenas dosis de disparos de escopeta, y el área pronto quedó sembrada de tentáculos cortados y carne húmeda.

Un pasaje negro como la noche lo llevó hasta un nuevo estanque, desde donde vio cómo el Flood se encaramaba a un Shade y cómo derribaban al Élite que estaba sentado a los controles. El Spartan empezó a recular, disparando, cuando las criaturas del Flood se percataron de su presencia y saltaron hacia él. Les disparó, recargó y disparó de nuevo; en todo momento reculando, en todo momento a la defensiva, en todo momento esperando un respiro.

No era el tipo de peleas que le gustaban. Habían diseñado a los Spartans para ser armas ofensivas, pero desde que había aterrizado en el anillo, había estado todo el rato a la fuga. Tenía que encontrar una forma de tomar la iniciativa, y tenía que ser pronto.

No había ningún hueco en el interminable muro de atacantes del Flood. Siguió disparando hasta vaciar las armas, arrancó pistolas de energía de dedos muertos y las disparó hasta descargarlas.

Recogió más armas humanas de los combatientes muertos y, al final, más gracias a su tozudez que a cualquier otra razón, el Jefe Maestro se encontró de pie, solo, con el fusil alzado, sin nada contra lo que disparar. Se sintió aliviado... seguía vivo.

Pero no podía perder el tiempo alegrándose.

Ansioso por volver a bordo del crucero y por encontrar al capitán Keyes, volvió sobre sus pasos, al pasaje que había tenido que rendir al Flood, dejó atrás el Shade, dobló un recodo y vio un par de docenas de las formas infecciosas surgir de la oscuridad. Una granada de plasma iluminó la noche, pulverizó los cuerpos y produjo un satisfactorio *boom*. Aún se oía el eco en las paredes del cañón cuando el humano se deslizó por un estrecho pasaje y salió frente a un nuevo charco, muy disputado. A unos cincuenta metros, el Covenant y el Flood se embestían, intercambiaban disparos y parecían estar a punto de iniciar una pelea mano contra tentáculo. Dos granadas bien colocadas se encargaron de la mitad de los oponentes. El MA.5B se ocupó del resto.

—¡Ahí está el ascensor gravitatorio! —indicó Cortana—. Y aún funciona. Es la forma perfecta para volver al interior.

Sonaba sencillo, pero cuando el Jefe Maestro alzó la vista hacia donde se encontraba el ascensor, un disparo de plasma abrasó la roca que tenía a la derecha. Aún brillaba cuando el humano tuvo que retirarse, esperar un momento de tregua y avanzar de nuevo. Vislumbró un punto en el que unos soldados del Covenant intentaban detener el avance del Flood por un sendero que daba a la cima de la colina, al ascensor de gravedad. Era la última defensa que les quedaba, y el Covenant lo sabía: luchaban con más determinación que ningún otro alienígena que el Jefe hubiese visto. Durante unos segundos sintió cierta empatía con los soldados del Covenant.

Lanzó dos granadas en medio de la multitud, esperó a la pareja de explosiones y se acercó disparando. Un Élite lanzó unas ráfagas de plasma hacia el cielo nocturno mientras se desplomaba sobre el suelo, de espaldas, un combatiente lo atacó con el brazo de un Jackal como si se tratase de una porra y un par de formas infecciosas cabalaron sobre un Grunt hasta que éste se hundió en uno de los charcos de refrigerante. Era una locura, una escena venida directamente del infierno; el humano no tenía otra opción que matar a cualquier cosa que se moviera.

Cuando los últimos cuerpos cayeron a tierra, el Spartan estaba libre para seguir adelante por el sendero que ascendía la colina, girar a la derecha y entrar en la plataforma del ascensor. Sintió cómo la electricidad estática crepitaba alrededor de su armadura, y vio plasma surcando el aire, proveniente de un Covenant que quería frustrar sus planes. Y el Jefe desapareció, impulsado hacia lo alto, hacia el vientre de la bestia.

¿Keyes? Keyes, Jacob. Sí, era así. ¿Era así?

No podía recordar... No quedaba nada, sólo protocolos de navegación, planes de defensa. Y el deber de mantenerlos a salvo.

Un zumbido ocupó su mente. Recordó vagamente haberlo oído antes, pero no sabía lo que era.

Lo presionaba, hambriento.

El metal resonó y tembló cuando McKay, calzada con botas, saltó desde el último piso hasta la enorme rejilla metálica. El descenso de la meseta le había tomado más de quince minutos. Primero, había usado el ascensor, que aún funcionaba, hasta el punto en que ella, junto con sus tropas, se habían abierto camino en la meseta, cuando el Covenant todavía la ocupaba. Después se dirigió a la escalera circular que, profunda como el cañón de una metralleta, la hizo llegar hasta el fondo del túnel, hasta la barrera que tenía bajo los pies.

—Me alegro de verla, señora —dijo un soldado, que apareció de improviso a su lado—. El sargento Lister quiere hablar con usted.

McKay asintió, le dio las gracias y se dirigió al otro lado de la rejilla, donde el bautizado Equipo de Entrada se había reunido; se trataba de un grupo pequeño, al que había que añadir el equipo que habían bajado de la superficie. Un foco de trabajo portátil brillaba en el centro del equipo, y proyectaba enormes sombras sobre las paredes que los rodeaban. La gente se separó cuando McKay se acercó, y Lister, que estaba de manos y rodillas en el suelo, se alzó.

—¡Firmes!

Todo el mundo calló. McKay se fijó en que aquellos largos días y el constante estrés habían borrado la poca carne que quedaba en el rostro de Lister, que estaba demacrado.

—Descansen. ¿Qué le parece? ¿Algún contacto?

—No, señora, todavía no. Pero mire esto.

Un técnico de la Marina enfocó una linterna a través de la rejilla; la oficial se arrodilló para poder ver mejor. Las escaleras, que acababan antes de llegar a la plataforma, reaparecían justo debajo de la rejilla y se perdían en la oscuridad.

—Mire el metal —la instó Lister— y lo que hay apilado en las escaleras.

McKay se fijó en que los escalones de grueso metal habían sido completamente retorcidos hasta dejarlos sin forma, y debajo de ellos había un montón de armas. Ninguna de origen humano, por lo que podía distinguir, sólo del Covenant, o lo que era lo mismo, armas de plasma. Conjeturó que el Flood, que no disponía de sopletes ni de nada parecido a mano, había usado aquellos centenares de pistolas y fusiles de energía en un intento sin resultados de atravesar la reja. Si hubiesen tenido más tiempo, tal vez uno o dos días más, lo habrían logrado.

—Al menos hay que reconocerles a esos cabrones que no se rinden —dijo McKay con un tono de voz serio—. Bueno, nosotros tampoco. Tenemos que abrir este agujero, descender y cerrar la puerta de entrada.

—Señor, sí, señor —contestó Lister; a su alrededor no se oyeron los habituales vítores. Ahí abajo estaba muy oscuro, y les esperaban sus peores pesadillas.

Una vez dentro del *Pillar of Autumn*, 'Zamamee y Yayap descubrieron que la

situación era al mismo tiempo mejor y peor de lo que habían esperado. Como había predicho el Grunt, el oficial al cargo, un Elite demasiado ocupado llamado ‘Ontomee, se había alegrado mucho al verlos y no tardó mucho en designar a ‘Zamamee a cargo de veinte Jackals, y a Yayap como su suboficial.

Además, el destacamento de vigilancia gozaba de una cantidad razonable de suministros, incluido metano, lo que aseguraba sus necesidades físicas. Esas eran las buenas noticias.

Las malas noticias eran que ‘Zamamee, ahora conocido como Huki ‘Umamee, vivía con el constante miedo de que apareciese un Élite que lo conociese, o que conociese al comando muerto a quien había arrebatado la personalidad, y que revelase su verdadera identidad; o que los Profetas, de alguna forma, lo descubriesen sin más, ya que a veces habían corrido rumores de que eran capaces de hacerlo. Estos miedos hacían que el oficial siempre quedase en segundo plano, fuera de la vista, y que delegase la mayoría de sus responsabilidades de liderazgo en Yayap.

Esto habría sido molesto, aunque aceptable, si se hubiese tratado de un contingente de Grunts, pero la cosa se complicaba porque los Jackals se consideraban superiores a esos «mamagases», y no les hacía mucha gracia cada vez que tenían que informar a Yayap.

Para añadir más peso a las preocupaciones del Grunt, el Flood había localizado el *Pillar of Autumn* y, aunque no podían infiltrarse en la nave a partir de uno de los conductos de mantenimiento que cruzaban el anillo a poca distancia de la superficie, se habían acostumbrado a entrar en la nave a través de las numerosas grietas en el dañado casco, las esclusas de aire que habían albergado las lanchas salvavidas, y, en una ocasión que quedaría para el recuerdo, a través de una de las propias patrullas del Covenant: les habían tendido una emboscada, los habían convertido en combatientes y los habían enviado de nuevo a la nave. Habían detectado la infiltración, pero sólo después de que algunos soldados contaminados hubiesen entrado en la nave... y aún quedaba alguno suelto, en algún lugar.

Mientras el Grunt y su equipo de hoscos Jackals vigilaban un hangar, una nave de transporte, cargada con más suministros, sobrevoló la nave caída, pidió y recibió los permisos necesarios y descendió, dispuesta a aterrizar.

Yayap echó un vistazo a sus reacios soldados, observó que tres de ellos se habían alejado de las posiciones que tenían asignadas y usó la radio para hacerlos volver.

—Jak, Bok y Yeg, se está acercando una lanzadera. Centraos en el transporte, no en el exterior.

Los Jackals eran demasiado listos para contestar por radio, pero el Grunt sabía que estarían gruñendo entre ellos mientras volvían a sus posiciones y la nave se posaba sobre la cubierta, llena de destrozos ocasionados por los disparos.

—Vigilad las salidas de personal —avisó Yayap a sus tropas, refiriéndose a los

pequeños compartimentos alineados en los laterales exteriores de los cascos gemelos del transporte—, podrían estar llenas de los seres del Flood.

A pesar del resentimiento que lo embargaba, Bok apretó un interruptor y abrió todos los compartimentos para inspeccionarlos, un nuevo proceso de seguridad que habían instituido hacía tres días. Estaban todos vacíos. Los Jackals se mofaron, y Yayap sólo pudo aguantar esa humillación.

Acabadas estas formalidades, un grupo de Grunts avanzó para descargar los suministros de los compartimentos de carga que se encontraban en los laterales interiores de los cascos; arrastraron los palés antigraavitatorios, cargados hasta los topes, hasta la cubierta. Cuando el proceso de descarga hubo acabado, la lanzadera se alzó de nuevo gracias a su campo de gravedad, se dirigió hacia la escotilla y desapareció entre la brillante luz del sol.

El equipo de descarga revisó la etiqueta que llevaba cada contenedor para saber dónde colocarlo, parlotearon entre sí y estaban a punto de llevarse los palés cuando Yayap intervino:

—¡Deteneos! Quiero que reviséis el cargamento uno a uno, que os aseguréis de que contienen lo que indican.

Si la orden anterior ya había tenido poca acogida popular, ésta levantó una rebelión, y Bok se dirigió a Yayap:

—¡No eres un Élite! Tenemos órdenes de entregar todo esto ahora. Si llegamos tarde, nos cortarán la cabeza. —Hizo una pausa y chasqueó su pico—. Y los nuestros te cortarán la tuya, mamagas.

Los Jackals se miraron entre ellos y sonrieron; disfrutaban al máximo de la situación.

Yayap maldijo a ‘Zamamee desde lo más profundo de su corazón. Debería haber estado allí, debería haber estado dando órdenes.

—No —repuso, tozudo—, nada saldrá de aquí hasta que no haya sido comprobado. Es el nuevo proceso. Han sido los Élites quienes lo han decidido, no yo. Así que abridlos de una vez, para que podamos irnos de aquí.

El otro extraterrestre refunfuñó, pero sabía que los Élites, siempre contentos de que se siguiesen las órdenes, apoyarían a Yayap. Se dio la vuelta hacia su equipo.

—Vamos, ya habéis oído al comandante de campo Mamagas. Acabemos con esto.

Yayap suspiró, ordenó a sus Jackals que formaran una gran «U», con la abertura dirigida hacia los contenedores, y ocupó su posición.

Lo que vino a continuación fue aburrido, por decir algo, ya que abrieron cada uno de los contenedores, lo cerraron y lo arrastraron hacia la salida. Al final, cuando sólo quedaban tres por examinar, Bok quitó el cerrojo de una portezuela, la abrió y fue derribado por una avalancha de formas infecciosas. Una de las vainas se agarró a la cabeza del Jackal, enrolló los tentáculos alrededor de su cráneo y le introdujo el

penetrador por la garganta. Ya había llegado a la columna vertebral del soldado cuando Yayap dio la orden de que disparasen.

Nada podía sobrevivir a veinte rayos de plasma convergiendo en el mismo punto; la mayor parte de las formas infecciosas murieron en dos o tres segundos. Yayap pensaba que había visto algo moverse tras la niebla creada por los estallidos de las purulentas vainas y lanzó una granada de plasma al interior del contenedor. Un destello de luz verde y amarilla estalló cuando el aparato, seguido por un sonoro *boom*, detonó.

El contenedor se sacudió, como si estuviera poseído, y saltaron pedazos de carne que rociaron la cubierta de entrañas. Parecía que tres, quizá cuatro, combatientes se habían escondido en el compartimento de carga, para adentrarse en la nave.

Después de que el último espécimen infeccioso explotase, un silencio embargó todo el hangar. El cadáver de Bok, en el suelo, humeaba.

—Hemos estado cerca —comento el Jackal llamado Jak—. Esos malditos bichos casi nos matan. Suerte que nuestro líder los ha mantenido a raya. —Los soldados que estaban a ambos lados del que antes criticaba a Yayap asintieron, solemnemente.

Éste, que estaba bastante cerca para oír el comentario, no sabía si estar enfadado o complacerse. De alguna forma, lo habían ascendido a Jackal honorario.

Una compañía entera de marines armados hasta los dientes esperaba a que los sopletes atravesaran la rejilla de metal; las chispas llovían hacia la oscuridad estigia que había debajo de ellos. Cada hombre, cada mujer pensaba en lo que los esperaba allá abajo. ¿Sobrevivirían? ¿Irían a parar sus huesos al fondo del agujero? No había forma de saberlo.

A treinta metros, dos oficiales se mantenían al margen. McKay había cargado con mucho más peso del que le tocaba desde que había descendido sobre el anillo. Silva se daba cuenta de ello y lo lamentaba. Parte del problema radicaba en que ella era su segunda al mando, una posición extremadamente dura que quemaría hasta al más capaz.

La verdad es que McKay era mejor líder que sus iguales, como se demostraba por el hecho de que los Helljumpers la seguirían a donde fuera... incluso a un pozo que podía estar repleto de monstruos caníbales.

Pero todo el mundo tenía sus límites, incluso una oficial como McKay; el comandante sabía que ella estaba a punto de cruzarlos. Lo veían en los afilados contornos de su rostro, antes ovalado; en los ojos vacíos que miraban al infinito; en la mueca de su boca. El problema no era la fuerza, ya que ella era la marine más dura, más bestia que había conocido; el problema era la esperanza.

Mientras se preparaba a enviarla a la zona inferior de la meseta, Silva sabía que necesitaban algo real por lo que luchar, algo más que el patriotismo, algo que le permitiese salvar a algunos de aquellos marines.

A todo eso se sumaba la posibilidad de que a él también le sucediese algo, con todo el peso que ello conllevaría.

—Vaya abajo —empezó Silva—, reconozca el terreno y mire de cerrarles la puerta en las narices a esos cabronazos. Cuarenta y ocho horas para poder trabajar sin el Flood sería ideal pero, si no, nos apañaremos con veinticuatro... Para entonces ya estaremos fuera.

McKay había estado mirando más allá de Silva pero la última frase la hizo volver en sí. Silva notó el movimiento y supo que había logrado conectar con ella.

—¿Fuera... de aquí, señor? ¿Adonde iremos?

—A casa —contestó Silva con confianza—, a recibir a las bandas de música, las medallas, las promociones... Y con la credibilidad que hemos ganado aquí, podremos crear un ejército sólo de Helljumpers y empujar al Covenant de vuelta al agujero del que salieron.

—¿Y el Flood? —Los ojos de McKay examinaban el rostro de Silva—. ¿Qué haremos con el Flood?

—Van a morir —contestó Silva—. La inteligencia artificial se ha podido conectar hace unas horas. Se ve que el Jefe sigue con vida, que Cortana está con él y que están intentando rescatar a Keyes. Cuando estén con él, irán al *Autumn* para hacerlo estallar. La explosión destruirá Halo y todo lo que siga en el planeta. No soy un gran admirador del programa Spartan, ya lo sabe, pero esto se lo tengo que reconocer al muy cabrón: es un soldado cojonudo.

—Suenan bien —aceptó con cautela McKay—, pero ¿cómo saldremos de aquí antes de que estalle el anillo?

—Aquí es donde entra en juego mi idea —contestó Silva—. Mientras usted esté allá abajo, limpiando las alcantarillas, yo seguiré arriba, realizando los preparativos necesarios para capturar el *Truth and Reconciliation*. Puede volar por el espacio, y Cortana podrá pilotarla o, si todo el resto de cosas fallan, dejaremos que Wellsley lo intente. Será arriesgado, pero puede lograrse.

»Imagínese lo que será volver a la Tierra con un crucero del Covenant, lleno de tecnología alienígena, cargado de datos de Halo. La respuesta será increíble: los humanos necesitamos una victoria ya mismo, y se la vamos a dar... ¡la más grande!

Fue entonces, cuando McKay miró a la cara semiiluminada del otro oficial, que se dio cuenta de hasta qué punto la ambición motivaba las acciones de su superior, y supo que, aunque aquellos alocados sueños se hicieran realidad, ella no quería participar de la gloria que buscaba Silva. Para ella sería una recompensa justa poder devolver algunos marines a sus casas.

Un antiguo adagio militar le cruzó la mente: «Nunca compartas la trinchera con un héroe». La gloria, un ascenso estaría bien, pero ahora mismo lo único que deseaba era sobrevivir.

Se oyó un golpe sonoro, seguido por el alba de seis soles azulados que iluminaron el interior del tubo mientras caían hacia el suelo mugriento que los esperaba abajo.

A continuación los invasores empezaron a descender, no de uno en uno, como podían haber esperado las formas infecciosas, sino que cayeron media docena de golpe, agarrados a cuerdas. Aterrizaron con sólo segundos de diferencia, se arrodillaron con las armas preparadas, enfrentándose a lo que les esperaba por delante. Cada Helljumper iba ataviado con un casco equipado con dos focos y una cámara. Con simples movimientos rotatorios de la cabeza los soldados examinaban los muros, que se solapaban y se transmitían a la zona de la rejilla, y de allí a la meseta.

McKay seguía en la reja, observando las grabaciones en un monitor portátil, y vio que había cuatro enormes arcos que penetraban en el tubo; debían sellarlos para impedir el acceso a la escalera circular. Todavía no había ni rastro del Flood.

—Bueno —dijo la oficial—, tenemos que sellar cuatro agujeros. Quiero los tapones al fondo del tubo en treinta minutos, contando desde ya. Voy abajo.

Mientras McKay hablaba y se lanzaba por el agujero que habían abierto en el centro de la rejilla, Wellsley había calculado las dimensiones exactas de cada arco para que los técnicos de la Marina pudiesen fabricar los «tapones» metálicos que soldarían. En un par de minutos, los diseños generados por ordenador fueron creados con láseres en planchas de metal, encendieron los sopletes y empezaron a cortar.

McKay sintió que sus botas tocaban tierra firme y miró a su alrededor. Por fin podía examinar el terreno circundante con sus propios ojos, y se fijó en un mural en bajorrelieve tallado en la zona inferior del pozo. Quería echarle un vistazo, recorrer con los dedos las imágenes que habían grabado allí, aunque estuviesen cubiertas de mugre, pero sabía que no debía hacerlo, ya que pondría en peligro el anillo defensivo, y a sí misma.

—¡Contacto! —dijo nervioso uno de los marines—. ¡He visto que algo se movía!

—No disparéis —ordenó McKay, precavida; su voz levantó ecos en las paredes—. Conservad la munición hasta que tengamos objetivos claros.

Tan pronto como ella había lanzado la orden de no disparar, el Flood manó a borbotones.

—¡Ahora! ¡Tirad! —bramó McKay. Siete tornos bien anclados alzaron por el aire a todo el equipo, que quedó fuera del alcance. Los marines empezaron a disparar mientras se elevaban; uno de los Helljumpers gritaba insultos contra el combatiente que estaba al frente del ataque.

El marine bocazas liberó el cargador, deslizó uno nuevo en su fusil y apoyó el arma en su hombro para seguir disparando. El combatiente al que había estado acribillando pegó un salto de quince metros, se agarró con las piernas a la cintura del marine y le golpeó las sienes con una roca.

A continuación, con el arma de asalto del marine colgada al hombro, la criatura escaló por la cuerda como un mono de enormes dimensiones, e intentando llegar a la plataforma a una velocidad increíble.

Lister, que seguía sobre la rejilla, apuntó con su pistola a sus pies y ensartó tres balas en el cráneo del combatiente. El monstruo cayó sobre la masa informe del fondo del pozo y desapareció bajo una marea de carne alienígena.

—¡Manos a la obra! —ordenó el oficial—. ¡Alzad los cebos, lanzad las bombas!

Algunos disparos de plasma volaban hacia el aire mientras los cabrestantes chirriaban, los Helljumpers ascendían y veinte granadas caían hacia la muchedumbre que tenían debajo. No eran granadas de fragmentación, ya que la metralla podría alcanzar a los Helljumpers, sino de plasma, que seguían encendidas mientras el Flood se arracimaba a su alrededor, y después estallarían en una rápida sucesión. Las granadas vaporizaron a la mayoría de los ruidosos monstruos; los que quedaron cayeron bajo una lluvia de disparos y una segunda dosis de granadas.

Diez minutos después les comunicaron que ya habían terminado los tapones, y enviaron al fondo del pozo un equipo de combate todavía mayor, seguido de cuatro equipos técnicos. Bloquearon las entradas sin ningún percance, sellaron el agujero y repararon la rejilla. No aguantaría para siempre, pero sí que duraría hasta el día siguiente... Eso era lo único que importaba.

El Jefe Maestro ascendió en el ascensor gravitatorio y se abrió camino por un conjunto laberíntico de corredores y compartimentos, ocupados bien por los seres del Flood, bien por los del Covenant. Dobló una esquina y vio delante de él una portezuela abierta.

—Parece un hangar de lanzaderas —comentó Cortana—. Desde el tercer nivel, deberíamos tener acceso a la sala de control.

El enlace del CNI que Cortana seguía sirvió para entregarles un nuevo mensaje del capitán. La voz era débil, y arrastraba las palabras.

—*¡Te he dado una orden, soldado! ¡Salde aquí!*

—Está delirando por el dolor —dijo Cortana—. Tenemos que encontrarlo.

«... de aquí! ¡Te he dado una orden, soldado!»

El pensamiento resonó en lo que quedaba de la saqueada mente de Keyes. La presencia invasora se relajó un poco. Estaba casi agotado, no le quedaban fuerzas para seguir luchando.

Arrastró a más profundidad los recuerdos que aquella criatura guardaba tan celosamente, y retrocedió ante la súbita resistencia, un desafío realizado con una fuerza terrible.

Keyes se agarró a sus últimos recuerdos vitales y, como en su mente no había nada más que él mismo y la criatura que intentaba absorberlo, gritó:

—¡No!

La muerte, que había evitado durante tanto tiempo, no quería llegar. Poco a poco, como las gotas de agua de un grifo recién cerrado, le absorbió la fuerza vital...

El recuerdo de la voz del capitán lo alentaba, por lo que el Jefe Maestro se introdujo en la galería que había encima del hangar, vio que se estaba librando un combate encarnizado y lanzó dos granadas al centro del mismo. Aunque consiguió los resultados que deseaban, también revelaron la presencia del humano, y el Flood se acercó a él como atraído por un imán.

La avalancha de los seres del Flood era intensa. El Spartan se vio obligado a retroceder hasta el pasadizo por donde había entrado para concentrarse en sus objetivos, ganar un poco de tiempo y recargar las armas.

Cuando acabó la escaramuza, corrió hacia el otro extremo de la galería y atravesó una puerta abierta. Consiguió ascender al piso superior, y descubrió lo que casi parecía una convención de Flood en uno de los lados de la pasarela que debía cruzar.

Al Jefe se le habían agotado las granadas, por lo que tendría que abrirse camino por las malas. Un portador estalló, lo que derribó a varios combatientes pero, al mismo tiempo, escupió un racimo de formas infecciosas en todas las direcciones; uno de los combatientes caídos se levantó de un salto y lo derribó. El combatiente arrastraba una pierna rota y en la mano llevaba una granada, como si se tratase de un ramo de flores.

El Spartan reculó, disparó unas andanadas de diez balas, y dio las gracias cuando explotó la granada.

El portador le había sugerido una idea: cuando explotaban, lo hacían a lo grande. Otra de aquellas criaturas se le puso a la vista, y empezó a avanzar, acompañado de una oleada de formas infecciosas y dos combatientes más. Usó el zoom de la pistola para examinar a estos dos últimos y se alegró de que cumplieran los requisitos: los dos llevaban granadas de plasma.

Salió de su escondrijo y los dos combatientes enseguida pegaron un salto. En el momento en que sus pies perdían el contacto con la cubierta, el Jefe se lanzó al suelo y disparó directamente al portador.

La puntería del Spartan era perfecta y cuando los combatientes pasaban por encima del portador, éste explotó y encendió las granadas de plasma que llevaban los seres del Flood de combate. Se vieron sumidos todos en un estallido de energía destructiva, con un destello de luz azul y blanca.

—La sala de control debe de estar por aquí —dijo Cortana mientras el Spartan seguía adelante, ansiosa porque se dirigiesen hacia el lugar correcto.

Se movía con rapidez sobre el suelo cubierto de sangre y seguía las indicaciones que Cortana reflejaba en su navegador, hacia una puerta que todavía le quedaba lejos. La cruzó, siguió un corredor hasta una intersección, dobló a la derecha, luego a la izquierda y volvió a cruzar otra puerta cuando el enlace neural emitió un horrible

quejido.

—¡El capitán! —gritó Cortana—. ¡Sus constantes vitales se desvanecen! ¡Rápido, Jefe!

El Spartan se metió en un pasillo repleto de combatientes del Covenant y del Flood, y roció los enzarzados cuerpos con una lluvia de balas.

Siguió corriendo a toda velocidad, pasando al lado de los enemigos e ignorando los intentos de dispararle. Todo dependía del tiempo; Keyes estaba desapareciendo por momentos.

Llegaron hasta la fuente de la onda neural del CNI: la sala de control del acorazado. La iluminación era precaria, con algunas trazas azuladas, y se reflejaba en las superficies metálicas. Unas columnas robustas enmarcaban la escalerilla que subía hasta una plataforma elevada... en la que había una cosa muy extraña.

A simple vista le pareció que era un portador, pero enseguida se dio cuenta de que la criatura era demasiado grande para eso. De su interior sobresalían espinas que la conectaban con el techo, como si se tratase de una telaraña verde y espesa.

No había señales de enemigos, todavía no; subió la escalerilla con el fusil en ristre. Al acercarse, el Jefe se dio cuenta de que aquel nuevo espécimen de Flood era enorme. Si se daba cuenta de la presencia del humano, no lo demostraba, y seguía examinando un enorme monitor, como si tuviese que memorizar la información que surgía de él.

—No se detectan signos humanos —informó Cortana cauta. Calló durante unos segundos y añadió—: Las constantes del capitán se han detenido.

—¿Y el CNI?

—Sigue transmitiendo.

En aquellos momentos el Jefe se fijó en un bulto en uno de los costados del monstruo, y se dio cuenta de que estaba delante de la cara grotescamente deformada del oficial de la Marina.

—¡El capitán! —gritó la IA—. ¡Es uno de ellos!

Y el Spartan se dio cuenta de que ya lo sabía, de que lo había sabido desde que visualizó el vídeo de Jenkins, pero que no había querido aceptarlo.

—¡No podemos dejar que el Flood escape del anillo! —dijo Cortana con un tono de voz desesperado—. Ya sabe lo que él... lo que querría que hiciésemos.

«Sí —pensó el Jefe—, sé cuál es mi deber.»

Tenían que hacer estallar los motores del *Autumn* para destruir Halo y el Flood. Y para lograrlo, necesitaban los implantes neurales del capitán.

El Jefe Maestro extendió el brazo, apretó los dedos para convertir su mano en una especie de pala recubierta por una armadura y usó su fabulosa fuerza para introducirla en la carne hinchada de la criatura del Flood.

Hubo una resistencia temporal mientras penetraba la piel de la criatura hasta

localizar el cráneo del capitán, para rebuscar en el cerebro medio disuelto que albergaba dentro. Avanzó a tientas con la mano por ese cuerpo que, por lo que parecía, no tenía nervios, hasta encontrar los implantes de Keyes.

La mano del Jefe se liberó del cuerpo con un *pop*. Se sacudió los restos esponjosos de carne y sangre del brazo, que fueron a parar al suelo, y deslizó los microchips a las ranuras aún vacías de su armadura.

—Ya está —comunicó Cortana, seria—. Tengo el código. Ahora volvamos al hangar y busquemos un vehículo.

Una escuadra de seres del Flood, que casi parecía haber sido convocada por la bestia letárgica que estaba ante los controles de la nave, irrumpió en la sala, determinada a destruir al enemigo de la armadura. Una cuña formada por combatientes y portadores cayó sobre la plataforma, empujaron al humano y acogieron todas sus balas, como si desearan recibirlas.

El Spartan, más gracias a la suerte que a un plan, logró salir del puente de mando y se dejó caer sobre la cubierta inferior. Eso le dio un respiro momentáneo, no mucho tiempo, pero el suficiente para apartarse del canal que estaba justo debajo de la plataforma superior, recargar las dos armas y colocarse de espaldas a una esquina.

La horda fue en su busca, con sus ruidos sibilantes, gorjeantes, borboteantes, escalando sobre los cadáveres amontonados, sin preocuparles las bajas, dispuestos a pagar el precio necesario para acabar con él.

Pero la lluvia de disparos que surgía del soldado ataviado con la armadura MJOLNIR era demasiado poderosa, demasiado certera y el ser del Flood empezó a menguar, a sacudirse, a caer; muchos morían a sólo unos centímetros de las botas empapadas de sangre del Spartan, agarrándose a sus piernas. Éste elevó un agradecimiento cuando acabó con el último combatiente, sintió alivió al sentir que el silencio se apoderaba de la estancia y recargó las dos armas.

—¿Está bien? —preguntó Cortana dubitativa, agradecida y sorprendida al mismo tiempo de que el Spartan siguiera en pie.

Él pensaba en el capitán Keyes.

—No —contestó el Spartan—. Salgamos de aquí. Acabemos con estos cabrones.

Estaba atontado por el agotamiento, por el hambre, por la constante lucha. La ruta de escape hacia el hangar de las lanzaderas estaba repleta de combatientes del Covenant y del Flood. El Spartan avanzaba en piloto automático: mataba, mataba, mataba.

El hangar estaba lleno de tropas del Covenant. Un transporte había descargado más soldados y había salido de nuevo. Un par de Élites mejorados patrullaban cerca de la Banshee, en la zona inferior del hangar.

El Spartan repasó mentalmente todas las posibilidades. ¿Y si esa nave en particular estaba allí esperando que la reparasen?

¿Y si un Élite se encaramaba en el Shade y lo derribaba a base de disparos? ¿Y si algún avisado decidía cerrar las compuertas exteriores?

Ninguno de estos muertos se hizo realidad: la nave se elevó, viró hacia el planeta que esperaba más allá de las compuertas y voló hacia la noche. Unos cuantos rayos de energía le siguieron, e intentaron derribar a la Banshee, pero no acertaron. Estaba libre de nuevo.

SECCIÓN VI

LAS FAUCES

D +73.30.16 (RELOJ DE MISIÓN DEL SPARTAN-117) / A BORDO DE LA BANSHEE CAPTURADA, EN LAS INMEDIACIONES DEL PILLAR OF AUTUMN

La Banshee aullaba mientras atravesaba un valle estrecho y un terreno baldío, árido. La sombra de la nave de asalto corría por delante de ellos, como si estuviese ansiosa por llegar la primera al *Pillar of Autumn*. El Jefe Maestro sentía las ráfagas de aire que se alzaban en el morro de la nave, y que golpeaban contra su armadura. Le sentaba bien poder estar fuera de los retorcidos corredores y de los hacinados compartimentos, aunque fuera sólo durante un breve espacio de tiempo.

La primera señal de la presencia de la nave en la superficie del anillo fue el surco de un centenar de metros de profundidad que el casco del *Autumn* había excavado en la corteza de Halo. Empezaba en el punto en que el crucero había chocado contra el suelo, desaparecía en el lugar en que la nave había rebotado y reaparecía a medio kilómetro de distancia. Desde allí, el surco seguía en línea recta, tan rígido como una flecha, hasta el lugar donde la nave estelar descansaba, con la proa aplastada colgando al borde de un enorme precipicio. No era la única nave del área, ya que otros aparatos, pertenecientes al Covenant, también estaban presentes. No había, pues, ninguna razón para sospechar de la Banshee que se acercaba. Todavía no.

El Spartan, deseoso de que su acercamiento pareciese el habitual en un vehículo de aquellas características, escogió uno de los hangares de lanzadera vacíos que tenía la nave a estribor, e inició el descenso. La mala suerte hizo que el motor dejase de funcionar en el último momento y la Banshee se estampó contra el casco del *Autumn*. Aunque el Spartan logró saltar en el último momento, el caza extraterrestre cayó sobre las rocas. Para nada era la entrada discreta que había deseado. De todas formas, teniendo en cuenta los planes que Cortana tenía reservados, habrían advertido su presencia enseguida.

—Tenemos que llegar al puente —dijo Cortana—. Desde allí podremos usar los implantados neurales del capitán para iniciar la sobrecarga de los motores de fusión de

la nave. Calculo que la explosión dañará los suficientes sistemas para provocar la destrucción del anillo.

—Eso no será un problema —confirmó el Spartan, mientras se dirigía a una de las esclusas de aire—. No sé quién es el mejor haciendo explotar cosas, si usted o yo.

En el mismo momento que salió de la esclusa, el detector de movimiento se llenó de puntos rojos; había algunos elementos hostiles desplazándose a su izquierda. La única pregunta era: ¿A qué se enfrentaba, al Covenant o al Flood? Si pudiese elegir, prefería al Covenant. Quizá, solo quizá, el Flood aún no había localizado esa nave.

El pasillo estaba cerrado hacia la derecha, por lo que no tenía más elección que girar a la izquierda, pero en lugar de caer bajo el ataque del Covenant o el Flood... el Spartan fue atacado por un puñado de centinelas.

—Oh, oh —musitó Cortana mientras el militar abría fuego—, parece que el vigilante sabe dónde estamos.

«Y me pregunto si sabrá qué tramamos», pensó el Jefe.

Uno de los robots estalló, otro cayó sobre la cubierta con un sonido metálico y el Jefe empezó a acribillar a un tercero.

—Sí, creo que quiere mi cabeza... aunque viene a por usted, realmente.

La inteligencia artificial no hizo ningún comentario mientras el tercer robot explotaba y el Jefe se desplazaba por el largo pasadizo, refugiándose en los hangares de las lanchas salvavidas. Aparecieron dos centinelas más, que también volaron por los aires y se convirtieron en chatarra.

Después de llegar al extremo del corredor, viró a la derecha y descubrió una escotilla de mantenimiento abierta. No era lo más ideal, ya que no le gustaba tener que desenvolverse en espacios tan estrechos, pero se metió dentro, se encontró en medio de un laberinto de conductos y erró un poco por ellos antes de descubrir una trampilla abierta sobre una cubierta. Un rebaño de formas infecciosas surgió de aquella abertura. Esto contestaba la pregunta del Spartan: parecía que los Flood ya habían localizado el *Autumn*, y que se habían instalado.

Musitó un juramento, reculó e hizo llover balas por la trampilla. Al ver un portador, supo que habría muchos más. Lanzó una granada de plasma por el hueco y se regocijó al oír la explosión subsiguiente.

Parecía que los conductos de mantenimiento no lo llevaban a donde quería ir, así que se dejó caer por la trampilla, aplastó un puñado de especímenes infecciosos y disparó contra otros dos. El pasillo estaba hecho un asco, con los mamparos bañados en sangre, pero estaba bien iluminado. Se lanzó hacia un armero colocado en una de las paredes, y recogió cuatro granadas de fragmentación además de más munición. Las guardó y siguió adelante.

Dos centinelas sacaron el morro tras una esquina, abrieron fuego con sus láseres, y recibieron su merecido.

—Debían estar buscándonos —apuntó Cortana—, pero estoy pensando que los han destinado aquí para contener al Flood.

La teoría tenía sentido, pero no servía de ninguna ayuda ya que el Jefe Maestro tenía que enfrentarse por igual a los centinelas, al Flood y al Covenant para recorrer los pasillos de la nave hasta llegar a las zonas más profundas y caóticas del *Autumn*, donde lo esperaba un contingente de Élite y Grunts para desayunárselo.

Había muchos, demasiados para encargarse de ellos únicamente con la arma de asalto, así que empezó con un par de granadas. Uno de los Élite quedó hecho pedazos por ambas explosiones, otro perdió una pierna y la onda expansiva hizo que un Grunt cruzara volando toda la habitación.

Se estaba cerrando el círculo... Había aplastado a tropas del Covenant antes del aterrizaje forzoso, y aquí estaban de nuevo. El enemigo nunca aprende.

Pero había un superviviente, un Élite bastante duro que le lanzó una granada de plasma y sólo falló por unos escasos centímetros. El Jefe Maestro se apartó a la carrera y ya estaba fuera del alcance de la explosión cuando el objeto estalló. El Élite embistió contra él, recibió buena parte de un cargador y por fin cayó sobre la cubierta, muerto.

No quedaba mucho para llegar al puente, quemado, donde un equipo de seguridad del Covenant seguía trabajando. Se había corrido la noticia: sabían que el humano estaba en camino, y abrieron fuego en el momento en que lo vieron.

El Spartan volvió a usar una granada y a continuación aplastó la cabeza de un Élite con el puño. La cabeza del extraterrestre se convirtió en pulpa y el cuerpo cayó al suelo, como si se tratase de una marioneta sin hilos. La armadura le daba la fuerza necesaria para darle la vuelta a un Warthog. De repente, cuando creía que la batalla ya había terminado, un Grunt le disparó por la espalda. Si le disparaba de nuevo, podría llegar a matarlo.

El tiempo pareció detenerse mientras el Jefe Maestro se volvía hacia la derecha.

El Grunt, que estaba escondido dentro de un compartimento de equipo, se quedó congelado al ver que el alienígena no sólo había sobrevivido a lo que debería haber sido un disparo mortal, sino que se daba la vuelta para enfrentarse a él. Estaban a un brazo de distancia, lo que se tradujo en que el Jefe Maestro alargó el suyo, arrancó el respirador del rostro de su atacante y cerró la puerta.

Se oyó un fuerte *clic*, seguido por unos golpes salvajes, mientras el Jefe se dirigía al lugar desde donde habitualmente el capitán Keyes emitía las órdenes. Cortana apareció sobre el panel de control que tenía delante. Dirigiera a donde dirigiese la vista, la inteligencia artificial sólo veía equipo quemado, manchas de sangre y visores destrozados.

Meneó la cabeza, triste.

—Salgo de casa unos días y mira lo que pasa. —Cortana se llevó una mano a su

semitransparente frente—. No tardaremos mucho... Mira, esto tendría que darnos el tiempo suficiente para llegar a la lancha salvavidas, y poner algo de distancia entre nosotros y Halo antes de la detonación.

La siguiente voz que oyó el Spartan fue la de Chispa Culpable 343.

—Me temo que ésa no es una opción viable.

—Mierda —gruñó Cortana.

El Jefe alzó su arma, pero no había ni rastro del vigilante ni de los centinelas, aunque eso no evitaba que el robot siguiese hablándole al oído. La inteligencia artificial se había conectado a su sistema de comunicación.

—¡Es ridículo que le haya dado a su IA tanta cantidad de información! ¿No le preocupa que la capturen... o que la destruyan?

—Está en mi sistema de datos... Es una conexión local —indicó Cortana.

Aunque no estaba cerca del puente, el vigilante estaba a bordo de la nave y saltaba de un panel de control al siguiente, absorbiendo la información de los subprocesadores no sentientes de Cortana con la misma facilidad que pasaría el aspirador por unas cortinas.

—¡No se puede ni imaginar lo divertido que es esto! Tener información de todo el tiempo que hemos perdido... Oh, cómo disfrutaré categorizando cada momento. Me sorprende que quisiera destruir toda esta instalación, todos estos datos... Estoy casi sin palabras.

—Ha detenido la secuencia de autodestrucción —advirtió Cortana.

—¿Por qué sigue enfrentándose a nosotros, Reclamador? —preguntó Chispa—. ¡No puede vencer! Denos la inteligencia artificial... y me aseguraré de que su muerte sea poco dolorosa...

Las siguientes palabras de Chispa Culpable 343 desaparecieron, como si alguien hubiese apagado un interruptor.

—Al menos todavía tengo el control de los canales de comunicación —indicó Cortana.

—¿Dónde está? —preguntó el Jefe.

—Estoy detectando algunas presencias en toda la nave —contestó Cortana—. Seguramente se trata de centinelas. El vigilante... se encuentra en la sala de motores. Debe de estar intentando desconectar el núcleo. Incluso si pudiese volver a poner en marcha la cuenta atrás... No sé qué hacer.

El Spartan se quedó mirando el holograma, sorprendido... Eso la hacía parecer más humana.

—¿Cuánta energía necesitaría para romper uno de los escudos de los motores?

—No mucha... —contestó Cortana—. Quizá bastaría con una granada en el sitio adecuado.

Sacó una granada, la lanzó por los aires y la recogió de nuevo.

Los ojos de la inteligencia artificial se abrieron como platos y asintió.

—De acuerdo. Vamos a ello.

El Spartan se puso en marcha.

—Jefe! —gritó Cortana—. ¡Centinelas!

Las máquinas atacaron todas al unísono.

El comandante Silva estaba de pie, en posición de descanso, con los pies separados, las manos cogidas a la espalda. Observaba desde la altura las pistas de aterrizaje, donde los hombres que estaban a su cargo se afanaban con los últimos preparativos necesarios para el asalto de la nave del Covenant, el *Truth and Reconciliation*.

Quince Banshees, rescatadas de diferentes lugares en la superficie de Halo, ya una zona de guerra, esperaban la orden de despegue.

Los Pelicans, tres de los cuatro que los humanos todavía conservaban, hacían descender las rampas de acceso para que los marines, bien armados, subieran a bordo. Cada uno de los doscientos treinta y seis soldados supervivientes iba armado con armas adecuadas para la misión que los esperaba. Nada de largo alcance, como lanzacohetes o fusiles de precisión; sólo armas de asalto, escopetas y granadas, todas ellas letales en espacios cerrados, y efectivas tanto contra el Covenant como contra el Flood.

El personal naval, de los que quedaban setenta y seis, iba armado con fusiles y pistolas de plasma del Covenant; gracias a su peso ligero, además del hecho de que no necesitaban munición adicional, los marineros podían transportar consigo herramientas, comida y suministros médicos. Tenían órdenes de evitar el combate siempre que fuese posible y de que se concentrasen en controlar la nave. Dieciséis de ellos tenían habilidades consideradas críticas, por lo que a cada uno de ellos se les había adjudicado dos guardaespaldas.

Suponiendo que Cortana y el Jefe Maestro fuesen capaces de completar su misión, tomarían una de las lanchas salvavidas que aún quedaban en el *Autumn* y se reuniría con el *Truth and Reconciliation* en el espacio. Aunque a veces era un tanto molesta, el comandante estaba seguro de que Cortana sería capaz de pilotar la nave alienígena y llevarlos a casa.

Si eso fallaba, Silva esperaba que Wellsley, ayudado por el personal de la Marina, fuese capaz de hacer entrar el crucero en el espacio estelar, de vuelta a la Tierra. Ya había planeado completamente ese acontecimiento, junto con la ropa que llevaría y el discurso que tenía preparado, corto y emotivo.

Como si los pensamientos del comandante lo hubiesen convocado, Wellsley decidió interrumpir en ese momento los sueños del comandante. La inteligencia artificial, que viajaba en una matriz acorazada colgada del hombro de Silva, no se disculpó, como siempre.

—La teniente McKay ha contactado con nosotros, comandante. Fuerza 1 en posición.

Silva asintió, pero recordó que Wellsley no podía verlo.

—Bien. Ahora, si pueden seguir sin ser descubiertos las dos próximas horas, todo irá bien.

—Tengo toda mi confianza depositada en la teniente —contestó la IA.

El verdadero significado que implicaban esas palabras era evidente: si la inteligencia artificial tenía fe en McKay, eso significaba que le preocupaba todo lo concerniente al superior de la teniente. Silva suspiró. Si se hubiese tratado de un humano, haría tiempo que el comandante le habría enseñado cuál era su lugar. Pero Wellsley no era humano, no se le podía manipular de la misma forma que lo hacía con sus subordinados de carne y hueso pero, como el humano a partir del cual lo habían modelado, tenía la tendencia a decir todo lo que se le pasaba por la cabeza.

—Muy bien —empezó el comandante, todavía reacio—, ¿cuál es el problema?

—El problema —contestó Wellsley— es el Flood. Si el plan tiene éxito y conseguimos tomar el *Truth and Reconciliation*, seguro que a bordo habrá especímenes del Flood. Aún más, si nos basamos en la información que Cortana y yo hemos podido reunir, ésta es la única razón de que la nave permanezca donde está. Ya se han realizado todas las reparaciones que requería, y en estos momentos las tropas del Covenant están intentando esterilizar el interior de la nave antes de despegar.

—Eso contesta tu pregunta —dijo Silva, intentando contener su impaciencia—. Para cuando logremos dominar la nave, la mayor parte de los seres del Flood ya estarán muertos. Una vez estemos allí, enviaré equipos de rastreo y exterminio para localizar a los supervivientes. Con la excepción de unos cuantos especímenes, que se contendrán bajo vigilancia, el resto se enviará al espacio. ¿Contento?

—¡No! —contestó Wellsley con firmeza—. Si un portador escapase en la Tierra, el planeta entero estaría condenado. Esta amenaza es tan peligrosa como el Covenant, si no más. Cortana y yo estamos de acuerdo: no podemos permitir que ninguna forma de Flood salga de este sistema.

Silva miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oír lo que iba a decir y dejó que la furia tiñese su voz.

—Tanto tú como Cortana tenéis tendencia a olvidar algo muy importante... ¡soy yo quien está al mando aquí, no vosotros! Y os desafío a que en mis órdenes encontréis algo que se refiera a una amenaza mayor que la del maldito Covenant...

»Vuestro papel es aconsejarme; el mío es tomar las decisiones. Y creo que podríamos encontrar formas mejores de luchar contra el Flood si nuestros científicos contasen con especímenes vivos con los que experimentar. Más que eso, es necesario que los nuestros vean al nuevo enemigo, que sepan lo peligrosos que son, que crean que se les puede conquistar.

Wellsley consideró la opción de llevar el debate un paso más allá y señalar que la ambición de Silva le nublabla el juicio, pero decidió que sería una pérdida de tiempo.

—¿Es ésa su decisión final?

—Sí.

—Pues que Dios lo ayude —contestó la IA, seria—, porque si su plan fracasa, nadie más tendrá el poder para hacerlo.

El compartimento, un espacio que no había sido alcanzado aún por los combates, había servido en otro tiempo como una sala en la que los pilotos de los Longswords, los Pelicans y las lanzaderas podían prepararse. No había sufrido muchas modificaciones, sólo la instalación de algunos muebles para dormir, de una mesa con un poco de comida y de cajones con suministros, pero ahora servía como un cuartel general no oficial para las fuerzas del Covenant que se habían instalado a bordo del *Pillar of Autumn*.

Los oficiales al mando, o lo que quedaba de ellos, estaban sentados, adormilados, en las incómodas sillas alienígenas, muchos de ellos demasiado cansados para moverse; miraban a su líder, confundidos. Se llamaba ‘Ontomee, y estaba perplejo, frustrado y secretamente aterrorizado. La situación a bordo del *Autumn* se había deteriorado de forma trágica. A pesar de todos sus esfuerzos para detenerlo, el Flood seguía infiltrándose en la nave.

Aquellos seres asquerosos habían logrado controlar la zona de los motores de la nave cuando un nuevo enemigo, que era hostil al mismo tiempo contra el Covenant y contra el Flood, envió un ejército de robots voladores y se hizo con el control de la sala de motores.

Ahora, como para demostrar que ‘Ontomee estaba maldito de veras, había entrado en juego otra amenaza; el líder se mostraba reacio a compartir las noticias con los cansados Élites que tenía delante de él.

—Parece ser que un humano se ha estrellado con una Banshee contra el lateral de la nave —explicaba ‘Ontomee sin mucha convicción— y ha subido a bordo.

—¿Un humano? —preguntó un veterano llamado ‘Kasamee, frunciendo el ceño—. ¿Un humano solo? Con todos los respetos, Excelencia, un humano más o menos no supondrá mucha diferencia.

‘Ontomee tragó saliva.

—Sí, bueno, normalmente estaría de acuerdo contigo, pero se ve que este humano es poco habitual. En primer lugar, porque está provisto de una armadura especial; en segundo lugar, porque parece ser que tiene una misión; en tercer lugar, porque él solo ha matado a todos los miembros del Equipo de Seguridad 3, que tenían la responsabilidad de vigilar el puente de control y mando.

El oficial que respondía al nombre de Huki ‘Umamee, hasta entonces amodorrado, empezó a parecer interesado, aunque nadie más se dio cuenta de ello. Se

irguió en la silla y prestó más atención. Como había decidido sentarse en la última hilera, a ‘Zamamee le costaba oír bien. Los otros siguieron conversando.

—¿Un humano ha logrado todo eso? —preguntó ‘Kasamee con un deje de incredulidad en la voz—. Casi parece imposible.

—Sí —coincidió ‘Ontomee—, pero lo ha logrado. Y no sólo eso, después de hacer lo que tuviese que hacer en el puente de mando, salió, y en estos momentos se encuentra en alguna otra parte de la nave. —El Élite examinó los rostros que tenía delante y preguntó—: ¿Quién tiene la pericia y el valor necesario para encontrar al alienígena y matarlo?

La respuesta llegó con una velocidad satisfactoria.

—Yo —dijo ‘Zamamee, poniéndose en pie.

‘Ontomee miró con dificultades a causa de la iluminación humana.

—¿Quién eres?

—‘Umamee —mintió el Élite.

—Ah, sí —contestó ‘Ontomee agradecido—. Un comando... Eres precisamente el tipo de soldado que necesitamos para acabar con ese gusano bípedo. La misión es tuya. Mantenme informado.

»Ahora, prestemos atención a estos nuevos mecanismos voladores que...

Más tarde, cuando la reunión ya había acabado, ‘Kasamee fue a buscar al joven oficial, para felicitarlo por su iniciativa. Pero, al igual que el humano al que el Élite debía localizar, el oficial había desaparecido.

El Jefe Maestro había logrado despejar la ruta de salida del puente y llegó a una serie de pasillos que desembocaban en más Flood; los acribilló. Cortana calculaba que podrían acceder a la sala de motores desde la zona de criogénesis. Hacia ella se dirigía el Jefe. El problema es que seguía encontrándose con portezuelas atrancadas, puertas cerradas y otros obstáculos que le impedían seguir una línea recta.

Después de cruzar una estancia larga y oscura llena de armas, el Jefe oyó sonidos de combate que venían de detrás de una escotilla cerrada. Se detuvo, oyó que los ruidos se apagaban y se deslizó hacia el pasillo. Los cuerpos lo cubrían todo. Él siguió caminando, pegado a un mamparo, hasta que vio unas espinas que sobresalían de un módulo de carga. ¡Un Hunter! O, para ser más exactos, dos, ya que siempre viajaban por parejas.

Como no llevaba consigo ningún lanzacohetes, el Jefe tuvo que ayudarse de las únicas armas pesadas que tenía: las granadas.

Lanzó dos granadas seguidas, con mucha rapidez, y vio cómo la mole con espinas se desplomaba. Oyó un rugido lleno de furia cuando el segundo Hunter lo embistió.

El Spartan disparó para frenar un poco al extraterrestre, se retiró tras la escotilla y dio gracias cuando la puerta se cerró. Esto le dio dos o tres segundos para afianzar los pies, sacar otra granada y prepararse para lanzarla.

La escotilla se abrió, la granada de fragmentación voló recta y la explosión dejó inconsciente a la bestia. La cubierta tembló cuando el cuerpo cayó al suelo. El Hunter intentó alzarse, pero cayó bajo una lluvia de balas perforadoras.

El Jefe se mantuvo alejado de la mole, abandonó la sala y corrió hacia el nuevo corredor. Mientras recorría los pasillos de la nave, no dejaba de ver mamparos salpicados de sangre, cuerpos muertos derrumbados en posturas imposibles, escotillas voladas, chispas saltando de cualquier caja de electricidad y una serie de pequeños incendios, que, gracias a la falta de materiales combustibles, parecían estar contenidos.

Delante de él oyó el sonido de armas automáticas y cruzó una nueva escotilla. En la siguiente sala, había un incendio en el punto en que dos tuberías atravesaban un conducto de mantenimiento. Estaba cerca de la sala de criogénesis, o al menos eso creía; tenía que encontrar una forma de entrar en ella.

No le hacía mucha gracia tener que cruzar las llamas de un salto a menos que fuese absolutamente necesario, así que decidió virar hacia la derecha. Los ruidos de combate aumentaron al abrir una puerta que daba a una estancia enorme, en la que un equipo completo de especímenes del Flood se enfrentaba contra un racimo de centinelas. Apoyó el arma al hombro y disparó: los centinelas cayeron al suelo, los portadores explotaron y todo el mundo empezó a dispararse unos a otros en una locura de rayos cruzados, proyectiles de 7,62 mm y agujas explosivas.

Cuando los robots ya habían quedado fuera de combate y la mayor parte del Flood había sido neutralizada, el Jefe pudo cruzar hasta el centro de la sala, subir una escalera y acceder a la pasarela superior. Desde esa posición privilegiada podía echar un vistazo a la sala de control del mantenimiento, donde un par de centinelas se afanaban en freír a un grupo del Flood, ninguno de los cuales se dejaría achicharrar sin plantar cara. Aquellos seres estaban demasiado ocupados para preocuparse por humanos que anduviesen sueltos, así que el militar lo aprovechó para cruzar la pasarela y entrar en la sala de control.

Enseguida se dio cuenta de que había sido un gran error.

Al principio no le iba tan mal, o eso parecía, ya que acabó con los dos centinelas y empezaba con el Flood. Pero cada vez que acababa con uno de los ejemplares, parecía que dos más ocupaban su lugar; se vio obligado de nuevo a ponerse a la defensiva.

Se retiró a la antecámara que estaba al lado de la sala de control. El humano no tenía otra opción que colocarse de espaldas a una escotilla cerrada. Los especímenes más grandes venían de dos en dos, de tres en tres... mientras que las formas infecciosas se acercaban en enjambres. Algunos de los ataques parecían ser espontáneos, pero la mayoría estaban coordinados: uno, dos o tres combatientes saltaban hacia adelante para morir bajo el atronador fuego del arma de asalto; caían

cuando al Spartan se le acababa la munición, y en esos momentos los portadores aparecían en escena, tambaleándose.

Se colgó al hombro el fusil de asalto, agarró la escopeta, esperando encontrar un momento de calma para recargar, y abrió fuego sobre las abultadas monstruosidades antes de que estuviesen bastante cerca para que la explosión de sus cuerpos pudiese afectarlo.

A continuación, con las formas infecciosas que volaban en todas direcciones, era sólo cuestión de hacer limpieza, seguido de un esfuerzo desesperado por cargar ambas armas antes de que la siguiente oleada de criaturas intentase atropellarlo.

Se sumió en un ritmo constante de movimiento y disparos. Había conseguido atravesar la nave, cada vez más cerca de la zona de motores, deteniéndose sólo para disparar contra objetivos que veía claros. Después, con mucha rapidez, dejó caer el cargador, recargó las armas y siguió internándose en la nave.

El ruido generado por sus propios disparos resonaba en sus oídos, el vomitivo hedor de la sangre del Flood se le atascaba en la garganta y su mente se atontó a causa de la constante muerte.

Tras acabar con un equipo de combate del Covenant, se agazapó tras un puntal de soporte para colocar unos cuantos cartuchos más en la escopeta. Sin previo aviso, un combatiente le saltó a la espalda y le golpeó el casco con una gruesa llave inglesa. El escudo se le apagó a causa de la fuerza del golpe, lo que permitió que una forma infecciosa aterrizase en su visor.

Mientras intentaba recuperarse del impacto y agarraba el resbaladizo cuerpo de la forma infecciosa, el penetrador consiguió atravesar el sello del cuello, localizó la piel desnuda y la abrió de un tajo.

El Spartan gritó del dolor, sintió cómo el tentáculo le buscaba la columna vertebral y supo que todo se había acabado.

Aunque Cortana no podía agarrar un arma y matar ella misma a la criatura, tenía otros recursos y se apresuró a echar mano de ellos. Con cuidado, para no desperdiciar demasiada energía, la LA. recuperó un poco de energía de la armadura MJOLNIR y la usó para crear una descarga eléctrica. La forma infecciosa empezó a vibrar cuando notó que la electricidad la atravesaba. El Jefe se retorció mientras el penetrador hacía pasar un choque en su sistema nervioso; la vaina explotó y roció el visor del Spartan de sangre verde.

El Jefe podía ver lo suficiente para seguir luchando, y así lo hizo: mató con una ráfaga de balas al combatiente de la llave inglesa.

—Lo siento —dijo Cortana, cuando el Spartan logró despejar el área circundante—, pero no se me ha ocurrido otra cosa.

—Lo has hecho perfecto —contestó mientras recargaba el arma—. Ha estado muy cerca.

Pasaron dos o tres minutos antes de que acabara con el Flood, y él pudiese tomarse el tiempo necesario para quitarse el casco, arrancarse el penetrador de la piel y aplicarse una venda antiséptica antiadherente en la herida. Le dolía una barbaridad. El Spartan guiñó los ojos mientras se colocaba de nuevo el casco en la cabeza y sellaba de nuevo el traje.

Se detuvo para matar a un par de las formas infecciosas y siguió buscando un acceso a la zona de criogénesis. El Jefe atravesó más pasadizos, cruzó un laberinto de conductos de mantenimiento y fue a parar a un corredor; el suelo tenía una flecha roja pintada que decía: motores.

Por fin.

Ya no le preocupaba poder acceder a criogénesis, así que el oficial atravesó una puerta y fue a parar al primer pasillo que encontró bien iluminado, sin salpicaduras de sangre, sin cadáveres. Una serie de nuevos recodos lo llevó a una nueva escotilla.

—Hemos localizado la sala de motores —indicó Cortana.

El Spartan oyó un canturreo, y supo que Chispa Culpable 343 estaba cerca. Había empezado a atravesar la escotilla cuando Cortana gritó:

—¡Atención! El vigilante ha desactivado todos los controles de mando. No podemos reactivar la cuenta atrás. La única opción que nos queda es detonar los reactores de fusión de la nave. Eso debería causar suficientes daños para destruir Halo.

»No te preocupes... Tengo acceso a todos los planos y procedimientos de los reactores. Te guiaré. Primero tenemos que separar los empalmes de los tubos, lo que nos dejará libre un cañón que desciende directo al núcleo de fusión primario.

—Qué bien —comentó el Spartan—. Tenía miedo de que fuese complicado.

El Jefe volvió a abrir la escotilla, entró en la sala de motores y una forma infecciosa saltó a su peto.

El ataque al *Truth and Reconciliation* se realizó a una velocidad vertiginosa; un escuadrón de quince Banshees surgió aullando desde el sol, atacaron a un número similar de naves del Covenant asignadas a patrullar alrededor del acorazado y derribaron a la mitad durante los primeros sesenta minutos de combate.

Mientras los combates entre los cazas continuaban, el teniente Cookie Peterson y el resto de los pilotos de Pelicans soltaron a Silva, Wellsley y cuarenta y cinco marines bien armados sobre el hangar de lanzaderas de la nave enemiga. Los primeros soldados que bajaron de las rampas acabaron con el equipo del Covenant con una sola andanada de balas, aseguraron todos los accesos y enviaron un equipo de quince Helljumpers en busca de la sala de control.

Conscientes de que ocupar la sala de control no significaría nada a menos que también dominasen los motores, los humanos atacaron por tierra casi simultáneamente. Gracias a sus esfuerzos anteriores, cuando el Jefe Maestro y un

grupo de marines se infiltraron en la nave, en busca del capitán Keyes, McKay conocía todo lo que habían averiguado durante la última misión, incluida una detallada descripción del ascensor gravitatorio, un vídeo de los corredores interiores y datos operativos que Cortana había robado de los sistemas de la nave.

No le sorprendió mucho que hubiesen triplicado la seguridad alrededor del ascensor tras la anterior incursión. Aunque McKay y su equipo habían logrado acercarse a metros de la colina donde estaba enfocado el campo de gravedad, aún tenían que encargarse de seis Hunters, doce Elites y un buen número de Grunts y Jackals antes de que pudiesen abordar la nave que tenían encima.

McKay se había adelantado al problema, y su equipo de quince personas iba equipado con ocho lanzacohetes, y todos apuntaban directamente a los Hunters.

Las Banshees pilotadas por Covenants acababan de ser atacadas; los monstruos de espinas estaban mirando hacia el cielo, casi vacío de nubes, cuando McKay dio la orden:

—¡Ahora!

Apretaron el gatillo de los ocho lanzacohetes al mismo tiempo y dispararon por segunda vez. Dieciséis proyectiles volaban hacia los extraterrestres. Antes de que los Hunters tuviesen ni siquiera la posibilidad de prepararse, una serie de estallidos rojos y anaranjados los hicieron saltar en pedazos.

Tres o cuatro Élites habían muerto durante el ataque inicial, lo que se traducía en que algunos de los supervivientes sirvieron de diana para dos nuevos misiles. Dejaron de existir en cuanto los proyectiles de 102 mm detonaron.

Los que sobrevivieron el bombardeo, no muchos, fueron derribados muy rápidamente cuando el resto del equipo lanzó granadas contra las posiciones enemigas a la vez que fuego automático. Sólo tardaron treinta y seis segundos en acabar con todos.

Pasaron un minuto subiendo a la carrera la colina y acabando con el vigilante que estaba arriba. Sólo había pasado un minuto y treinta y seis segundos cuando los humanos aparecieron en el interior del *Truth and Reconciliation*, liquidaron a los Grunts que estaban vigilando y desactivaron el ascensor.

Jenkins iba encadenado entre dos marines. McKay hizo una señal al trío para que avanzasen.

—Vamos, marines, tenemos que tomar la sala de motores... ¡todos en marcha!

Jenkins, o lo que quedaba de él, podía oler al Flood. Estaban allí, se escondían en la nave. Se retorció para intentar comunicárselo a McKay. Lo único que logró fue soltar una serie de gruñidos y gemidos. Los humanos tenían la nave, pero también tenían algo más... Algo que podía matarlos a todos.

‘Zamamee empujó a Yayap al interior de la central de comunicaciones del Covenant, muy bien vigilada, y dejó que el Grunt se tomase unos segundos para

mirar a su alrededor. Aquel espacio había albergado todo el equipo de comunicación asociado con los cazas auxiliares, las lanzaderas y los transportes del *Pillar of Autumn*. Habían arrancado todos los aparatos humanos para dejar espacio al equipo Covenant, pero casi todo el resto de los elementos seguían en la misma posición. Un equipo de seis técnicos de comunicación estaba trabajando, de espaldas al centro de la estancia, con los equipos colocados delante de ellos. Se oía el murmullo constante de las conversaciones a través de los altavoces que tenían encima, y alguno de ellos resonaba con el ruido del combate, mientras lanzaban órdenes y recibían informes.

—Aquí estarás sentado tú —explicó el Élite, señalando hacia una silla vacía—. Lo único que tienes que hacer es escuchar a las comunicaciones que lleguen, anotar los informes sobre el humano y pasarme esa información por radio.

»Estamos seguros de que tiene un objetivo. En el momento en que sepamos hacia dónde se dirige, yo estaré allí para recibirlo. Sé que preferirías estar presente a la hora de matarlo, pero eres el único en quien puedo confiar para realizar el trabajo de comunicación. Espero que lo comprendas.

Yayap, que no quería acercarse ni de lejos al humano, intentó parecer contrito.

—Realizaré mi tarea, Excelencia, y me regocijaré en el triunfo del equipo.

—¡Ése es el espíritu! —exclamó ‘Zamamee para transmitirle coraje—. Sabía que podía contar contigo. Ahora siéntate ante esa consola, colócate esos auriculares y prepárate para tomar notas. Sabemos que ha abandonado lo que los humanos llaman «el puente», que ha luchado en un lugar cercano a la sala de control de mantenimiento y que la última vez que lo vio se dirigía hacia la sala de motores. En estos momentos no tenemos soldados en esa zona, pero eso no importa, ya que el verdadero reto está en descubrir adonde se dirigirá a continuación. En cuanto me des esa información, llevaré a mi equipo de combate al lugar indicado y el humano caerá en la trampa. El resto será muy sencillo.

Yayap recordó sus encuentros previos con el humano, sintió que un escalofrío le recorría toda la espalda y se sentó. Algo le decía que cuando llegase el momento del enfrentamiento final entre el humano y el Élite podía ser muchas cosas, menos sencillo.

La escotilla de la sala de motores se abrió, una forma infecciosa saltó a la cara del Jefe Maestro y él le disparó un cuarta parte del cargador. Eran muchas más balas de las necesarias para un solo objetivo, pero el recuerdo de cómo el penetrador se había deslizado por debajo de su piel aún seguía fresco en su mente y no quería volver a tener ninguna de esas vainas cerca de su cara nunca más, especialmente cuando aún tenía un agujero en el sello del cuello. El indicador rojo del navegador señalaba el camino que tenía que seguir: debía ascender por una escalerilla que lo llevaría al otro extremo de la enorme estancia.

Avanzó hacia una plataforma elevada, pasó corriendo al lado de unos paneles de

control y pasó agachado por una escotilla que lo llevaría al Nivel 2. Siguió una pasarela que desembocaba en un área abierta, y después una nueva escalerilla que subía al Nivel 3. Estaba a punto de llegar arriba del todo cuando dos combatientes cayeron bajo la fuerza de sus atinados disparos. Recogió la munición y las granadas de estas criaturas y siguió.

—No es aceptable, Reclamador —entonó Chispa Culpable 343—. Debe entregarnos el objeto.

El Jefe ignoró al vigilante, subió hasta el Nivel 3 y encontró una fiesta de bienvenida organizada por el Flood. Abrió fuego, bajo el que cayeron dos combatientes y un portador, y reculó para recargar.

Con un nuevo cargador en posición, volvió a abrir fuego, partió al monstruo más cercano por las rodillas y lanzó una granada en medio de la multitud que tenía delante, que explotó y los envió al infierno.

Unas ráfagas rápidas de fuego automático le bastaron para acabar con los supervivientes y permitirle llegar al otro extremo de la pasarela. Un grupo de formas del Flood lo esperaban allí para darle la bienvenida, que se convirtió rápidamente en un ataque lleno de determinación mientras él corría por el acero resbaladizo a causa de la sangre y atravesaba la puerta que había al final de la rampa.

Avanzó por la pasarela del Nivel 3 y enseguida empezó a encajar disparos. Se desató un caos total: los centinelas disparaban contra el Flood, el Flood contra los centinelas, y todos querían un pedazo de él. Era importante estar concentrado en la misión, así que el Spartan se deslizó temerariamente hacia el panel de control más cercano. Lo colocó en posición de «Abierto» y oyó cómo la señal de alarma sonaba, seguida de la voz de Cortana.

—¡Bien! ¡Hemos completado el primer paso! Ahora tiene vía libre para disparar contra el reactor de fusión. Necesitamos una explosión catalizadora que desestabilice el campo de contención magnético que rodea la célula de fusión.

—Vaya —comentó el oficial, mientras saltaba sobre una repisa de cemento reforzado y notaba cómo empezaba a moverse—, y yo que creía que sólo tenía que tirar una granada en un agujero.

—Eso es lo que he dicho.

El Jefe sonrió, socarrón, mientras aparecía una ranura rectangular muy brillante; lanzó una granada a la abertura.

La explosión que se produjo lanzó pedazos de metal quemado alrededor del compartimento, lleno de humo.

«Una ya está. Quedan tres», se dijo el Spartan mientras los centinelas le disparaban y los rayos láser le golpeaban el pecho.

Gracias a la naturaleza del ataque, tan rápida como un rayo y muy bien coordinada, los humanos tenían el control sobre más del ochenta por ciento del *Truth*

and Reconciliation, y se preparaban para el despegue. Se ocuparían de las secciones que no estaban bajo su control más adelante. Hacía rato que no habían tenido contacto con Cortana, y Silva pretendía ir sobre seguro. Si Halo estaba a punto de explotar, prefería estar lejos cuando eso sucediese.

La sala de control del acorazado era presa de una actividad frenética mientras Wellsley se enfrentaba contra el ordenador de navegación no sentiente de la nave, el personal de la Marina se esforzaba por familiarizarse con el funcionamiento de los sistemas de control alienígenas y Silva se regocijaba por su último triunfo. El ataque había sido tan rápido, tan efectivo, que los Helljumpers habían logrado capturar un ser que se llamaba a sí mismo «Profeta», y que alegaba ser un miembro importante de la clase gobernante del Covenant. Ahora estaba encerrado, y se convertiría en un nuevo elemento del retorno triunfal de Silva a la Tierra. El oficial sonrió mientras se soltaban las amarras gravitacionales de la nave, el casco se balanceó ligeramente y empezaron las últimas comprobaciones antes de emprender el vuelo.

A muchos pisos por debajo, McKay sintió que alguien le golpeaba el brazo.

—¿Teniente? ¿Dispone de un segundo?

Aunque no estaban en la misma cadena de mando, la capitana de corbeta Gail Purdy sobrepasaba en rango a la marine, que contestó:

—Sí, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

Purdy era una oficial de ingeniería, uno de los dieciséis que iban acompañados por guardaespaldas; los dos estaban de espaldas a ella. La oficial era de mediana edad, corpulenta y pelirroja. Los ojos reflejaban seriedad, y estaban clavados en los de McKay.

—Acérquese. Quiero enseñarle algo.

McKay siguió a la otra oficial hasta una tubería alargada que servía de puente para el hueco de un metro de largo que había entre dos instalaciones. Jenkins, cuya única opción era ir a donde fueran los marines que lo vigilaban, se vio obligado a seguirlas.

—¿Lo ve? —preguntó la oficial de la Marina, señalando la tubería.

—Sí, señora —contestó McKay, preguntándose qué relación podría haber entre ese tubo y ella.

—Es un punto de acceso entre los conductos de fibra óptica que enlazan la sala de control con los motores —explicó la ingeniera—. Si algo cortara esa conexión, los generadores de energía se desatarían. Quizá haya otra forma de transferir la energía, pero aún no lo hemos encontrado. Teniendo en cuenta que el veinte por ciento de la nave aún está bajo el control del Covenant, le sugiero que aposte una guardia en esta parte del equipo hasta que todo el Covenant esté encerrado.

La sugerencia de Purdy tenía la fuerza de una orden.

—Sí, señora. Me ocuparé de ello.

La oficial de la Marina asintió en el mismo momento en que la cubierta se sacudía, lo que obligó a las dos mujeres a agarrarse al canal de fibra. Dos personas cayeron al suelo. Purdy sonrió.

—Bastante burdo, ¿eh? El capitán Keyes la dominaría perfectamente.

A Silva no le preocupaba el dominio completo de los controles de la nave mientras llegaban las últimas cargas de personal de la UNSC al hangar de lanzaderas, aseguraban los Pelicans y cerraban las puertas externas. El *Truth and Reconciliation* empezó a separarse de Halo, que seguía agarrándolo con fuerza.

No, Silva estaba satisfecho pudiendo alejarse de la superficie, sentir cómo la cubierta vibraba al ritmo de los motores, que se esforzaban por elevar incontables toneladas de peso muerto a pesar de la atracción de la gravedad del anillo hasta el punto en que la nave quedaría liberada.

Espoleado por la vibración o quizá sólo cansado de esperar, el Flood escogió ese momento para atacar la sala de motores. Un conducto de ventilación se abrió de golpe, una avalancha de formas infecciosas brotaron de él y cayeron bajo un fuego instantáneo.

Jenkins se volvió loco: empezó a retorcerse, a farfullar incoherentemente mientras los marines intentaban mantenerlo bajo control.

El combate duró menos de un minuto; todas las formas del Flood fueron aniquiladas, sellaron el conducto y colocaron la puerta en su sitio. Pero el ataque sirvió para confirmar la preocupación que ya sentía McKay. El Flood era como un virus extremadamente mortal, y era de ingenuos pensar que podían controlarse con algo que no fuese la exterminación total. La marine usó su posición como segunda al mando para conectar con Silva e informarlo del ataque. Acabó diciendo:

—Es evidente que la nave sigue infectada, señor. Sugiero que comprobemos y esterilicemos hasta el último centímetro cuadrado antes de elevarnos.

—*Negativo, teniente* —contestó Silva con firmeza—. *Tengo motivos para creer que Halo estallará enseguida. Además, quiero conservar algunos especímenes, así que debería hacer todo lo posible para capturar algunos de esos cabronazos.*

—*La teniente tiene razón* —intervino Wellsley con voz fría—. *El riesgo es demasiado grande. Le sugiero que lo reconsidere.*

—*Mi decisión es definitiva* —bramó Silva—. *Ahora vuelvan a sus deberes. Es una orden.*

McKay rompió la conexión. Ser militar incluía muchas virtudes, al menos en su mente, y la más importante de ellas era la lealtad. Pero no era una lealtad sólo hacia el Ejército, sino a los miles de millones de gente que habitaba la Tierra; ella tenía que responder directamente a ellos. Ahora se enfrentaba a un dilema entre la disciplina militar, que era el elemento que lo mantenía todo unido, y el propósito de todo... ¿Qué debía hacer?

La respuesta, aunque pareciera extraño, le llegó de Jenkins. Éste había escuchado su parte de la conversación y empezó a retorcerse. El movimiento cogió a uno de los guardias por sorpresa. Éste cayó cuando Jenkins saltó en dirección de la conexión de fibra óptica, y aún estaba intentando ponerse en pie cuando el combatiente se quedó sin cadena de la que tirar. Unos segundos después los marines tenían a Jenkins bajo control.

No había logrado hacer lo que sabía que era lo correcto, y con las cadenas aún bien apretadas, Jenkins miraba a McKay con ojos implorantes.

McKay se dio cuenta de que la decisión estaba en sus manos, y que aunque suponía un horror que iba más allá de lo que cualquier persona pudiese imaginar, era algo muy sencillo. Tan sencillo que incluso Jenkins, tan grotescamente alterado como estaba, sabía hacía dónde caía su lealtad.

Poco a poco, la marine cruzó la cubierta hasta el punto en que se encontraba el guardia, le ordenó que se tomase un descanso, miró a su alrededor y preparó una granada. Jenkins, que seguía siendo incapaz de hablar, formó con los labios la palabra «gracias».

Silva estaba demasiados pisos por encima para sentir la explosión o para oír la detonación, aunque fuese amortiguada, pero fue testigo en primer plano de los efectos.

—¡Los controles no funcionan! —gritó alguien.

La cubierta se inclinó y el *Truth and Reconciliation* cayó hacia atrás. Wellsley hizo un último comentario:

—Le has enseñado bien, comandante. Puedes estar orgulloso.

La proa se hundió, una serie de explosiones recorrieron todo el casco y la nave, al igual que todos los que iban a bordo, dejó de existir.

—¿Estás seguro? —preguntó ‘Zamamee. Su voz sonaba distorsionada tanto por el efecto de la radio como por la estática.

Yayap no estaba seguro de nada, aparte de que los informes que oía eran cada vez más negativos, ya que las fuerzas del Covenant caían bajo el poderoso fuego del Flood y los centinelas. El Grunt sentía como una piedra en la base del abdomen, y empezaba a tener náuseas.

Pero contar eso no serviría de nada, y menos con alguien como ‘Zamamee. Así que decidió mentir:

—Sí, Excelencia. Basándome en los informes y mirando los planos que tenemos aquí, en el centro de comunicaciones, parece que el humano sólo podrá salir por la escotilla E-1 17, recorrer el trayecto hasta el ascensor V-1269 y subir hasta un corredor de servicio de Clase 7 que recorre la nave por el centro.

—*Buen trabajo, Yayap* —contestó el Elite—. *Nos ponemos en marcha.*

Por motivos de los que no acababa de estar seguro, y a pesar de sus muchos

fracasos, el Grunt empezaba a sentir un extraño afecto hacia el Élite.

—Vaya con cuidado, Excelencia. El humano es extremadamente peligroso.

—*No te preocupes* —repuso ‘Zamamee—. *Tengo una sorpresita para nuestro adversario. Una cosita que equilibrará las fuerzas. Te llamaré en cuanto esté muerto.*

—De acuerdo, Excelencia —contestó Yayap. A continuación oyó un chasquido y supo que sería la última vez que oiría la voz del oficial. No porque creyese que ‘Zamamee fuese a morir, sino porque creía que todos se encaminaban a la muerte.

Por eso el diminuto alienígena anunció que se tomaba un descanso, salió del centro de comunicaciones y nunca volvió.

Poco después cargó comida y metano suficiente para un día en un Ghost, condujo el vehículo lejos del *Pillar of Autumn* y enseguida encontró lo que buscaba: la sensación de paz. Por primera vez en muchos días, Yayap se sentía feliz.

Cuando la última granada estalló, el Jefe Maestro notó que la tubería sobre la que se encontraba empezaba a vibrar, al mismo ritmo que los reactores, y Cortana gritó a sus oídos.

—¡Ya está! Los motores entrarán en estado crítico. Tenemos quince minutos para salir de la nave. Deberíamos salir afuera y llegar al ascensor de la tercera cubierta. Nos llevará a un corredor de servicio de Clase 7 que atraviesa toda la nave a lo largo. ¡Deprisa!

El Jefe saltó sobre la plataforma del Nivel 3, acabó con un combatiente y se giró hacia la escotilla de su derecha. La atravesó, corrió a lo largo de la pasarela hasta una segunda puerta que se abría en el área que daba directamente ante el gran montacargas.

El Jefe oyó que la maquinaria rechinaba, por lo que supuso que había disparado algún sensor, y esperó a que llegase el elevador. Por primera vez en muchas horas no había ninguna amenaza cerniéndose sobre él, ningún peligro inminente, y el Spartan se permitió relajarse un momento. Fue un error.

—Jefe! —gritó Cortana—. ¡Atrás!

Gracias al aviso ya estaba reculando por la escotilla cuando apareció el ascensor... y el Élite sentado en la torreta de plasma abrió fuego.

El oficial de operaciones especiales Zuka ‘Zamamee disparaba un Shade. El cañón de energía ocupaba casi toda la plataforma, y dejaba poco espacio para los Grunts que lo habían ayudado a colocar el arma encima del ascensor. El rayo azul chocó contra la escotilla que empezaba a cerrarse y destrozó media puerta.

Sintió un momento de euforia mientras las ondas de energía volaban hacia su objetivo. La victoria estaba a punto de ser completa, y podría recuperar su honor. Después ya trataría con ese molesto Grunt, Yayap.

Iba a ser un día glorioso.

—¡Mierda! —exclamó el Jefe—. ¿De dónde ha salido eso?

—Parece que alguien le ha seguido la pista —contestó Cortana—. Ahora prepárese... Tomaré el control del ascensor y haré que descienda. Usted debe lanzar un par de granadas en el hueco.

‘Zamamee vio que el rayo de energía acertaba en la escotilla, sintió un momento de regocijo cuando el humano escapó a toda prisa y la plataforma se detuvo.

El Élite había disparado de nuevo, voló lo que quedaba de la puerta tras la que se refugiaba el humano cuando oyó un chasquido: volvía a descender.

—¡No! —gritó, convencido de que uno de los Grunts era responsable de ese movimiento repentino; se desesperó porque el humano se escapase de nuevo de sus garras. Pero era demasiado tarde y los pequeños alienígenas no podían hacer nada para evitar que el ascensor siguiera descendiendo.

Entonces, mientras su objetivo desaparecía de su vista y ‘Zamamee abroncaba a sus subordinados, dos granadas cayeron encima de ellos, rodaron por el suelo y explotaron.

La fuerza del estallido elevó el Élite sobre su asiento, lo que le permitió ver una última vez a su adversario, y lo hizo caer. Golpeó la plataforma con un golpe seco, oyó cómo algo se rompía y se dispuso a ver por primera vez el paraíso.

Cortana hizo ascender de nuevo el ascensor. El Jefe Maestro tuvo que adentrarse en la plataforma salpicada de entrañas y dejó que lo llevara hasta el corredor de servicio que había arriba. Cortana aprovechó para avanzar en el plan de huida.

—Cortana a *Echo 419*. Contesta, *Echo 419*.

—*Te recibo, Cortana* —contestó Foehammer, desde algún punto por encima de ellos—. *Te oigo perfectamente.*

El Jefe Maestro oyó una serie de explosiones que hacían que el ascensor temblase, y supuso que la nave empezaba a desmoronarse. No podía esperar al momento en que se librara de él.

—Los motores del *Pillar of Autumn* están llegando al punto crítico, Foehammer —continuó Cortana—. Requiero extracción inmediata. Prepárate para recogerlos en el punto de acceso externo 4C, tan pronto como recibas mi señal.

—*Afirmativo. Echo 419 a Cortana... Las cosas se están poniendo peliagudas allí abajo. ¿Va todo bien?*

—¡Negativo, negativo! —dijo la LA. cuando el ascensor volvió a tambalearse—. El núcleo de fusión de la nave está desestabilizado, sin control. Los motores deben de haber sufrido más daños de lo que imaginábamos.

La plataforma se detuvo con un golpe brusco y un fragmento de chatarra cayó del techo.

—Tenemos seis minutos antes de que los conductos de fusión estallen —le dijo la IA al Spartan—. ¡Tenemos que salir ya! ¡La explosión generará una temperatura de al menos un millón de grados! ¡No esté aquí cuando explote!

Era un consejo excelente. El Jefe Maestro cruzó una escotilla y llegó a un compartimento lleno de Warthogs, cada uno de ellos aparcado en su plaza. Escogió uno que se encontraba cerca de la entrada, saltó al asiento del conductor y sintió cierto alivio cuando el vehículo se puso en marcha.

La cuenta atrás que Cortana proyectaba en la pantalla interior de su HUD no sólo corría... sino que corría muy rápido, o eso le parecía al Jefe, que maniobraba para salir del garaje, giraba a la izquierda para evitar otro Warthog que estaba ardiendo y se lanzaba sobre una avalancha de tropas del Covenant y del Flood. Un Élite cayó bajo los enormes neumáticos, lo que hizo que el vehículo se tambalease. La rampa que iba a continuación estaba repleta de formas infecciosas, que estallaron como petardos cuando el humano aceleró; algunos rayos de plasma intentaban alcanzarlo por la espalda. Siguió con prudencia, para no cometer un error que le hiciera perder un tiempo precioso, y levantó el pie del acelerador al llegar a la parte superior de la rampa.

Ante él continuaba un largo pasillo, con pasarelas a ambos lados, un puente para peatones en la distancia y un estrecho túnel de servicio justo delante. Un par de formas de Flood estaban situadas justo delante de las entradas y dispararon contra él. El Jefe hizo avanzar el Warthog y se metió dentro de la abertura.

La rampa volvía a bajar. El Spartan frenó, y se alegró ya que algo explotó y lanzó metralla justo delante de él. El Jefe alzó el pie del pedal del freno, convirtió un portador en fosfatina y lanzó el todoterreno hacia la siguiente rampa.

Emergió del túnel inferior y, al ver una barrera delante de él, viró a la izquierda y recorrió todo lo largo de la pared. Vio una rampa estrecha, aceleró para ascender por ella y saltó por encima de un par de huecos... aunque si hubiese sabido que existían nunca se habría atrevido a hacerlo. Sintió el cambio de rasante, frenó cautelosamente y se alegró al volver a dirigir el Warthog dentro de otro corredor de servicio.

Delante de él tenía un grupo de Flood, y los aplastó bajo las ruedas.

—Lo has hecho muy bien en la última sección —observó Cortana, admirada—. ¿Cómo sabías que había que saltar?

—No lo sabía —contestó el Jefe Maestro, mientras el todoterreno surgía del túnel y se volvía a meter en otro.

—Ah.

Ese pasillo estaba vacío, lo que permitió al Spartan a acelerar mientras conducía el Warthog hacia un corredor más grande. El Warthog dio un salto en el aire y el Jefe apretó a fondo el pedal; intentaba ganar algo de tiempo.

El corredor era largo, y estaba tranquilo y despejado, pero lo condujo hasta un infierno de metal volando por los aires, seres del Flood asesinos, centinelas con sus láseres; todos querían acabar con él mientras se detenía, vislumbraba una rampa elevada a la izquierda y viraba hacia ella bajo rayos de energía que chocaban contra

la superficie de su armadura y exploraban el interior del vehículo.

El Spartan intentó controlar el Warthog cuando uno de los neumáticos pisó un pedazo de metal y amenazó con lanzarlos a todos sobre el caos que se había desencadenado abajo. Fue difícil, con el fuego llegándole de todas las direcciones posibles, pero el Jefe realizó las maniobras adecuadas, bajó la rampa, giró a la izquierda y se encontró en un enorme túnel con pilares centrales que se perdía en la distancia.

Avanzó, esquivando todas las columnas, intentando ir lo más rápido posible, atropelló a un grupo del Covenant que luchaba contra el Flood, recibió los disparos de unos centinelas y dirigió el todoterreno hacia una nueva área exterior, que también contaba con una barrera.

Una serie de explosiones hicieron que la valla que tenía delante se llenase de llamas y humo. El Warthog estuvo a punto de volcar.

Una vez hubo salido de la rampa, las cosas fueron un poco más sencillas: el Spartan entró en un túnel enorme, aceleró durante todo el recorrido, frenó al llegar a un área abierta e hizo que el vehículo se adentrara en un corredor de servicio más pequeño. Algunas formas infecciosas hacían ruidos al explotar cuando los neumáticos las aplastaban. El motor gruñía, y el Jefe estuvo a punto de fastidiarlo todo al salir del túnel a demasiada velocidad. Se dio cuenta de que había otro pasadizo que avanzaba por debajo de la superficie y dio un volantazo que no sólo hizo que las ruedas delanteras se resintiesen, sino que estuvo a punto de hacer volcar el Warthog. Logró que el todoterreno se mantuviese en pie pisando el freno en el último momento, aunque también gracias a la buena suerte. Acto seguido, el Jefe Maestro enfiló hacia una plataforma elevada, un laberinto de columnas.

Se cagó en todo ya que tenía que avanzar sorteando obstáculos, y, mientras, todos los extraterrestres, todos los monstruos y todos los robots que contaban con un arma aprovechaban para practicar su puntería con él. A continuación llegó a un nuevo camino, que se extendía en línea recta, tuvo que hundirse de nuevo en un corredor de servicio y salir de nuevo por una rampa hasta llegar a un túnel de tamaño considerable. Cortana aprovechó para pedir de nuevo la evacuación.

—¡Cortana a *Echo 419*! ¡Requerimos extracción ahora mismo! ¡Ya!

—*Afirmativo, Cortana*— contestó la piloto, mientras el Jefe Maestro aceleraba para llegar a un paso elevado.

—¡Espera! ¡Detente!— ordenó Cortana—. Aquí es donde nos recogerá Foehammer. Mantén la posición.

El Spartan frenó, oyó el siseo de las comunicaciones por radio y vio que un transporte de la UNSC se acercaba por su izquierda... Pero el Pelican dejaba detrás de sí una estela de humo. El motivo era evidente: una Banshee se había colocado detrás del transporte e intentaba alcanzar uno de los motores de la nave. Se produjo

un destello de luz cuando el generador de energía de estribor recibió un impacto y se incendió.

El Jefe se imaginaba la situación de Foehammer a los controles, luchando por salvar su nave, sin perder de vista el paso elevado.

—¡Arriba! ¡Arriba! —gritó el Spartan, esperando que pudiese enderezar la nave, pero era demasiado tarde. El Pelican perdía altura, pasó por debajo del paso en que se encontraba él y desapareció de la vista. Oyeron la explosión tres segundos después.

—¡*Echo 419!* —gritó Cortana. Y, al no recibir respuesta, confirmó—: Ha muerto.

El Jefe Maestro recordaba la alegre voz que le hablaba por radio, las incontables ocasiones en que la piloto le había salvado el culo a alguien, y sintió una gran pena.

Se produjo una larga pausa mientras la LA. se conectaba a los sistemas de la nave que aún seguían en funcionamiento.

—Hay un Longsword aparcado en el Hangar 7. ¡Si nos ponemos en marcha ya podemos llegar a tiempo!

La goma chirrió contra el suelo cuando el Jefe pisó a fondo el acelerador, condujo el Warthog hacia una escotilla, lo hizo descender una rampa y entrar en un túnel. Unas enormes columnas marcaban el centro del paso, y una serie de rejillas cóncavas hicieron que el todoterreno se tambalease antes de volver a asentarse sobre el pavimento. Las explosiones hacían que la metralla saltase por ambos lados del túnel y casi hacían imposible oír lo que decía Cortana, que hablaba de algo sobre «toda velocidad» y un agujero que había a continuación.

El Spartan apretó el acelerador a fondo, pero el resto era más cuestión de suerte que de habilidad. El Jefe Maestro hizo que el Warthog ascendiese por una rampa. Sintió que el estómago le daba un vuelco cuando el todoterreno saltó por el aire, cayeron dos o tres niveles, aterrizaron con un fuerte topetazo, derraparon y se detuvieron.

El Jefe luchó con el volante para que el morro volviese a apuntar en la dirección correcta y echó un vistazo a la cuenta atrás. 01:10:20. Aceleró y el Warthog dio un salto hacia adelante, recorrió un túnel estrecho y frenó un poco cuando descubrió un conjunto de barreras que bloqueaban la carretera. Ése no era el único problema... Toda el área estaba repleta de combatientes del Covenant y del Flood. El Jefe Maestro saltó fuera del coche y empezó a correr, acribillando por el camino a un Élite que tuvo la mala suerte de querer impedirle el paso.

El caza estaba justo delante de él, esperando a que subiera a bordo; sólo tenía que bajar por una escalerilla. Los rayos de plasma pasaban silbando por encima de su cabeza, las explosiones lo llenaban todo de restos destrozados... y por fin llegaron. Las botas resonaron contra el suelo metálico mientras entraba en la nave.

La rampa se alzó a tiempo, justo cuando se acercaba una multitud de Flood. El Longsword tembló con una nueva explosión que hizo que todo el *Pillar of Autumn* se

sacudiese. El Spartan avanzó tambaleándose. Pasaron unos segundos preciosos mientras se sentaba en el asiento del piloto, ponía en marcha los motores y tomaba los controles.

—Allá vamos.

El Jefe usó los propulsores de la nave para alzar el Longsword de la cubierta. Hizo que la nave girara en dirección contraria a las agujas del reloj y apretó el acelerador. La fuerza de la gravedad lo presionó contra el asiento; el caza salió del hangar y se dirigió hacia la atmósfera.

Yayap ya había llegado al pie de las colinas, oyó una serie de explosiones amortiguadas y se dio la vuelta a tiempo de ver cómo brotaban unas flores anaranjadas a todo lo largo del maltratado casco del *Autumn*.

Cuando el núcleo de fusión del crucero rebasó el punto crítico, un sol compacto nació sobre la superficie de Halo. La esfera termonuclear abrió un cráter de cinco kilómetros en el material superdenso del anillo y lanzó oleadas de presión de una gran fuerza a todo lo largo de la estructura. A ambos lados de la explosión, la bola de fuego allanó y esterilizó el terreno. En unos minutos, el núcleo de color amarillo y blanco había consumido todo lo que se podía quemar, se colapso y se apagó.

La estructura del anillo seguía rotando, pero era incapaz de mantener las fuerzas que se arracimaban alrededor de aquel punto debilitado, por lo que empezó a desmoronarse. Grandes pedazos de escombros salieron disparados hacia el espacio, mientras aquella sección del anillo de cinco kilómetros de ancho del casco del mundo anillo era seguida por una cantidad todavía mayor de metal, tierra y agua, y se producía una cascada de explosiones, terroríficamente silenciosas.

Un pitido insistente empezó a sonar para acompañar las palabras temperatura de motores crítica que se iluminaban en el panel de control.

—Apáguelos —dijo Cortana—. Los necesitaremos después.

El Jefe Maestro se incorporó para apretar unos cuantos interruptores, se levantó del asiento y llegó al mirador a tiempo de ver cómo el último pedazo intacto del casco de Halo se partía por la mitad, con un movimiento lento que parecía salido de un ballet.

Por algún motivo pensó en la teniente Melissa McKay, en sus ojos verdes, tranquilos, y en que no había podido conocerla bien.

—¿Alguien más ha escapado?

—Escaneando —contestó la IA. Se calló, y el Spartan pudo ver cómo los datos atravesaban el terminal principal. Unos segundos después volvió a hablar, con la voz extrañamente serena—: Sólo queda polvo y reverberaciones. Somos los únicos.

El Spartan se estremeció. McKay, Foehammer, Keyes y todos los demás muertos. Igual que los niños con que se había criado. Igual que una parte de sí mismo.

Cuando Cortana habló fue como si la IA tuviese que justificar lo que había

sucedido.

—Era nuestra obligación... por la Tierra. Hemos derrotado a todo un ejército del Covenant. Y el Flood... No teníamos elección. Con Halo, hemos acabado.

—No —contestó el Jefe, sentándose de nuevo tras los controles del Longsword—. Aún quedan soldados del Covenant ahí fuera. La Tierra sigue en peligro. Acabamos de empezar.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Steve Shaffel, por trazar el rumbo; a Doug Zartman por coordinar los fragmentos; a Eric S. Trautmann por darle brillo; a Eric Nylund, por mostrarnos el camino en *La caída de Reach*, a Nancy Figanter y el Franchise Development Group por su apoyo; y a Jason Jones por crear, junto con el resto del extraordinario equipo de Bungie, un juego de infarto.